



Este libro se ha realizado en el marco del Proyecto de investigación “Las inéditas” financiado por el Vicerrectorado de Investigación y Transferencia de la Universidad de Salamanca

Publicación autorizada por Garzanti S.R.L. Italia

© *El corazón salvaje del enebro* de Vanessa Roggeri

© Garzanti S.R.L.

© Introducción y traducción de Irene Scampuddu

Revisión lingüística de María Vicenta Hernández Álvarez

© Fotografía de Francesca Viglino, “La bambina e il nuraghe”

© 2017, ArCiBel Editores, S. L.

(Este libro reproduce fielmente el archivo proporcionado por el autor)

www.arcibel.es

Imprime: Quares

Printed in Spain

I.S.B.N.: 978-84-15335-82-5

Depósito Legal: SE 2004-2018

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Vanessa Roggeri

El corazón salvaje del enebro

Introducción y traducción
Irene Scampuddu

ArCiBel Editores



ÍNDICE

1. Introducción.....	7
2. Vanessa Roggeri y sus novelas.....	12
3. Las leyendas de una Cerdeña antigua.....	15
3.1. Las <i>brujas</i>	18
3.2. El origen de la <i>coga</i>	21
4. El corazón salvaje del enebro	24
4.1 Personajes femeninos en la novela.....	27
4.2 La tesis de la autora.....	32
5. Bibliografía	35
<i>El corazón salvaje del enebro</i>	37
Prólogo.....	39
Capítulo 1.....	41
Capítulo 2.....	49
Capítulo 3.....	55
Capítulo 4.....	71
Capítulo 5.....	81
Capítulo 6.....	93
Capítulo 7.....	105
Capítulo 8.....	117
Capítulo 9.....	131
Capítulo 10.....	143
Capítulo 11.....	155
Capítulo 12.....	167
Capítulo 13.....	175
Capítulo 14.....	185
Capítulo 15.....	199
Capítulo 16.....	211
Capítulo 17.....	221
Capítulo 18.....	237
GLOSARIO	247



1. Introducción

Por sus características territoriales y su realidad antrópica, la Cerdeña muestra una imagen de profunda diversidad y aparece como un lugar de contrastes y diferencias que ningún país en el mundo euromediterráneo posee. Esto se debe a su naturaleza, a su autenticidad y primitivismo. Cerdeña es un lugar no contaminado, remoto y exótico, rico en colores locales. Tanto las condiciones geográficas como los acontecimientos históricos han contribuido a que la isla estuviera poco expuesta a las influencias externas y a los intercambios culturales. Siempre ha sido una de las tierras más aisladas del Mediterráneo y, por consecuencia, una de las más conservadoras, lo que ha permitido la preservación de un patrimonio cultural tradicional de gran riqueza.

Cerdeña nos ofrece una variedad de textos y contextos muy reconocibles y numerosos autores la describen refiriéndose tanto a los arquetipos genéticos de la literatura sarda (el rechazo de la realidad isleña con el consiguiente deseo de huida y el extremo opuesto del enfrentamiento crítico y dialógico entre tradición y cambio, el paso de la tradición que se convierte en reflexión y luego superación), como a los diversos géneros literarios. Según Marcello Fois, escritor contemporáneo de Cerdeña, hay dos géneros de libros históricos, uno en el que el autor quiere demostrar que se ha documentado mucho y en general el resultado es un poco técnico y un poco académico y el otro es que esa demostración histórica surge de la vivencia de los personajes en su propio tiempo¹.

En las páginas de los novelistas del siglo XIX encontramos el signo explícito de una verdadera “revolución espiritual”. En estos años aparecen los autores que quieren dedicarse a la narrativa y que, en su

¹ Interesante la entrevista al escritor Marcello Fois de parte de Elena Hevia y publicada en la página del “El Periódico”.

mayoría, optan por la novela histórica. Esta decisión se lleva a cabo (así como la influencia del modelo de Manzoni) porque se considera una forma de expresión artística capaz de representar los hechos de la historia de un país, y de marcar la conciencia contemporánea.

La narrativa sarda del siglo XIX comienza con los breves relatos históricos de Gavino Nino (1843) y Salvatore Angelo De Castro (1845) publicados en la revista *La Meteora*². Ambos autores se sienten atraídos por la figura de Eleonora d'Arborea³ a la que dedican el primer melodrama en tres actos, publicado en Cagliari en 1868, de acuerdo con la biografía que apareció en Oristano en 1881. En otra figura femenina de la historia de Cerdeña se inspira Vincenzo Brusco Onnis⁴ (1822-1888), quien compone una historia titulada *Adelasia di Torres* (1845)⁵. También es importante el papel de los autores que, en vez de escribir en el italiano literario, se introdujeron en el filón de literatura en lengua sarda, reforzando, de esta manera, la tradición oral con el uso escrito, pero no con el objetivo de dar dignidad al sardo, como pretendían hacer Madao y, en parte, el mismo Spano, sino para ofrecer a las comunidades sardas formas expresivas e instrumentos de mediación y de interacción cultural más modernas. Entre estos autores destacan las figuras de Paolo Mossa, Pompeo Calvia y Giuseppe Mereu.

2 Gavino Nino, junto a Alberto De Gioannis, publica *La Meteora*, periódico sardo de ciencia, letras y artes. El primer número tiene como fecha el 14 de enero del 1843: ocho páginas publicadas tres veces al mes. 1845 es el último año de publicación de *La Meteora*.

3 Eleonora d'Arborea es la heroína más famosa de Cerdeña. Fue jueza de Arborea, pequeña localidad en el centro oeste de Cerdeña, desde 1383 hasta su muerte en 1404. Uno de los últimos jueces sardos, se la considera, además, como uno de los más poderosos y significativos. Promulgó la *Carta de Logu*, uno de los primeros ejemplos de constitución en el mundo. De Castro publica en el 1860 *Nuovi Codici d'Arborea* e inserta en su libro una biografía de Eleonora. *Le Carte* que publica, son del año 960.

4 Vincenzo Brusco Onnis ha sido un periodista y patriota italiano, famoso por haber escrito en las revistas *El Nazionale* y *La Democracia* y por acercarse a las ideas políticas de Giuseppe Mazzini.

5 *Fiori di maggio* (Cagliari 1845) es un libro de poemas en verso y prosa que también incluye una novela histórica sobre Adelasia di Torres.

Actualmente, la investigación policiaca se convierte también en una herramienta de conocimiento metanarrativo, de investigación social y de investigación histórica: los escritores sardos se centran en un tipo de novela negra, reflejan los males que afligen a la isla y estudian su génesis, moviéndose a través de la memoria individual y colectiva, entre una fuerte tensión ética y una atención social. Existen ejemplos de autores sardos que, a la vez que se sumergen completamente en la atmósfera oscura y tensa del género policiaco, salen de una única ambientación en la isla y optan por distintas vías del género, incluso llegando más allá de los propios subgéneros de la novela policiaca.

Contamos con los antecedentes de Vindice Lecis, del thriller de espías *Dossier Hoffman* de Antonello Ardu, de Filippo Kalomenidis con *Sotto la bottiglia*, de Gianni Tetti con *I cani là fuori* de Sassari, y de Alessandro De Roma de Cagliari con *Il primo passo nel bosco* que abandonan los principios de la novela detectivesca clásica y renuncian a las figuras de los protagonistas más fácilmente atribuibles al género, puesto que están obligados a centrarse en la investigación más profunda del alma humana que está trágicamente teñida de negro.

Incluso en el comic nos encontramos con ejemplos claros de autores sardos que se enfrentan a los códigos de la novela policiaca y del género negro, tanto en sus formas más canónicas como en *Cinque è il numero perfetto* y *Sinatra* de Igort, autor de Cagliari y muy cosmopolita, como en su formato serial como *Demian* y *Cassidy* de Pasquale Ruju, originario de Nuoro y residente en Turín.

Uno de los maestros y punto de referencia en este ámbito es seguramente el recientemente citado Marcello Fois quien, tras debutar con *Ferro recente*, en muchas ocasiones se ha acercado al género negro.

A finales de los años noventa y en el nuevo milenio, toda una generación de autores muy diferentes tanto por su registro, su origen geográfico y su formación se hacen eco del éxito y de la habilidad de Fois y se aventuran en este filón, adaptándolo a las necesidades personales, tanto estilísticas como de contenido. Este es el caso de

Giorgio Todde, Francesco Abate, Gianluca Floris, Flavio Soriga y Luciano Marrocu, que se han confrontado con todos los matices de la novela negra, a veces de manera excepcional, como en el caso de Soriga con *Neropioggia*, otras veces con mayor convicción y frecuencia.

Nace así una nueva literatura que viaja por una tierra llena de misterio: novela negra y también una literatura ambientada en una Cerdeña de finales del siglo XIX en la que la magia, las brujas y las leyendas son protagonistas absolutos.

Una de las escritoras de esta nueva literatura es sin duda Michela Murgia y una de las historias que pone ante nuestros ojos es muy original. En su libro *La acabadora*⁶, siguiendo una costumbre sarda cuyos orígenes se pierden en el tiempo, cuenta la historia de una anciana y una niña que se unen a través del sagrado vínculo de la «adopción del alma».

Estamos en Soreni, un pequeño pueblo de Cerdeña, en los años cincuenta. Bonaria Urrai, la modista del lugar, mujer de antigua belleza y perenne soledad, ha adoptado a Maria, cuarta hija de una familia humilde que la descuida. Así pues, la vida de la niña, ahora *fille anima* «hija de alma» de la tía Bonaria, se transforma por completo, y a su fina percepción no escapa el aura de misterio que envuelve a su nueva madre: los largos silencios, las extrañas salidas nocturnas y la sombra de temor que enciende en los ojos de quienes se cruzan en su camino. Y aunque Maria crece feliz y amada junto a Bonaria, en realidad ignora una verdad que todos conocen: además de coser vestidos, su madre de alma es la mujer que reconforta a quienes se acercan al final del camino.

Galardonada con el Premio Campiello, el de mayor prestigio de Italia, *La acabadora* aborda el eterno tema del fin de nuestra existencia desde una perspectiva única: la de una co-

6 Indica la figura históricamente incierta de una mujer que se encargaba de llevar la muerte a personas de cualquier edad, en el caso en que estas estuvieran en tales condiciones de enfermedad que llevaran a los familiares o a la propia víctima a pedir la eutanasia.

munidad que, desde tiempos ancestrales, ha sabido enfrentar ese último paso de forma colectiva y desprovista de tabúes y falsos pudores, recreando un universo atávico que, de alguna manera, se mantiene presente hasta nuestros días.

Es una narrativa que nos abre las puertas al obscurantismo, las maldiciones, la magia y como eran quien hacían uso de ella. Esta misma es la que analizaremos en este trabajo y, en particular, nos centraremos en una autora, Vanessa Roggeri, la cual, a través de sus experiencias, estudios y gran amor hacia a su tierra, ha sido capaz de crear novelas capaces de entrar en lo más profundo de una cultura todavía poco conocida.

La Cerdeña de finales del siglo XIX que describe Roggeri se nos muestra en todo su dramatismo: se trata de una isla que ha sufrido invasiones bárbaras, donde escasean los puertos y donde las comunicaciones internas son todavía muy difíciles; un lugar arrasado por enfermedades como la malaria; con una gran despoblación rural y un transporte inadecuado; esta Cerdeña ha visto cómo innumerables incendios han devastado sus bosques; ha sido testigo de la fuerte presión del “pastoralismo” y del paso rápido de la agricultura arcaica a una completamente innovadora; una isla que se resiente todavía de la abolición del feudalismo y la introducción de la propiedad privada de la tierra (Olivo, 2000).

A pesar de esta grave situación, y quizás como reacción ante ella, asistimos a un importante movimiento intelectual al que importa cada vez más establecer un debate sobre Cerdeña principalmente por lo que se refiere al campo filosófico, jurídico, político e institucional. A veces se hace referencia específica al tema de Cerdeña y otras a los planes especulativos más grandes y, por así decirlo, universales.

El redescubrimiento de Cerdeña no tiene como objeto sólo su territorio y su historia, sino también sus tradiciones y poesía popular y su interés surge de la convicción de que, partiendo del estudio de la isla en estos campos, se podrían tener indicaciones útiles para conocer el “espíritu” de las personas: sus valores y sus debilidades. De esta manera, los poemas recopilados están escritos en sardo y

son famosos en la población. La connotación de “popular” se atribuye a los textos publicados por Giuseppe Pasella en 1833, como resultado de un malentendido sobre la naturaleza de los textos, inducido por las modalidades de comunicación literaria de la época. Una gran parte del pueblo sardo era, de hecho, analfabeto y hablaba exclusivamente en sardo.

2. Vanessa Roggeri y sus novelas

Vanessa Roggeri se considera una “nurágica sarda” (Murgia, 2008: 23), enamorada de su isla, que es ciertamente dura, pero también tiene orgullo y se presenta como un ser que todavía no domado por completo. En una de sus entrevistas relata cómo ha querido incorporar en su primera novela la influencia que tuvo la civilización nurágica en Cerdeña, la vinculación a ese periodo y las sensaciones que sintió cuando entró por primera vez en un nuraghe, específicamente en el de Barumini⁷.

Vanessa Roggeri es una apasionada de la escritura ya desde los dieciséis años y este entusiasmo deriva sobre todo de su gran amor por la lectura. Para ella, los libros no son sólo objetos, sino que nos ayudan, nos hacen sentir mejor y, lo que es más importante, se convierten en nuestros compañeros de vida. Los libros nos aíslan de nuestra realidad, y cuando realmente entiendes el significado, te adentras en una nueva realidad, la de sus historias.

7 El complejo nurágico de Barumini es el yacimiento arqueológico más importante de Cerdeña y se encuentra cerca de Barumini, en la provincia de Medio Campidano. Reconocido por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad, “Su Nuraxi” de Barumini es el ejemplo más complejo y mejor conservado de *nuraghe* y al mismo tiempo demuestra un uso innovador e imaginativo de materiales y técnicas disponibles de una comunidad prehistórica.

Este yacimiento revela que este territorio sardo ha estado habitado desde la Edad de Bronce. Los *nuraghi* eran torres defensivas en forma de cono truncado construidas con grandes rocas secas, equipadas con habitaciones internas. En el caso del pueblo de Barumini, el *nuraghe* se coloca dentro de un recinto compuesto por torres más pequeñas conectadas por enormes muros.

El *Corazón salvaje del enebro* ha sido una novela muy apreciada por los lectores. Lanzada en 2013, es fruto del trabajo de unos seis meses, el resultado de una especie de aislamiento que, por un lado, la ha dejado al margen de cualquier distracción e influencia y, por otro, le ha permitido crear una estrecha relación con los personajes y con la historia narrada.

A Vanessa Roggeri le ha interesado siempre el folclore sardo. Un folclore muy rico ya que, Cerdeña, como todas las sociedades insulares, ha preservado muy vivas sus tradiciones. La lengua, los trajes tradicionales, la música, los bailes, y los festivales folclóricos y religiosos son característicos de un mundo que sigue viviendo y regenerándose de forma espontánea. Es ese el mundo en que la introduce su abuela con sus historias y leyendas y que, en su mente, se entrelazan con los recuerdos de la infancia. Historias misteriosas que apasionan a los niños, que los mantienen muy atentos, aunque luego no puedan dormir por la noche. Son estas historias de una Cerdeña antigua, mágica y misteriosa las que han marcado profundamente a Roggeri y que le han transmitido el gusto por la narración y el deseo de mantener vivo el fino hilo que nos conecta a un pasado perdido.

De esta manera, en su novela incluye los signos de una época importante del pasado de Cerdeña, precisamente la de la civilización nurágica. En Baghintos, el pueblo en el que se ambienta la novela, Roggeri ha situado en la cima de una colina un *nuraghe*, que ella considera el arquetipo de los cuentos de hadas, una torre mágica, llena de misterios, que domina el pueblo y la historia con su autoridad.

En su descripción del *nuraghe* la autora nos transmite las mismas emociones que ella sintió cuando visitó Barumini cuando era niña. Su objetivo era precisamente revivir con todo detalle ese momento, como si sus ojos fueran hoy los mismos de entonces, aunque esos ojos sean, en la ficción, los de Lucía, una de las protagonistas de la novela. A mitad de la historia, la niña se verá obligada a subir a la fuerza a la cima de la colina donde se encuentra el *nuraghe*, el lugar donde vive el mal, como dicen las leyendas. Ella lo ve por primera

vez: una torre alta, impresionante, construida con piedras claras, los líquenes verdes y en la parte superior abierta se libera la corona de un viejo roble. Lucía se sintió muy pequeña en presencia de esa torre llena de misterio y oscuridad, pero eso no le impedirá entrar igualmente en el *nuraghe* y enfrentarse a sus miedos.

La novela no sólo se caracteriza por los recuerdos de un pasado casi olvidado, o por los rituales y misterios de una Cerdeña rebelde y sagrada. En ella aparecen otros temas, como el odio, la violencia o la superstición, donde el eterno femenino es una fuerza capaz de superar todos los obstáculos.

Flor de rayo (2015), es una historia de dolor y renacimiento, de sufrimiento y crecimiento. Narra la historia de una chica que tras sus grandes ojos verdes oculta un importante secreto.

Con un lenguaje evocador y un estilo mágico nos lleva a un mundo en el que cobran vida las creencias populares. A Nora, la protagonista de la novela, la ha alcanzado un rayo, pero la ha dejado con vida, aunque le haya robado para siempre la inocencia de la juventud. Se llama “flor de rayo” esa extraordinaria cicatriz que a veces un rayo puede dejar en la piel de las personas que han tenido la suerte de sobrevivir. Esa es la marca de la protagonista Nora y que llevará consigo durante toda la vida.

Rechazada por su familia y la comunidad que desde ese momento la considera maldita, Nora va a vivir y crecer relegada en un convento. Tendrá que cuidar de sí misma y, por eso, se construirá una coraza que le permitirá defenderse de un mundo que, en principio, sólo le reserva sufrimiento. Nora levantará la cabeza y seguirá adelante, en busca de una verdad peligrosa que la llevará a su renacimiento.

La protagonista es simple y muy compleja al mismo tiempo. Simple, porque al fin y al cabo es una niña que mira al mundo con los ojos abiertos, que no puede interactuar con otras personas, pero es sincera, directa e ingenua.

En esta obra Roggeri retoma los temas tratados en *El corazón salvaje del enebro*: el recuerdo de un pasado casi olvidado y los ritos y mitos de la antigua Cerdeña, con todo lo que tiene de sagrada y de rebelde.

Su última novela *La buscadora de coral*, (2018), narra la historia de un amor con muchos puntos en común con la historia de Romeo y Julieta: Aquiles y Regina se encuentran por la primera vez en el verano del 1919, frente a las aguas espumantes de una Cerdeña mágica. Regina dona a Aquiles una ramita de coral rojo como el fuego, el más precioso, con la promesa que le llevará suerte. Años después, aquella niña se ha convertido en una de las más hábiles buscadoras de coral; cuando se zambulle de Medusa, el barco pesquero de su padre, tampoco la ola más alta y amenazadora la asusta. Ella es como una criatura de los mares y está tan libre que no ha conocido nunca uniones. Hasta que, un día, su camino se cruza de nuevo con lo de Aquiles: encuentra, en la cara de un hombre los mismos ojos del muchachito de un tiempo. A arrollarlos no es sólo un sentimiento loco, pero también un pasado indeleble.

El estilo utilizado por Roggeri es particularmente fluido, entrelaza con gran habilidad la trama a través de la construcción de oración típica dialectal y de inserciones evocadoras de palabras sardas, lo que permite llevar inmediatamente al lector a la realidad sarda de finales del siglo XIX sin complicaciones lingüísticas.

Es una escritura capaz de llegar al alma del lector al que le hará experimentar sensaciones y estados de ánimo impetuosos y contrastantes, como el dolor y el ardor, la felicidad y la tristeza.

3. Las leyendas de una Cerdeña antigua

Desde que es pequeño, el hombre tiene que acostumbrarse y adaptarse al medio en el que nace. Tiene que enfrentarse a las dificultades, al dolor, a los peligros; tiene que superar el miedo y la adversidad. En estas circunstancias de precariedad y necesidad de supervivencia en una Cerdeña remota se forjó la *balentia*⁸. Con

8 La figura del *balente* inevitablemente refleja la imagen de una sociedad bien organizada y fuerte, donde el orgullo representa un pilar fundamental de su cultura. El *balente* se opone a la figura del *guastu* (literalmente “el fracasado”), que designa en Barbagia (vasta región montañosa de la Cerdeña central) a una

balentia se afirmaba el valor, la habilidad y la fuerza, por tanto, la máxima aspiración de los jóvenes sardos era ser *balente* y convertirse en un símbolo de gran prestigio dentro de la comunidad.

En el mundo pastoril, la *balentia* tenía lugar en una noche conocida como la noche *bardana*⁹. Sin embargo, en la noche de Cerdeña seres oscuros se mueven, precursores del desastre y la muerte. Durante la noche aparece *s'erchitu*¹⁰ y los espíritus de las mujeres malvadas se convierten en *sùrbiles*¹¹ y chupan la sangre de los recién nacidos. En la oscuridad, *los panas*, los espíritus de las mujeres que murieron durante el parto, deambulan por las vías fluviales.

persona con impedimentos físicos, por lo que no puede recurrir a acciones violentas. En este sentido, estas dos figuras, estos dos símbolos, representan los polos opuestos y extremos de esta sociedad. El *balente*, para poder llevar a cabo su acción ofensiva, se sirve de armas y las víctimas a las que matarán se las llama *su mortu* (los muertos) y se distinguen de cualquier otra persona muerta precisamente por la modalidad por la que se ha consumado su destino. Y si su vida ha llegado a su fin de esa manera significaba que se lo merecía por algún motivo. Ese tipo de muerte es un hecho social, no puede ser algo privado y, por lo tanto, se encuentra a la vista de todos. La *mala morte*, como se la llama, no tiene privacidad, la conoce toda la comunidad.

9 Con el término *bardana* se designaba a un crimen común en Cerdeña en el siglo XIX. Consistía en que decenas de hombres armados y a caballo entraban en un pueblo o en una rica mansión con el fin de saquearlos y de llevarse el ganado y las propiedades, acabando con la vida de quienes se oponían a ellos. Una vez llegado al lugar elegido, el jefe (*su bardaneri*) se aseguraba de la identidad de los miembros del grupo. Si alguien faltaba, la *bardana* no se llevaba a cabo; tampoco se realizaba, por superstición, de viernes. A veces estaba compuesta por cincuenta o cien personas, provenientes de pueblos muy distantes entre sí. Bien organizados y con determinación, siguiendo órdenes precisas, los distintos grupos se reunían cuando ya era de noche, alrededor de la aldea y luego pasaban al asalto con disparos y asesinatos. Unos grupos seleccionados atacaban las casas de las víctimas designadas. La acción terminaba con la huida y todos regresaban a sus hogares después de repartirse el botín. Esta actividad delictiva es exclusiva de Cerdeña y muy frecuente en las regiones de Barbagia y Gallura. Tras la expedición, los miembros regresaban a sus ocupaciones diarias y llevaban una vida normal y pacífica.

10 *S'erchitu* es el hombre buey que se detiene y gime tres veces frente a las casas de las personas que tienen que morir.

11 *Le sùrbiles* eran mujeres-vampiro que chupaban la sangre de los recién nacidos, especialmente si todavía no estaban bautizados. Se creía que la séptima de las siete hijas se convertiría en *sùrbiles*.

La noche también es el momento en el que las almas en apuros se encuentran y tiene lugar la procesión de los muertos.

Se trata, evidentemente, de leyendas antiguas sardas, muchas de ellas de origen medieval, situadas mayoritariamente en las zonas más conservadoras de la isla, las más aisladas y donde se encuentra la población que con más fuerza y durante más tiempo resistió a las influencias externas. De hecho, no hay piedra o santuario que no tenga su leyenda. Muchos han sido abandonados u olvidados con el paso del tiempo, otros han sido manipulados o reconstruidos en la época medieval y, finalmente, algunos han permanecido intactos a lo largo del tiempo.

Por lo general, las historias de Cerdeña no tienen un final feliz. Son cuentos mágicos de fantasmas, de condenados a asumir apariencia de animales durante la noche o que viven en la *Domus de Janas*¹² o pozos sagrados.

Sin embargo, en Cerdeña también existe la historia popular y pintoresca, llena de ironía y vivacidad. Lo que falta son los cuentos de hadas. No es que no existan, de hecho, están muy extendidos, pero casi todos son de origen erudito.

El pueblo de Cerdeña, tal vez porque el analfabetismo prevaleció más tiempo que en otras zonas, es uno de los que más ha conservado una memoria colectiva transmitida oralmente. Las leyendas constituían su cultura, el conocimiento se transmitía de padres a

12 El término significa ‘casa de las hadas’ o ‘casa de las brujas’, aunque según algunos estudiosos hace referencia a Diana. En sardo también se denominan forrus o forreddus. A menudo se encuentran adosadas entre sí formando auténticas necrópolis subterráneas, con un corredor de acceso común y una antesala, a menudo amplia y con techos altos. Se atribuyen a la cultura de Ozieri, durante el Neolítico, que en aquel momento cambió radicalmente el modo de vida de la sociedad sarda. Esta cultura era propia de una sociedad de agricultores, y cuya religión fue probablemente traída de las islas Cícladas. Se encuentran repartidas por toda la región de Cerdeña, donde se documentan más de 2400, aunque muchas de ellas todavía no se han desenterrado. Las evidencias indican que fueron construidas entre el IV y el III milenio a. C. En el municipio de Sedini se encuentra la mayor «domus de janas» de Cerdeña, cuya estancia se ha convertido en un museo etnográfico.

hijos siempre de la misma manera. En muchas de estas historias podemos rastrear cultos antiguos o ritos de iniciación cuyo significado se ha perdido hoy. A través de ciertas narraciones todavía podemos encontrar fragmentos de una religión antigua y una cultura que ha permanecido enterrada en el fondo del alma de Cerdeña.

3.1. Las *brujas*

En la isla de Cerdeña la *bruja* aparece muy a menudo en leyendas y creencias antiguas¹³, pero, pese al nombre, no tiene demasiado que ver con la brujería europea. Se trata de una figura caracterizada por elementos fantásticos unidos a otros reales. Esa es la *bruja* de Cerdeña y, sólo en raras ocasiones, por deseo de emulación, algunos hombres se convierten en hechiceros, pero los casos se pueden contar con los dedos de una mano. Para ella vale la pena la norma que caracteriza a todas las criaturas fantásticas de la isla: sólo es una, pero tiene más de un nombre.

Las leyendas sardas nos hablan de ella reiteradamente, realmente se encuentra en cada rincón de la isla. Se dice que es una mujer normal, tal vez algo más fea para la edad que tiene, un poco más peluda y con una mirada maligna y diabólica. No hay ningún rasgo que la caracterice claramente, al menos no a primera vista. Según la creencia tanto las niñas nacidas a medianoche el día de Navidad y las que sean las séptimas hijas se convertirán en una *bruja*.

Está claro que en Cerdeña la *bruja* nace y camina por el mundo a medio camino entre lo fantástico y lo real. Pero no se trata de un estado de privilegio, sino de una condena. Además, a algunas de estas *brujas* se las conoce también con el nombre de “vampiros” porque chupan la sangre a los niños que todavía no están bautizados. Son indicios claros del fuerte pervivir de una religión antigua y pagana en un pueblo convertido al cristianismo, pero que sólo en la superficie.

¹³ Interesante para este estudio la consulta del libro de Salvatore Loi: *Inquisizione, magia e stregoneria in Sardegna*.

¿Qué sucedía en una noche de *brujas*? La *bruja*, empujada por un instinto irreprimible, se levantaba de la cama justo antes de que sonara la medianoche, con cuidado de que nadie la oyera. Con una pomada se untaba algunas partes de su cuerpo – normalmente las axilas o las plantas de los pies –; se trata de un ungüento que contaría seguramente con sustancias alucinógenas, que privaban a las mujeres del conocimiento o alteraban su percepción. En Cerdeña no faltan hierbas que pueden provocar esos efectos.

Este ungüento tenía como base *orrosa* ‘*e cogas*, “las rosas de las brujas”, la flor de la peonía de la Cerdeña fabulosa, bayas de enebro o amanita muscaria. Gracias a este bálsamo y con la ayuda de algunas palabras mágicas, la *bruja* completaba su metamorfosis y, de esta manera, podía transportarse en muy poco tiempo a la casa de la mujer que había dado a luz recientemente, aunque estuviera a muchos kilómetros.

La *bruja* podría transformarse en prácticamente todo lo que le permitiera viajar más rápido: una mosca, un pájaro, un gato, un hilo de algodón o incluso humo. Era esencial que fuera rápida en sus movimientos ya que disponía sólo de tres horas: una para ir, otra para actuar y otra para regresar. En las primeras horas del alba tenía que estar de vuelta a la cama.

En esa larga hora en la casa de la puerpera dormida, el trabajo de la *bruja* era, según las leyendas, el de chupar la sangre del pequeño bebé hasta matarlo. Por supuesto, a la madre se le permitía defenderse con el uso de varias estrategias: para empezar, el niño nunca podía estar solo. En este sentido, la leyenda ayudaba a entender el principio social de mutua asistencia que está en la base de las pequeñas comunidades sardas. De esta manera, la mujer que había dado a luz recientemente recibía el apoyo y la ayuda de un estrecho círculo de mujeres, familiares y amigos que la ayudaban en los momentos de dificultad. Esta es una práctica que encontramos viva en muchas otras sociedades basadas en la agricultura y en el pastoreo.

Para evitar la entrada de la *bruja*-vampiro en la casa, se introducía cera de abeja en la cerradura, o se aplicaba la filosofía del

“boca abajo” - escobas con el cepillo hacia arriba, ropa infantil dada la vuelta, el trípode invertido – enraizada en una creencia: el mundo de los muertos es un espejo opuesto al de los vivos; de esta manera, la *bruja*, observando estos detalles consideraba que estaba con los muertos y no con los vivos y a los muertos la *bruja* no los puede dañar. De esta manera, se pretendía salvar al recién nacido.

La creencia de que la *bruja* no podía contar más allá del número siete – número con gran connotación mágica y con un fuerte valor simbólico – llevaba a colocar en el huerto una hoz dentada con más de siete dientes: la bruja se sentiría atraída hacia la hoz para contar los dientes y cada vez que llegaba a siete, volvía a empezar, ya que no podía continuar contando. Otro método eficaz era colocar trigo o cebada en la puerta: el número de granos, por supuesto, tenía que superar los siete.

Contra el poder de las *brujas* se utilizaban también algunas hierbas: el hisopo, la flor de naranjo y la flor de la cala se consideraban altamente molestas para las brujas, y contaban con la peculiaridad de que su fragancia no perturbaba al niño.

Finalmente, se podía proteger al recién nacido con el uso de muchos amuletos: la tradición del *kokko o sabeggia*¹⁴ o la cinta verde o amarilla permanece todavía hoy viva en algunas zonas de Cerdeña.

Se podría esperar que la sociedad sarda odiara y persiguiera a la *bruja* vampiro, pero no es así: para la *bruja* su estado es ya una condena directa por parte de Dios, así que esta no tiene la culpa de sus acciones. Pero si una comunidad, a través de sus leyendas, llega a justificar acciones como el asesinato de un niño es probable que en el fondo una razón para ello exista.

Si nos acercamos a estas leyendas de manera objetiva, lo que vemos es que la *bruja* es una mujer capaz de crear un ungüento, que conoce la diferencia entre el mundo de los vivos y el de los muer-

14 Es un antiguo amuleto de plata y piedras duras. Las piedras emiten energía negativa, o sea capturan el mal cuando se rompen o se caen del amuleto. Las personas que la poseen están protegidas de las maldiciones.

tos, que siente un profundo respeto por el más allá, al igual que por el número siete, mágico y simbólico, que viaja rápidamente en el tiempo y en el espacio (como si fuera capaz de vivir un trance) y que conoce las palabras mágicas que le permiten la metamorfosis y de tener conocimientos “*brebus*¹⁵”.

Claramente, la figura de la *bruja* vampiro sarda tiene un origen muy antiguo y pagano. Con la llegada de la nueva religión cristiana un personaje de esta magnitud, amada y respetada por la población, no podía cancelarse tan fácilmente: su potencial sólo podría disminuir con una acción de demonización.

3.2. El origen de la *coga*

Existen muchas historias sobre rituales inusuales, motores de una especie de malestar que se cierne sobre la ciudad de Villacidro y sobre toda la zona boscosa que la rodea, casi como un símbolo de memoria para pueblos cuyos nombres se recuerdan gracias a estas leyendas. Entre estas, el nombre de “pueblo de los ahorcados” sella el mito maldito de Villacidro. En la base de la leyenda, una maldición que recuerda las viejas historias contadas durante las noches de insomnio pasadas en la plaza o en la casa de un amigo. Sólo un elemento perturbador: el miedo. Oír hablar de maldiciones y desgracias impresiona la mente de los aldeanos hasta el punto de no llegar a distinguir lo real de lo imaginario. Esta no delimitación entre realidad y fantasía es un tema que siempre ha caracterizado a Cerdeña y más aún a las pequeñas comunidades rurales sarda.

Es un impulso creciente de emociones; la curiosidad se combina con la tensión, en concierto con las palabras del hombre que narra la legendaria historia de la expulsión de los sacerdotes Mercedari de Villacidro. Hubo un tiempo en que la presencia de los frailes en el pueblo se reconcilió con la tradición popular, desti-

15 El significado de *brebu* es “palabra”. Encontramos rastros de este término en textos judiciales antiguos, en los que *torrare verbos* significaba “responder” y era una especie de hechizo.

nada a ensalzar figuras no muy angélicas, como los demonios y las brujas.

Fue en 1858 cuando el entonces rey Vittorio Emanuele II decidió cerrar el monasterio del pueblo que se encuentra en la Plaza del Ayuntamiento, donde la Iglesia de la Annunziata apoyaba financieramente la guerra y confiscaba propiedades de la iglesia.

Los últimos seis frailes de la orden de los Mercedari se vieron obligados a trasladarse a la sede del monasterio de Cagliari, junto a la iglesia de Bonaria. Un momento crucial en la historia fue cuando los lugareños acompañaron fuera de la aldea a los eclesiásticos. La situación degeneró debido a los insultos y calumnias que recibieron y empujaron a los hermanos a deshacerse del cinturón de cuero que tiene la clásica túnica blanca para lanzarlo contra la multitud, mientras les gritaban: “*Chi si serbat po s'impicai*” (que sea útil para ahorcarte).

La gente se quedó estupefacta ante las palabras de los frailes y se retiró. El eco de futuras desgracias resonaría siempre en las calles del pueblo, al menos a través de la tradición oral que transmite acontecimientos populares ancestrales.

La particularidad de la historia contada radica en el hecho de que en Villacidro se había producido un alto índice de suicidios a lo largo del tiempo, de acuerdo con la modalidad precedida por el fraile, el ahorcamiento.

El pensamiento está dirigido al evento fatal que tuvo lugar en un día ordinario, pero que será recordado como el “día de la maldición Villacidrese”.

Entre las diversas maldiciones nos encontramos con las “is co-gas”, criaturas de la fantasía popular que, originarias de la mitología griega, siguen presentes hasta hoy en día y conocidas en italiano con el nombre de “Streghe di Villacidro¹⁶”.

16 Se consideran las mujeres esclavas del diablo, siempre presentes en las narraciones de la vida de San Sisinnio di Leni y en las representaciones figurativas que lo incluyen, como corruptoras de la pureza, que tienden a la lujuria y chupan la sangre de los niños inocentes.

La figura de la *coga*, en particular, es la protagonista de las historias que años atrás se contaban a los niños y que los escritores aún recuerdan con encanto. En la tradición de Cerdeña, la *coga* es una mujer maldita, una bruja-vampiro destinada a traer la muerte y el mal.

Es una figura antigua, tal vez la más oscura de todo el folclore sardo. Se pensaba que tenía el poder de entrar en los hogares para matar a los niños recién nacidos, que podía pasar por debajo de las puertas o por las chimeneas, bajo la forma de otras criaturas, como una mosca. Darle la vuelta a determinados objetos es un poderoso remedio que los mantiene alejados porque simboliza que se le da la vuelta al orden natural de las cosas. Por ejemplo, poner una escoba boca abajo cerca de la cuna evitaría que las *cogas* maten al bebé.

Esta figura legendaria todavía está presente en el imaginario de Cerdeña. La gente recuerda las historias que los niños escuchaban sobre la *coga* por parte de sus abuelos o de los ancianos del lugar. Le tenían tanto miedo que incluso hoy en muchos pueblos, las personas mayores prohíben que se la nombre.

La propia Vanessa Roggeri cuenta que también ella tenía debajo de la cuna uno de los remedios contra la *coga*, un trípode dado la vuelta. Estos son legados antiguos que han formado parte de la cultura sarda durante mucho tiempo hasta el punto de permanecer indelebles en la imaginación colectiva¹⁷.

A la *coga* se la considera la personificación de la diferencia femenina, pero en la mayoría de los casos es una mujer distinta a las demás que se convierte en depositaria del mal y pararrayos de todas las catástrofes que podrían pasar en la comunidad. Es un problema que tiene raíces antiguas.

Incluso la mayoría de las leyendas sardas revelan este mecanismo superpuesto cada vez que los protagonistas son criaturas hembras. Todas las historias que revelan la presencia de una luz de fondo chamánica terminan hablando de mujeres con características

17 Para un estudio más detallado sobre este tema se puede consultar Alfredo Niceforo (1897).

demoníacas. Esto se debe a que la diferencia no era la peculiaridad, sino la distorsión de la normalidad y lo que no era normal hacía que el miedo se convirtiera en un ostracismo y un aislamiento.

4. *El corazón salvaje del enebro*

La autora afirma que el objetivo que tenía cuando se dispuso a escribir la novela *El corazón salvaje del enebro* no era el de contar una historia de ficción, sino simplemente contar la historia de una niña que no tiene culpa, pero cuya “diversidad” le dejará una marca indeleble para toda la vida. Su único pecado, ser la séptima hija en una familia de sólo chicas, y es por ese motivo por el que se la considera un ser maldito. Ha nacido en el pequeño pueblo sardo de Baghintos y allí a una criatura como ella se la considera una *coga*.

Ianetta pertenece a la rica familia de los Zara y todos sienten un profundo miedo y angustia ante su nacimiento, si nace mujer, traerá una serie de desgracias y maldiciones. Es así como comienza el primer capítulo del libro, con el nacimiento de Ianetta, párrafos muy evocadores que nos transmiten un miedo secular que no tiene freno:

El niño dentro del vientre de su mujer Assunta pateaba con todas sus fuerzas, pero parecía que no tenía intención de nacer. Sin embargo, este acontecimiento en casa de los Zara estaba lejos de ser feliz. Por el contrario, le tenían miedo. Todos en Baghintos hubieran preferido que nunca se hubiera producido este nacimiento. Aunque se intentó de distintas maneras que llegara al mundo muerta, la criatura no había querido darles esa satisfacción. (Roggeri, 2013: 3)¹⁸

La familia decide que la única opción para no caer en desgracia es deshacerse de ella y no volver a pensar en ello. Sólo que no todos los Zara están de acuerdo con esa decisión: Lucía, la hija mayor,

18 Autora: Vanessa Roggeri, traducción: Irene Scampuddu

lleva a cabo su primer acto rebeldía con sólo diez años. Sin comprender muy bien qué es lo que está pasando y quién es esa niña que han dejado a la intemperie, decide llevársela a casa y ponerle un nombre. La salva y, por ello, para todos los demás, condena a la familia y a todo Baghintos.

Una *coga* en la zona sólo puede traer desgracia y hundir a la población en el miedo. Pero lo hecho, hecho está y a los Zara no queda otra posibilidad que aceptarlo. La recién nacida había sobrevivido a la primera noche y ahora tendrían que cuidar de ella.

Sin embargo, su destino ya estaba escrito para Baghintos. Día tras día, estación tras estación, Ianetta sería una niña marginada y odiada por todos, excepto por su hermana Lucía, única que no le tiene miedo, la única a la que le importa, porque Ianetta es inocente y una ciega superstición, una leyenda antigua como la vida misma no puede cancelar ese hecho. Lucía se rebela contra todo y conta todos. Ella es la única que entiende qué se esconde detrás de esos ojos asustados y salvajes, de esa figura salvaje y fea: una niña necesita amor y que haría cualquier cosa con tal de recibir una mirada afectuosa o una caricia. Se trata sólo de una niña con un corazón fuerte y salvaje como el enebro, como reza el título de la novela: el enebro es una planta muy resistente, que es capaz de volver a brotar a pesar de haber quemado.

Este enebro representa el amor que une a las dos hermanas, y que será capaz de sobrevivir a todas las adversidades por las que tendrán que pasar a lo largo de los años. Este árbol simboliza también a la misma Ianetta quien, a pesar de todo lo que le hacen, incluida quemarla viva en su guarida, consigue siempre sobrevivir. Su deseo de vivir es más fuerte que el odio de todos los que la quieren muerta. Pero el enebro también simboliza Cerdeña que, a lo largo de los siglos, ha sufrido dominaciones, pestilencias y hambrunas y que, sin embargo, siempre ha encontrado la fuerza para resistir y seguir adelante.

El estilo de la autora en esta novela es muy fluido, introduce hábilmente construcciones sintácticas típicamente dialectales e introduce evocadoras palabras en sardo lo que permite que el lector entre sin dificultad en la realidad de la Cerdeña de finales del siglo XIX.

El prólogo procede de manera diferente a través de la identificación del narrador con un personaje menor, la segunda hija de Lucía, muchos años después de los hechos que se describen en la novela. Por el contrario, un narrador omnisciente nos va presentando a los personajes y nos describe los hechos con objetividad, sin juzgar o manipularlos, introduciendo muchos diálogos y pensamientos interiores y aportando muchos datos sobre la realidad sarda. La descripción está muy centrada en los personajes, a los que la autora se acerca con una buena dosis de psicología para que sean explícitas miradas, actitudes, estados de ánimo, dudas e incertidumbres. Una narración cargada de poesía en muchas ocasiones. De esta manera se presenta al lector todos los elementos necesarios para que sea él el que saque las conclusiones pertinentes.

Una ilustración de esta característica la podemos ver en esta cita en la que Lucía reflexiona sobre su hermana Ianetta:

Todo ese movimiento de pensamientos se olvidó cuando el desconcierto le subió a la garganta, al ver a la niña que agarraba al animal muerto y, con una fuerza increíble, lo arrastraba debajo de un árbol. El mal olor estaba se apoderaba del aire, pero Ianetta parecía no darse cuenta. En cambio, parecía animada por un gran interés. Lucía se sintió triste, el peso del luto se le echó encima. Observó a Ianetta y se conmovió cuando se dio cuenta de que ella no era como las otras niñas, sus juegos no que tenían la luz de la inocencia, sino la sombra de la amarga conciencia de que sólo podía interesarse por las cosas muertas, las únicas que no podían rechazarla. Estaba tan acostumbrada a que la odieran, a que todos la rehusaran que incluso acercarse a un animal muerto le parecía más seguro que a uno vivo. Las cosas muertas no protestaban ni blasfemaban deseándole mal. De esta manera tan suya Ianetta conseguía sentirse un poco menos sola. (Roggeri, 2013 :73).

La novela está ambientada en una época oscura, en la que está todavía muy vigente la caza de brujas, pero en la que ya van apare-

ciendo algunas luces que nos hacen intuir profundos cambios en la sociedad sarda. Fundamentalmente es el personaje del doctor Giuseppe Spada el que introduce este cambio de mentalidad que será lento pero que irá ganando terreno cada vez con más fuerza. Giuseppe es un médico que llega a Baghintos de la ciudad, de Casteddu o Cagliari, para cuidar a los enfermos de esa zona alejada y desconocida también para él. Su mente positivista intentará iluminar algunos hechos y explicarlos con la razón y con los conocimientos científicos y no a través de supersticiones milenarias donde, por ejemplo, la muerte de un recién nacido o de una mujer recién parida eran necesariamente debidas a alguien que no estaba vivo y no a una hemorragia o a la muerte súbita.

Pero es una excepción en la novela. El resto de los personajes se mostrarán muy reacios ante el doctor, que es un forastero y no entiende qué pasa en Baghintos. Incluso Lucía, con la que mantendrá una historia de amor que le conducirá al matrimonio, tendrá que enfrentarse a la contradicción esta vez no entre la ciencia y las supersticiones, sino entre sus sentimientos, lo que ella cree que la *netta* es realmente y que se ve refrendado por hechos que ella personalmente ha presenciado, y esas tradiciones bien arraigadas en su isla. Todos los personajes de la novela se nos muestran directamente implicados en leyendas y creencias populares relacionadas con espíritus, *cogas* y *brujas* que afectan a su vida cotidiana y que les empujan a actos de violencia contra personas que son como ellos, de carne y hueso, y cercanos a ellos. Pero, como dice Roggeri por boca del doctor Spada, los dichos y las supersticiones acaban con la razón y ahogan al corazón.

4.1 Personajes femeninos en la novela

Una de las características más evidentes de la novela es la importancia que la autora da a la figura femenina. *El corazón salvaje del enebro* narra una historia de mujeres. Roggeri afirma que inicialmente no esta preponderancia de lo femenino no era algo planeado, aunque no puede dejar de constatar la importancia que han tenido

en su vida figuras femeninas importantes, unas veces directamente, como en el caso de su madre y de su abuela y, otras, como su bisabuela, a través de las historias que le contaban en familia.

Una obra inspirada en mujeres fuertes (Sirigu, 2007: 81), que a menudo criaban a una familia entera ellas solas, sin la ayuda de nadie, pero sobre todo sin una figura masculina a su lado. Mujeres que han hecho muchos sacrificios y que se han convertido en verdaderos ejemplos de vida; mujeres que no se han rendido ante las dificultades económicas y que han ido hacia delante siempre.

Las mujeres de Cerdeña nos enseñan cómo a través de la determinación y la fuerza podemos alcanzar cualquier meta, incluso rompiendo un sistema de convenciones sociales y culturales creadas por y para los hombres, como nos recuerda Roggeri hablando de Grazia Deledda en una entrevista¹⁹.

Los personajes femeninos de la novela no son estáticos, presentan una importante evolución en la novela y adquieren un papel más importante que los hombres, son ellas las que toman las decisiones realmente importantes, son ellas las que, con valor, se enfrentan a la realidad y, de una manera u otra, intentan salir al paso de cada situación, por muy dolorosa que esta sea. Los hombres se nos muestran por lo general poco activos o incapaces de tomar decisiones y de llevarlas a cabo (el caso del padre Severino es muy ilustrativo como también el del párroco). El centro de atención sobre el que gira esta novela es este sistema matriarcal²⁰ (De Luca, 2006) donde el papel de la mujer es dominante.

La condición de la mujer en Cerdeña, sobre todo en las zonas del interior, no es muy diferente a la de los hombres, es más, ellas, que han tenido que vivir circunstancias muy difíciles como las de cuidar de sí misma y de las pocas posesiones de la familia en situación de precariedad extrema, actúan con la misma autonomía y

19 Vanessa Roggeri en una entrevista para la presentación del libro *El corazón salvaje del enebro*, menciona a Grazia Deledda como un ejemplo de mujer fuerte y decidida, un modelo de fortaleza.

20 Para uno estudio sobre el matriarcado, véase Johann J. Bachofen (2004).

responsabilidad con la que un hombre lo hacía en otras zonas más alejadas.

Fue el propio varón el que las encomendó la economía doméstica, la gestión empresarial, si se pudiera llamarla así, y aunque no se prodigara en la vida pública, la mujer siempre fue el punto de referencia dentro de la familia. Ella era la que realmente poseía el carisma y la sabiduría a la que se referían todos y, como era muy fuerte, asumía el poder espontáneamente dentro de la sociedad.

De hecho, este es el verdadero significado del matriarcado, pero eso no significa que la mujer de Cerdeña fuera libre; de hecho, se encontraba encerrada en el papel que se le había confiado y no siempre era capaz de minar el sistema.

Es necesario hacer una reflexión sobre nuestros orígenes, ya que el presente sólo puede entenderse retrocediendo hacia el pasado, socavando prejuicios y ampliando la visión general, proporcionando el impulso necesario para la construcción del futuro.

Si el patriarcado es el modelo dominante de poder en gran parte del planeta, el matriarcado es una institución prácticamente ausente hoy en día, si no fuera por excepciones raras y aisladas que han sobrevivido en tierras y culturas completamente distantes a las nuestras. De modo que no es raro que “Sa femina”, la mujer de Cerdeña, haya sido una fuente de inspiración e interés, no sólo en la literatura, sino también en el arte moderno sardo a principios del siglo XX.

Y esta es también la razón por la cual la escritora describe espontáneamente en su novela figuras femeninas tan fuertes, personajes tan determinados, no importa si son buenos y malos. Cuando Roggeri habla de Pinella, la segunda hija, no la retrata como un personaje positivo – la envidia que siente por su hermana mayor, la más bella y la más admirada, la lleva a cometer acciones que van contra la moral y la vida; pero, a pesar de todo, tras sus sombras se esconde una gran fuerza, de hecho, Pinella asume un papel completamente opuesto en relación al de Lucía, pero se revela una digna antagonista, capaz de decidir y de llevar a cabo acciones para conseguir sus propósitos.

Las otras hermanas están menos delineadas en la novela: Mariuccia, Desolina, Fedela y Giulia. Importante también el personaje de Assunta, la madre, y Cicita, la criada.

Lucía, por otro lado, representa el faro, lo bueno, lo que da esperanza, esa luz que todo ser humano tiene adentro y que a menudo todavía se tiene que descubrir. Su personaje evoluciona a lo largo de la novela, pasa por fases evolutivas físicas y psicológicas. Se quedará embarazada y luego su cuerpo sufrirá un cambio evidente a medida que vayan cambiando sus prioridades. Con demasiada frecuencia, en algunos momentos, deja que la duda crezca sutilmente y la razón parece sucumbir antes de que las supersticiones populares que están arraigadas a su pesar en su corazón se sofoquen y la lleven a darle la espalda a Ianetta.

Vemos esto en una parte de la novela, cuando Lucía le pregunta a Ianetta si tiene hambre y quiere comer algo. La niña reacciona mordiéndose el brazo como si fuera un animal. Lucía en ese momento comienza a reflexionar sobre lo que ha hecho y teme por un momento haber tomado la decisión equivocada. Pero el amor incondicional de Ianetta, que por naturaleza la caracteriza, la llevará a dar un paso atrás y borrará los pensamientos feos que la habían hecho frágil por un momento.

Es una guerra entre la superstición y la razón, entre la oscuridad y la luz, entre el pasado y el futuro. Una vez más, las mujeres luchan: Ianetta, que representa la inocencia; Assunta, el corazón de piedra; Lucía, la esperanza; Pinella, la que actúa en las sombras. Cada una de ellas, a su manera, intentan sobrevivir en un mundo en el que es la superstición la que reina.

Sin embargo, a pesar de las dificultades, Lucía podrá superar las dudas existenciales que caracterizan las distintas fases de este cambio; tal vez ella es la verdadera protagonista porque es la que sufre un cambio real y siempre lidera los hechos más importantes.

En cierta manera, Ianetta es el pretexto para que Lucía pueda socavar siglos y siglos de tradiciones, pero también representa sobre todo el deseo de vivir. Ianetta no es como todos los demás, es un personaje especial, tiene una naturaleza salvaje, tal como se descri-

be en el título de la obra, , una naturaleza que lucha para atraer el amor de los demás; no es “hermosa” como el resto, pero esto es lo que la convierte en un ser único.

No necesita hablar, entre ella y Lucía hay un vínculo tan fuerte que crea, incluso en silencio, un sistema de comunicación exclusivo, compuesto de muy pocas palabras, porque en realidad no son necesarias.

Ianetta representa esa parte del ser humano, una especie de arquetipo de naturaleza peculiar que cada uno de nosotros tiene dentro, pero que tiene miedo de mostrar y que nos lleva a no rebelarnos, a conformarnos con las migajas que otros deciden que merecemos.

Ella no es así. Nos muestra ese lado oculto y esa característica la hace diferente, especial y auténtica, pero es precisamente esta autenticidad la que da miedo, porque no se ve como algo original, sino como una fuente de debilidad. A Ianetta solo le gustaría conquistar uno de sus espacios en el mundo y tener la oportunidad de vivir como todos los demás.

Las figuras masculinas, como se ha dicho anteriormente, asumen una posición marginal, pero, a pesar de que no son figuras prominentes, todavía tienen su fuerza. Severino, padre de las hermanas Zara decide matar a Ianetta pero debido a su buen corazón no será capaz de llevarlo a cabo. Por lo tanto, decidirá abandonarla a merced de la naturaleza: el frío, la lluvia y la falta de alimento habrían hecho todo lo que él no había podido hacer.

Giuseppe en cambio, doctor y hombre de ciencia, es el que cuestiona las supersticiones y creencias populares que habían condenado a Ianetta desde el principio. Gracias a su intervención y al amor de Lucía, esa cadena de brutalidad y violencia se romperá, resaltando cómo la furia y la perpetuación del odio ciego terminan produciendo monstruos que sufren y aceptan el destino que se les asigna.

También en su novela *Flor de rayo* Roggeri introduce importantes figuras femeninas y uno de sus personajes es la vizcondesa Donna Trinez, inspirada en Francesca Sanna Sulis, una de las figuras más importantes de Cerdeña del siglo XVIII. La propuesta

de Donna Trinez, que le ofrecerá la oportunidad de trabajar en su noble residencia, marcará un nuevo comienzo para la protagonista Nora.

Cuando se trata de mujeres, a menudo el eco de sus grandes vidas cambia el destino de muchos hombres, pero eso no siempre se hace público. De hecho, las huellas permanecen ocultas bajo el tejido narrativo de la identidad social, dejando impune el crimen silencioso e implacable del olvido.

La grandeza de esta mujer se confirmará al final de su vida, cuando a la edad de 92 años, en 1808, escribió su testamento. El patrimonio que tenía fue inmenso. La muerte de sus dos hijos y la vida monástica a la que su hija se dedicó, le permitieron decidir libremente su destino. Donna Trinez reflexionó sobre mujeres sin marido y dedicó gran parte de su riqueza a su “liberación” de la esclavitud de tener que depender de su familia o de tener que casarse para pasar de un dueño a otro.

4.2 La tesis de la autora

El verdadero mensaje de Roggeri es su deseo de superar la diversidad. Ianetta logra esa voluntad de vivir gracias al amor de Lucía, la única mujer real, fuerte y determinada que decide ir más lejos, siguiendo su instinto y el de su corazón con la ayuda no sólo del amor, sino también de la razón.

Esta novela impacta profundamente, es una historia llena de emociones, poderosa e incisiva que nos pone de frente a las facetas de la vida y nos abruma por completo. Una novela que nos confunde en cierta manera y que, a menudo, ha provocado que los lectores no puedan distinguir el límite entre la realidad y la superstición. Todo el mérito de la extraordinaria Vanessa Roggeri que ha logrado dibujar una historia en la que Cerdeña no permanece en segundo plano, sino que se convierte en una parte activa de toda la historia.

A través de los colores, olores y costumbres, *El corazón salvaje del enebro* nos introduce en un mundo antiguo caracterizado por antiguas supersticiones y leyendas populares, que siguen teniendo

gran presencia en Cerdeña. A través de la historia de Ianetta, Lucía y la familia Zara, nos ayuda conocer una tierra misteriosa y nos muestra una realidad que a menudo se olvida.

El centro de la historia es el vínculo entre las hermanas, pero no sólo entre Lucía e Ianetta, sino también entre Pinella y Lucía; igual de fuertes son el miedo, los celos, las dudas, los resentimientos, y todas las emociones que forman parte del ser humano, que a veces lo devoran y hacen que cambie nuestra propia realidad y la de los que tenemos alrededor.

Ianetta representa la superstición, pero también la realidad. En Cerdeña, a finales del siglo XIX, la gente vivía de creencias populares y en este ambiente Ianetta es una *coga*. En la realidad contemporánea²¹, donde en la mayoría de los casos las personas no creen tanto en la superstición, Ianetta probablemente sería una niña diferente y, además, enferma. Pero también nos enseña cómo un vínculo tan fuerte entre dos hermanas es capaz de superar obstáculos tan altos como estos.

Vanessa Roggeri se abre camino partiendo de las historias de su abuela sobre las *cogas* que caracterizaron su infancia, para crear el personaje de Ianetta, una víctima que finalmente tuvo la oportunidad de redimirse.

Este es también *El corazón salvaje del enebro*. Nos pone frente al presente y al futuro y lo hace a través del pasado. Nos muestra cómo a menudo terminamos siendo lo que otros nos dicen que somos, la forma en que otros nos pintan y que nos influye tanto que ya no somos nosotros mismos, nos afecta mucho y, sin darnos cuenta, muchas veces simplemente nos adaptamos a esa situación que nosotros no hemos decidido.

El enebro, elegido e incluido en el título de la novela, en realidad presenta muchas claves para la lectura. En primer lugar, se trata de una planta fuerte, que tiene raíces sólidas, pero para Rog-

21 Aunque estamos en la era de globalización, hay muchas personas, especialmente ancianas, que todavía creen en estas criaturas, que todavía las temen y tienen miedo incluso de nombrarlas.

geri, la historia representa a Ianetta. El enebro es lo suficientemente resistente como para sobrevivir a los incendios y esta capacidad continua de supervivencia en cualquier situación, por muy precaria que sea, es también de Ianetta que no cae ante a las dificultades y lucha siempre por vivir. Ella es el corazón salvaje de este enebro, y es salvaje porque no sigue las reglas, no se ajusta a la sociedad y sigue siendo libre.

Pero el enebro también representa la sólida relación entre las dos hermanas, una relación que sobrevive a todos esos elementos y a todas esas fuerzas externas que quisieran verla muerta: la familia y el pueblo. A pesar de todo su amor será tan fuerte como para salir viva y más fuerte que antes.

También la mujer es como el enebro. La mujer de Cerdeña que, con su carácter, su fuerza y determinación ha sido capaz de superar cualquier dificultad, incluso sola, sin la ayuda de nadie. Madres solas que han criado familias numerosas y que, a veces, han asumido roles y responsabilidades masculinas que son típicas de nuestra sociedad. Fuertes como el enebro, han superado los prejuicios, las acusaciones y se han delineado un espacio propio en una realidad tan hostil.

Finalmente, el enebro es también Cerdeña, una tierra que a lo largo de los años ha sufrido invasiones externas, cambios, crisis económicas y sociales, enfermedades como la malaria y la peste, desastres naturales, miseria y hambre, pero que, sin embargo, ha podido avanzar, resistir, ha seguido hundiendo sus raíces y ha mantenido su belleza, sus tradiciones, sus misterios y sus costumbres la que caracterizan.

5. Bibliografia

- Acito M., "L'Accabadora di Michela Murgia, l'ultima madre" [online]. Selacapo.net, Laboratori di giornalismo partecipativo. Disponibile all'indirizzo <<http://selacapo.net/new/prima-pagina/2012/10/16/laccabadoradi-michela-murgia-lultima-madre-monicaacito/>> (2013-05-25).
- AA.VV, La società in Sardegna nei secoli, lineamenti storici. Natale Sanna, *Dal 1870 alla Prima guerra mondiale*, pag 245. Ed. ERI, Torino 1967.
- Bachofen J. J., (1988), *Il matriarcato. Storia e mito tra Oriente e Occidente*, Torino: Einaudi.
- Cadoni E., (1988), *Storia del paese d'ombre a parole*, Cagliari: Gia editrice.
- Cirese A., M. (2006), *All'isola dei sardi*, Nuoro: Il Maestrale.
- Deledda G. (1995), *Tradizioni popolari di Sardegna*, a cura di Dolores Turchi, Roma: Newton Compton.
- De Castro, S., A., (1845), *Letteratura*. La Meteora, A. 3, n. 3, Cagliari: Società Tipografica, poi Tipografia del Commercio.
- De Luca E., (2006), *In nome della madre*, Milano: Feltrinelli.
- Liori A., (1991), *Manuale di sopravvivenza in Barbagia*, Cagliari: Edizioni Della Torre.
- Loi S., (2003), *Inquisizione, magia e stregoneria in Sardegna*, Cagliari: AM&D.
- Loi S., (2008), *Streghe, Esorcisti e Cercatori di Tesori*, Cagliari: AM&D.
- Muscas L., (1999), *Villacidro Scorci di vita paesana*, Cagliari: Edizioni Castello.
- Murgia M., (2008), *Viaggio in Sardegna*, Torino: Einaudi.
- Murgia M., (2008), *Femminilità. Viaggio in Sardegna*, Torino: Einaudi.
- Niceforo A., (1897), *La delinquenza in Sardegna*, Cagliari: Edizioni della Torre.

- Nino, G., *I Nuraghes*, (1843), Cagliari: La Meteora.
- Olivo, P. (2000), *Immagini dal passato. La Sardegna archeologica di fine 800*, Sassari: Delfino Carlo Editore.
- Paulis S., (2006), *La costruzione dell'identità. Per un'analisi antropologica della narrativa della Sardegna fra '800 e '900*, Sassari: Edes,
- Piras P. A., (2000), Resoconto sanitario del comune di Villacidro dal 1886 al 1892. Recuperado de <http://www.villacidro.net/zzz/paesedellestreghe/streghe1.htm>.
- Pitzalis A. M., (1978), *In nome della madre: Ipotesi sul matriarcato barbaricino*. Milano: Feltrinelli.
- Roggeri V., (2013), *Il cuore selvatico del ginepro*, Milano: Garzanti.
- Roggeri V., (2018), *La cercatrice di corallo*, Milano: Rizzoli.
- Roggeri V., (2015), *Fiore di fulmine*, Milano: Garzanti.
- Scala L., (2009), Memoria sobre los archivos de Cerdena: edicio integra del manuscrit inedit / Eduard Toda y Guell; Dolianova : Grafica del Parteolla,
- Sirigu P., (2007), *Il codice barbaricino*, Cagliari: La Riflessione.
- Siotto P. G., (1877), *Storia civile dei popoli sardi dal 1798 al 1848*, Bologna: Arnaldo Forni Editore.
- Tola S., (2006), *La letteratura in lingua sarda. Testi, autori, vicende.*, Cagliari: CUEC.
- Toso F., (2012), *La Sardegna che non parla sardo*, Cagliari: CUEC.

El corazón salvaje del enebro



Prólogo

La casa era grande, con los techos derrumbados. En el patio las malas hierbas, altas y densas, impedían el paso. Mi hermano mayor, mi hermana pequeña y yo nos miramos desconsolados, inmóviles en el hueco de la entrada, en el portal grande. Antes de salir no habíamos pensado qué íbamos a hacer con la casa natal de nuestra madre. Teníamos curiosidad por ver el lugar donde había nacido y crecido, por descubrir qué había quedado de ella tras su muerte. Pero ahora que se nos mostraba en todo su triste desmantelamiento, de repente nos sentimos vacíos, perdidos, como si el viaje hubiera perdido su sentido.

Me aventuré en la maraña de malas hierbas hasta la entrada, sin atreverme a desafiar esas profundidades oscuras. Reinaba la paz del abandono, un silencio tan completo que sólo los latidos de mi corazón resonaban en mis oídos. Traté de imaginarme a mi madre de niña jugando en una casa que una vez tuvo que ser rica y estar bien cuidada. Fue en ese momento cuando tomaron forma y consistencia los restos de viejas historias que habían servido de marco a mi infancia. Cuando éramos niños, a mi madre le encantaba contarnos historias. A través de sus ojos veía un mundo entero y su voz encantaba de tal manera que te enredaba en una sutil red de sueños. Sólo de adulta, disuelta la bruma de la infancia, he comprendido que no sólo era una fantasía, que cosas infinitamente más amargas y reales anidaban en esas historias. Cosas importantes, cosas que tenían que ver con la vida de mi madre. Cosas que solamente ahora comenzaban a tener sentido.

Reconfortada por una verdad que consuela, me volví para mirar el rostro serio de mi hermano y los ojos llenos de lágrimas de mi hermana. Si alguien me hubiera visto en ese momento quizás se habría atrevido a decir que yo no era de la familia, que no era la hija de Lucía Zara, porque en mi rostro apareció una sonrisa.

En los últimos años, a menudo mi madre había repetido que la casa de Baghintos era su herencia en la tierra para nosotros, sus hijos. Se había aferrado a ella como si fuera su único punto de fuerza, sin intuir que ella ya nos había dejado algo maravilloso.

No, esa casa vacía no era la herencia de Lucía. Había sido necesario un viaje largo y tortuoso a una aldea remota para poder entender que esas historias habían sido su regalo máspreciado, la lección de una mujer fuerte y valiente. Esas mismas historias que les cuento a mis hijos hoy y que algún día mis hijos contarán a los suyos, para que el hilo impalpable que nos une nunca se rompa.

1

Baghintos, 31 de octubre de 1880
La noche de las *animeddass*

Tzia Mercede era pequeña y redonda como una hogaza, pero tenía los brazos fuertes y, llegado el momento, sabía cómo sacar a un niño del vientre de su madre. Un pañuelo negro, tan negro como sus faldas y el corpiño bordado con pequeñas flores violetas, estaba fuertemente atado bajo su barbilla como si quisiera guardar todos los secretos que se escondían en la cabeza. Parecía que había nacido de un olivo centenario desprovisto de la palabra, pero que ha visto muchas cosas y sus hojas y ramas están llenas de sabiduría. Con sus piernas cortas saltaba, rígida, por toda la casa de la familia Zara, dando órdenes a cualquiera que pasara por delante de sus narices. Llevaba así desde por la mañana temprano, cuando Severino Zara la había llamado. El niño dentro del vientre de su mujer Assunta pateaba con todas sus fuerzas, pero parecía que no tenía intención de nacer.

Sin embargo, este acontecimiento en casa de los Zara estaba lejos de ser feliz. Por el contrario, le tenían miedo. Todos en Baghintos hubieran preferido que nunca se hubiera producido este nacimiento. Aunque se intentó de distintas maneras que llegara al mundo muerta, la criatura no había querido darles esa satisfacción.

La *tzia* Mercede entró en la habitación y el círculo de mujeres reunidas alrededor de una gran vela bendita dejó de salmodiar. Entonces, la *tzia* Mercede abrió los ojos como un águila cuando está a punto de sacar a la liebre de su madriguera y, mientras hacía la señal de la cruz, dijo: “¡No paréis, tenéis que continuar! ¡Rezad, rezad!”. Aconsejó a las vecinas de la casa de la familia que tanta

pena se habían llevado: “Tenéis que rezar el rosario, todo entero. Y cuando terminéis, ¡comenzad de nuevo! No debemos dejar las puertas abiertas. “*Deusu ci gastidi!*”¹

Que Dios nos proteja, había dicho. Una tímida criada llevó una pila de sábanas de lino a la habitación de la parturienta. Cesarina, así se llamaba, habría querido salir de allí rápidamente, volver a la cocina a sus ocupaciones habituales, al lugar seguro donde habían colgado hojas de hisopo cerca del crucifijo, sobre la chimenea. Pero no se resistió a la tentación y, al final, justo antes de salir por la puerta, miró. Y casi se desmayó al ver a su señora tan atormentada por el dolor y el miedo. Luego invocó a todos los santos: que por lo menos uno de ellos pensara en salvar su alma.

“¡Quítate de en medio, tonta! *Tzia* Mercedes esquivó a la joven y corrió a la cabecera de la cama de Assunta. Examinó atentamente a la mujer tumbada que miraba al techo y movía los labios como si estuviera rezando una oración silenciosa. Se inclinó sobre ella y estas fueron las palabras que le entraron en los oídos: “¡San Sisinnio, que no sea una niña! ¡Que no sea una niña! ¡Se lo ruego, San Sisinnio, concédame la gracia! ¡Concédame la gracia!”.

“Bien, bien, rece a San Sisinnio que le tiene que conceder la gracia”, le aseguró la matrona.

Cielo negro como la tinta y tierra preñada de rayos. Fuera había estallado la tormenta mientras la *tzia* Mercedes colocaba un segundo trípode al revés debajo de la cama.

“Bese la imagen de San Sisinnio, por favor. Así. Otra vez. Póngase-la sobre la barriga. Tiene que tocarle la carne”.

La matrona cogió un cuenco lleno de agua bendita y regó a Assunta como si fuera una planta seca mientras pronunciaba los hechizos.

Un grito de dolor quebró el aire, tanto que se escuchó hasta los límites de Baghintos. Assunta quería competir con el trueno. Y tal un rayo parecía que la había alcanzado y le había atormentado la carne.

1 ¡Que Dios nos castigue (si lo hiciéramos)!

“¡El sinvergüenza quiere salir, ¡que la justicia divina se encargue“ *Tzia* Mercede intentó sonreír, pero le salió una sonrisa retorcida y alargada. Se subió las mangas, lista para sacar lo que tenía que ver la luz.

¡Échelo fuera, hija mía! ¡Échelo fuera, le digo! ¡Bien, bien, hija mía!”

Dolor y sangre.

Finalmente, después de mucho sufrimiento, *tzia* Mercede tuvo algo que agarrar y sacar fuera. Primero una cabecita negra con pelo. Luego un cuerpo amoratado. Había nacido y no había tiempo que perder. *Tzia* Mercede lo agarró por las piernas y levantó su mano lista para darle aliento. Pero se detuvo, repentinamente rígida y pálida como una estatua de sal.

Assunta levantó la cabeza que le colgaba pesada y le miró los ojos abiertos y una boca abierta llena de angustia. “¿Es una niña?” El miedo a la respuesta absorbió sus últimas fuerzas.

Pero *tzia* Mercede no respondía. Y ni siquiera quería que el aire entrara en los pulmones del niño. Este tenía alma de enebro y, por eso, el primer llanto se lo provocó él mismo. Fuerte y vivo como un animalito salvaje, luchaba casi para darse la vuelta él sólo.

A *Tzia* Mercede por poco no se le cayó al suelo. Su rostro era oscuro y, de repente, sus ojos se habían ido muy lejos; lejísimos se iban los pensamientos, que era mejor no acariciar porque eran feos y porque contemplaban cosas tan oscuras como la noche.

“Es demasiado tarde”, dijo, en voz baja. Acostó al recién nacido en la cama, agarró un par de tijeras y le cortó el cordón umbilical. Cogió un trocito, lo envolvió en un paño de lino bordado con espigas y se lo dio a su madre.

“Tiene que conservarlo siempre, pase lo que pase, esto lo tiene que guardar bien. Si lo pierde o lo tira no hay ningún otro remedio contra *esas*. Ya lo decía mi abuela e incluso antes de mi abuela mi bisabuela. Haga lo que le digo.”

Assunta cayó sobre la almohada desfallecida, no tenía ni fuerzas para respirar. Cuando la matrona le trajo a su hijo para que lo viera con sus ojos, ella volvió la cabeza hacia el otro lado.

“Niña”, le comunicó como una sentencia que no permitía salida alguna, pero esto Assunta ya lo sabía, como sabía también todo lo demás.

Tzia Mercedes envolvió a la niña en un chal y salió de la habitación. La mantuvo lejos del pecho, como si fuera un bulto empapado de veneno. A paso ligero bajó por las escaleras y se fijó en los dos hombres que la miraban llenos de esperanza y temor.

Severino Zara masticaba un palo de lentisco, mientras en sus dedos de campesino se movían con torpeza los granos de un rosario. Su bigote y sus cejas rectas y pobladas hacían que pareciera una especie de lechuza común, serio y preciso al estudiar todos los detalles, pero no tan inteligente como para comprender su sentido. Tenía los ojos azules como pequeñas gemas, exactamente como su padre Efisio que, por el contrario, cuando miraba, penetraba en el alma de las cosas y de la gente. *Berritta* que colgaba de la oreja izquierda, faldón y chaleco de pana negra, Efisio se agarraba al codo de su hijo no por debilidad; su cuerpo era duro y su paso seguro en los bosques y en la tierra plana, y todos en el pueblo le tenían gran respeto. No le tenía miedo a nada, Efisio, pero cuando vio la expresión triste de la partera, su barba blanca tembló. *Tzia* Mercedes no necesitó palabras. Levantó los bordes del chal y dio la vuelta a la pequeña para que el padre y el abuelo la pudieran ver. Ver y sobresaltarse con consternación.

“*Arrori!;Gesusu!*” exclamó Efisio, invocando el nombre santo de Jesús.

“Aquí y aquí”, dijo *tzia* Mercedes, señalando el pequeño rabito que surgía de la parte posterior de la niña y los dientes pequeños como granos blancos de los que ya estaba bien provista. La niña no parecía feliz con esa inspección; se retorció y protestaba pidiendo que la pusieran derecha. Pero Efisio y Severino no podían estar suficientemente satisfechos con lo que habían visto y querían volver a ver el horror de esos signos diabólicos.

2 ¡Qué horror, Dios mío!

“Tiene los signos, *tziu* Efisio”.

“¿Estás segura?”

Tzia Mercede asintió solemnemente. “¿Nacida a los siete meses en la noche de las almas? ¿Nacida con el rabo y todos los dientes? ¿Estás loco? ¡Claro que es una *coga*! Es el destino”.

Efisio la miró y en sus venas se le secó toda la sangre. Cesarina y la criada más vieja, *Cicita*, que se habían quedado espionando a la vuelta de la esquina, desaparecieron y se fueron a la cocina e incluso las vecinas, como cuervos envueltos en chales oscuros, se fueron rápidamente santiguándose y recitando conjuros. Sabían que no se podía hacer nada.

“Bueno. No quiero nada por este servicio”. *Tzia* Mercede nunca hubiera aceptado la cesta de pan, jamón, quesos y huevos por dar a luz a una *coga*. Nunca, ¡por nada en el mundo! En cambio, se estiró para entregar la inconveniente carga a los brazos del padre.

“Tenga, esto es suyo ahora. Yo ya he terminado aquí. “Después añadió, “Ahora haga lo que tiene que hacer. ¡Y hágalo rápido!”.

Tzia Mercede se cubrió bien y, a pesar de la lluvia, salió de la casa; sin girarse hacía el gran patio, pasó bajo la vieja higuera y caminó por el sinuoso callejón que conducía a la casa de su hermana. A la mañana siguiente saldría hacia su pueblo.

Efisio y Severino se miraron petrificados. Desde las habitaciones del fondo llegaba el lamento de un llanto. La lluvia golpeaba en el tejado.

A Efisio nunca le habían gustado los recién nacidos. Tantas arrugas y tanto llanto. Se parecían a los extraños *omineddus* que, cuando era un niño, iba a espiar entre las piedras del *Marxani nuraghe*, el que estaba en la colina que dominaba el pueblo de Baghintos. Recordaba muy bien que entonces le llegaban justo a la rodilla, que la cara estaba toda arrugada y que eran frenéticos como un nido de araña. A los niños de Baghintos siempre les había gustado ir a ver a las hadas y a otras criaturas que habitaban en los *nuraghi* de la zona; era su secreto, porque los mayores estas cosas no las podían ver.

Con un dedo nudoso apartó el borde del chal y estiró el cuello para mirar a la nieta en la cara. Puso cara de desaprobación al ver ese

pelo oscuro como el de un animal, la boca pequeña como un rizo, los ojos de un verde charca. Y luego las arrugas: ¡se podía decir que tenía más que él!

“Es fea. Es mala”.

Severino ni siquiera pensó en mirarla y, al final, vencido por el desaliento, dijo bruscamente: “¡Nos ha tocado! ¡Es una desgracia! ¿Qué puedo hacer, padre?”

“Lo que hay que hacer, se debe hacer”. Hazme caso”.

Severino miraba las escaleras, las incrustaciones y las molduras del armario, el artesonado sobre las grandes vigas de madera del techo, el agua que chorreaba a cántaros por las ventanas; miraba a todos los lados menos a su padre y a la niña que tenía en sus manos.

“¿Y quién tiene que hacerlo?”

“Severino, tienes que hacerlo tú, ¡tienes que hacerlo! ¿No lo entiendes?”

Severino evitaba los ojos punzantes de su padre. Él no quería que viera que tenía mucho miedo. Se sentía tan mal y su estómago estaba tan revuelto que le temblaban las rodillas; afortunadamente, estaba acostumbrado a ocultarlo cuando le ocurría.

“¿Y cómo tengo que hacerlo? ¿La pongo en un cubo lleno de agua?”

“¡No! A *esas* no se las puede ahogar. Escúchame: ponla sobre la muela y coge una piedra grande y pesada. Pero que sea muy pesada. Es la única forma, hazme caso”.

Ahora Severino se quedó mirando fijamente un punto en el piso, hasta que su padre lo sacudió con fuerza por una manga.

“¿Pero lo has entendido? ¡Lo tienes que hacer antes de que amanezca, por el amor de Dios, o seremos unos desgraciados toda la vida! El hombre con la hija en sus brazos, la séptima, se quedó petrificado allí, durante mucho tiempo. Podría haber echado raíces y no lo habría notado. Entonces, de repente, como la lluvia en junio, se movió y se fue rápidamente al patio, directamente hacia la vieja muela donde se molía el trigo y que ahora ya no se usaba. Depositó el paquete aterrador sobre la tapa de piedra volcánica. Luego agarró una gran roca del muro de piedra que separaba el patio de las galli-

nas de la granja, y volvió sobre sus pasos. Respiró profundamente el aire helado y levantó la roca sobre su cabeza. Dudó un instante, y entonces fue la tormenta la que decidió por él, cuando un golpe de viento descubrió el pequeño cuerpo a los ojos del padre, que se encontró de frente con la niña. Todavía estaba cubierta de sangre, pero la lluvia la estaba lavando rápidamente. Lo que veía le recordó a la otra hija que había muerto dos años antes. Aquella niña, Giulia, había muerto una semana después de haber llegado al mundo, esa sí que era normal. Todo en ella era como Dios manda. Su corazón se llenó de ternura y su valor, reunido con tanto esfuerzo, se evaporó en un triste suspiro. Dejó caer el arma con la que pretendía matarla y retrocedió un paso. Se volvió al cielo lleno de agua, con los ojos cerrados. Y tomó una decisión. Dejaría que la lluvia y el frío de la noche se llevaran a su séptima hija. Sí, eso iba a hacer. Encorvado y, de repente, marchitado por el gran dolor, regresó a casa con las manos cubriéndose los oídos. Sólo se calmaría cuando esos terribles gemidos cesaran.



Las cinco hermanitas Zara seguían vigilando el plato de lentejas y el vaso de vino tinto que habían puesto por fuera de la ventana de la cocina. Esa noche, debido a la tormenta y a todos esos truenos, nadie había visto aún a las almas de los muertos pasear en el cementerio o por las calles del pueblo. Los familiares muertos que visitan a los familiares que todavía están vivos no tocaron los platos que las familias habían preparado para propiciar su protección en las cosas terrenales.

Las cinco niñas escucharon los ecos de los llantos y los pasos sordos, arrastrados, en el piso de arriba. Estaban allí, buenas de verdad, picando *pabassinas*, con los oídos alerta y atentos a cada pequeño ruido, con miedo y esperanza a la vez de que algo increíble pudiera suceder de uno momento a otro. Sabían que estaba a punto de nacer otro niño en la casa, pero, extrañamente, este hecho, esta vez, había adquirido la gravedad de un luto. Cuál era la causa, iba más allá de su comprensión.

Mariuccia, con tres años recién cumplidos, de las cinco era la más pequeña y la más delicada, como una florecilla de campo. Cuando nació, los médicos les habían dicho que la niña tenía los riñones “estropeados”, demasiado pequeños para sobrevivir. Todavía no había aprendido a hablar, pero en casa no se afligían por ello y estaban todos muy contentos porque todavía seguía viva y con ellos. Cuando quería comunicar algo estaba Desolina, que hablaba por ella, la única, a parte de la madre, que podía entenderla. Desolina tenía cinco años, pero parecía que tenía al menos dos más; se pasaba todo el día masticando, preferiblemente dulces, y todos sabían que bastaba la vaga sospecha de algo espantoso para que se acurrucara en un rincón llena de miedo. De las cinco hermanas era la única con ojos azules, pero, al contrario que los de su abuelo, los

suyos eran pálidos, un poco hacia abajo, como los del viejo perro del pastor que se había muerto un mes antes, distante el uno del otro y nada agudos.

Fedela, la tercera, era la que llevaba los pies descalzos la mayor parte del año, bailarines como los de una cabra, sus manos siempre pegajosas, su nariz curiosa e impertinente. Las mujeres mayores del pueblo, que les habían visto los huesos de las piernas, decían que sería la más alta de las niñas, para gran decepción de Fedela, que no tenía ninguna intención de destacar como un cardo en medio de un prado.

Sin embargo, todos en la casa de los Zara y en el pueblo declaraban sin sombra de duda que la más bella y la más admirada de las cinco hijas era la mayor, Lucía, de diez años. Ella era como un sol pequeño con ojos color avellana, cálidos y sinceros, y el pelo con ondas suaves enmarcadas en el óvalo perfecto de la cara. La piel del color de la aceituna era un mérito, como lo eran también su juicio y la bondad que tenía en la cabeza y en el alma. Cuando hablaba, las hermanas se quedaban cohibidas porque sus cejas rectas eran como las de su padre y con él no se discutía; pero también porque su voz firme te envolvía, como la de su madre y, entonces, no había escapatoria.

El hecho de que fuera la favorita de la familia era algo que molestaba a Pinella, la segunda niña. A Lucía le tocaba la mejor ropa, hecha especialmente por la modista, y para la comunión su padre le había regalado el precioso rosario con cuentas hechas de pequeñas perlas que perteneció a la abuela Elena. A Lucía se le perdonaba todo lo que armaba cuando pecaba de obstinada y excesivamente curiosa y su abuelo siempre le daba los mejores trozos para comer. Era también la favorita de Cicita, la criada más vieja, que mandaba en casa y se ocupaba de las cosas de las niñas como si ella fuera su verdadera madre. La sonrisa de Lucía bastaba para que el resto de la familia tratara de complacerla de mil maneras.

Por todas estas razones, Pinella tendía a ser sumisa en presencia de su hermana Lucía. No era raro que, cuando la miraba directamente a la cara, la lengua de Pinella se atascara tanto que hacía que se

sintiera pequeña y fea. Le parecía, erróneamente, que los ojos de Lucía siempre intentaban condenarla por algo que ella había dicho o hecho y que, detrás de cada una de sus sonrisas o gestos de cariño, se escondía un mal propósito. Pero Lucía quería a sus hermanas indistintamente y, cuando alguien en la casa estaba enfermo, una persona o un animal, inmediatamente se esforzaba para darles algo de consuelo. Al igual que sus hermanas, Pinella también tenía el pelo oscuro, pero parecía que esta característica, en ella, le quitaba la luz y le daba demasiadas sombras, sin embargo, a Lucía, las que había tenido al nacer, se las había borrado todas.

Las hermanas, todas juntas, en orden de altura, se asomaron a la ventana de la cocina para ver lo que estaba sucediendo en el patio. Se sorprendieron, con la boca abierta, convencidas de que, al final, un espectro había aparecido de verdad. Cuando reconocieron la figura de un hombre, continuaron fantaseando y preguntándose qué estaba haciendo su padre bajo el agua.

“¡Tal vez papá está muerto y ese es su espíritu!”, sugirió Desolina, aterrorizada por sus propias palabras. Se abrazó a Mariuccia, pálida y con los ojos dilatados, lista para escapar si era necesario.

“¡No seas tonta, Desolina! Lo hemos visto en carne y hueso hace unos minutos. ¡No puede haber muerto tan rápido!”, dijo Fedela, aferrándose al borde del alféizar.

“Además, mirad: ¡está todo mojado! ¡Los espíritus no pueden mojarse porque están hechos de aire!”. La lógica de Fedela las tranquilizó a todas.

Sólo Lucía comenzó a tener mucha curiosidad. Su padre tenía que haber puesto algo en la muela, de eso estaba segura. A veces esa cosa misteriosa parecía moverse, si la luz del rayo duraba lo suficiente. Sí, se movía. No, ha sido sólo el viento que ahora soplaba con fuerza y parecía querer separar las tejas del tejado una a una. En un momento así ni siquiera los búhos ni los jabalíes, pequeños animales sabios, dejarían sus guaridas.

“Quiero ver qué está haciendo papá”.

Las cuatro hermanas se estremecieron, asustadas por las palabras de Lucía.

“Lucía, ¿estás loca? ¿Y si te encuentras con un espíritu? ¿Qué le dices?” quiso saber Fedela, llena de incredulidad ante tanta audacia.

“¡No, Lucía! ¡Nos meterás a todos en problemas! ¡No lo hagas, por favor!, le suplicó Desolina, imitada por Mariuccia que movía la cabeza como para confirmar los temores de la hermana. Pero Lucía ya se ataba el pañuelo.

“Ya verás, a-acabarás mal”, predijo Pinella, con aprobación general. “¡No te dejaremos!”, exclamó Fedela cuando Lucía trató de despedirse de ellas, levantando los hombros. Y emprendieron una pequeña batalla para tratar de devolverle un poco de sentido común. Al final, Lucía tuvo que rendirse y las tranquilizó: no se iría a ningún lado. Pero Lucía sabía que bastaba poco tiempo para que de inmediato sus hermanas perdieran el interés hacía al asunto y volvieran rápidamente a sus pensamientos de niñas pequeñas. A las tantas de la noche Cícita fue a buscarlas con su rostro largo y con los ojos rojos para acompañarlas a la cama. Apagaron lámparas y velas y la oscuridad cayó sobre la casa. ¿Cómo se puede resistir cuando todos están calentitos bajo las mantas y una niña puede hacer lo que le parece?

A la luz de una lámpara de aceite, envuelta en un chal de lana, Lucía desafió la tormenta y el mayor de los castigos si la hubieran cogido en el momento. “¡Rápido, Lucía!”, le susurró una pequeña voz y ella obedeció. Abrió la puerta que daba al patio y lo cruzó saltando entre los charcos. Luego se detuvo de repente frente a la muela.

“¡Oh!”, se le escapó por el asombro. Esa pequeña cosa pálida que la miraba bajo la lluvia parecía un extraño cachorro de animal y no se lo pensó dos veces antes de quitarse el chal y tomarla en sus brazos. Esa cosita tan pequeña temblaba y gritaba de tal manera que se le helaron las venas. Se la robó a la muerte pensando que la llevaría a un lugar donde nadie la buscaría. Entró en la casa descalza y, pasando la fila de puertas de las habitaciones, cruzó las cocinas y con mucho silencio se aferró a los peldaños de la escalera que conducía a la panera. Allí hacía calor, todo estaba amortiguado como un nido y olía tan bien como el pan. Lucía colocó la lámpara en una esquina y se agachó con su botín, lista para descubrir de qué se trataba.

Rebuscó entre los pliegues mojados y salió una niña. Una niña extraña. Una recién nacida, ahora que la veía mejor. Ya no temblaba y la miraba con una seriedad impresionante. Estaba segura de que estaba mejor porque se había vuelto tan rosada como un cerdito. Estaba simplemente tranquila y la miraba con seriedad como si entendiera lo que estaba sucediendo. Lucía sonrió y encontró bonitas las facciones que cualquier otra persona habría encontrado salvajes y desagradables.

“¿Eres mi hermana pequeña?”, preguntó con un susurro cómplice. “¡Shhh! No diré nada. Será un secreto.” Le hizo cosquillas en su pequeña barbilla. La niña agitó sus pequeñas manos para alejarla, pero Lucía estaba muy divertida por el increíble descubrimiento de esa noche y en un momento se preguntó si no sería todo un sueño. “Estoy segura de que no tienes nombre. ¿Sabes cómo te llamaré? Esperó, como si la recién nacida pudiera saberlo.

“Te llamaré Ianetta. Sí, tienes la cara de alguien que se llama Ianetta”.

La acunó como una madre cariñosa. Le acarició la nariz, desde el pelo espeso y muy oscuro descendió para dibujar la curva de la pequeña mejilla, que terminaba en la entrada de la pequeña boca para ver si, como los corderos recién nacidos, empujaba para tomar leche.

“¿Tienes hambre, Ianetta?”

Como respuesta, Ianetta le dio un bocado rápido y doloroso.

“¡Ay!” Lucía hizo una mueca como si la hubiera picado una avispa y miró la gota rubí en la punta de su dedo índice. A la luz de la lámpara, la sangre brilló carmesí hasta que se rompió en una corona de perlas aún más pequeñas justo en la frente de Ianetta. Esto fue suficiente para que Lucía se sorprendiera, dejara de sonreír dulcemente y abandonara sus pensamientos felices para quedarse con la fuerte sensación de haber sacado al cachorro equivocado de la madriguera del zorro. Sin embargo, la ternura no había disminuido y pronto volvió para acunar a su hermana pequeña y para cantarle una nana inventada, mientras los robles y las encinas alrededor de Baghintos aullaban, azotados por el viento.



*Gioga, gioga, soggioga
la coga che gioga,
gioga e soggioga! Ronza di danza
la mosca in stanza,
ronza ronzà,
attento alla danza, che morde e poi pranza!*³

La cantilena infantil remontó, como un anillo de humo, la ladera de los recuerdos de Efisio Zara. Las *cogas* habían desaparecido, eso se decía, durante cincuenta años, en Baghintos. Se sabía que dos o tres vivían en las montañas, en las zonas más escabrosas, buenas sólo para los muflones. Vivían en cuevas excavadas en la roca caliza, sombras de mujeres tan llenas de terribles secretos que sólo los búhos y los sapos podrían soportar verlas.

Cuando amaneció el nuevo día y el gallo comenzó a cantar, Efisio esperó a que Severino limpiara allí fuera lo que había que limpiar, mientras que Cesarina estaba ocupada con las brasas y la *cuccuma*, los ojos llenos de miedo. Los lobos de la noche se habían aplacado, el cielo prometía buen tiempo y el zumbido del despertar le dio valor a Efisio. No es que, en general, careciera de fuerza o que sus brazos no fueran tan firmes como su mente. Sin embargo, un presentimiento flotaba en el aire.

3 ¡Juega, juega, engaña
a la coga que juega,
juega y engaña! Zumbido de danza
la mosca en la estancia,
atento a la danza que muerde y llena la panza.

“Problemas serios, está escrito para hoy”, habría dicho su difunta madre, Antonia. Severino se asomó a la puerta jadeando. Sus ojos pequeños estaban dilatados como los de un pez recién pescado y no tenía color en la cara.

“¿Y bien?” dijo Efisio, levantándose de su silla de paja trenzada.

“¡No está!” dijo Severino, estupefacto.

“¿Qué estás diciendo, hijo?”

“¡He dicho que no está! He buscado alrededor de la muela, dentro, en los charcos. ¡No está! “

“¿Pero has hecho lo que te he dicho que tenías que hacer?”

“S-sí, sí”, Severino se apresuró a mentir.

Tziu Efisio se rascó la cabeza y llegó pronto a una conclusión que resolvió la cuestión providencialmente. “Entonces, ¡se ha ido volando!”

Severino quiso sonreír ante las palabras de su padre. ¡Qué fácil era y qué buena idea había tenido! Dejar que desapareciera para siempre de su conocimiento.

Si no hay sangre, no hay crimen.

Simple y limpio, como cuando uno se despierta de un mal sueño. Todo parecía más ligero, la casa era más brillante y fuera todo estaba perfumado y animado como en un día de fiesta.

Pero los ruidos, que lentamente se abrieron paso en la casa, no prometían nada bueno. Al principio, parecieron los lamentos de un animal y casi se llenaron de esperanza en la cocina; pero muy pronto Severino, Efisio y Cesarina se miraron a la cara e inmediatamente se pusieron muy pálidos.

Ese era el llanto de un niño recién nacido y venía del lugar menos deseado. Petrificados, con los oídos atentos, se quedaron esperando las pisadas de las zapatillas que llegaron hasta la puerta de la gran cocina. El fuego crepitaba alegremente en la lumbre, la *cuccuma* burbujeaba con el café.

Entonces Lucía irrumpió con una gran sonrisa y teniéndola en los brazos, exhibió su tesoro como si fuera algo evidente y natural.

“Ianetta tiene hambre”, declaró, y nunca nada fue tan sagrado. Ianetta protestaba a pleno pulmón, casi haciendo que se desmayara

Cesarina que, para no caerse al suelo, tiró dos platos y una taza de la vajilla buena.

“¡Que el fuego te devore! ¿Qué has hecho, hija mía?” Efisio saltó hacia atrás como si le hubieran azotado con una varilla en la cara, se llevó las manos a la cabeza para arrancarse la *berritta*. Cesarina comenzó a gritar y la cocina se llenó de terror y confusión.

Y confundido estaba Severino que miraba a su hija Lucía, miraba a la hija que acababa de nacer y simplemente no lo podía entender.

“¿Pero no se fue volando?”

Efisio volvió rápidamente en sí y de inmediato tomó las riendas de la situación. “¡Tú, cállate, tonta!”

Cesarina cerró la boca rápidamente.

“¡Tú!” dijo con ojos aún más pequeños e incisivos a Severino, que sintió que le temblaban las rodillas y toda la culpa le pesaba sobre los hombros. “¡Tú no has hecho lo que tenías que hacer! ¡Has mentido, me has mentido! *Proccu!* Y ahora nos la tenemos que quedar o caerán grandes desgracias sobre nosotros y sobre todo el pueblo. ¿Estás contento? ¿Estás contento, cabeza de chorlito?”

Efisio levantó la mano como cuando utilizaba cotidianamente la *zironia* y a su hijo, todavía joven, lo ponía recto como a los caballos y a los bueyes.

En la puerta estaba la otra criada, Cicita, junto a las niñas pequeñas que estaban en pijama y de puntillas para evitar el contacto con el suelo helado.

Entonces, todos los ojos se levantaron hacia Lucía: su hermosa cara y sus ojos grandes y seguros acabaron con todo intento de ver en ella la causa de los problemas derivados del rescate de Ianetta. No se podía manchar lo que era blanco como un lirio.

“¡La niña no tiene la culpa! Ella es demasiado buena. Pero esa...”, dijo Efisio con una mueca que deformó su nariz y descubrió los pocos dientes que le quedaban. “Es fuerte. Ella la llamó, y ella”, dijo, señalando a la cabecita de Lucía, “ella tiene un buen corazón y le hacen lo que quieren”.

Lucía estrechó con fuerza el pequeño cuerpo de Ianetta. Su llanto era ahora más suave, como si estuviera interesada en escuchar las decisiones que iban a tomar sobre ella”.

“Ya está hecho. Nos la tenemos que quedar. Es una condena y no podemos hacer nada más, no podemos. ¡Amén!”

Severino, que había retenido la respiración todo el tiempo y se había vuelto cobrizo, cogió aire y acercándose a su predilecta, con la intención de no dejarle a esa criatura encima ni un solo instante más.

“Dámela, Lucía”.

Lucía no parecía querer hacerlo, pero obedeció a su padre y, al final, la echaron de la cocina. Las hermanas tenían mucha curiosidad, demasiada para estar tranquilas y bien.

“¿Qué pasa, Lucia? ¿Qué has hecho, Lucia? ¡Cuéntanos, dinos! ¡Cuéntanos, Lucía!”

Eran muy insistentes, se colgaban de ella, la empujaban y le imploraban.

“¡Shhh!” hizo que se callaran, amable pero firme, mientras intentaba mirar por el ojo de la cerradura lo que sucedía al otro lado de la puerta.

“¡Niñas, a la cama! Todavía tenéis que dormir un par de horas. ¡Venga, moveros!”

“Cállate, Cicita, Lucía tiene algo que hacer.” Fedela hizo callar a la criada con su descaro habitual. Ella no admitía órdenes que no fueran de su abuelo, de su madre o de su padre.

“¡Qué tontería! ¡Se lo diré al señor y luego veremos si no te hace correr con *zironia*!”

Antes de que la amenaza se pusiera en práctica, las cinco corrieron a la habitación y saltaron como gatos salvajes en la cama de Lucía. Se quedaron juntas esperando que revelase su secreto. Pero antes de que Lucía se decidiera a hablar a las niñas, abrazadas y acurrucadas para calentarse y hacerse un hueco, se quedaron dormidas y se despertaron mucho tiempo después, con el llanto débil que venía de un lugar que les parecía estar muy lejos. El llanto estaba en realidad cerca y Lucía ya estaba allí para espiar a Cesarina, hinchada de lágrimas, y a Cicita, más firme y concentrada, que, sentadas junto a la chimenea, intentaban alimentar a Ianetta con leche de vaca. Por los bordes de la manta aparecieron de repente dos brazos que intentaban echar a esas odiosas criadas. Cicita levantó sus ojos grises, y

tan pronto como vio a Lucía, se apresuró a cerrarle la puerta en la cara. “¡Vete!” le susurró entre dientes.

Cosas extrañas sucedían en la casa, cosas que Lucía no podía entender. Todos confundidos por pensamientos misteriosos; a menudo lloraban, nadie se preocupaba de las niñas pequeñas, ni querían estar con ellas. Ni una sonrisa, ni una palabra amable se intercambiaron durante muchos días.

Tres días después, las cinco hermanitas se encontraron solas en su cocina favorita, la que tiene la chimenea pequeña, la mesa a su altura, las cestas colgadas en las paredes blancas de cal y el molinillo de café con el que a Mariuccia le encantaba jugar. Cuando algo iba mal o asuntos serios rondaban por la casa, era allí dentro donde las dejaban para que no molestaran.

Pasado el mediodía, cuando todo estaba en silencio y el frenesí del almuerzo cedió el paso a un ritmo más tranquilo, Lucía y sus hermanitas decidieron salir para explorar. Cogidas de la mano cruzaron la casa sin encontrarse con nadie. Rebuscaron por todos los rincones esperando descubrir quién sabe qué y, al final, se pararon frente a la habitación al final de la galería, la que estaba a oscuras, que nunca abrían y que ellas temían más que nada. Sin embargo, ahora estaba abierta y alguien estaba dentro. Rígidas y con las manos sudorosas, arrastradas por el valor de Lucía, se acercaron en silencio, como la zorra, y vieron que se trataba de su propia madre.

Assunta Ibba se había recuperado del parto como una cierva del bosque. Todo en ella hacía pensar en un otoño que anunciaba un invierno con vientos fríos. De aspecto finamente cuidado, llevaba puesta una blusa de rico encaje, el corpiño bordado con flores rojas y amarillas, la falda plisada, planchada por una mano maestra. Siempre se ponía los botones de oro grabados con un punzón, dos o tres anillos, la cadena de la madre y la hebilla con filigrana. Siempre estaba perfecta como en un día de fiesta grande, incluso ese día que, de festivo, no tenía nada; con la boca hacia abajo, la mirada era melancólica y dura; sus dos ojos negros no dejaban escapatoria, estaban plantados en medio de una cara grande enmarcada por su pelo oscuro y suave como una madeja gruesa de lana.

Estaba de pie y miraba hacia una cuna de nogal desnuda y sin adornos, un pequeño monumento macizo y solitario colocado en medio de la habitación casi a oscuras. Assunta no tenía amor en sus ojos, más oscuros que la madera de la cuna, y ni siquiera en el corazón, como si se le hubiera secado en una repentina y terrible sequía. Severino salió de las sombras y se acercó a ella. Marido y mujer estaban cerca y separados a la vez, en medio Ianetta, acomodada en la cuna.

“Tenemos que bautizarla”. La voz de Assunta se parecía al graznar de un mirlo. Severino se rascó la cabeza y se retorció de repente indeciso. Si su mujer parecía un monolito de piedra milenaria, él era más como una pequeña planta de semillero en la temporada en que el viento sacude por todas partes.

“No sé si... ¿Y si me echa?”

“¿Quién?” Assunta le dirigió la primera mirada.

“Don Ninnino. Ya sabes cómo razona. Se lo hace en la *fordedda*, eso es poco, pero seguro”.

“¿Por qué tú no te lo haces en los pantalones?” Assunta aturdió a su marido que se sentía muy débil y estúpido. Severino se rascó otra vez la cabeza y, tartamudeando algo que Lucía no consiguió entender, se fue lanzando a sus hijas una mirada similar a la de la oveja cuando el perro le muerde en la pata.

La madre llamó a sus niñas a la puerta. Las cinco se acercaron corriendo, pero no la abrazaron como a ella le hubiera gustado. Un gesto imperceptible por su parte fue suficiente para que se pararan y esperaran órdenes de su querido general.

“Escuchadme bien, mejor que todas las demás veces. Si os veo entrar en esta habitación o vagar por aquí, os mato a palos. Si os acercáis a esa cuna o intentáis ver lo que hay dentro, os mato a palos. ¿Me estáis escuchando?” dijo con los dientes apretados como para frenar su gran ira.

Era una de esas ocasiones serias y peligrosas. Las niñas asintieron rápidas con las cabezas oscuras.

“¿Me estás escuchando, Fedela?”

Fedela bajó la mirada. Entonces Assunta se volvió hacia Lucía.

“Aquí termina la historia de Ianetta. Vuestra hermana es una especie de...” “Assunta vaciló y se llevó una mano al pecho. Su lengua quedó atada y la habitación a su alrededor giró vertiginosamente. Por un momento tuvo la visión de toda la fortuna de la familia Zara que se disipaba y miedo tan fuerte que sintió le quitó el aliento. Vio que las posesiones, los sirvientes, los trabajadores y los pastores que podían permitirse, junto con los numerosos rebaños, el ganado y la almazara que servía a Baghintos y a otros siete pueblos, desaparecían y de ellos quedaba sólo el recuerdo mientras se avecinaba la desgracia. Assunta, apresuradamente, intentó recuperarse de la pesadilla, con los ojos abiertos. “Vuestra hermana no es como todas las otras niñas pequeñas. Tenéis que estar siempre lejos de ella. No tenéis que hablar con ella, llamarla o acercaros, ¡Nunca!””, dijo con su voz ruidosa. “Pero...” Lucia quería protestar, decir muchas cosas, decirle que estaba equivocada. Pero la mano de Assunta voló rápidamente y cayó sobre su mejilla. Ese tipo de plaf que resonó en el aire paralizó a las chicas. Cuando su madre ponía esos ojos, era seguro que por la noche tendrían pesadillas. Mariuccia comenzó a lloriquear, los ojos de Lucía brillaron con asombro.

“Tú ya has hecho demasiado daño. Haz lo que te digo. ¿Me has entendido?”

Lucía y Fedela, Pinella, Desolina y Mariuccia nunca habían visto a su madre tan enfadada. Y triste.

La bofetada inesperada selló la advertencia y la convirtió en ley. Las cosas nunca volverían a ser lo mismo, pero no podían saberlo en ese momento.

La habitación al final del pasillo, muy lejos de la vida de la casa, con sus sombras y sus silencios, parecía más ensordecedora que cualquier otro lugar.

En las semanas que siguieron al desafortunado nacimiento, tenía que suceder que tarde o temprano Lucía se sintiera atraída por la cuna prohibida, como la abeja por la miel. Después de haber tenido a Ianetta en sus brazos, la curiosidad de volver a verla era demasiado fuerte como para poder cumplir con la prohibición impuesta por su madre.

Los pies de Lucía se movieron, casi por voluntad propia, hasta a la habitación de la niña, mientras que sus oídos estaban en tensión y sus ojos atentos a todas las direcciones.

De repente, Pinella se paró frente a ella. Estaba nerviosa y se agarraba a la falda y apenas podía mirar a los ojos a la hermana mayor. Sin embargo, a pesar de que la lengua se le había atascado, de todos modos, consiguió advertir a Lucía.

“N-no puedes en-entrar allí. Está p-prohibido!”

“¡Ocúpate de tus cosas, Pinella! Vete a jugar a otro lado”. Lucía trató de deshacerse de su entrometida hermana, pero sin conseguirlo.

“¡Se lo diré a mamá!” exclamó con su lengua increíblemente suelta.

“¡Quien espía termina en el infierno!”

Lucía la amenazó con la mano si no desaparecía al instante. Pinella abrió sus oscuros ojos y se fue asustada. Sin duda, habría sido más inteligente dejarlo, pero cuando Lucía abrió la puerta de la habitación de Ianetta, el peligro de ser castigada lo olvidó muy pronto y sólo el deseo de mirar en la cuna fue lo más importante. Lucía abrió los ojos y se encontró sorprendida y encantada como la noche en la que la había salvado. Sonrió al ver el tupido cabello negro que había crecido en su cabeza en tan poco tiempo. Parecía un animal salvaje, tan apacible, ahora que estaba durmiendo con los brazos abiertos y la mantita que la cubría hasta el ombligo.

Lucía se puso de puntillas y tendió una mano para intentar tocarla.

“¿Ianetta?” la llamó susurrando.

El ruido de una puerta que golpeaba en el porche la congeló de la cabeza a los pies. Rápidamente se puso de pie y cerró la puerta al salir. Pero ya era demasiado tarde porque Assunta, con Pinella escondida detrás de sus faldas, tuvo todo el tiempo para ver lo que acababa de hacer su primogénita.

“¿Qué estás haciendo?” La terrible voz de su madre era peor que un latigazo”.

“¿Qué te había dicho, Lucía? ¡Para! ¡Ven inmediatamente! “

Lucía no tenía intención de que su madre la cogiera. Entonces, gritando con desesperación, escapó al patio y, de esta manera, co-

menzó una divertida persecución alrededor de la higuera, entre las gallinas que escapaban y las hermanas más pequeñas que lloraban y gritaban asustadas.

“Disculpe, madre! Perdóneme! ¡No lo voy a volver a hacer!” Lucía ya no sabía cómo aplacar a su madre que, a poca distancia, le prometía castigos terribles.

El abuelo Efisio intentó detener a su nuera. “Deja en paz a la niña! ¡Deja a la niña!”

Pero Assunta, en un ataque de ira logró agarrar a Lucía. La sacudió con fuerza hasta que le castañetearon los dientes, se inclinó y la miró directamente a los ojos. Fue una mirada que Lucia no olvidaría en toda su vida.

“¿Quieres acabar bajo tierra con los gusanos?”

Lucía negó con la cabeza con decisión, sus ojos llenos de miedo.

“¿Quieres morirte, Lucia? ¿Quieres morirte?” le gritó a la cara.

Lucía negó con la cabeza de nuevo. Assunta levantó el brazo para pegarle, pero tras un momento de vacilación se detuvo.

“¡No quiero volver a verte nunca más en esa habitación maldita! ¡Nunca!”, le advirtió, moviendo un dedo bajo su nariz.

“¡Es una *coga*, no lo olvidas, Lucía!”

Dicho esto, la dejó ir. Lucia se acercó a sus hermanas que, como cachorros de gato, la cuidaron con cariño hasta que las lágrimas, al menos por ese día, se acabaron. Tras la traición, la hermana espía fue excluida del grupo durante muchos días.

Don Ninnino, párroco de Baghintos, pataleó y se puso morado cuando Severino, con la *berritta* en la mano se lo pidió en la tenue luz de la sacristía. *Tziu* Efisio era quien debería haber ido a hablar con el párroco, seguro que lo habría convencido, pero con su hijo no había nada que hacer. Tuvo que hablarle él y ya estaba hecho.

Don Ninnino no quería escuchar historias extrañas de recién nacidos con rabo y cosas por el estilo. Cuando sucedía, cogía la Biblia y permanecía unido a ella como a una marioneta, con los ojos cerrados, mientras rezaba en latín. Luego bebía un litro de agua bendita y, cuando el valor se le evaporaba por todos los poros, entonces se

bebía el moscatel de misa. A él le gustaba el sol, Navidad, Semana Santa; cuando el trigo estaba maduro, o cuando en el pueblo se celebraba el Carnaval y bailaban todos juntos y todos se divertían. Él no quería saber nada de cosas feas y oscuras como la noche. Esa niña, de la que todos murmuraban en el pueblo, ni siquiera quería verla.

Este Severino Zara le miraba con los ojos azules como el cielo y le fastidiaba. En los asuntos de esa familia desafortunada no quería entrar.

“¡No se habla del tema!, exclamó, haciendo temblar la papada, mientras agitaba la mano derecha, haciendo la señal de la cruz en el aire rápidamente. Entonces sopló y gruñó como un jabalí atrapado en un cepo.

“Pero, Don Ninnino, tiene que venir a casa. Mi mujer ya no come, ya no duerme. Ni siquiera quiere que la toque. ¡Dice que es toda culpa mía, que no soy un hombre!

“¿Qué quiere que yo haga, Severino? Yo, en estos casos, puedo hacer bien poco”. Siguió haciendo signos de la cruz en el aire, sobre sí mismo y sobre Severino.

“Tiene que bautizar a mi... a mi hija. No puede estar sin bautizar. Ha sido una desgracia para todos nosotros, haga algo usted, haga algo. Por favor”, suplicó Severino, apretando la *berritta*. Don Ninnino, al oír esas palabras inoportunas, apretó los ojos con fuerza en un intento de borrar el resto del mundo. Pero no resistió mucho; los abrió hinchados de emoción y miró en silenciosa súplica la estatua de la Virgen que aplasta a la malvada serpiente. De esta manera dijo, cada vez con más angustia: “Yo tengo otras cosas que hacer. Cosas serias de la iglesia, cosas benditas. No me agobie con esta historia, déjeme trabajar”.

Pero, antes de que pudiera comenzar a hurgar entre sus breviarios y libros de salmos y oraciones, Severino se aferró a su manga y se acercó a medio palmo de su cara. Entonces le susurró con los labios apretados: “*Esa* es la desgracia. ¡Ayúdeme usted! “

“¡No!” respondió Don Ninnino con más energía de la que él habría querido, quitándoselo de encima. Luego respiró hondo y trató de

calmarse. “Escuche, Severino, la mejor cosa que se puede hacer en estos casos es rezar. Rece. Diga el rosario y ruegue a Dios nuestro Señor para que le libre de esta maldición, y que Dios le bendiga. Ahora, vaya en paz.” Moviendo los ojos en todas direcciones, gestos rápidos y manos rápidas, lo alejó de la sacristía como se haría con un insecto molesto.

Las copas de los algarrobos brillaban con la lluvia bajo el sol al final de la mañana. Era domingo y flotaban en el aire el humo de las chimeneas y la fragancia de la carne asada. Severino se alejó lentamente de la pequeña iglesia de Baghintos. Las casas con los tejados salpicados de liquen, se aferraban fuertemente a la falda de la montaña; las calles sinuosas a menudo eran empinadas y se ramificaban como raíces superficiales conectando las casas de piedra y de ladrillos de barro. Una mujer, cuando lo vio pasar, cogió a su hijo del brazo y se retiró rápidamente tras una puerta. Incluso los ancianos sentados en los bancos de la pequeña plaza se callaron a la vez al verle. Severino podía sentir las ocultas miradas de las personas, llenas a la vez de miedo y de compasión. Una familia tan buena, tan dedicada a San Sisinnio, las hijas tan hermosas, *Tziu* Efisio tan respetado por todos. No tenía que haber sucedido una desgracia de este tipo, decían los habitantes de Baghintos.

Por todo el camino de regreso, que fue más largo de lo habitual y muy sufrido, Severino rumió un bolo de pensamientos enredados. Habría querido encargarse sólo del trabajo - ese alcornocal que tenía la intención de comprar, por ejemplo - y en su lugar, tenía que lidiar con cosas desagradables que le quitaban el sueño.

Efisio cortó un trozo de *casu martzu* y antes de que los gusanos saltaran, con sus bailes frenéticos, lo extendió sobre el pan con todos los inquilinos. Mientras se le llenaba la boca y el sabor picante le picoteaba las encías desnudas, le dirigió a su hijo una mirada nada benévola.

“Ahora tenemos que buscar un ama de cría”, lanzó con una mueca. En el otro extremo corto de la mesa, Severino, con mirada absorta, aplastaba gusanos fugitivos con su dedo índice.

“Oh, padre, pero ¿quién cree que va a venir? Ni siquiera... ni siquiera...” En el colmo de la rabia golpeó con un puño sobre la mesa.

“Que venga de fuera, de otro pueblo. ¿Quién ha dicho que lo tiene que saber? Nosotros no diremos nada y tú te coses la boca. En el pueblo ni siquiera hablan, tienen demasiado miedo”. Cerró un ojo mientras estudiaba el corazón más líquido del queso; allí los gusanos blancuzcos nadaban que era una maravilla.

“Escúchame, hijo mío, es importante: tenemos que tener cuidado y que no se la vea nunca desnuda. Nunca. Si el ama de cría ve lo que tiene detrás, se acabó. Se va, eso es poco pero seguro, y luego ¡adiós!”

“¿Y cómo lo hacemos?”

“Sólo tendrá que cuidarla. Sólo tendrá que alimentarla. Nos haremos cargo de todo lo demás”.

En ese momento Severino, que parecía tener fuego debajo de los pies, salió en busca de aire limpio.

Efisio se dio cuenta de que su nieta lo llevaba mirando más de un cuarto de hora. Mariuccia, de todas las hermanas, era la más paciente. Sin decir una palabra, podía esperar y esperar, hasta que alguien la notara. Era como un pequeño tallo fino de hierba muy tierna; el gesto de su abuelo para que se acercara dio a las hermanas mayores más libertad. En aquellos tiempos tenían que tener mucho cuidado para no tener serios problemas. Entonces, era mejor enviar a los más débiles por delante y ver cómo terminaba la cosa.

Efisio se enfrentó al pequeño grupo de nietas y sentó a Mariuccia sobre sus rodillas.

“Dímelo todo”.

“Oye, abuelo: ¿qué son las *cogas*?” Fedela se puso delante de las demás para que su curiosidad fuera satisfecha finalmente. En la casa llevaban días susurrando esa palabra como si se tratara de algo prohibido y maligno. Efisio se dio con la mano en la pierna y puso los ojos en blanco.

“¡Pero bueno! ¡Mal, muy mal! ¡Los niños ya no les tienen miedo a las *cogas* porque no saben lo que son! ¡Mal, muy mal!”

“¿Y qué son?” dijo entonces Lucía.

“Y... y qué son... son... ¡son *cogas*! ¡Las *cogas*, son mujeres terribles!”.

“¿Qué hacen?”, balbuceó Desolina con su mirada pálida.

“¿Qué hacen? Hacen cosas malas a las personas y también a los animales y a las cosas. A los cerdos, por ejemplo, o a las ovejas. Pero también a los campos y a sus amos”.

“¿Y qué comen?” Una sola pregunta de Pinella, y consiguió que a Efisio le dieran escalofríos.

“¿Queréis saber qué comen? ¿Estáis seguras de que queréis saberlo?”

Todas estuvieron de acuerdo sin dudarle. Entonces, Efisio se puso a su altura y susurró con un hilo de voz: “¡Ellas se comen a los niños! Eso es lo que comen”.

Las chicas saltaron de miedo.

“Se convierten en moscas; cuando hay un niño pequeño, se meten en la casa en la noche, por el ojo de la cerradura, y se pegan a la cuna para chuparle toda la sangre. ¡No queda ni una sola gota! Hay que cerrar todos los agujeros en la casa y poner un trípode al revés debajo de la cama para mantenerlas alejadas, o una camisa dada la vuelta: se vuelven locas cuando encuentran así cosas que deberían estar derechas. Por eso que tenemos que bautizar enseguida a los niños; si no están bautizados, corren peligro, pero a veces, incluso después, siguen estando en peligro. Moscas y moscones, ¡hay que aplastarlos a todos cuanto los veáis!”, dijo Efisio, agitando un índice nudoso. Y, de repente, mientras señalaba un punto detrás de ellas, gritó: “¡Tened cuidado, una mosca grande y gorda detrás de vosotras!”

Comenzaron a gritar al unísono y se precipitaron fuera de las cocinas como si las persiguiera un espectro y Cesarina con ellas, aunque no supiera el motivo para tanto revuelo.

“¡Qué mujer tan estúpida!, murmuró Efisio, sacudiendo la cabeza con resignación. Las únicas que no se habían ido eran Lucía y Pinella. Los ojos grandes de la mayor, por lo general transparentes como un espejo de agua, se cubrieron con un pensamiento que le preocupaba.

“¿Abuelo?”, Lucía le dijo en voz baja.

Efisio estiró el cuello para sentirse mejor. “¿Qué?”

“Abuelo, ¿Janetta es también una *coga*?”

Efisio las miró a las dos un momento, luego sonrió y les acarició la cabeza. “Tú, Lucía, eres lista, pero ¡tienes demasiado buen corazón!”

“Entonces, si Janetta es una *coga*, ¡hay que matarla! ¿No es verdad, abuelo?”, sugirió Pinella, horrorizando a Lucía.

“¿De qué estás hablando, Pinella?”

El abuelo Efisio no respondió. Se levantó y vagó por la cocina mirando de vez en cuando a Lucía que le daba golpes en las manos a su hermana por lo que acababa de decir. Un sabor amargo hizo que todo se cubriera de negro y el tono jovial de un minuto antes desapareció, arrancado por nuevas preocupaciones.

“¡Sí, esta es *troppu coru bonu*!”⁴

Cuando Assunta le dio el último punto a la funda de su arcón, alisó la tela áspera con la mano, mientras que, con la otra, agarraba la canilla de hueso de carnero. Los ciervos y los pavos reales que destacaban en el fondo de la lana blanca eran del color negro de la hierba corsa. Las cuatro flores estilizadas en el centro eran de color rubio rojizo. Estaba inclinada sobre el bastidor de madera de olivo duro que su madre le había dado antes de casarse, junto al ajuar y al arcón en el que lo guardaba. Cuatro vecinas se habían reunido con ella a la hora del bordado y este intento de que las cosas volvieran a ser como antes le producía un sentimiento vago de alivio a Assunta. Mujeres, tan serias y compuestas en sus chales con flecos, tenían valor, el suficiente, para conseguir fingir que no había ocurrido nada en casa de los Zara. Pero el aire era raro y el miedo a algo oscuro que no se podía nombrar la estaba poniendo muy nerviosa. Assunta estaba muy orgullosa de sus pavos reales que sobresalían de la textura formando granos en relieve. Una de las vecinas encen-

4 Tiene un corazón demasiado bueno.

dió una vela y todas se prepararon para recitar el *De profundis*, para dedicar el trabajo terminado a las almas del purgatorio. A ver si teniendo a alguna contenta se aligeraba su existencia en la tierra. Era la normalidad que anhelaba Assunta. La banalidad de un día cualquiera habría sido el regalo más hermoso para ella y eso era todo lo que ella pedía en cada una de sus oraciones. Se lo había creído un poco en los últimos tres meses. Pero cuando el grito rompió la primera estrofa que estaban recitando y todas saltaron, algo se quebró en Assunta. Se levantó con las piernas rígidas, la canilla sostenida con fuerza en la palma de la mano, como si fuera su única ancla de salvación. Se levantó como si ya lo supiera, un presentimiento la guió. Mientras que a su alrededor las mujeres corrían, ella llegó al otro extremo de la casa, un pequeño paso tras otro y la mirada fija. Era Cesarina la que estaba gritando, que se desmayaba a la vez, se levantaba y luego caía una y otra vez, girando los ojos en todas las direcciones. Sentada en una silla en la cocina grande, al lado del escurrreplatos, estaba Gesuina Arba. Ella era la tercera ama de cría que la familia había conseguido, la única que había resistido porque, a pesar del malestar y las pequeñas manchas amarillas de azafrán que le habían salido en la piel, la familia Zara le había pagado bien y ella, con cinco hijos que mantener, necesitaba más el dinero que el aire para respirar. Pero ya no necesitaba aire.

Estaba muerta.

Se había como secado, en unas semanas se había convertido en algo seco como la corteza. Se quedó con la boca entreabierta, los párpados medios cerrados y los brazos rígidos como trozos de madera que sostienen un paquete. Ianetta todavía estaba firmemente pegada al pecho de Genuina y nadie parecía más contenta que ella. No la molestaron ni los gritos ni los lamentos. No encontró nada que decir cuando Severino y Cicita llegaron; venían de los establos y de la lavandería para arrancarla del abrazo de la mujer muerta. En ese punto, al ver a su séptima hija, que chupaba vida de la muerte, la lengua de Assunta, repentinamente, se agarrotó y el frío le entró en los huesos. Salió del trasiego y guardó las cosas obscenas y horripilantes fuera de su habitación. Dos vueltas a la llave y Assunta

ya no volvió a hablar durante mucho tiempo. La palabra la abandonó, como también lo hizo el calor del corazón; para compensar, la canilla se convirtió en parte de ella, inseparable. La abrazaba con fuerza y entonces su mundo volvía a ser hermoso por un momento, como cuando era joven, antes de casarse, y Severino no existía, ni siquiera las niñas, ni siquiera Baghintos existía. Desafortunadamente las cosas duraban un instante. Por primera vez en Baghintos no se celebraba Carnaval comiendo manteca con frijoles. Ningún baile, canción, máscara o gara di morra⁵, mientras que todos, incluso Don Ninnino, tenían miedo de pronunciar el nombre de Ianetta. Como si esas pocas sílabas de una recién nacida tuvieran el poder de evocarla en carne, hueso y sangre.

5 La morra es un juego tradicional muy conocido que consiste en adivinar cuánto suman los números que muestran los jugadores al sacar los dedos.

Junio 1884

A Baghintos se dirigió el mes en que se esquilaba a las ovejas y se lavaba su lana de toda impureza, se secaba al sol, se sacudía y luego se cardaba bien con el peine de hierro. Fue en ese momento, con un calor de principios de verano, cuando las cosas en casa de los Zara comenzaron a complicarse y a hacerse impredecibles.

Efisio llevaba un tiempo contemplando la punta de la higuera que dominaba el patio. Estaba bajo un fuerte sol con una mano levantada para protegerse del resplandor cegador. A las dos de la tarde sólo se podían escuchar moscas volando y algunas cigarras en la distancia. Todo parecía crujir por el calor, pero Efisio no se sentía incómodo. Miraba hacia arriba, varios metros por encima de su cabeza, donde se encontraba Ianetta posada entre las ramas. Severino, que quería descifrar el misterio, atentamente miró con sus ojos muy pequeños hacía las hojas verdes. Luego saltó y contuvo la respiración. Luego miró a su padre, que no tenía ninguna intención de desviar la mirada, y lentamente volvió a respirar. Efisio estaba decidido a murmurar algo para sí mismo, como atrapado en un misterioso encanto, las manos bien cerradas. Severino se acercó un poco y entendió una palabra seca repetida con una fuerza que le impresionó.

“¡Que se caiga! ¡Que se caiga! ¡Que se caiga! ¡Que se caiga!”

Respiró con calma mientras una extraña esperanza le hacía cosquillas en el pecho. La tentación lo infectó con poderoso veneno, la inevitabilidad del hecho le pareció tan clara y decisiva que en un minuto se encontró deseando con todo su ser que Ianetta, su hija, que se había subido a lo más alto de la higuera, de alguna manera se cayera al suelo con un golpe mortal. Severino y su padre Efisio

reclamaron que se les liberara de la desgracia con otra desgracia. La ocasión era perfecta, un signo de la Providencia que recibían con profunda gratitud. Ya habían tenido más que suficiente con esa niña que mostraba las señales de la marca diabólica de aspecto insolente, una criatura que los horrorizaba con su fealdad indescriptible, tan raquítica pero tan fuerte y precoz, que había encontrado la fuerza necesaria para caminar y alejarse de cualquier lugar antes de tiempo. Esa criatura todo ojos y pelo negro, enormes como crines de cerdos y rebeldes como la base de una raíz.

Cuando Cicita se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, después de la primera consternación se encerró en casa arrastrando detrás de ella a la pobre Cesarina que no podía ver cosas sin quedarse atontada. Que lo hicieran ellos todo, ella tenía que preparar el café y canastos de ropa para lavar en el río. Cicita intentó que las niñas no notaran nada, por si acaso sucedía algo gordo. Sí, porque ella ya no era una niña y había visto muchas cosas en su vida. No estaba tan segura, como los de allí, de que Ianetta se fuera a caer. La endemoniada tenía un talento especial para aferrarse a la vida con las uñas y con la fuerza de un enebro que se encerraba en esos pequeños brazos huesudos, se podía apostar que ella les iba a tomar el pelo a todos. Y, de hecho, ágil y como un animal del bosque, bajó de la higuera y entró en la casa buscando sombra y aire fresco.

“¡El sol nos ha quemado los ojos! ¿Ha bajado?” Algún tiempo después Severino se despertó de un extraño letargo y se dio cuenta de repente de que el sol casi besaba el perfil irregular de las tejas.

“¿Pero cuánto tiempo hemos estado fuera, padre?”

Efisio continuaba apretándose los ojos mientras intentaba con la mano atrapar la miríada de manchas oscuras que le bailaban delante de la cara. “¡Demonios! Estamos aquí a punto de morir resecos por culpa del sol y ella ya se ha ido dentro, ¡se ha ido! Pero ¿te das cuenta?”

“Ay, siento que la cabeza me está a punto de explotar, aquí en medio”.

Efisio escupió en el suelo. “Algo tiene que suceder. ¿Me escuchas? Algo se la tiene llevar, ¡tiene que hacerlo!”

Ni siquiera una hora después, estalló de repente una tormenta. Las nubes preñadas de lluvia se amontonaron de la nada y en poco tiempo cayó un río de agua tal que amenazó con inundar Baghintos. El estruendo violento en el techo seguía el ritmo del golpear de los postigos, mientras que los higos maduros y los que todavía estaban verdes en el patio fueron arrancados de las ramas y arrojados en medio del barro. Ninguna oración parecía lo suficientemente afligida para calmar la ira de la tormenta, por lo que el agua comenzó a filtrarse a través del encañado y a correr a lo largo de las paredes en riachuelos de barro. Reinó un clima de silenciosa expectativa y de conjuro en la casa de los Zara, hasta que una especie de golpe sordo los atrajo fuera de las cocinas, al vestíbulo. El techo había cedido cerca de la habitación de Cicita y Cesarina. Al principio, en la oscuridad alumbrada de increíbles relámpagos, el asunto había pasado desapercibido. Pero no duró mucho tiempo y todos tuvieron una impresión clara, incluyendo a las niñas que estaban reunidas alrededor de Lucía, e incluida Assunta, que extrañamente había querido abandonar la seguridad de su habitación: el piso se movía. Cesarina primero lloriqueó y, al final, sin resistirse, chilló de terror al ver los enormes sapos que saltaban por el vestíbulo, en la *lolla* y en todas las habitaciones de la casa. Estaban por todas partes, brillantes y llenos de granos a la luz de la lámpara y de las velas, un verdadero desastre, una calamidad bíblica que ahora había que salvar.

“¿Qué está pasando aquí?” Efisio agitó su *berritta* mientras intentaba abrirse camino a través del mar de sapos. Entonces recordó que en otra ocasión, cuando era joven, grandes sapos en grandes cantidades habían visitado Baghintos después de una tormenta que parecía un castigo del cielo.

“¡Cicita, corre a buscar las bolsas que usamos para el carbón y coge también la escoba!” Severino abrió la puerta que daba al patio y, mientras daba órdenes, dio patadas a los sapos que acabaron en el patio inundado como pelotas de goma.

“¡Tú calla, por el amor de Dios!” Por orden de *tziu* Efisio, Cesarina cerró su mandíbula rápidamente. Siguió mascullando entre lágrimas todo el tiempo que pasó quitándose los sapos de la falda.

Las criaturas no deseadas eran difíciles de coger y les llevó mucho tiempo y esfuerzo dejar libre la casa.

Cicita se recostó contra la pared bajo la mirada de Lucía que nunca había visto a la criada tan preocupada. Incluso el abuelo y el padre estaban tan oscuros como la noche. La mujer se ajustó un mechón de pelo rizado con dedos temblorosos. Luego murmuró hacia la niña: “¡Esto es algo malo, sí señor! Haz la señal de la cruz, Lucía”.

Lucía obedeció como una buena niña; esa noche Cicita se quedó con las niñas durante mucho tiempo rezando a la Virgen, a los santos y al ángel de la guardia.

Lucía fue testigo atento en la casa de los Zara. Todos en la familia se quejaban de Ianetta, de su desagradable presencia, a menudo blasfemaban y, cuando la veían, siempre hacían la señal de la cruz. También era cierto que Ianetta parecía estar bien sólo con Ianetta, como esas bestias salvajes que, por naturaleza, son precoces y no necesitan ni madres ni amos. Le encantaba vagar por todas partes, a veces desnuda, y entonces mostraba su horrible rabo por todas las habitaciones; en otras ocasiones trotaba en posición vertical o a cuatro patas con un vestido blanco que, con dificultad, Cicita había conseguido que se pusiera y un lazo rosa que le daba a su pequeña e incómoda figura una imagen extraña. Todos habían visto que podía tomar agua tanto en invierno como en verano sin que la fiebre la afectase y era ciertamente imposible mantenerla atada; desde el principio había aprendido a escaparse de la cuna y, como si esto no fuera suficiente, poseía el don raro y terrible de saber cómo abrir cerraduras y cerrojos de todo tipo. Un momento estaba aquí y un momento después ya estaba al otro lado de la casa. Nunca nadie del pueblo la vio. Nadie sabía cómo lo hacía. Nadie lo sabía.

Cuando Ianetta pasaba, la leche no cuajaba y la comida en fase de preparación sabía mal, o al menos las dos criadas estaban convencidas de esto y, de todos modos, ninguna se atrevió a cuestionarlo. En la comida y en la cena se dejaba puesto un plato para ella también en una pequeña mesa en la cocina, lejos del resto de la familia y, aunque Ianetta nunca prestase especial atención a los horarios de la

casa, sabía siempre cuando era la hora de comer. Si se olvidaban de ella o el plato estaba vacío a propósito, lanetta poseía un instinto especial para saber cómo encontrar comida en el campo según la temporada: madroños, bayas negras, setas del campo y luego huevos de todos colores y tamaños, aceitunas y castañas. Cuando el pastor estaba durmiendo, buscaba la oveja más dócil para aferrarse a su mama, mientras que el animal permanecía rígido como si la hubiera mordido un basilisco.

Todo esto Lucía lo observaba desde la distancia porque a ella y a sus hermanas se les había prohibido estrictamente acercarse a la última nacida y, si por casualidad, esta hubiera mostrado algún interés por ellas - lo que en verdad nunca sucedió en casi cuatro años - las cinco tendrían que salir corriendo muy lejos, incluso si no sabían hacia dónde. Huir era la contraseña. En realidad, incluso lanetta parecía entender que más allá de cierto límite no se podía ir y, por eso, estudiaba a sus hermanitas en secreto, especialmente cuando estaban con la madre para aprender a leer y escribir.

Cada vez más a menudo las cinco hermanas preferían quedarse fuera de casa jugando en los campos, en el campo reseco por el sol o en el arroyo reducido a un arroyuelo, lejos de su madre, que ahora se había convertido en una sombra demasiado silenciosa para sus gustos, llena de pensamientos negros y con un corazón marchito.

Correteaban como zorros entre pastos amarillos color oro, segados y bien rastrillados, y en los establos donde se divertían tirando algarrobas a Mustazzu, el cerdo doméstico, para fastidiarlo y para escuchar cómo gruñía antes de que llegase su momento, y entonces habría un nuevo cerdo con el mismo nombre. Los juegos eran simples y lo que siempre les había divertido era atrapar saltamontes, atarlos con hilo de coser y llevarlos a dar un paseo entre un salto y un golpe de ala. Para ellas era como domar a las hadas del *nuraghe Marxani*.

Una tarde, a finales de agosto, estaban cazando insectos para amaestrarlos, cuando unas voces distantes las sacaron de su diversión. Desde su posición podían ver lo que sucedía abajo, a cien pasos y, por lo tanto, fue fácil identificar al pequeño grupo de niños. Eran todos de Baghintos, de unos catorce años, y de los siete, el jefe,

todos lo sabían, era Gonario, que había perdido los dientes de adelante al caerse de un caballo. Lucía y las otras se escondieron detrás de un arbusto de lentisco porque cuando ellos estaban por ahí era mejor quedarse lejos. Los niños descalzos parecían muy agitados, estaban reunidos alrededor de algo que merecía toda su atención. Algo importante, visto el clamor y toda esa gesticulación.

“¿Qué están haciendo?” Fedela estaba muy atenta intentando distinguir lo que yacía en el suelo.

“Me parece un perro. Tal vez encontraron un cachorro de perro, ¿verdad?” Desolina apretó fuertemente la mano de Mariuccia pensando en lo que le harían a la pobre criatura.

“No, no sé qué es, pero no es un perro”. Lucía estaba cautivada por la escena.

Su curiosidad estaba a punto de tomar el control.

“¡Vámonos a casa, no me gustan esos!”. La aprehensión de Pinella estaba a punto de convencerlas cuando, de repente, los niños se pusieron a un lado, y luego ya no había más dudas sobre lo que intentaban arrastrar. Las cinco hermanas casi gritaron consternadas.

“¡Madre mía!”, exclamaron al unísono.

Era Ianetta la diana de sus escupitajos, insultos y del estiércol que le lanzaban con una honda. Su víctima no pronunció una sola queja, ni una pizca de lágrimas. Estaba agachada como un animal atrapado y los miraba fijamente con sus grandes ojos y el vestido sucio.

“¡Malditos cerdos!” El corazón de Lucía latía rápidamente y jadeaba. “Hay que detenerlos”.

Casi no podía quitarles los ojos de encima mientras sus pies temblaban. A sus espaldas, de repente, se había hecho el silencio. Se dio la vuelta y encontró desconfianza y desaprobación en sus hermanas que se quedaron mirándola.

“¿Qué pasa?”

“Lo que pasa es que se la dejamos a ellos ahora”. Fedela pareció la más convencida de todas. Ella no tenía dudas al respecto.

“¡Yo tengo miedo! ¡Me voy a casa con Mariuccia, ya está!” Se quejó Desolina mientras sostenía a su hermana menor para darse más valor frente a Lucía.

“¡Y no le digas nada a nadie!”, le ordenó Fedela.

“¡Tiene que morir, la *coga*! Dejémosla en sus manos, Fedela tiene razón. Pero si tú quieres ir, Lucía, adelante. Ven, Fedela, deja que esos de ahí le den una buena lección, ¡entonces aprenderá a defender a la *coga*!”, advirtió Pinella tirando de Fedela por un brazo y evitando mirar a la cara a Lucía. No se atascaba ya como antes y era extraordinario como en ciertos momentos su espíritu generalmente sumiso se revelaba lleno de vigor y audacia al lanzarse contra Ianetta y contra los que se atrevían a defenderla, o sea, contra Lucía.

“Lucía, ven a casa con nosotras. Deja el monstruo feo a esos de ahí. ¿No ves que nos conviene que sea así? Fedela probó por última vez a convencerla, pero Lucía se libró de su mano con un empujón.

“¡Ella es nuestra hermana!”, trató de decirles para mostrarles lo que ella veía.

“¡No! Ella es una *coga*. El abuelo lo dice y nuestro padre también lo dice. Si esos consiguen que termine como el perro de *tzia* Antonina, ¡verás cómo estarán todos felices en casa! Todos contentos, sí, sí”. Lucía retrocedió y terminó en medio del arbusto de lentisco. Se acordaba bien de cuando esos niños pequeños sin corazón habían colgado al pobre Nerone de un árbol y del dolor de la vieja dueña que no tenía hijos y que quería a su perro como si lo hubiera parido. Todos en el pueblo sabían que habían sido ellos, pero nadie los había castigado como se merecían.

“¡Si no vienes, se lo diré al abuelo!” La amenaza no funcionó. Los labios de Fedela palidieron de apretarlos con tanta fuerza y con una expresión de profunda irritación alcanzó a las demás. Las cuatro hermanas se alejaron rápidamente sin darse la vuelta para mirar a Lucía. Sólo Pinella se dirigió dos veces a ella antes de coger del brazo a sus hermanas e irse.

El pequeño grupo de niños había comenzado a caminar de nuevo, esta vez arrastrando a la prisionera por el vestido. Lucía los siguió a escondidas y, durante un largo tramo del camino, no consiguió entender hacia dónde se dirigían. Caminaron por un sendero poco frecuentado que conducía a la espesura del bosque de robles, al

norte de Baghintos, en la parte alta. Y, de repente, Lucía entendió: desde allí se llegaba a la antigua iglesia desacralizada de San Borjino. En la cripta había un pozo antiguo y profundo. Nadie iba allí porque decían que era un lugar maldito. Ahora Lucía sabía lo que tenían intención de hacerle a Ianetta.

Entre las ramas retorcidas aparecieron los restos de la iglesia: cuatro muros de piedra y un tejado medio derrumbado. El resto había capitulado ante la invasión natural de la vegetación circundante que lo dominaba.

El pequeño grupo de niños se detuvo para contemplar la fachada de la iglesia y el paso abierto que conducía a la cueva.

En ese momento, Lucía sintió la urgencia de detenerlos. La desigualdad numérica hubiera recomendado una retirada más prudente. Sin embargo, Lucía agarró una piedra que llenó la palma de su mano y, saliendo de un espeso arbusto, tuvo el desafortunado valor de dar un paso hacia delante.

“¡*Proccusu!*” gritó, y su voz no era fuerte y amenazadora como le hubiera gustado. Los chicos palidecieron ante su llegada. Al principio pensaron en un espíritu nefasto del bosque, pero luego la reconocieron y, entonces, sonrieron con una sonrisa torcida, con los ojos cerrados.

“¡Dejad que se vaya!”, ordenó Lucía, enfrentándose a los siete. Y, por un momento, los torturadores se olvidaron de Ianetta. Con el pecho hinchado y la cara roja, Gonario dio un paso adelante.

“Si no te vas de inmediato, vamos a lanzarte a ti también al *pozo*”, dijo, con su lengua metida en la pequeña ventana que tenía entre los dientes.

Uno de los niños, un tipo delgado y de rostro alargado, agarró una piedra y se la tiró a Lucía a la cabeza. La niña no tuvo fuerzas ni siquiera para gritar. Se asustó por el golpe, se tocó la frente y miró sus dedos húmedos de sangre.

“¿Has entendido?” escupió el jefe con la mejilla temblorosa, como un perro rabioso retenido por una cuerda. Lucía lo sabía, no estaban bromeando. Pero ella no podía moverse ni dar un paso para escapar y ni siquiera le salieron las lágrimas, aunque le dolía el pecho y la

cabeza le latía por el dolor. La piedra, que se encontraba apretada en su mano, seguía allí.

Pero, entonces, esos jóvenes lobos se dieron cuenta de que habían perdido a la presa. Ianetta había desaparecido e inmediatamente comenzaron a buscarla entre los arbustos, entre la maraña de musgo iridiscente y las hojas secas. Pero, al final, aunque reacios, decidieron buscarla dentro de la vieja iglesia. Entraron, y ni uno de ellos se quedó fuera. Se oyó un extraño ajeteo como de lucha. Se calmó, luego comenzó de nuevo y se calmó otra vez. Silencio.

Los niños empezaron a salir marcha atrás, uno a uno; fue una escena extraña para Lucía, que no podía entender lo que estaba sucediendo. Cuando ya se había convencido de que habían tirado a su hermana de cabeza al pozo, se encontró frente a Ianetta que avanzaba con dos piedras demasiado grandes para sus pequeñas manos. Eran perfectamente planas y las frotaba una contra la otra produciendo un zumbido ronco que te metía escarcha en los huesos. El misterio de ese gesto les impresionó tanto que tuvieron miedo.

“¿Qué hace? ¿Qué hace? Gonario se volvió para mirar a Lucía, pero ninguna palabra de consuelo vino de ella. Y, de repente, el bosque se animó respondiendo a la llamada de las piedras con un zumbido aún más fuerte. Algo aterrador se acercaba rápidamente y parecía dirigirse hacia ellos. Lucía, de nuevo, no se movió; miraba a su hermana como si estuviera bajo un hechizo, sus ojos oscuros y sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa, tan pequeña que sólo parecía una impresión. Cuando llegó la sombra oscura, en un instante se aclaró lo que estaba sucediendo. El zumbido del enjambre de abejas apareció desde la profundidad del bosque alrededor de Baghintos, más allá de la iglesia de San Borginno y parecía saber cuál era su objetivo final. Lucía se congeló de miedo, el enjambre pasó sobre su cabeza mientras cambiaba de forma rápidamente. Apparentemente, las abejas no estaban interesadas en ella. Fue hacia los niños pequeños de Baghintos hacia donde el denso enjambre se dirigió primero, y luego casi se arrojó contra ellos como si fuera un cuerpo único y firme. Marcharse de allí a toda prisa era la única solución, pero no era el camino de la salvación.

Con espíritu de liebre, Lucía comenzó a correr y no se detuvo hasta que llegó a casa; ya a salvo en su habitación, incrustada entre la pared y un robusto armario de madera de nogal. Dejó atrás la desesperación, las angustias, las súplicas. Dejó atrás a Ianetta, que hacía cosas extrañas llenas de misterio, y a los siete torturadores que habían visto cómo su posición cambiaba radicalmente.

Lucía permaneció en un rincón durante un tiempo infinito; tomó aliento, su pequeño corazón comenzó a latir regularmente y, mientras tanto, su boca estaba sellada mientras que sus ojos miraban hacia atrás, a las escenas recientes, y sus hermanas se movían a su alrededor en busca de noticias. Pero Lucía no cedió ante sus insistencias. Por primera vez las esquivó como si una gota de todo ese veneno de las abejas la hubiese infectado.

No tenía ganas de hablar con nadie. Estaba esperando a que volviera a casa Ianetta. Esta apareció cuando era la hora de cenar y el cruce de miradas entre ellas fue algo imponderable, una comprensión silenciosa que duró un momento.

Tres días más tarde sucedió que Efsio y su hijo Severino se sentaron después de la cena para hablar sobre los últimos acontecimientos de Baghintos y Lucía escuchó sus palabras por casualidad. Hablaron del pequeño niño sin dientes, Gonario. Se hablaba de los tres días y noches que había pasado en lenta agonía, desfigurado por las abejas, mientras trataba de saquear un panal de miel con sus compañeros. Se hablaba de la desafortunada muerte de Gonario, del tormento de la madre y de los numerosos llantos en el pueblo. El luto duraría mucho; una mujer más se vestía de negro, por dentro y por fuera. Lucía se asustó, pero no estaba disgustada. Después de todo, Gonario se lo había buscado.

Marzo 1889

Fedela, Desolina, Pinella y Mariuccia habían crecido, pero todavía les gustaba mucho salir al campo a coger flores y hojas silvestres. A las hermanas Zara les gustaba cuando el invierno moribundo dejaba los vientos fríos y alrededor de los Baghintos las frondas estaban cargadas de frutas mientras el aire era todo zumbidos y agitar de alas.

Era en ese periodo de transición, antes de que el calor secara los tallos, cuando las flores azuladas de la borraja eran buenas para comer. Cuando se arrancaban de la planta estaban crujientes y sabrosas, pero eran todavía mejores cuando Cicita las hervía, las mezclaba con requesón y trozos de cáscara de limón para hacer frittelle⁶.

Pero el sabor agrio de la acedera molestaba a las encías e, incluso si sus hermanas cogían las flores amarillas en racimos y todos estaban satisfechos masticando los succulentos tallos, ese jugo agrio la pequeña Mariuccia simplemente no lo podía soportar. Mariuccia prefería tener la cabeza llena de cosas sencillas y livianas, mientras que las demás charlaban y se divertían. Sus pequeños dedos, cuando no estaban pegados a Desolina, siempre intentaban dar vueltas a piedrecillas, ramitas o animalillos como *babaiole*, o hurgar en hormigueros, o levantar piedras para ver qué escondían.

Ese día, ella y sus hermanas estaban sentadas en un prado de trébol fresco con sus faldas extendidas sobre las piernas y pañuelos bordados que ondeaban al viento. Se respiraba una alegría inusual; en

6 Dulce hecho con harina, huevos, limón, anís y azúcar que se fríe en una sartén y se consume sobre todo en el Carnaval sardo.

la indolencia de las primeras horas de la tarde se dejaban llevar por pequeñas disputas y luego sellaban la tregua con tontas risitas. No se hablaba de la *coga* que vivía en su casa, el sol alejaba toda turbación, y su juvenil pretensión de despreocupación. A la edad de ocho años, Ianetta vivía en la casa de los Zara como un animal salvaje forzado a vivir bajo el mismo techo. Nunca hablaba con nadie, al contrario, dudaban que pudiera articular algo con sensatez; comía la misma comida que los demás, pero en soledad y trataba sólo con Cicita de vez en cuando, cuando la criada la obligaba a cambiarse la ropa sucia o tenía que limpiar donde estaba ella.

De vez en cuando, las hermanas hablaban de Lucía, de lo sería y aburrida que se había vuelto; de cómo estaba en casa todos los días para ayudar con el trabajo y el poco tiempo libre que tenía. Cuando hablaban de Lucía de esa manera, Mariuccia ya no tenía ganas de mostrar su sonrisa habitual porque quería que sólo se dijeran cosas bonitas sobre su buena hermana. Pero luego pasaba un zorzal o un jilguero y, entonces, el deseo de defenderla se evaporaba en un abrir y cerrar de ojos. No era raro que Mariuccia terminara dentro de un reino imaginario propio. Un hocico de conejo o un grupo de setas eran suficientes para que su cabeza volara.

Como ese día que vio una codorniz moviéndose en un arbusto de lentisco. La criatura exhibió la hermosa librea manchada dos o tres veces, con su pequeña cabeza emergiendo del follaje y, finalmente, guiñó un ojo en su dirección. Fue una invitación que Mariuccia, que tenía todavía los discursos de Fedela y Pinella en los oídos, no dejó escapar.

“Escuchad, hermanas, esto es lo que he decidido: este año iremos a la procesión del Viernes Santo, ¡pase lo que pase!”. Fedela se sorbió la nariz y cerró los ojos con determinación. Estaba segura de que ninguna de ellas se opondría. Y no importaba si en casa de los Zara las intenciones eran completamente diferentes. Estaba cansada de estar siempre al margen mientras que en Baghintos estaban de fiesta y divirtiéndose. Para poder estar entre la gente, le bastaría con participar en la procesión. Sin embargo, Pinella no estaba convencida de la propuesta y se puso triste.

“Nunca nos dejarán ir. ¡Papá nos pegará, veréis, y también mamá!” pronunció con firmeza, provocando gran desconcierto en Fedela por la insubordinación de su aliada de más confianza.

“¡Y luego, yo, todos esos ojos puestos en mí no los quiero!” Por un momento, Desolina se había perdido en sueños estúpidos: una procesión completa no recordaba haberla presenciado nunca. Pero luego hizo un puchero ante la idea de los habitantes de Baghintos que la espiaban y de las cosas malas que habrían dicho a sus espaldas. Todos la habrían condenado por su desvergüenza, estaba segura.

“Tontas, ¿pero no veis que mientras más nos ocultemos, más nos condenarán y, a la vez, sentirán compasión por nosotras? ¡El pueblo un día se ríe de nosotras, otro día llora y otro más se compadece por nuestra desgracia!”

“¡Y lo dices tú, Fedela, que la semana pasada no has tenido el valor de cruzar la plaza sin el abuelo!” Pinella siempre sabía dónde hacer daño para desmontar las razones de los demás. Fedela perdió algo de su determinación.

“Bueno, ¿qué tiene que ver con eso? Si todas estamos juntas, es diferente”.

Pero no importaba lo mucho que lo intentara, nada podía contra la falta de confianza de las hermanas. Al final, las tres, absortas en una profunda reflexión, suspiraron. Tal vez era mejor posponer el plan para el año siguiente.

Fedela miró al cielo y vio que la luz había cambiado. Entonces, para estar segura, miró al trébol y vio que tenía las hojas estiradas hacia arriba.

Predecía lluvia.

“Vámonos, viene una tormenta”, dijo, y juntas se levantaron y se sacudieron las faldas.

“¿Dónde está Mariuccia?”. Fedela se dio la vuelta, pero no pudo verla.

“¡Estaba aquí hace un momento!” Los ojos de Desolina eran grandes y estaban asustados. Sabía muy bien que la hermanita no debía estar sola y que su salud era tan delicada como la de un polluelo recién nacido.

“¡Mirad por ese lado, las nubes van muy rápido!” Ante el sonido de la advertencia de Fedela, Desolina comenzó a gritar el nombre de Mariuccia. “Mariuccia! Mariuccia! Mariuccia! “

Las otras dos se unieron a ella. Pero Mariuccia no estaba en ninguna parte. No estaba en los arbustos, ni detrás de las piedras de un muro de piedra seca, ni siquiera más lejos, donde la vegetación se volvía más espesa y estaba llena de madrigueras y nidos de animales. En los terribles momentos que siguieron, el miedo de las hermanas al no poder encontrar a Mariuccia se concretó.

“¡No puede haber desaparecido!”

“¡Estaba aquí hace un momento!”, gimió Desolina, y no hacía otra cosa que repetir esa frase. “¡Estaba aquí hace un momento!”

Después de media hora de búsqueda inútil, mientras el cielo se hinchaba de agua, decidieron correr a casa en busca de ayuda.

“¡Pero no podemos dejarla sola!”, Fedela agarró el brazo de Desolina y la sacudió con fuerza para intentar calmarla. “No está aquí, tenemos que buscar ayuda. Es inútil perder más tiempo. ¡Verás la que va a caer! ¡Y ahora corre tan rápido como puedas!”

Las tres hermanas se apresuraron hacia su casa con el diablo pisándoles los talones y las faldas que se les retorcían alrededor de los tobillos. Llegaron al patio, gritando, aterrorizadas, sin aliento y con la cara roja por la gran carrera y por la emoción.

“¡Ayuda! ¡Ayuda! ¡Hemos perdido a Mariuccia! ¡Hemos perdido a Mariuccia!”

De repente, la casa se llenó con lágrimas y gritos hasta que Severino se abrió paso y exigió que las cosas se explicaran con claridad.

“¡Papá, hemos perdido a Mariuccia!”, dijo Fedela.

“¿Qué estás diciendo? ¿Dónde?”

“¡Estaba a nuestro lado un momento antes! ¡Estaba a nuestro lado un momento antes!”

Cicita abrazó a Desolina, temiendo que se desmayara por la preocupación. Era ella la que siempre había estado con su hermana y ahora, por su culpa, había ocurrido la desgracia. El miedo se apoderó de todos cuando comenzó a llover con fuerza.

“Estábamos cerca de la fuente de San Girolamo. Dios mío, padre, ¡no la encontramos!”

Se refugiaron bajo la *lolla* y, cuando Assunta llegó con Lucía, las otras se quedaron en silencio como si esperaran una tragedia.

Assunta se sostuvo, por instinto, sobre el brazo de su hija mayor, incluso antes de escuchar lo que había sucedido. Su rostro parecía tallado en piedra.

“¿Mariuccia?” preguntó con su voz ronca, esperando lo peor.

“¡La han perdido en el campo!” Severino tenía la cabeza entre las manos porque no podía pensar en Mariuccia sola bajo la tormenta.

“¡Ha sido Ianetta!” anunció Pinella, mirándolos a todos a la cara. Lucía frunció el ceño pensativamente y Pinella no dejó de mirarla, desafiándola a que afirmara lo contrario.

“¡Esa maldita *coga*! Ha sido ella, es lo único seguro. Tiene que habérsela llevado a alguna parte. ¡Vamos, hijo, vamos a llamar a la gente! “ *Tziu* Efisio ya había emitido su condena.

Assunta soltó a Lucía y avanzó como si tuviera un terrible deseo de poner sus manos alrededor del cuello de su marido Severino. Como si esa mala situación fuera sólo culpa suya.

“Llévame contigo”. Y era más una orden que una petición.

“No puedes hacer nada. Quédate en casa”.

Entonces, Assunta se arrojó sobre Severino y lo golpeó en el pecho.

“¡Yo también quiero ir! ¡Quiero ir a buscar a mi hija! El de Assunta fue un grito de dolor. La lluvia caía con fuerza, parecía que el cielo no quería tomar aliento, tenía que mandar todo el agua para ahogar a la tierra.

“¡Assunta! ¡Assunta! Escúchame: si te pones mala, ¿qué será de la familia y de la casa?

Ante las palabras de su marido, Assunta detuvo sus músculos y le miró directamente a los ojos.

“Si te pones mala y te mueres, ¿qué harán tus hijas?”

Assunta se quedó mirándole de nuevo por un momento. Luego se rindió y recomendó en voz alta: “¡Tráela a casa!” Ella rompió a llorar y corrió seguida de Cicita y Cesarina, murmurando palabras sobre su hija Mariuccia y la desgracia que les golpeaba directamente en el corazón. Cuando nació Mariuccia, los médicos le habían dicho que no duraría, que sus riñones eran demasiado pequeños,

que sería suficiente una pequeña dolencia para que se la llevaran. Luego, a lo largo de los años, su hija había resistido y todos habían pensado que los médicos no entendían nada. Ahora, un terrible augurio de muerte había sacado a la superficie los viejos temores.

“Papá, quiero ir contigo”.

Una mirada de Severino fue suficiente para que Desolina y las otras hermanas desistieran de su empeño. “Id con vuestra madre y rezad a Nuestra Señora para que a Mariuccia la encontremos de inmediato”. Así que Efisio y Severino se vistieron bien y desaparecieron bajo una neblinosa cortina de lluvia torrencial.

Y mientras llegaban a los refugios de los pastores, que estaban fuera del pueblo, en busca de ayuda, para que los siguieran con los perros, Lucía se puso la capa de lana de su abuelo sobre la cabeza y los hombros.

“¿Dónde vas, Lucía?” Las hermanas la miraron en estado de shock.

“Yo no me quedo con las manos y los pies parados”. Las hermanas se abrazaron llenas de preocupación.

“Pero tenemos que escuchar a papá y al abuelo, no podemos movernos de casa. Tenemos que rezar a Nuestra Señora”.

La ingenuidad de Desolina hizo sonreír a Lucía. “Seguid rezando a la Virgen y, mientras tanto, yo encuentro a Mariuccia”. Les dio unas palmaditas a las tres, pero Pinella fue la única que se alejó molesta. Luego añadió para tranquilizarlas: “Conozco bien la zona de la fuente. Mariuccia no puede haberse ido muy lejos, incluso si ha seguido a un animal salvaje, ya sabéis que se cansa con facilidad. Veréis que nuestra Mariuccia estará bien”.

Antes de irse, Fedela le puso en la mano la medalla del santo de las cosas perdidas, San Antonio de Padua, y le sonrió confiada.

Lucía se enfrentó al diluvio con valentía, protegida por el manto que con gran efectividad logró librarla del agua. Se había puesto la falda con el dobladillo más corto para evitar que se mojara en los charcos. Nada más salir del pueblo, tomó un atajo. Era la forma más rápida de llegar a la fuente de San Girolamo, pero nadie solía hacerlo, porque los cántaros llenos de agua que las mujeres carga-

ban en la cabeza eran demasiado pesados para soportar ese viaje. A Lucía no le importaba que fuera un pedregal transitable sólo para cabras. Sin embargo, al llegar a la mitad del camino, a pesar de la buena intención de mantener las esperanzas, confiada como estaba en la gracia de San Antonio, su cabeza se llenó de imágenes feas. Mariuccia se podía haber caído por un precipicio. Mariuccia se podía haber ahogado en un río. Mariuccia se podía haber muerto de frío. Le picaban tanto los ojos que no podía distinguir si eran lágrimas o sólo gotas de lluvia.

La tormenta había hecho salir a los caracoles y una o dos veces le pareció escuchar una voz que gritaba el nombre de Mariuccia. Faltaba poco para llegar al pequeño lugar donde sus hermanas habían pasado la tarde. No se dio cuenta de inmediato de las dos siluetas que salían de la lluvia tan fina e insistente, estaba demasiado concentrada en ver dónde ponía los pies.

En cuanto se dio cuenta, Lucía abrió los ojos y se puso la mano en la boca.

A unos pocos pasos de ella, Mariuccia caminaba de la mano de Ianetta. Era precisamente la última nacida en la casa de los Zara la que llevaba a Mariuccia a un lugar seguro. Estaban caladas de los pies a la cabeza, pero si Ianetta se movía con energía y experiencia mientras señalaba el lugar más seguro para apoyar los pies, Mariuccia tenía el aspecto de una pequeña flor derribada por la furia de los vientos. Se tambaleaba y parecía que conseguía mantenerse en pie sólo por la fuerza divina.

Entonces ellos también la vieron. Ianetta se movió e inmediatamente soltó la mano de su hermana. Mariuccia, por otro lado, pareció repentinamente encontrar serenidad al ver a Lucía que le extendía los brazos.

“¡Mariuccia!”, exclamó Lucía casi sin aliento y con un impulso se le acercó antes de que se desplomase.

“Lucía, no me siento bien.” El suyo era realmente como el débil piar de un polluelo. La hermana la envolvió en su capa, haciendo todo lo posible para acabar con los escalofríos que sacudían ese frágil cuerpo. Respiró profundamente y la cargó sobre los hombros.

Sin embargo, aunque ligera, pronto se convertiría en una carga demasiado pesada para llevarla hasta casa. Pero tercamente, Lucía se obligó a hacerlo y, por el bien de Mariuccia, miró a su alrededor en busca de Ianetta. “¿Ianetta?” la llamó, mirando a través de los intrincados arbustos. Pero Ianetta había desaparecido como una sombra tragada por el bosque. No había tiempo que perder. Dejo de pensar en ella y en lo que había visto hasta que se resolviera todo. Sin embargo, tuvo la clara impresión de que durante todo el viaje de regreso la niña las había seguido escondida en los arbustos al borde del sendero.

Con todo el aire que tenía en los pulmones, a intervalos regulares, Lucía gritaba con la esperanza de que alguien viniera a ayudarla “¡La he encontrado! ¡He encontrado a Mariuccia! “Sin embargo, parecía que su voz era demasiado débil para superar los estrechos confines del camino y que la lluvia hacía todo lo posible para cubrirla con su fragor.

En cierto punto, Lucía ya no pudo resistir y se derrumbó en el suelo sin fuerza, aplastando sus rodillas contra las piedras. Fue en ese momento, justo antes de que la desesperación la hundiera, con la humedad que penetraba en sus huesos, cuando uno de los sirvientes pastores de familia se asomó por encima de un muro de piedra seca y las miró con unos ojos tan pequeños y negros como dos guijarros.

“¡La niña está aquí!” gritó con una voz prodigiosa. Entonces saltó y tomó a Mariuccia de los brazos de Lucía, mientras el perro pastor corría alrededor ladrando.

En casa de los Zara pasó de todo. Las mujeres se ocuparon de devolver el calor al cuerpo de Mariuccia. La desvistieron, la secaron y la cubrieron con calientes mantas de lana. Entonces, como todo el mundo había temido desde el primer momento, una fiebre perniciosa abatió a la niña. A los remedios del médico y a los de las amas de casa se unieron oraciones en grandes cantidades, pero ninguno de estos fue lo suficientemente efectivo. Culpa de la *coga*, dijeron en casa. Ianetta era la causa de la desgracia, murmuraba Cicita, y Pinella no hacía otra cosa que maldecirla, esperando que terminara su vida fulminada por la justicia divina. Lucía escuchaba esas pa-

labras llenas de odio en silencio, con el ceño fruncido y una fuerte turbación en el pecho. Tenía el corazón encogido y la imagen de Ianetta ayudando a Mariuccia no hacía otra cosa que volverle ante los ojos.

Esa tarde Ianetta no regresó a casa y la familia Zara, aunque por poco tiempo, se sintió reconfortada, casi aliviada de un peso demasiado pesado para soportarlo. Si ella hubiera muerto en una zanja, el cielo lo habría querido así, tanto mejor para todos. Esto es lo que se necesitaba en esa casa: una liberación divina que la limpiara de la presencia impía. La estaban invocando en voz alta, ahora ya no temían que les escucharan.

Cuando cayó la noche, las almas se callaron, exhaustas por el cansancio y la preocupación, y la casa se sumió en el silencio. Fue entonces cuando Lucía tuvo el valor de acercarse a Cicita en la cocina.

“Cicita, tengo que decirte una cosa. La voz de Lucía era un susurro. Cicita sonrió cálidamente a su predilecta.

“Dime, mi niña”.

“Cicita, fue Ianetta la que ha salvado a Mariuccia”, Lucía le confesó abiertamente, pero en seguida arrepintió. La sonrisa de Cicita se desvaneció. De repente, la mujer se puso seria.

“¿De qué estás hablando, Lucía?”

Lucía tomó un poco de energía y dijo con firmeza: “Ianetta estaba trayendo a Mariuccia a casa cuando la he encontrado. La llevaba de la mano...” Las palabras le murieron en la boca cuando Cicita la miró mal. Nunca la había visto con esa cara.

“¿Qué tontería dices? Deberías estar muda, porque estas cosas no las tienen que oír. No te tiene que escuchar tu madre. ¿Has visto cómo está? Un poco más y el corazón le estalla en el pecho por el disgusto. La endemoniada no tiene piedad, pónitelo en la cabeza de una vez. ¡Y tú que vas diciendo estas cosas tan feas!”, le dijo, debilitándola con una mirada aún peor. Lucía dio un paso atrás, desafiándola con igual seriedad.

“¡Es la verdad! La he visto con estos ojos que tengo en la cara. Ella no quería hacerle daño”.

“Vete a dormir, Lucía. ¡No quiero escuchar más traiciones!”

Lucía estaba a punto de volver a hablar para explicarle sus razones, pero luego, enfadada, giró sobre sus talones y salió de la cocina.

Durante muchas noches tuvo terribles pesadillas. Soñó con Mariuccia que moría por la fiebre. También soñó con Ianetta perdida en las montañas. El no saber dónde estaba la atormentaba y su disgusto aumentaba ante la conmovedora idea de Ianetta tratando de salvar a Mariuccia. Sentía una especie de ternura hacia ella y una gratitud por lo que había hecho por su hermana. Pero Lucía también se sentía culpable, una verdadera traidora como había dicho Cicita. Pero sabía que, después de todo, había sido Ianetta la que había salvado a Mariuccia y fue un verdadero tormento no podrérselo contar a nadie. Pero ¿cómo no sentir que su corazón estaba partido en dos al tratar de defender a la que se consideraba una maldición hecha de carne y hueso en la casa? ¿Cómo demostrar que había algo bueno en Ianetta, cuando su madre tenía el corazón roto de desesperación? ¿Cómo podría ser una buena hermana para Ianetta y, al mismo tiempo, una hija fiel para su madre?

Lucía meditó durante largo tiempo y, a pesar de todo, intentó encontrar a Ianetta. Hasta que, finalmente, descubrió en qué agujero se había metido. Fue por pura intuición por lo que se le ocurrió mirar en la panera. Había sospechado que no había muerto porque los huevos de las gallinas seguían desapareciendo, al igual que las aceitunas en salmuera y todos sabían que a ella le encantaban. Luego, tan pronto como entró en la habitación con sumo silencio, la encontró acurrucada, como un cerdo de San Antonio, en una especie de nido excavado en el trigo.

Se quedó mirándola largo rato antes de dejar que siguiera durmiendo. Pensó en ella el resto del día. Al final, no se pudo resistir y corrió a su habitación, abrió el arcón y comenzó a rebuscar entre cosas viejas, ahora olvidadas. Cuando encontró lo que estaba buscando, tuvo un momento de satisfacción. Con extremo cuidado, porque eso durante su infancia había sido su mayor tesoro, sacó una muñeca de entre una capa de mantas que una vez su padre y su madre le habían traído de Casteddu. El vestido de color celeste

se conservaba muy bien, pero era la cabeza de porcelana con rizos rubios y los ojos de cristal azul brillante lo que más le gustaba a Lucía. Sin pensárselo dos veces la llevó a la panera y allí, un poco arrepentida, la abandonó.

Lucía quería que Ianetta la encontrara. Tenía la intención de recompensarla por su gesto y quería que la muñeca le hiciera la compañía que le había hecho a ella cuando era pequeña. Había tomado la decisión de hacer todo lo necesario para que en ella se produjera un cambio, como si de repente fuera posible que Ianetta demostrara que era la niña que Lucía deseaba: una niña dulce que pudiera desmentir todas odiosas convicciones que se habían creado sobre ella, en casa y en el pueblo. Lucía pensaba que al haberla visto mientras salvaba a Mariuccia, las convertía a ella y a Ianetta, de algún modo, en cómplices y que de ahora en adelante todo sería diferente.

Cuando miró al día siguiente para ver qué le había pasado a la muñeca, vio que ya no estaba. La habían secuestrado.

Luego las cosas volvieron lentamente a la normalidad y Ianetta reapareció en la casa como de costumbre. Pero las esperanzas de Lucía resultaron vanas. La muñeca no hizo que Ianetta fuera más dulce, su mirada no se volvió más cálida, ni le mostró que buscara su compañía más de lo que lo había hecho antes. Una vez más, como una noche de tantos años atrás, parecía haber cometido el error de querer domar al zorro salvaje.

Un zorro domado sigue siendo un zorro.

Tras la desilusión de esos días, Lucía se quedó con su única preocupación por Mariuccia y la idea de Ianetta, inevitablemente, se evaporó.



La casa estaba pariendo moscas en grandes cantidades: a esa conclusión había llegado Cesarina mientras preparaba el pan para la fiesta de Pascua. Cogía la masa, la trabajaba como un festón lleno de puntas, pequeñas rosas y arabescos, luego le metía un huevo de gallina justo antes de hornearlo y, mientras tanto, con el paño, intentaba aplastar a los molestos insectos. Cicita estaba muy agitada y su miedo era que con tal jaleo los raviolis rellenos de requesón se desarmaran en el agua durante la ebullición. Prometía mal tiempo, la luz que entraba por la ventana era gris y las cocinas parecían suspendidas a medio camino entre el día y la noche. Sin embargo, los niños de Baghintos bajaron a la calle golpeteando las *taulittas* para anunciar el paso de la procesión. Sólo la familia de los Zara no participaría. Las voces de la oración se extendieron a través del aire inmóvil del patio

“Moscas y más moscas. Cicita, ¡para mí que esto no es normal! Zumban de una habitación a otra, como en la letanía del señor. ¡Que la justicia caiga sobre ellas!”, dijo mientras sacudía a tres a la vez. Cicita, posando la jarra, miró a la más joven de las criadas, moviendo la cabeza.

“No, no es la casa. Ni siquiera la pocilga tiene tantas. No, mi niña, ¡es algo más!”

Cesarina estaba muy preocupada. Consiguió reunir un poco de valor y se aventuró a mirar de lado a Cicita mientras se limpiaba las manos en el delantal. “Y ... ¿entonces qué?” Su voz temblaba de una manera extraña.

“Podredumbre”.

“¿Qué?”

“Algo está podrido, te digo. Carne podrida, vamos, algo podrido. Llevo días observando y estudiando y” - se acercó para decirle al oído - “creo que las moscas vienen de allí”, susurró, señalando con el dedo.

“Allí, ¿dónde?”

“¿Has visto todas esas moscas muertas cerca de la habitación del demonio?”

Cesarina se sorbió la nariz mientras le daba la razón, resignada a tener que lidiar muy pronto con algo que la habría aterrorizado hasta la muerte

“Ya he entrado en su guarida, pero ... *nudda*”. Luego, una Cicita resuelta y llena de energía tiró de Cesarina por la manga. “Ven conmigo, mi niña ¡Mi olfato nunca me falla! Por ahí hay cosas misteriosas, ya te digo”.

Cubrieron la masa ya lista para cocer con paños de lino y se dirigieron al lado opuesto de la casa. A su paso, enjambres de moscas se levantaron endiabladas. Se detuvieron donde los pequeños insectos muertos eran más numerosos, entre la puerta de Ianetta y la más pequeña que daba acceso al trastero.

“Lo único que se puede hacer es abrir aquí”. La determinación de Cicita preocupó a Cesarina. Vio a la criada mayor acercarse al muro y olfatear la pared.

“Aquí empieza a oler mal. Poco, pero ya huele”. Dicho esto, sacó el manojo de llaves del bolsillo de su delantal.

“¡Jesús, José y María!” Tres veces la señal de la cruz; sólo de esta manera Cesarina podría calmar el redoblar de su corazón y sentirse segura. Nunca le había gustado meterse voluntariamente en problemas como hacía Cicita, sus nervios no estaban hechos para demasiados sobresaltos.

Una vuelta de la llave y la pequeña puerta se abrió chirriando. “Ve a por una vela. Y una escoba ¡Mira qué porquería!”

Las moscas caminaban por todas partes, les zumbaban en el suelo antes de morir o les revoloteaban en la cara buscando la salida.

“¿Es posible que haya un ratón muerto?”

Para quitarse la preocupación, Cicita comenzó a mover unas docenas de viejos garrafones de aceite vacíos. El olor acre y dulce en algún momento se hizo más intenso, tanto que a Cesarina, cuando regresó con la vela, también le pareció olerlo.

“¡Madre mía, qué miedo! ¡Que alguien nos ayude!”

Cicita levantó la vela para disipar la oscuridad al fondo del angosto trastero.

“Mira, ¡hay otra puerta! No me acordaba que hubiera otra”. Cicita miró intensamente a Cesarina. “Pásame la vela”.

Cesarina no dijo una sola palabra, pero sus piernas y manos temblaban como ramas sacudidas por el viento. Sin embargo, decidió seguir a la criada más valiente, con el rosario en una mano y en la otra la escoba que iba dejando rastro en el piso. Curvando los hombros y bajando la cabeza para poder moverse en ese lugar estrecho y con el techo más bajo, llegaron frente a una puerta aún más pequeña que la anterior.

“¡Mira, las moscas salen de ahí abajo!” Cicita señaló los insectos que a la luz de la vela se arrastraban por debajo de la puerta.

Comenzaron a tragar con dificultad. Cicita empujó el tablero antes de que la fantasía se apoderara de las dos con imágenes indescritibles de demonios deformes que habitaban en ese lugar oscuro.

“Está abierta”.

La vela entró la primera para iluminar un ambiente de amplitud inesperada, con una diferencia de altura de cuatro peldaños respecto al piso de la casa. Las dos mujeres entraron, pegadas una a la otra. Casi todo el espacio lo ocupaban materiales de la construcción de la casa: pilas desordenadas de azulejos, manojos de juncos devorados por la carcoma, algún tronco de enebro que, por cierto, ahora que las paredes se habían levantado, nunca habrían podido salir de allí enteros. Todavía más garrafones vacíos, telarañas y polvo. Cesarina tomó aliento a pesar del aire fétido.

“¡Qué mal huele!”

Cicita bajó los escalones y recorrió el piso de tierra batida. La modesta llama de la vela encendida iluminaba a las moscas que saltaban en lugar de volar, mientras otras venían atraídas por la luz. La

mujer, cada vez más absorbida por la escena, siguió al enjambre de insectos y solamente cuando llegó al fondo, se dio cuenta, gracias al rebullir de las larvas, de lo que tenía en frente.

“¡Ay, Dios mío! Cesarina, ven aquí inmediatamente!”

“¡No!” Cesarina obedeció, aunque hubiera preferido escapar a lo alto del monte; se volvió muy pequeñita mientras blandía la escoba como un arma, dando dos pequeños pasos adelante y uno hacia atrás. Lo que Cicita estaba observando, con cara de tonta y de un color parecido al requesón, era una especie de horrendo teatrillo rodeado de cabos de velas, testimonio de las numerosas visitas que Ianetta había hecho al trastero. Sólo a primera vista podría parecer una composición privada de orden y coherencia. Acercando más la vela para no crear juegos engañosos de sombras, estaba claro que no se había dispuesto ningún elemento al azar. Los cráneos de ratas, conejos, gatos, zorros, ovinos con cuernos o sin ellos, blanqueados por el sol o todavía con algún trozo de carne y de piel, estaban apilados junto a montones pequeños de huesos de todos los tamaños y de todo tipo. Se exhibían al lado de los cráneos de los pájaros dispuestos en un círculo con los picos mirando hacia afuera y, en el centro, pupilas vivas, esqueletos de escarabajos iridiscentes que brillaban en la luz. Las plumas negras, blancas o manchadas, estaban dispersas por todas partes junto con pieles de serpiente semitransparente. Eran los cuerpos de pequeños animales muertos los que atraían a las moscas, pieles gruesas o ralas de todos los colores, colas, orejas, narices, patas con uñas y órbitas ya vacías. Cada vez que Ianetta recorría el campo o atravesaba los bosques de Baghintos se traía a casa algo que había recogido en sus exploraciones, para ella eran tesoros preciosos que había que preservar con celo, pero que cualquier otra persona habría evitado tocar.

“Padre nuestro que estas en los cielos ... ¡Madre mía, que me desmayo! ¡Que me desmayo! “

“Ay, *acabbadda, scrimpa!*”⁷

Cesarina se agarró a Cicita, pero esta no tenía tiempo para ocuparse también de ella. Allí abajo se practicaban cosas oscuras y macabras, cosas de las que las almas piadosas deberían escapar como de la peste. Las rodillas de Cicita, ella que era una mujer de iglesia, devota a la Virgen María, se mostraron por primera vez débiles desde el día en que nació Ianetta.

“¡*Coga maladitta!*”⁸ ¡Mira lo que ha hecho!”, dijo Cicita haciendo que bailara la llama de la vela. “Está invocando maldades en esta casa ¡Sólo nos faltaba eso!”

Visto que no era capaz de entender lo que estaba viendo, Cicita se convenció enseguida de que se trataba de algo maligno. Cosas que se referían a la *coga* que vivía en la casa de los Zara y que con toda seguridad algo estaba maquinando a escondidas.

Cesarina se inquietó aún más al oír esas palabras terribles. “Hay que decírselo a los señores”, sugirió temblando de miedo.

“¡No! ¡Cósete la boca o te hincho a golpes de *zironia*! Demasiados son los problemas que les preocupan y ahora que Mariuccia está enferma no quiero atormentarles con esta porquería”.

Cesarina comenzó a llorar al pensar en Mariuccia tendida en la cama.

“Tomemos cubos, palas, agua y sosa. Limpiemos todo y tranquemos la puerta”.

Una tarde entera estuvieron raspando el piso hasta el último residuo de tan horrible colección. Entonces, cuando las primeras gotas de lluvia comenzaron a caer, cogieron los cubos, abrieron la tapa del pozo de aguas residuales y lo tiraron todo allí dentro.

Sin embargo, Cicita tardó dos días enteros en sorprender a Ianetta, que usaba un duplicado de la llave para abrir la puerta y deslizarse entre las damajuanas del trastero. Una desagradable sorpresa la esperaba: sólidas tablas clavadas en la puerta. Extraños ruidos venían del estrecho cuchitril como de un animal que trata de ara-

7 ¡Déjate de tonterías!

8 ¡*Coga* maldita!

ñar la pared para abrirse paso, pero sin éxito. Aunque el desasosiego animase a Ianetta y sus uñas grabaran la superficie de la madera, la puerta permaneció sellada. Y a ella no le gustó esta novedad en absoluto. Una angustia que no había sentido nunca y una opresión, como si se le hubiera atragantado algo, hacía que se le levantaran el pecho y los hombros; el descubrimiento de una prohibición a su libertad para ir y venir a su gusto le provocó una rabieta. A toda prisa salió del trastero, esperó unos segundos, muy desecha, absorta en mil pensamientos, luego montó un gran escándalo de protesta que la dejó sin aliento. Y, por primera vez, la oyeron hablar.

“MÍO! MÍO! MÍO! MÍO! ¡MÍO!” Pateó y protestó golpeando los pies contra al suelo, apretando los puños con todas sus fuerzas, sacudiendo la cabeza de tal manera que se agitaba el arbusto de su pelo erizado y negro, lleno de nudos, con un lazo demasiado grande y descolorido. Y durante el ataque de cólera de Ianetta, Cicita se puso detrás de ella, levantó un balde lleno de agua bendita, y con todo el valor que corría por sus venas lo tiró sobre la cabeza de la niña. Ianetta no se retorció, presa de espasmos inhumanos y humos de azufre al contacto con el chorro purificador. Por el contrario, se quedó en silencio y desfallecida, con los brazos abiertos, miró a la criada y sus ojos parecieron increíblemente grandes y oscuros. Parecía en todos los aspectos un pajarito caído del nido. Un pajarito todo huesos, completamente decepcionado. Por un momento, Cicita se enterneció. Una conmoción maternal en el fondo de su vientre le hizo sentir pena. Pero esa sensación se evaporó por algo que le pellizcó en la espina dorsal. Mientras la gente de la casa estaba observando desde lejos lo que sucedía, la mandíbula de la mujer se disparó hacia adelante y, por el miedo, los músculos se convirtieron en cera fundida. Cicita comenzó a masticar. Lentamente los ojos se le iluminaron y, cuando comprendió, abrió la boca y escupió un diente. Un diente que había estado martillando sin parar durante días y que, sin embargo, según ella, debería estar pegado a los otros y no en el suelo. La criada rápidamente recogió lo que había perdido y escapó para esconderse. Una horda de pensamientos negros

como cuervos giraron en su cabeza durante el resto del día. Se tragó su secreto y, cuando estuvo segura de que no la veía nadie, dejó la casa y tiró el diente al río.

Lo que importaba era que esa pequeña parte de ella no cayera en manos equivocadas o podría tener serios problemas. En los días que siguieron, maldijo su osadía y cada vez más a menudo se la veía de rodillas con un rosario en las manos. Durante mucho tiempo también perdió el gusto de la palabra, incluso con Cesarina, y cuando Ianetta estaba cerca, ella prefería mantenerse ocupada en otro lugar. Lo que finalmente entendió fue que, tal vez, lo mejor era ocuparse de sus cosas, si quería mantener todos los dientes en la boca.

Poco a poco, las moscas desaparecieron de la casa de los Zara, pero, de hecho, nadie tenía cabeza para darse cuenta de ello. Preocupaciones de otro tipo mantenían ocupada a la familia; la idea de un dolor que presagia lo peor continuó latiendo, noche y día.

Desolina pensaba que bajo la vieja higuera, en el patio, todo parecía menos sombrío y triste, especialmente ahora que tenía hojas nuevas. Era la manera de hacer sombra de su follaje y el aroma de la leche de sus hojas lo que la convertía en un árbol mágico. Se lo había pedido también a ella, además de a los santos y a la Virgen, que Mariuccia sanara, pero parecía que ninguno la escuchaba. Los remedios de los doctores no funcionaban e incluso la “medicina contra el mal de ojo” no pudo erradicar el mal que estaba marchitando a su hermanita favorita.

Desolina, Pinella y Fedela se encontraron bajo el árbol para pensar en cosas serias. Estaban cerca y susurraban continuamente para que otros oídos, además de los suyos, no oyeran y miraban a su alrededor con el temor de reconocer a su odiada hermana menor. Sabían que la causa de sus problemas y de la desgracia que le había sucedido a Mariuccia podía ser una y solamente una.

“He visto cómo la ha mirado en el patio el día antes de ir a la fuente. ¡Parecía que los ojos se le salían de la cabeza!” No había necesidad alguna de que Desolina pronunciara ese nombre. Todos sabían de quién estaban hablando.

“¡Oid, yo nunca he visto ojos tan grandes en una cristiana! Seguro que es una *coga* y creo que no tiene pupilas”, dijo Pinella, apoyándose en el tronco de la higuera.

“Son como ojos vacíos”. La he visto hablar un día con cosas invisibles. Tiene la mirada del infierno, ¡os lo digo yo!

“¡Para, Pinella, asustas a Desolina!”

“¡No tengo miedo! La he perdido en el bosque y luego se le ha metido en el cuerpo esa maldita fiebre. Mariuccia es tan débil, ahora!” Desolina miraba a las hormigas ocupadas a los pies de la higuera corriendo en filas perfectas hacia su nido, mientras se retorció las manos y su cabeza volaba por tortuosos caminos. “He soñado que la cogía y se la llevaba a un bosque negro”.

Sin embargo, las otras no la escucharon, arrastradas, como estaban, por su odio a la hermana menor.

“¿Habéis visto que está todavía más fea? Huesos agudos, pelos por todas partes, uñas de animal y ojos de mochuelo. ¡Por la noche no me puedo dormir sólo de pensar que podría entrar en nuestra habitación!” Al ver a Desolina que parecía estar a punto de ceder a los nervios, Fedela le dio un codazo a Pinella.

“¿Por qué Lucía no entiende?” Desolina no podía comprender la indulgencia de la hermana hacia el habitante más desagradable de la casa.

“Porque Lucía es tonta. Tenemos una *coga* en casa que está tratando de matar a nuestra hermana y ella lo único que hace es defenderla. A veces creo que la estrangularía”. Pinella hizo el gesto de apretar un cuello invisible.

“Y luego no entiende que esa es tan fea que la gente no se quiere acercar a nosotras. Todos tienen miedo. Ya veréis que nos vamos a morir solteronas. Buenas solteronas con hiel en las venas”, añadió Fedela mientras las otras asentían preocupadas.

“No digas eso, Fedela. ¡No quiero morir como una solterona!”

“No puedes hacer nada al respecto, Pinella. Es nuestro destino”.

“¡Uff, cállate de una vez!” Pinella hizo un puchero, molesta como si Fedela realmente tuviera el don de la profecía. Y, sin embargo, ella también tenía esa misma sensación que se agitaba en su pecho.

Desolina ya no las escuchaba y, debido a la fuerte emoción, le vino el hipo.

“¡Si Mariuccia ... hip! ... ¡muere ... hip! ... ¡No sé lo que hago!”

“¿Qué?” dijeron las otras dos juntas.

“¡Si consigue que se muera... hip!”

“¿Qué vas a hacer entonces?” Fedela la miró fijamente, pero Desolina continuaba observando obstinadamente a las hormigas que iban y venían.

“¡*Da bocciu!* ... ⁹ ¡hip!”.

Fedela sabía que Desolina no era capaz de matar ni a un mosquito, por eso, la desafió con una sonrisa torcida. “¿Y cómo la matarías? Cuéntanos cómo matarías a una *coga*, Desolina.”

Los ojos descoloridos de Desolina se iluminaron extrañamente y, entonces, Fedela se dio cuenta de que no estaba bromeando.

“La cogería por detrás y haría como se hace con los cerdos: le pincharía en el cuello. Haría lo que padre no hizo ese día”.

La seriedad de su declaración hizo enmudecer a Fedela y Pinella. Fue entonces cuando algo se arrastró por la arrugada superficie del tronco. No era una salamanquesa ni siquiera un saltamontes. Las tres hermanas palidecieron y saltaron hacia atrás, pero no tenían fuerzas para escapar, como el ratón frente a la serpiente. En los años pasados nunca había sucedido nada como esto y ahora que Ianetta se acercaba a ellas voluntariamente y su pequeña mano se arrastraba en un tímido signo de amistad, las hermanas Zara no supieron cómo reaccionar. Ciertamente ya no tenían sangre en las venas y, si hubiesen querido gritar, ni un hilo voz habría salido de su garganta. Vivían con Ianetta, sí, en la misma casa, pero era como tener un gato salvaje en el hogar, cargado con enfermedades perniciosas. Una cosa era indudable: sus pies eran ahora de plomo.

Ianetta se movía tan despacio como en sueños, sus ojos eran oscuros mientras miraba fijamente desde detrás del tronco con increíble firmeza. La cara delgada estaba inclinada hacia abajo como si

9 ¡La mato!

ella no estuviera acostumbrada a dirigirse hacia a la luz del sol o enfrentarse a los extraños. Fue inquietante para las tres hermanas el hecho de que, al examinarla desde cerca, parecía una niña y una vieja al mismo tiempo, con tantos huesos sobresaliendo, el cabello de raíces ingobernables y dedos delgados como ramitas. El corte de la boca casi sin labios estaba levemente vuelto hacia arriba y fue este particular lo que hizo que las hermanas mayores no se fueran corriendo. Se preguntaban con cierto temor si, por casualidad, Ianetta había escuchado sus discursos. Sólo la sospecha habría sido suficiente para provocar terribles consecuencias.

Cuando Ianetta dio un paso hacia delante, Desolina, Pinella y Fedella contuvieron la respiración. Tomándolas por sorpresa, habló.

“Yo monto en las nubes. Puedo ir donde quiera”. Dicho esto, su cara siguió dibujando la sombra de una pálida sonrisa. Su voz era una de esas cosas que, una vez que se había escuchado, no se podía olvidar en toda la vida.

Una vocecita aguda y ligeramente nasal que sonó como un acorde inarmónico y desagradable. Tenía una manera infantil para acentuar y poner las palabras una tras otra como si realmente le costara tanto y, al mismo tiempo, capaz de inculcar inquietud en el alma de los que escuchaban.

Las tres hermanas se quedaron petrificadas y confundidas. Ante sus miradas Ianetta sacó algo pequeño y oscuro de su bolsillo y lo colocó en el hueco de un brote en la base de la higuera.

“Toma”, dijo, mirándolas por turno.

A la vista de tal descaro, Pinella, en un arrebató de valor malvado y utilizando a sus hermanas para parecer más fuerte y más amenazadora, gritó llena de odio.

“¡Vete, maldita *coga*! ¡Verás que Jesús esta noche hará que tú te mueras en la cama porque eres fea y tu corazón es malvado!”

Ianetta cerró los ojos como si hubiera recibido un golpe en la cara. Las miró de nuevo unos momentos, luego comenzó a retroceder hasta que desapareció dentro de la casa. Una al lado de la otra, las tres hermanas esperaban que saltasen otras sorpresas en cualquier momento. Pero Ianetta se había ido y no iba a volver. Pinella se

separó de las demás para ver qué regalo había dejado la niña para ellas. Su mano temblaba, pero no por esto dudó en recoger la pequeña cosa rojiza, ligeramente más grande que una aceituna, que en cuanto la rozabas se escabullía para abajo con brincos repentinos. “¿Qué es?”, dijo Fedela, intrigada. “Es una oruga, antes de convertirse en mariposa”. Pinella estudió el regalo de Ianetta girándolo por todos lados.

“¿Qué quieres decir, Pinella? Y ¿esa frase? ¿Por qué ha dicho que puede ir dónde quiere?” Desolina lloriqueó aferrándose al brazo de Fedela.

Como respuesta, Pinella dejó caer el capullo y lo aplastó con la zapatilla “¡Rezad para que el fuego la devore, antes de que Mariuccia se vaya al cielo!

La recomendación de Pinella hizo que le picaran los ojos a las tres porque ya sabían cómo iban a terminar.

Ianetta había usado un lenguaje antiguo, más antiguo que las palabras y, aunque incomprensible para sus hermanas, las inquietó. Se escondieron en casa, seguras cerca del padre y del abuelo.

En vano, con sus mentes simples, intentaron entender lo que el tiempo estaba tratando de mantener oscuro y secreto. Sin embargo, un poco más y llegaría el momento en el que todo sería más claro.



Abril 1889

Cuando las campanas de la ermita de Baghintos tocaron los tañidos de la agonía, las *attitadoras* entraron en la casa de los Zara con su carga de lágrimas bien compradas por Severino.

Cuatro mujeres que andaban con paso de fantasma, cabeza gacha y las manos juntas, pasaron delante de la tela negra y morada que estaba puesta en la puerta de entrada, atravesaron el patio y se dirigieron directamente a la habitación donde estaba el cuerpo de Mariuccia. El negro tan profundo de sus mantones oscilantes, de sus faldas y los pañuelos de cabeza se animó con el sonido de los versos lúgubres que salían a borbotones de sus bocas en cuanto se pararon delante de la difunta. Ese llanto, que entraba en la cabeza como un estilete, subió de tono y se difundió inconteniblemente con gestos de dolor y sufrimiento convincentes.

Las *attitadoras* a Mariuccia no la habían visto nunca, pero era su oficio, llorar por los muertos, y lo sabían hacer bien, tanto que Desolina, Pinella y Fedela se abrazaron con fuerza, con los ojos grandes llenos de miedo. Y si Desolina era en la casa la que más lo había sentido, porque se había comportado con Mariuccia como lo hace una madre, siempre atenta y solícita, Lucía se mostró firme y contuvo todo el dolor para que sus hermanas tampoco cedieran y porque alguien tenía que pensar en ocuparse de las cosas del funeral. Su padre Severino no hacía más que llorar en la habitación de al lado, caminaba hacia delante y hacia atrás y lloraba. Mariuccia estaba muerta y la culpa era también suya porque no se había deshecho de la *coga* cuando había podido y ahora la temida desgracia cosechaba sus víctimas inocentes. Con él estaba el abuelo Efisio, que para mo-

verse usaba un bastón de olivo bien lijado y torcido. Tenía los ojos secos y lejanos, a su alrededor era como si se alzase un muro; no hablaba y parecía que demasiados pensamientos se le acumularan en la cabeza. Era una mala cosa para Lucía porque, junto al dolor, llorado o enterrado en el pecho, sentía que un odio que no había sentido nunca se iba condensando en grandes oleadas que pronto romperían el dique.

Odio visceral a Ianetta.

Si en un rincón Cesarina y Cicita trataban de consolarse mutuamente, era Assunta la que más pena le daba a Lucía. En su propia casa Assunta Ibba se había convertido en una sombra distante más cerrada que la corteza espinosa de una castaña, mientras que las *attitadoras* se afanaban para hacer oír sus llantos hasta los cuatro confines de Baghintos. Se quedó sola junto al cuerpo de Mariuccia para cuidarla y colocarla antes de que se la llevaran para siempre. Vistió el cuerpecito frágil con un traje de lino blanco, le lavó el rostro con agua y vino, le deshizo las trenzas y le peinó el pelo a los lados del crucifijo colocado sobre el pecho. Assunta se comportaba como si en la sala no estuviera nadie más, como si no fuera cierto que los llantos estremecedores de las *attitadoras* llenaban el aire de manera insoportable. Se ocupó de cada pequeño detalle de la hija muerta con la fuerza de una roca, fuerte y resistente.

Cuando don Ninnino llegó, las *attitadoras* se escabulleron con gran prisa. El párroco jadeaba, continuamente mirando a su alrededor. Una fuerza superior le había llevado a entrar en casa de los Zara en contra su voluntad. A pesar del aire fresco de ese fin de abril húmedo y cubierto de nubes, se enjugaba el sudor de la frente entre una oración y una unción de aceite bendito. Mariuccia estaba delante, extendida sobre un lienzo inmaculado, con los pies hacia la puerta y las manos juntas; pero era como si él no la viera porque su mente la ocupaban otras impresiones espantosas. Al final, había tenido que venir a la casa de la *coga* y era cierto, como decían en el pueblo, que le temblaban los faldones.

Para darse más prisa, se volvió hacia Assunta, pero hasta el último momento no le salieron las palabras de consuelo que tenía en

mente. Tragó en vacío mientras apoyaba una mano sobre las de la mujer; Assunta hizo que desfalleciera con una mirada que habría congelado el corazón más atrevido, así que puede imaginarse el de Don Ninnino. El hombre de iglesia dio un paso atrás, agradecido de poder escapar. Ni una palabra a Severino ni a *tziu* Efisio.

¡Qué terrible silencio cayó en la casa de los Zara!

Algún sollozo de vez en cuando, luego nada más. La verdad era que los vecinos de Baghintos no querían ir a la casa de los Zara, excepto los pastores y los que trabajaban en la almazara o en los campos, y sólo para reclamar su paga. Con el tiempo y con el temor, que cada vez se había hecho más sólido, se había colocado un límite invisible a la altura del guardacantón cerca de la puerta de entrada, más allá del cual los que no vivían en esa casa tenían miedo de pasar.

Fue por la tarde cuando tres mujeres, las más ancianas del pueblo, guiadas por *tzia* Paddora, se aventuraron a entrar en casa de los Zara. Estaban tan imbuidas del Espíritu Santo que no tenían miedo de atraer la desgracia sobre ellas mismas.

Llegaron con un burro lleno de comida ofrecida por el vecindario, porque en una casa no se debía encender el fuego ni cocinar mientras estuviera todavía el muerto. Trajeron salchichas, ñoquis en salsa roja, cordero asado y tres panes *civraxi* bendecidos con una cruz tallada con una cuchilla. *Tzia* Paddora y las dos ancianas comadres rindieron homenaje al cadáver de Mariuccia con largas oraciones, luego se dirigieron a Severino y a Assunta con una sonrisa afable y compasiva a la vez y les dijeron: “Hijos míos, no os lamentéis de dolor. ¡Sois un padre y una madre afortunados porque ahora tenéis a un ángel en el cielo que reza por vosotros y os recomienda a todos los santos! El alma inocente de vuestro ángel está ahora con la Virgen. ¡Benditos seáis, benditos seáis! La anciana sonrió y una arrugada rejilla deformó su pequeña cara, dejando a la vista los únicos tres dientes que poseía. Se quedaron con la familia un rato antes de decidirse a llevarse el burro y a cruzar el portal de nuevo.

Desde el día anterior no se había tocado la comida en casa y a todos le parecía que había pasado mucho tiempo; el corazón estaba tan

vacío como el estómago. Por eso, se encontraron con una comprensión tácita alrededor de la mesa para probar un poco de ñoquis, de salchichas, de cordero, mientras que a Desolina se le escapaba una lágrima y un sollozo a Cesarina, sofocado por un bocado de carne. No se miraron a la cara, solamente comieron indiferentes al sabor. En un momento dado, Lucía no consiguió mantener los pies quietos y se escapó con su hermana que se había quedado sola, y eso no era algo bueno. Cuando entró en la habitación, se detuvo desfallecida. Inclínada sobre el cuerpo de Mariuccia se encontraba Ianetta, ocupada con un par de tijeras; su rostro estaba lleno de asombro. Inspeccionó el cuerpo de la hermana muerta de la cabeza a los pies como si se tratara de un misterio prodigioso. Olfateó su cabeza, su ropa, sus manos juntas y sus pies descalzos. Intentó escuchar el corazón que se había quedado mudo.

Las puntas de sus dedos recorrían suavemente las facciones de Mariuccia, corrompidas por la enfermedad; las imitaba con su boca desgarbada; intentó modificar el corte de sus labios en una sonrisa privada de vida.

Se inclinó sobre el cuerpo y murmuró algo indescifrable y secreto a los oídos de la niña muerta y luego, inesperadamente, la abrazó. Ianetta no estaba triste, parecía más bien liberada de la cadena de una prohibición odiosa. Por primera vez podía tocar y sentir a su hermana sin temor de que la echaran, sin la certeza de que toda la familia se volvería contra ella.

Cuando Ianetta trató de cambiar la postura de las manos con un acto de sabor profanador y cuando poco después le acarició el pelo y mezcló algunos mechones bien peinados para cortarle uno y méterselo en el bolsillo, Lucía se sobresaltó asombrada. En cambio, Assunta, que se había parado junto a ella en la puerta, dejó de respirar. Lo que vio fue suficiente para que le llegara la hiel a los labios y convirtiera su corazón en una piedra. Se quedó completamente rígida, se alejó e inmediatamente regresó con la *zironia* apretada en su puño. Ianetta estaba tan absorta que no se dio cuenta de la llegada de las dos mujeres. Su madre se acercó sin hacer ningún ruido, y antes de que Lucía pudiera evitar que hiciera lo que tenía en mente,

levantó su brazo lleno de furia y odio y golpeó con una violenta explosión la cara de la hija más pequeña. Le pegó y le volvió a pegar sin piedad, donde fuera, en el cuerpo, en la cabeza y en la cara de Ianetta, que no hizo nada para defenderse.

“¡Déjala en paz! ¡Déjala en paz! ¡Déjala en paz!”, gritaba Lucía con los ojos fuera de las órbitas y la cara a punto de estallar.

Ianetta gimió como un perro bajo la vara de su dueño, pero no se separaba, porque su mano se había enredado en el pelo de Mariuccia.

“No, madre, ¡por favor! ¡No estaba haciendo nada malo!” A Lucía la alejaron de su madre con un fuerte empujón y casi termina de bruces en el suelo.

La familia llegó corriendo justo a tiempo para ver a Assunta, que, con la furia de destruir lo que una vez había traído a la luz, se llevaba por delante todo lo que encontraba: un par de sillas, la vela bendecida y, finalmente, la misma Mariuccia, que rodó por el suelo en medio de un grito general de horror. Entonces, Severino se arrojó sobre su mujer para que se parara e incluso Cicita intentó sujetarle los brazos, mientras Cesarina y Desolina caían al suelo desmayadas.

“¡Assunta, cálmate! ¡Mi amor, cálmate! ¡Hazlo por Jesucristo!”

Pero Assunta no veía nada ni a nadie. Sólo Lucía, que temblaba de pies a cabeza al intentar volver a componer el cadáver de Mariuccia, se dio cuenta de Ianetta, de su ojo herido y lleno de lágrimas y de su manera dolorosa de arrastrarse lejos de la confusión. Sintió una infinita tristeza por ella. Cuando Ianetta se detuvo con una mirada llena de miedo, como un cervatillo listo para morir al ser el blanco del cazador, Lucía sintió el impulso de ir hacia ella. Estaba segura de que un pequeño gesto habría sido suficiente para que la menor de sus hermanas encontrara refugio en sus brazos. Pero esto nunca sucedió. Un grito de dolor aún más insoportable le heló la sangre a Lucía e hizo que Ianetta escapara. En el patio, la perseguía Pinella, quien, animada por los acontecimientos que acababan de ocurrir, tuvo el valor de echarla tirándole las piedras que encontró en un parterre de albahaca y menta.

“¡Muere, maldita *coga*!” le gritó con todo su aliento.

Ahora Assunta tenía electricidad en los nervios y ya no razonaba. Doblándose en el suelo, siguió azotando el aire con la *zironia* y despotricando contra Ianetta. “¡Le ha cortado el pelo! ¡Se lo ha cortado! ¡Se los ha cortado todos! ¡El pelo de la niña! Jesús, ¡ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame! ¡Maldita sea! ¡Tenías que morir tú, no mi hija!”. Gritaba sin aliento y su agonía fue un doloroso golpe para todos.

“¡Mamá, cálmate, ya se ha ido! ¡Ya se ha ido! ¡Por favor, va a morir de pena!”, le suplicó Lucía, arrojándose de rodillas, pero su madre no tenía oídos para escucharla.

Assunta gritó de nuevo y se retorció hasta que se sintió mal. Entonces sus fuerzas fallaron repentinamente; la acostaron, tuvo fiebre y no pudo asistir ni siquiera al funeral. Noche y día, durante toda una semana, desvarió con Ianetta que le robaba el pelo a su hija muerta y esto causaba pesadillas a todos los que vivían en la casa de los Zara.

Desde ese día, el pelo de Assunta ya no era tan suave ni tan negro como el carbón; se desinfló y se puso gris como una tela de araña. Era a principios de mayo y Lucía iba a los campos a recoger flores silvestres para la tumba de Mariuccia: margaritas, boca de dragón, asfódelos y en el suelo húmedo cerca de la corriente también espárragos trigueros, junquillos, aguileñas y ciclamen. Su rostro cinceado por un artista fino brillaba bajo el sol y el cuerpo que vestía de luto destacaba en el mar de diminutas flores blancas. Se desató el pañuelo para recoger las flores en su regazo y aflojó su trenza para que el viento, tan dulce y agradable, le entrara en el pelo. El calor fue un bálsamo beneficioso que logró alejar algo la escarcha que tenía en las venas. Pero luego su mirada se detuvo en una escena extraña y, más tarde, todo el disgusto se reavivó en un instante.

Lucía se puso de pie y caminó cincuenta pasos hacia un viejo almendro. Oculta detrás del tronco, observó la figura de Ianetta, que no estaba muy lejos y se movía alrededor de una oveja muerta. El animal estaba hinchado, con sus cuatro patas rígidas como la madera.

Por un momento tuvo el deseo de apartarla de esos juegos horrendos. Quería regañarla como lo hubiera hecho con cualquiera de sus hermanas. Pero era difícil vencer las ideas que su madre y su familia le habían puesto en la cabeza durante todos esos años.

Lo que estaba prohibido estaba prohibido. El instinto la llevaba hacia la que era la menos deseada, pero una cadena despiadada tiraba de ella con fuerza para ponerla en su sitio.

Ianetta parecía tan pequeña bajo la brillante luz del sol. Las terribles sombras de la condena que no se puede nombrar de repente parecía que se habían disuelto.

¡Qué efecto tan indefinible le produjo el pensar que ella y Ianetta, la *coga*, estaban hechas de la misma sangre! La costumbre de considerarla como algo diferente de la familia se había hecho tan fuerte que había prevalecido sobre la verdad de los hechos.

Todo ese movimiento de pensamientos se olvidó cuando el desconcierto le subió a la garganta, al ver a la niña que agarraba al animal muerto y, con una fuerza increíble, lo arrastraba debajo de un árbol. El mal olor se apoderaba del aire, pero Ianetta parecía no darse cuenta. En cambio, parecía animada por un gran interés. Lucía se sintió triste, el peso del luto se le echó encima. Observó a Ianetta y se conmovió cuando se dio cuenta de que ella no era como las otras niñas, sus juegos no tenían la luz de la inocencia, sino la sombra de la amarga conciencia de que sólo podía interesarse por las cosas muertas, las únicas que no podían rechazarla. Estaba tan acostumbrada a que la odieran, a que todos la rechazaran que incluso acercarse a un animal muerto le parecía más seguro que a uno vivo. Las cosas muertas no protestaban ni blasfemaban deseándole mal. De esta manera tan suya Ianetta conseguía sentirse un poco menos sola.

Llena de tristeza, Lucía aprovechó la ocasión para irse. Sujetando con fuerza las flores contra su pecho, de repente, empezó a correr. No se detuvo en el cementerio, sino que corrió directa a casa. Rumió malos pensamientos durante todo el día.

Esa tarde el viento soplaba en las ventanas; cuando se hizo el silencio y Cicita se quedó la última por la cocina, fue fuerte la impresión de que los espíritus llamaban a la puerta para entrar.

El lúgubre aullido del viento se encrespaba a veces en una extraña risa de niños y el efecto era tan claro y real que Lucía se vio obligada a levantarse, encender una vela y salir al pasillo a ver de qué se trataba. Mientras sostenía el candelabro su muñeca se mantenía firme y el leve ceño fruncido que oscurecía su frente no disminuía su belleza, ni siquiera a la tenue luz. Las ráfagas de risitas similares a pequeños arroyos la llevaron directamente a la puerta de Ianetta. Lucía se acercó y escuchó. Se oyó el ruido como de algo rodando por el suelo y, luego, más risitas y susurros. Dejó de respirar mientras se acercaba a la puerta. Un golpe fuerte, como si algo se hubiera caído al suelo, la hizo saltar. La chica se imaginó niños felices que jugaban a perseguirse y a hacer bromas. Entonces, una pequeña voz que cuchicheaba muy bajito pronunció su nombre: Lucía. Entonces, Lucía ya no pudo contenerse, agarró la manilla y abrió la puerta lentamente. Pero se detuvo porque la habitación estaba inmersa en la penumbra y el ruido y la voz se detuvieron de golpe. A través de la ranura Lucía estaba segura de que había visto la forma de una persona, tal vez una niña, con el cabello suelto, perfectamente inmóvil como la sombra de un sueño. La figura parecía demasiado alta para que se tratara de Ianetta y demasiado familiar para no parecerse a Mariuccia.

La boca de Lucía se llenó de angustia cuando sus grandes ojos se hundieron en la oscuridad de la habitación. Unos momentos en los que se dejó llevar por la ilusión y un tipo de esperanza que nunca debería pasar por una mente dotada de juicio. Una ráfaga de viento que hizo parpadear la llama de la vela rompió el hechizo y todo volvió a su lugar cuando abrió la puerta y la sombra de Mariuccia se evaporó en la nada.

Lucía habría deseado ceder al llanto, por primera vez desde la muerte de su hermana, pero algo que se movía en el suelo le llamó la atención. Ianetta estaba agachada y en sus manos hacía girar como una peonza a una pobre tortuga dada la vuelta. El animalillo tenía sus patas escondidas en el caparazón y su cabeza colgando en busca de aire. Lucía no lo pensó dos veces antes de librarla de esa tortura. Sucedió entonces que Ianetta, a medio camino entre el asombro y

la desaprobación, se aferró a la camisa de Lucía, pronunciando un “no” bajo y discordante. Sus delgados y nudosos dedos parecían ramitas secas.

El corazón de Lucía de repente aceleró la carrera. “Las tortugas mueren si se las vuelca”, le advirtió, tragando con fuerza, más severa de lo que hubiera deseado.

Ianetta se quedó mirándola durante mucho tiempo; luego, con movimientos lentos, se apartó de ella. Sus ojos eran increíblemente serios. Sólo en ese momento, libre del encanto de esa mirada salvaje, Lucía fue consciente de dónde estaba. Al ver esas cuatro paredes blancas y desnudas donde había una cama, una cómoda, un cuenco de cerámica y una pequeña silla con la parte inferior de rafia, le asaltó una sensación sofocante de profanación, como de un lugar terrible y prohibido. La gran cuna oscura había desaparecido, pero todavía le parecía cometer un grave pecado al quedarse allí, una blasfemia que su madre nunca le habría perdonado.

Inmediatamente se dirigió a la puerta, la cerró al salir con tal energía que pudo apagar la vela.

En medio de la noche, presa de extraños fantasmas de la mente, Lucía se fue en busca del aire fresco del patio donde poder liberar a la tortuga. Fue entonces, con los ojos dirigidos a la medialuna en el cielo, cuando resurgió el recuerdo de ciertas historias que siempre tuvieron lugar en Baghintos. Historias que hablaban de pelo, uñas y botones y contaban de mujeres que sabían cómo usarlas para hacer hablar a los muertos.

Pero Lucía de esa extraña visita nocturna no se sintió satisfecha porque la curiosidad, como el gato, le había mordido la cola. Habían pasado dos días y ella sólo pensaba en el cajón de nogal de la habitación de Ianetta. Quería ver con sus propios ojos lo que había dentro y, tras un millar de vacilaciones, tomó una decisión. Fue sólo cuestión de esperar el momento favorable, cuando la dueña de esa habitación estuviera lejos de casa, con absoluta certeza. Luego se coló, venciendo al miedo de que la cogieran *in fraganti*, como cuando era una niña. Mantuvo la puerta abierta lo suficiente para que dejara pasar un poquito de luz y, con los ojos bien abiertos, se

adelantó ansiosa, segura de que se iba a encontrar con algo inaudito.

Tiró de la primera manilla y su boca se inclinó hacia abajo decepcionada. Abrió el segundo, el tercero y, finalmente, el cuarto cajón sin encontrar nada excepcional. No eran más que los cajones de una niña, pobres vestidos, calcetines, camisas y chales. Volviendo a ponerse de pie, se sintió de repente tonta y los cerró uno a uno, teniendo cuidado de no hacer ruido. Pero cuando agarró el cuarto, terminó resbalándose y cayendo al suelo con un ruido sordo. Así fue como el tesoro de Ianetta se mostró ante sus ojos.

En la parte inferior del mueble, bajo todos los cajones, se almacenaban varios objetos de distinto tipo, dispuestos en tres filas. Lucía encendió una vela rápidamente y se arrodilló, acercando su rostro al suelo. La luz se deslizó en el recoveco, iluminando, en primer lugar, cinco mechones de cabello diferentes, cada uno atado con hilo de coser blanco. Sólo uno, el que tenía el cabello más suave, formaba un bucle natural y estaba sujeto con una cinta de raso roja. Lucía reconoció su pelo y en un instante se acordó de la noche, un año antes, cuando se había despertado nerviosa y, por la mañana, había visto en el espejo una marca en el cabello perfecto. Ahora tenía la certeza de que no había sido un sueño, realmente vio una sombra que salía a escondidas de su habitación.

Los otros mechones tenían que ser de sus hermanas. Con dedos temblorosos extendió la mano para coger el de Mariuccia. Lo sostuvo en la mano por unos momentos como si se tratara de una reliquia, y luego, sin resistirse a la emoción, volvió a colocarlo en su sitio. En las últimas filas estaba su peine de hueso, que había desaparecido quién sabe cuándo, y la canilla que su madre siempre llevaba consigo y que no había podido encontrar durante mucho tiempo. Y, además, un cincel del abuelo Efisio, un cencerro de oveja, una de las *pintaderas* que Cicita utilizaba para decorar el pan, sus juegos de infancia y de sus hermanas, como un par de peonzas rotas, lascas, un caballo tallado en madera por el padre y una lata que vino de Casteddu y donde se guardaban chocolates glaseados. Seguro que en ese escondite estaba la muñeca que Lucía le había dado a Ianetta

hace mucho tiempo. Alrededor botones, una cucharita de plata, un broche sin valor, unos carretes de hilo y algunas tiras de encaje que a Pinella le gustaba tanto bordar.

“¡Es una ladrona!”, exclamó para sí misma con una sonrisa divertida. Pero luego Lucía frunció el ceño porque se dio cuenta de que Ianetta no era para nada como una urraca que roba sólo por el brillo. Allí, en el secreto de su habitación, dispuestos con extremo cuidado y atención, había objetos familiares escondidos y cada uno era como una pieza preciosa de su dueño. Ese era su mundo secreto. Y le parecía ver en ese secreto infantil una manera extraña y al mismo tiempo triste de tener cerca a los que temían su presencia.

Ese pensamiento la inquietó profundamente.

Colocó todo como estaba y salió de puntillas de la habitación. Estaba convencida de que en el cuchitril de Ianetta se ocultaban cosas extrañas, tal vez cosas propias de una *coga*. Pero lo que encontró fue solo un nudo en la garganta que no la dejó en todo el día.



Abril 1898

El banco de piedra amarillenta, el de conchas retorcidas una encima de la otra, en el que tomaba el sol en el patio, todo el invierno y todo el verano, se convirtió en el asiento favorito de Efisio Zara. Efisio ya no iba a buscar cardos salvajes y mantis religiosas bajo la tierra. Ahora que sus articulaciones eran frágiles y ya no tenía fuerza en los brazos ni en las piernas, su sostén era el palo retorcido que apoyaba en el suelo frente a él. Con sus ojos, aún más pequeños y remotos, dos puntos desteñidos de aguamarina, observaba a las gallinas que se agitaban, o el ir y venir de Cicita, o el paso rápido de Pinella que siempre andaba a la sombra de Lucía.

Desde ese punto lo veía todo.

De vez en cuando hablaba bruscamente y era tan cortante como un hacha. De vez en cuando lloriqueaba y entonces su mente, buscando consuelo, se inclinaba hacia los bellos recuerdos, llenos de melancolía; vagaba y llegaba a cuando su padre, Gigino Zara, había puesto allí la piedra donde sentarse y él también, bajo el sol, había trenzado juncos para hacer cestas y canastas para pan. O volvía a ver nítida, como si fuera de carne y hueso, a su madre Antonia que horneaba *pardulas* y *pistoccusu* en el horno que estaba cerca del cobertizo de la leña.

Y luego se acordaba de cuando de niño cogía las flores de diente de león y se divertía siguiendo el vuelo de los penachos plumosos empujados por el viento.

Ya no había más dientes de león para Efisio. Nada era como en el pasado, todo había cambiado en la casa de los Zara.

Efisio había visto a Fedela y Desolina salir de casa para ir a Cas-

teddu a vivir con su prima tercera Erminia Scalas, viuda sin hijos, que tenía dinero y quería gente alrededor que le hiciera compañía. Todos estaban convencidos de que las dos hermanas habrían casado bien al cabo de unos meses porque Casteddu era grande, llena de gente y estaba lejos de Baghintos. Pero habían pasado tres años y lo único que le había gustado a Desolina, la que se había resentido de la muerte de Mariuccia más que nadie, y a Fedela, que no hacía más que hablar sobre la maldición de las solteronas, había sido el mar.

“¡No nos quiere nadie, pero estamos felices de todos modos porque hemos visto el mar, que es algo que no se puede imaginar!” habían escrito después de algún tiempo. Sin embargo, la esperanza no había abandonado por completo a Fedela y, aunque no había informado a la familia, ella y Desolina habían hecho un voto en el santuario de Nuestra Señora de Bonaria para encontrar marido. Creían tanto en ella que ya habían comprado un corazón de plata para ponerlo junto a los exvotos de la iglesia. Ya no escribían como antes y Assunta estaba contenta así, porque no tenía ganas de leer para Severino, Efisio y Cicita. Ella prefería estar sola y dejar a los otros las cosas cansinas y las decisiones diarias de la casa.

Cesarina se había ido hace un año para casarse con un carretero, Giuanni Cogoni, que para ganarse la vida cogía cañas del campo y las vendía en los pueblos. Si le iba bien, la gente alquilaba el carro para llevar carbón, paja para los animales y leña para las chimeneas, pero había que viajar por todas partes sin importar si había nieve o si la tierra estaba quebrada por el sol. Cesarina no se había resistido, las “cosas malas” ya no las podía soportar y era mejor afrontar las dificultades de la vida cuando todavía era joven. Lloró mucho cuando se fue, pero se recuperó rápidamente y sólo se acordaba ya de Cicita.

Cicita no quería dejar la casa de los Zara, estaba pegada a esa casa como el musgo a la piedra. Quería demasiado a la familia para abandonarla, especialmente a Lucía que le ofrecía siempre una sonrisa amable. De las cuestiones domésticas ahora se ocupaba la primogénita de la familia Zara; gobernaba en lugar de la madre como una buena jefa de mano firme y cada vez más a menudo se interesaba

por los discursos que el padre hacía sobre los pastos o la almazara. Sin embargo, lo increíble era que su belleza en el pueblo daba más miedo que la fealdad de Ianetta. A los veintiocho años estaba más radiante que una flor y no era normal que ningún hombre la hubiera ido a buscar para casarse con ella. Sin embargo, parecía que ella no se preocupaba por eso demasiado, pero sólo porque no había experimentado otras alegrías en su vida y generalmente no deseaba cosas hermosas, acostumbrada como estaba a los disgustos.

A pesar de todos estos cambios en casa de los Zara, Ianetta continuó siendo lo que siempre había sido. Pero sólo para el ojo distraído del que no estaba realmente interesado en su condición, en sus costumbres, que no parecían haber cambiado mucho con los años, como si ella fuera a seguir siendo una niña para siempre. En cambio, Lucía había notado que se había vuelto aún más oscura y temerosa, como atormentada por un secreto y que evitaba su presencia como un gato salvaje. Aunque Lucía se esforzara para aclarar el misterio, incluso llegando a seguirla secretamente en sus largas peregrinaciones alrededor de Baghintos, Ianetta era como una sombra que no se podía agarrar.

Como Fedela y Desolina ya no vivían en casa, Pinella tenía aún más sombras dentro de sí. Hablaba como un cántaro de vino y sus ojos siempre vagaban por el suelo. Seguía a Lucía por todas partes, siempre permaneciendo un paso por detrás. Así era Pinella: cuando no bordaba encajes y cordones con red de mallas, estaba ocupada absorbiendo los rayos que venían de su hermana mayor.

Cicita se daba cuenta de que en esa casa ya no había ni un marido ni una mujer desde hacía mucho tiempo. Severino pasaba todas las horas de luz y parte de la oscuridad trabajando. Asunta ya no existía para él, sólo estaba el tormento del remordimiento que roía y roía incluso en la médula de su alma. Su acto de debilidad de dieciocho años atrás había marcado de desgracia a toda su familia y, entonces, ¿cómo podría un hombre perdonarse a sí mismo?

Cuando los pensamientos eran demasiados, acudía al vino para que se escaparan y, cuando eran insoportables, entonces era el aguardiente el que ponía remedio haciendo que se evaporaran a lo largo

de la noche. Esos eran sueños buenos, pero le traían malos despertares. En los últimos tiempos Severino empezó a ser malo. Cuando anochecía comenzaba a desvariar sobre cosas extrañas y cada vez más a menudo vagaba por la casa buscando quién sabe qué. No tenía paz. A Severino le atraían los rincones oscuros y no era inusual que fuera allí donde veía cosas que se arrastraban y se retorcían en obscena maraña.

Así sucedió que una noche, en el aniversario de la muerte de la su amada Mariuccia, decidió seguir una de esas marañas para ver dónde iban a parar. En el momento de dormir, con la luna llena ya alta en el cielo, Severino corrió tras su obsesión hasta el patio. Estaba seguro de que esa cosa misteriosa y terrible se había arrastrado hasta el almacén de utensilios donde estaban los arados, los rastrillos, las horcas y los arneses para las bestias y donde ahora brillaba una pequeña luz. No fue un sueño, realmente había algo de verdad y, a primera vista, con la pequeña luz del brasero que ardía, de color bermejo, parecía un animal extraño que cantaba una melodía familiar. Era la canción de cuna que Desolina siempre tarareaba a Mariuccia. Severino extendió sus manos para apoyarse en algo seguro.

La criatura estaba cubierta por una bata pálida, tenía más huesos que carne y sus manos buscaban entre los utensilios de trabajo con el frenesí de un ratón. Severino reconoció a su hija Ianetta, el rastro oscuro y salvaje que emanaba de cada parte de su cuerpo, los ojos tan grandes como los de una *stría*. A menudo sucedía que en la mitad de la noche la descubrían mientras estaba ocupada buscando entre las cosas de otras personas, cuando todos estaban durmiendo y ella podía moverse como quería. Esa noche le había venido el deseo de mirar entre las herramientas que Severino había usado por la tarde: agarró las tenazas que sujetaban un pequeño recipiente incandescente abandonado sobre los tizones del brasero todavía ardientes, lo levantó mirando con ojos dilatados la reverberación rojiza y, con un salto rápido, derramó el estaño fundido sobre sus pies desnudos. El grito inhumano que siguió se le ahogó en la garganta y, en lugar de morir de repente, Ianetta comenzó a dar vueltas sobre sí misma. A los ojos de su padre, era en todos los aspectos un monstruo feliz y

triste al mismo tiempo, vieja y joven en el mismo cuerpo. El estaño se enfrió casi de inmediato haciéndose negro; para Severino, las señales del pacto con el diablo estaban todas ahí delante. Esto fue suficiente para que, loco y con la sangre que se le subía al cerebro, irrumpiera en el almacén con impetuoso entusiasmo. Un sinfín de instintos asesinos retenidos se le subió a la garganta y armó la mano con la *arresoja* que siempre tenía en el bolsillo, la del mango hecho de cuerno de carnero.

A pesar de todo, Ianetta era para él lo que en la casa de los Zara no había cambiado, una presencia fija, grotesca y odiosa que siempre estaba escondida para espiar la vida de su familia, que se alimentaba en secreto de sus asuntos, conflictos y dolores. Una enemiga silenciosa que no hablaba nunca y, aun así, hacía más ruido que cualquier tormenta.

Severino sabía que había llegado un momento preciso esa noche: había sido con un mucho retraso, pero, aun así, ninguna fuerza en el mundo ahora le habría impedido hacer lo que tenía que hacerse de una vez por todas. Se tiró sobre su hija, quien de inmediato se encogió como una víctima. La agarró por el pelo y le inclinó la cabeza para poder mirarla en esos ojos que ahora parecían más negros que la obsidiana.

“*¡Ti bocciu!¹⁰*”, le gruñó a un palmo de la cara. “*Ti bocciu, coga maladitta!*”

Le puso la cuchilla en la garganta y estuvo a punto de degollarla. Pero Ianetta habló y le suplicó, volviéndose de repente una niña, y su voz era horriblemente familiar. Sonó como la voz de Mariuccia y dijo: “¡Padre, no me mate! ¡No me mate, padre! ¡Padre, padre, padre, padre, padre! ¡Por favor!”

La emoción le hirió como un disparo en el pecho, tanto que detuvo la cuchilla. Severino apretó los dientes hasta romperlos, dejó el cuchillo y retrocedió unos pasos. Todo el color se le fue de la cara y los brazos y las piernas se volvieron rígidos; sólo un sople de viento bastó para

10 “¡Te mato!” “Te mato, *coga* maldita!”

que cayera al suelo. Dio pena ver cómo babeó con su boca torcida y resultó normal que sus músculos se convirtieran en granito.

Luego se hizo el silencio, ni una sola hoja se movió en el patio. Las brasas se enfriaron en el aire de la noche y la oscuridad poco a poco ganó su posición.

Con mano vacilante, Ianetta se arriesgó a rozarle la cara deformada y esperó a que algo terrible sucediera a consecuencia de su acto audaz, que golpes e insultos le llovieran por todas partes. Pero no pasó nada. Entonces se atrevió a más y escuchó el latido de su corazón. Era muy extraño todo ese silencio a su alrededor. Entonces agarró el cuchillo y le robó un mechón de pelo. Acercó su tesoro a su mejilla para examinar las cerdas plateadas antes de metérselas en el bolsillo.

Finalmente, se agachó junto a su padre y, recuperando el hilo de esa vieja canción de cuna, lo acunó durante dos horas mientras él agonizaba, inmóvil y paciente como un árbol secular.

A las cuatro de la mañana, Cicita se levantó para hacer el pan de la semana y fue entonces cuando Ianetta se movió.

“¡Estos sí que son verdaderos problemas!”, farfulló la criada tan pronto como se dio cuenta de que ella salía del almacén. Estaba acostumbrada a verla vagar en las horas más extrañas, pero esta vez un presentimiento la llevó a imaginarse lo peor.

Cuando encontró al señor que agonizaba en el suelo, se santiguó y recordó, con un escalofrío, cuando el diente se le había caído de la boca.

Estalló un alboroto que nunca se había visto, toda la familia se acercó y Cicita no dejó de decir ni un momento que había sido Ianetta la que lo había reducido a un hombre muerto. De hecho, Severino no estaba muerto, tenía los ojos abiertos, respiraba y su corazón latía con fuerza, pero no respondía cuando se le llamaba y, cuando le pellizcaron en la carne, no reaccionó.

Cicita y Pinella sollozaban, mientras Efisio golpeaba los pies del hijo con la punta del bastón.

“Este se queda así”, dijo, masticando sin comer porque las encías desnudas le molestaban.

“¡Abuelo, llevémosle dentro!”. Lucía le regañó e inmediatamente ordenó que llevaran a su padre dentro. Lo levantaron, rígido como un tronco de árbol, y lo acostaron en la cama. Sólo Efsio se quedó contemplando el cielo estrellado y la mancha alrededor de la luna que ya casi se ocultaba.

“La nieve llega temprano este año”. Así dijo, y empezó a lloriquear siguiendo su habitual cambio de humor.

“Tenemos que llamar al médico”. Lucía estaba lista para vestirse e ir allí en persona. Había más de una hora de camino para llegar al pueblo vecino donde estaba el nuevo médico, pero si tomaba el atajo que pasaba por el bosque de encinas tardaría la mitad del tiempo.

“Iré yo”, se ofreció Cicita. En otras ocasiones, el miedo de encontrarse con *sirbonis* salvajes hubiera hecho que le temblaran las rodillas.

“Voy contigo”, hizo eco Pinella, asaltada, también ella, por un insólito valor.

Cuando Lucía y su madre se quedaron solas en la habitación con Severino, sucedió algo que nadie en la casa de los Zara habría creído posible. Assunta se puso en la cabecera de la cama de su marido y comenzó a acariciarle el rostro. La trenza estaba apoyada sobre un hombro y en la tenue luz, su rostro, un tiempo tan orgulloso, pareció antiguo, un marco arrugado para los ojos opacos llenos de inquietud. Pero, al ver a Severino abatido por una enfermedad desconocida, revivió con nuevos sentimientos.

“¡Mi pobre marido! ¡Mi pobre marido!, decía como una *attitadora*, con la voz ronca porque hablaba poco. Seguía acariciándole la frente, el pelo corto, la mejilla espinosa hasta la boca. Parecía que sólo ahora Severino era suyo y, como tal, merecía que lo cuidara. Se inclinó para escuchar los latidos del corazón de su marido; cuando se levantó, Assunta estaba llena de una mezcla de amor, piedad y determinación.

“Mi pobre marido. Demasiado grande era el peso que has tenido que soportar. La espalda se ha roto. ¡Pobrecito! Pero ahora estoy aquí para cuidarte. Yo me ocupo de todo, amor mío. Has sido un

buen marido y muy trabajador, demasiado bueno para resistir a la desgracia. Yo me ocuparé de ti, no te preocupes. Me has traído de la ciudad y me has hecho reina del pueblo. Me has dado seis hijas todas hermosas y, como regalo final, una hija que es el horror de la desgracia hecha carne. Pero yo te perdono y te prometo que te cuidaré y siempre me ocuparé de ti. Rezaré a la Virgen para que te quite tanto sufrimiento y te salve el alma”.

Mientras sostenía las manos rígidas de su marido, los tendones se aflojaron un poco, la carne se calentó y también el corazón de Asunta se calentó, después de muchos años.

Lucía preparó la casa para lo peor; abrió los postigos, sacó del armario grande un montón de sábanas de lino, encendió las brasas en la chimenea de la cocina y puso encima una *cuccuma*. Estaba convencida de que, a la luz del crepúsculo, Cicita y Pinella ya se habían ido de Baghintos, cuando en la parte aún oscura de la casa sintió un susurro espeso que la perturbó. Avanzando con paso ligero pasó junto a la pared, frunció el ceño ante la extraña escena que apareció ante ella.

Era Pinella la que veía moviéndose en las sombras, perfectamente a gusto mientras silbaba palabras terribles a Ianetta. El corazón de Lucía se volvió pesado cuando la voz de Pinella se hizo clara.

“¡Muere, *coga*! Muere, maldita *coga*!” Y luego de nuevo: “¡Las *cogas* se comen a los niños, las *cogas* hacen cosas malas a las personas buenas! ¿Qué le has hecho a mi padre? Le has echado el mal de ojo ¿verdad? ¡Aléjate de la casa, *coga*! ¡A ver si te matas de una vez!”

Ianetta estaba completamente fascinada por el poder de su torturadora: encogida en su rincón, se había convertido en una víctima frágil como una garcilla sin plumas a merced del gato que no lo deja escapar. Sus ojos estaban muy abiertos y su cara se encontraba girada tres cuartos mientras instintivamente trataba de esconderse de una lluvia de palabras que la herían como si fueran piedras.

Las palabras de Pinella estaban tan llenas de maldad que a Lucía le pareció ver el veneno entre los dientes de su hermana. Inevitablemente, Ianetta absorbía todo ese veneno convirtiéndose en sue-

lo fértil para ese tipo de cultivo que podía dar a luz sólo frutos malditos. Cuando Lucía avanzó con la frente nublada, Ianetta dejó escapar un gemido de alivio. Miró a su hermana mayor con tanta intensidad, que sus ojos, generalmente tan remotos y salvajes, parecieron rebosar de gratitud.

Al ver a Ianetta tan desencajada, Lucía tuvo un arrebató de rabia. “Habías dicho que ibas a ir con Cicita”, empezó con un tono seguro mientras se le acercaba más.

Pinella, inmediatamente se convirtió en la hermana suave y sumisa. Odiaba profundamente cuando Lucía la hacía sentir fea y miserable. La miró de reajo rápidamente, retorciendo nerviosamente los bordes del delantal como cuando era una niña.

Ianetta se escapó rápidamente de la condena aprovechando la presencia de Lucía. Haciéndose pequeña, con los hombros encorvados y las manos apretadas contra su pecho como si estuviera reteniendo algo frágil y precioso, se escapó de ese lugar de tortura. No volvió a mirar atrás mientras se marchaba para esconderse en la panera. Allí se quedó agachada, columpiándose sobre los talones y murmurando el nombre de Lucía hasta que se quedó dormida.

También Pinella intentó escapar, pero Lucía le impidió el paso.

“¿Qué estabas haciendo en la oscuridad?” preguntó con cautela.

“Nada”, murmuró Pinella con voz insegura.

“¿Nada, dices? Parecías una araña llena de veneno. ¿Por qué le decías todas esas cosas?”

Pinella levantó los ojos para mirarla y, de repente, dejó de hablar con tono sumiso. La desafió abiertamente con extrema seriedad. “Eres la única que no lo entiende. Es una *coga*. La *coga* que nos ha traído la desgracia. La *coga* que ahora ha maldecido a nuestro padre con el mal de ojo”.

Lucía dio un paso adelante. “Es tu hermana”.

Pinella también avanzó y las dos se encontraron cara a cara.

“¡Ella es una *coga*! Quizás una parte de ti está podrida como ella, por eso siempre la defiendes ¡Debería hacerte algo malo, entonces finalmente verías la verdad!”

Lucia habría querido abofetearla. En cambio, se detuvo, un temblor

la sacudía de los pies a la cabeza. Pinella nunca le había deseado algo malo. La miró como si la estuviera viendo por primera vez. En la oscuridad sus rasgos estaban distorsionados, hasta que la voz de Cicita acabó con el enfrentamiento y Pinella se alejó sin hacer ruido.

El sendero estaba bien marcado por el paso de jabalíes y cabras en el encinar secular de Baghintos. Cicita y Pinella, agarradas del brazo, tenían los oídos atentos a cada suspiro del viento, a cada salto de liebre en el arbusto, a cada ruido de la abubilla que las hacía temblar bajo el chal. El cielo se aclaraba rápidamente y bajo la luz azulada que siguió saltaron los muros de piedra seca que dividían los pastos y los campos, llegaron a *riu Meulla*, el río Merlo, atravesaron por el único puente que allí había y, antes de que amaneciera, se encontraron frente a la puerta del doctor Giuseppe Spada. Las mujeres tenían fuego bajo los pies, una piedra en el corazón y dificultad para respirar. Cuando llamaron a la puerta el doctor inmediatamente les abrió, como si las estuviera esperando. Grande fue la maravilla de Pinella que, aunque estaba un escalón más adelante que Cicita, en cuanto el joven doctor se presentó en la puerta, vaciló y su lengua se vio atada en mil nudos. No estaba preparada y la vista del doctor le confundió todos los pensamientos en la cabeza e hizo que le corriera con rapidez la sangre por las venas.

Giuseppe Spada era el médico que había reemplazado al doctor Laccu, que había muerto tres meses antes por la cox de un caballo. El joven había venido de la ciudad y era el hijo de un médico muy conocido. Tenía la intención, con su entusiasmo, de prestar sus servicios médicos a los necesitados del interior y hacer prácticas hasta que un día heredara la consulta de su padre. Levantarse temprano no lo intimidaba, ni los cambios de humor, ni la mala apariencia de algunos viejos palurdos. Sabía montar a caballo y en compañía de una escopeta de caza ayudaba a todos los pueblos de la zona.

Cuando abrió la puerta, se presentó con una bata que nunca habían visto en Baghintos. Tenía gafas doradas colocadas en la nariz, una apariencia sólida, limpia y ordenada, pelo y bigote con un toque rojizo como de castaña. Pero lo que más llamaba la atención de él

era su mirada seria y aguda, fruto de un alma sometida a una mente equilibrada y analítica, capaz también controlar las tormentas.

“¡Doctor, un hombre se está muriendo!”, dijo Cicita, esquivando a Pinella.

“Vuelvo enseguida”. El doctor regresó unos minutos después completamente vestido con pantalones de pana marrones, botas y una camisa muy blanca, una gorra negra en la cabeza y el maletín de médico.

“¿Dónde está?”

“En Baghintos”.

“¿Baghintos? Todavía no he visitado ese pueblo”.

“Venga, doctor, no está lejos”.

El médico no hizo más preguntas, renunció a su caballo y siguió a las dos mujeres a pie. A Pinella le costaba ir a la velocidad de Cicita, sus piernas estaban tan débiles como nunca en su vida. Decidió que era mejor dejar de mirar al médico si tenía la intención de llegar a Baghintos por sus propios pies y durante todo el camino sólo fue consciente de la feliz turbación que la animaba.

Cuando la aurora brilló en el cielo al este de Baghintos, Cicita anunció: “Esta es la casa de los Zara, doctor. Venga”.

Ese apellido estimuló la memoria de Giuseppe; recordó haberlo escuchado nada más llegar porque todos sabían que la almazara pertenecía a la familia de los Zara.

Cruzaron el portal con la Z grabada en ambas hojas, pasaron por el vasto patio a la sombra de una higuera gigante y se dirigieron al soportal de la *lolla*.

Al joven doctor lo introdujeron en la habitación de Severino, iluminada por algunas velas y una lámpara de aceite. Había una mujer cerca del hombre acostado en la cama cubierta con capas de lana bordada y había un anciano que golpeaba en el suelo con un palo.

Y luego vio a Lucía y todo lo demás; por un momento, dejó de existir.

Si Lucía hubiese tenido una corona adornada con esmeraldas en la cabeza en lugar del simple pañuelo negro bordado con flores de

colores, Giuseppe Spada estaba seguro de que su belleza no habría aumentado. ¿De dónde venían esos ojos tan perfectos? La boca, un pequeño corazón que hacía como un rizo en la parte superior, sin duda había sido un ángel el que la había dibujado. El doctor Spada no creía ni en serafines ni en querubines, pero estaba convencido de que la perfección de esos rasgos no podía tener otro origen que ese. Lucía era hermosa en todas partes, desde lo alto de la deliciosa cabeza, pasando para las caderas y la cintura como de una mariposa, hasta los pies que no se podían imaginar que lo fueran menos que todo lo demás. Tal era la belleza y la gracia de mujer que, al principio, el doctor creyó que era el fruto de un sueño con los ojos abiertos. Una flor muy rara nacida en el desierto.

Sin embargo, era el modo en que la miraba lo que le hacía temer por su propia cordura: como si durante toda una vida no hubiera hecho otra cosa que esperar a que llegara.

El médico se limpió las gafas, se las puso en la nariz para asegurarse de que no les había pasado nada, miró de nuevo a Lucía.

Todos se dieron cuenta de que estaba mucho más interesado en la primogénita de la casa que en el moribundo. Incluso Pinella se dio cuenta y el sabor amargo que sintió en su boca la obligó a salir de la habitación. Pero la ausencia voluntaria no duró mucho. En el rincón en el que se había retirado, cada gesto, cada mirada, cada aliento del doctor fue captado por sus sentidos encendidos.

Sin embargo, Cicita se alegró de corazón: “Quizás de una cosa mala nacerá algo bueno”, pensó. Y un poco de esperanza le floreció en el pecho.

“Doctor, este es mi padre. Lo encontramos así esta mañana. ¡Díganos si va a vivir!”, le suplicó Lucía.

El médico estaba desconcertado por su dulce y cálida voz como una melodía desconocida, una armonía de tonos que era como la voz del mar, de los bosques y de los cielos todos juntos.

Ocuparse de Severino se convirtió por unos momentos en una necesidad vital para él, para volver a ser rápidamente dueño de sí mismo y de su mente. Sin embargo, continuamente, como si estuvieran dotados de voluntad propia, sus ojos se escapaban para buscar a

Lucía y le pinchaban como agujas en cuanto la veían. El médico se reprochó a sí mismo esa debilidad tan inusual y deplorable. Entonces se concentró en el paciente.

Primero auscultó el corazón de Severino, el ruido sordo regular y fuerte. Estudió las pupilas y su fijeza, los músculos y las articulaciones agarrotadas; trató de doblarle los codos y las rodillas, pero parecían sólidos bloques de óxido.

Después de un rato, Giuseppe se puso de pie y se dirigió a Lucía: “El paciente parece haber sufrido una apoplejía cerebral con el consecuente estado catatónico”.

“Doctor, hable de manera sencilla, que nosotras no hemos estudiado”, le sugirió Cicitá con una sonrisa tímida, mientras llamaba la atención del médico sobre el resto de los presentes.

“En pocas palabras, su padre ha tenido una hemorragia, una vena ha cedido, se ha roto, muy probablemente en el cerebro. Su estado de inconsciencia es normal en tales casos e incluso el tono muscular tan rígido es una consecuencia frecuente”.

“¿Se va a morir?” Lucía esperaba con todas sus fuerzas que el cielo diera una oportunidad de recuperación a su padre, pero también estaba lúcida y preparada para lo peor. *Tziu Boboi*, en el pueblo, había tenido lo mismo y no había durado mucho.

El médico suspiró. “Es difícil decir sí y cuándo. Por supuesto, una buena recuperación es prácticamente imposible, dado que el estado general se encuentra muy comprometido. No reacciona, las pupilas están fijas. No tengo mucha esperanza, desafortunadamente”. Sus palabras no causaron buena impresión en la habitación. Lucía se retorció las manos mientras entendía poco a poco la gran desgracia que le estaba sucediendo a la familia.

“En las próximas horas debería relajar los músculos y, entonces, podéis intentar alimentarle. Si acepta comida, hay una posibilidad de que viva”.

Assunta volvió a su lugar junto al marido y Lucía inclinó la cabeza. Con gran fuerza de voluntad retuvo las lágrimas y enderezó la espalda. El médico la miró con atención, herido en el pecho por tanta belleza melancólica.

“De verdad, hay poco que yo pueda hacer”, dijo con mucha prisa, triste por el dolor que les estaba causando.

Luego lo volvió a pensar e inmediatamente se dio cuenta del grave error cometido. Lo que más deseaba en ese momento era tener una razón para ver a Lucía de nuevo. Por tanto, añadió: “Por el momento. Sin embargo, me gustaría verificar el estado del paciente en los próximos días, si no os importa y si no hay novedades nefastas”.

“Por supuesto que puede”. Lucía revivió y toda la confianza de su cara radiante lo conquistó irreparablemente.

Giuseppe cerró el maletín con la cabeza agitada y dejó que Lucía lo acompañara al patio. Sacó el reloj del bolsillo y lo miró. “Bueno... sí, podría pasar por la tarde, si quiere. Sí, seguramente pueda pasar”.

Lucía caminó cerca de él, revelándose aún más pequeña y delicada de lo que le había parecido en la casa. “Como dice, doctor. Entonces, nos pondremos de acuerdo por la molestia que le hemos causado”.

“Oh, ninguna molestia; un deber”. Eh, ¿cómo se llama, señorita Zara?” dijo, después de mirarle los dedos buscando el anillo de boda.

“Lucía”.

“Lucía”, repitió y cerró el puño como si acabara de arrebatar una gema preciosa para llevársela.

Había algo que Lucía de niña solía hacer sin la ayuda de sus hermanas y con el único propósito de agradar a su padre: ir al campo y recoger cestas llenas de peras *pirastu*, las peras *volpine*. El árbol de la pera volpina estaba hecho de ramas retorcidas y llenas de espinas y sus frutos eran pequeños, ásperos y duros. Severino era el único en la casa que los prefería crudos en lugar de suavizados tras una hora de ebullición.

Lucía habría dado cualquier cosa para que su padre pudiera probarlos de nuevo. Observando el triste estado al que Severino se había sido reducido por la enfermedad, no pudo evitar pensar que se había convertido en el árbol de sus frutas favoritas.

En los tres meses que siguieron a la desgracia, su cuerpo se reguló en una posición extraña: inclinó ligeramente a la derecha la postura entera, se le torció el brazo comenzando desde el hombro como si las articulaciones se le hubieran dislocado y la mano se le encogió de tal manera que hizo que se le cruzaran los dedos, uno sobre otro. La boca también se torció. No quedaba nada del hombre que había sido de joven. Daba la impresión de que Severino podía ver lo que tenía delante, pero nadie podía afirmarlo con certeza, ni siquiera el médico. Sin embargo, una cosa era indudable: aceptaba los caldos de Cicita. El hecho de que se los tomara se reveló como una verdadera hazaña, pero, al final, gracias a ellos sobrevivió.

Assunta se ocupaba de su marido y cada gesto estaba cargado de piedad y deber conyugal. Había que cambiarle siempre o lavarle las sábanas, limpiarle la boca y tener cuidado de que no se cayera de la cama. Mientras tanto, Lucía, con el corazón tan encogido como para poder suplicarle a la Virgen, ponía la situación familiar en sus manos, ahora que el pilar que mantenía en pie su mundo se había derrumbado.

Tziu Efisio se había vuelto como un olivo que había perdido todas las hojas, se aferraba a su bastón retorcido y ya no sabía muy bien cómo sacar adelante los asuntos. Su sobrina se volvió rigurosa, protegida por una dura coraza, para poder tratar con los pastores y que cuadraran las cuentas. Podía leer, escribir y hacer cuentas, pero no estaba lista para todo lo demás. ¿Qué sabía ella de pagar salarios, resolver disputas entre pastores, vigilar alcornocales y sacar adelante ganados y almazaras? Muchas veces había escuchado a su padre hablar de todas estas cosas, pero la práctica era mucho más difícil que la teoría.

Las responsabilidades pesaban tanto sobre sus hombros como sobre su alma. Lucía ya no tenía paciencia para cosas estúpidas e inútiles, menos aún, para la pérdida de tiempo que Pinella le causaba durante el día. Por más que se esforzaba de ver lo bueno que había en ella, había descubierto que la hermana menor había desarrollado un talento especial para arruinar todo lo que tocaba y para ponerla de mal humor con las pocas cosas que hacía y decía. La tenía siempre al lado y su presencia no le dejaba respirar, pero cuando realmente necesitaba su ayuda nunca estaba cerca. Si Lucía cedía a la tentación de darle órdenes, Pinella encontraba la manera de enfadar a Assunta colocándose en cruz en alguna puerta. Assunta no podía ver a la gente ponerse así, porque decía que atraía la muerte del propietario de la casa.

Pero era en una hora precisa del día, cuando el doctor Spada venía a visitar a Severino, el momento en el que Lucía no se sentía una buena cristiana. No podía estar bien que, con todo el dolor que sentía por su padre y por las cosas de la familia que iban mal, fuera capaz de sentir tal punzada de felicidad en el pecho cuando veía al doctor Spada pasar por el portón de casa. Se avergonzaba por pensar en él y se distraía con demasiada facilidad tan pronto como escuchaba su nombre.

En resumen, se había vuelto inevitablemente adicta al rito de sus visitas y en su corazón se preguntaba qué haría cuando su padre ya no lo necesitara. La única chispa de vida en su insípida existencia llena de penas tenía las características preciadas de Giuseppe, ¿cómo conseguiría estar sin él? Era como pedirle que dejara de respirar.

Un día, el doctor Spada que, después de visitar al paciente siempre aceptaba tomar algo de beber, se desvió de su habitual camino, atraído por un punto específico de la casa. Se movía como si estuviera obedeciendo una orden que no se podía transgredir, hasta que se paró frente a la puerta de Lucía. Desde la puerta se veía bien el interior, por lo que Giuseppe pudo ver a su amada Lucía mientras se peinaba la larga cabellera. Ese pelo siempre escondido debajo del pañuelo, Giuseppe soñaba con él, se imaginaba su reflejo en la luz del sol e imaginaba que lo tocaba. Ahora que la veía en carne y hueso hacer esos gestos, se quedó encerrado en la sublime telaraña de sus movimientos. Los hábiles dedos anudaron en una trenza los cabellos y luego los enrolló en un espeso moño, cuando se inclinó sobre la cama para doblar el pañuelo en forma triangular y se lo puso en la cabeza, levantó los ojos. Inmediatamente Lucía sintió unos latidos del corazón como no los había sentido nunca antes y por temor a desmayarse de tanta emoción, sin dejar de mirar al médico, se acercó a la puerta y lentamente la cerró delante de él. Aturdido, Giuseppe se quedó mirando la puerta cerrada.

A partir de ese día, todo cambió entre Giuseppe y Lucía. Si ella no podía soportar la presencia del médico sin ponerse torpe como una muñeca, por su parte él decidió tener a la señorita Zara sólo para él. Por este motivo los pretextos para demorarse en su casa se multiplicaron misteriosamente. Cada vez más a menudo se le veía en la comida o en la cena, ocupado con algún encargo para los Zara, intentando aprovechar cada oportunidad para congraciarse con ellos cada vez más.

Cuando se sentaban a la mesa, Cicita se ocupaba de que los dos se sentaran cerca. Una vez sucedió que Pinella hundió la hoja del cuchillo en el pan *civraxiu*, provocando la ira de Assunta y de *tziu* Efisio porque nadie en Baghintos se atrevía a atraer el mal con esos actos. El doctor Spada, inmune a tales cuentos populares, intervino en defensa de Pinella. Sus palabras, firmes y precisas, pusieron fin a la discusión, pero, al mismo tiempo, tuvieron eco en la mente de Pinella. Se sintió tan halagada que ni siquiera se atrevió a mirarle. Prefirió hurgar en el plato, eso sí, logrando ver, en lugar de los ño-

quis, maravillosos escenarios en los que ellos dos estaban juntos. El estímulo que recibió ese día no hizo más que reafirmar su supuesto derecho de preminencia en cuanto al médico que, para ella, derivaba del simple hecho de haber sido ella la que lo había visto antes. Lo que en aquel momento temían más que a nada en casa de los Zara y que habían tratado de evitar de todas las maneras, era que el doctor Spada se encontrase con Ianetta. Por un tiempo había funcionado y habían dado las gracias al cielo ya que la pequeña diabla no se había dejado ver. Pero todos sabían que se estaba posponiendo lo inevitable. Así sucedió que una mañana, en un momento en el que todos tenían mucho que hacer y el médico se había quedado solo en el patio cerca del gallinero; pilló a Ianetta en el momento en el que deslizaba la mano bajo las plumas de una gallina, buscando huevos. A primera vista, su imagen le pareció la de una criatura nacida directamente de la tierra, tal era su aspecto salvaje. Se movía como si temiera que le fueran a hacer daño en cualquier momento, estaba descuidada, con la falda sucia y los pies negros llenos de tierra. A pesar de que la marcada fealdad confundía la edad de su rostro, Giuseppe estimó que tenía que ser muy joven, alrededor de veinte años. Era más alta que la media, toda huesos y asperezas, con una extraordinaria maraña de cabellos oscuros que se le salían por debajo del pañuelo. La observó con ojo médico y, de lo poco que pudo ver, no pudo evitar las nudosas articulaciones que mostraban los signos probables de una artritis temprana, una enfermedad que debería darle muchos tormentos. Lleno de curiosidad y de compasión por la pobre desgraciada, excesivamente sorprendido por aquella extraña presencia en la casa de los Zara, intentó acercarse a ella. Cuando Ianetta se dio cuenta y vio que le estaba sonriendo, se agachó como un animal lleno de miedo, listo para huir. Quería escapar, apartarse de esa atención y de esos ojos tan amables, como si no pudiera soportar la luz que provenía del doctor Spada. Antes de que Giuseppe pudiera abrir la boca y hablar, Ianetta se alejó, desapareciendo en la casa. El Doctor Spada se quedó absorto en profundas reflexiones durante mucho tiempo. En cuanto Cicita pasó por el patio, intentó satisfacer su curiosidad.

“Ah, doctor, ¿todavía está aquí?”, dijo la criada con una gran sonrisa.

“Cicita, me preguntaba quién era esa joven de aspecto desgraciado que merodeaba por el gallinero. He visto que ha entrado en la casa”.

Cicita frunció el ceño de repente. “Usted se refiere a la última niña de los Zara, la hermana menor de Lucía. Una criatura desgraciada, como bien ha dicho. Ella siempre ha sido una fuente de gran disgusto para la familia. Sea bueno, no hable de ello con Lucía. Mi Lucía sufre demasiado por ella, no vaya a hurgar en la herida con preguntas que no serían bienvenidas, hágame el favor. Usted mismo ha visto que no es como las demás jovencitas Zara. No hay nada más que saber.” Cicita cerró el asunto con una sonrisa rápida.

Y si había algo que Giuseppe no tenía la intención de hacer era precisamente hacer sufrir a Lucía. Al comprender perfectamente los sentimientos de la familia, decidió que la cuestión no era asunto suyo. El médico no se lo mencionó a Lucía y Ianetta, por su parte, se mantuvo alejada de ese invitado desagradable para ella; así, esa única aparición se quedó en su memoria como la sombra de un sueño. A pesar de todo, el médico tenía la mosca detrás de la oreja, por lo que era improbable que, dada su naturaleza escrutadora, se permitiera ignorarla.

En Baghintos estaba mal visto que Lucía se fuera de paseo sola, sin protección, y que hiciera y razonara sobre cosas que no eran para mujeres. Iba y venía de los campos y la almazara y, por si no fuera suficiente, manejaba dinero y hablaba con hombres que no eran de la familia. Se habló mucho de su conducta y tanto oír el nombre de Lucía Zara tuvo el desgraciado efecto de que le entraran malas ideas en la cabeza a un joven que vivía en el pueblo. Mansueto era el hermano menor de ese Gonario que había muerto años atrás, con un agudo ojo de halcón y una cicatriz que iba desde el pómulo izquierdo hasta la comisura de la boca, con las manos siempre en los bolsillos y una inclinación a apropiarse de cosas que no eran suyas. Todos lo sabían, incluso en pueblos cercanos, que, a pesar de su nombre “mansueto”, manso, no poseía nada y que no le importaba

mucho su vida ni la de los demás. Tenía siempre a la vista la *arrejosa* y se decía que tres años antes, en una fiesta en el pueblo, había matado a un granjero por una pequeña afrenta. Muchos esperaban que la justicia llegara algún día y se lo llevara lejos de Baghintos. Desde algún tiempo había cogido la costumbre de seguir todos los movimientos de Lucía. Sabía por dónde iba, cuánto tardaba y por dónde solía pasar. Como un depredador esperaba el momento adecuado para saltar sobre el conejo y el conejo en cuestión tenía una cara y un cuerpo demasiado bonitos como para no aprovecharse. Toda la vanagloria de los Zara se había ido al traste, se estaban hundiendo más y más y la falta de un hombre que protegiera a las mujeres de la casa, de repente, había hecho asequible a la primogénita.

Aquel día, Lucía se dirigió desde la almazara a casa por el sendero habitual.

Era ya tarde, soplaban un viento fino del norte que cortaba el horizonte del atardecer, entre las nubes bajas y rizadas, llenas de matices de oro y sangre.

La impaciencia por regresar a casa para averiguar si el doctor Spada se había demorado con la intención de verla, se mezcló con una extraña inquietud. Lucía no solía tener miedo cuando no iba acompañada y no se dejaba impresionar fácilmente ni por la oscuridad ni por los jabalíes. Sin embargo, comenzó a sentirse extrañamente indefensa y, a medida que avanzaba, más entendía cómo deberían vivir aterrorizadas las palomas y las liebres ante la posibilidad de que las cazaran. De repente, le pareció que estaba caminando por un valle oscuro lleno de lobos. Cuando se volvió y vio la odiosa figura de Mansueto, que la seguía de cerca con un andar desarticulado, con los hombros estrechos y las manos en los bolsillos, tuvo el instinto de salir corriendo.

Le bastó una sola mirada para entender las intenciones del joven. Ceder a la desesperación, al pensar en lo que le habría hecho si la hubiera cogido, fue cuestión de un momento. Se le escapó un lamento angustioso e inmediatamente miró a su alrededor con la esperanza de ver un rostro conocido o una vía de escape.

Mansueto se desvió del camino para empujarla, como se hace con las ovejas, a un área aún más aislada. Lucía cayó en la trampa; decidida a despistarlo entre los arbustos más densos, no se dio cuenta de que así se alejaba cada vez más de Baghintos. Detrás de ella, resonó una carcajada

“¡Lucía hermosa! ¡Lucía hermosa! Espérame, que quiero hablar contigo. Era una voz dulce como la miel envenenada, que prometía cosas horribles que ni siquiera quería imaginar.

“¡Virgen santa, ayúdame!”, imploró Lucía, mientras intentaba escapar.

Cuando el paso de Mansueto, cansado de seguirla, se convirtió en una carrera, Lucía gritó y se dirigió hacia la espesura de lentiscos. Llegó hasta el borde de un desfiladero estrecho en el que el *riu sa Murta* fluía en una sucesión de espumosas cascadas. El rugido de los pequeños rápidos se apoderó de ella y la dejó sumida, aún más, en la desesperación.

Su perseguidor era frenético y violento, podía sentir las ramas que se rompían y los arbustos arrancados a medida que pasaba. Un poco más y su carne estaría a merced de su torturador, y ¿cómo podría oponerse ella, con su débil fuerza de mujer?

Las sombras de la noche caían rápidamente y la vegetación se volvía impenetrable a lo largo de las orillas del desfiladero. Un paso en falso era suficiente para terminar en el precipicio. Lucía se refugió detrás de una roca y se quedó allí, tratando de sofocar su jadeo y los sollozos de miedo. Mansueto soplabá, daba patadas y maldecía mientras revolvía entre los arbustos en busca de Lucía. Esa fue una pequeña tregua, pero ¿cómo podía uno engañarse a sí mismo cuando por un lado había una cresta empinada que se abría al vacío y, por el otro, el lobo del que no podía escapar?

Lucía apretó los ojos con fuerza e invocó el nombre de Giuseppe. Luego agarró una piedra con musgo, la única arma con la que podía defenderse. Estaba lista para luchar hasta el último aliento, cuando un movimiento le dio esperanza.

Desde uno de los arbustos de enebro encaramados en el borde de la garganta, Lucía vio cómo Ianetta salía de las ramas retorcidas, muy

parecida a un búho. Los grandes ojos la miraban a ella y a la figura no muy distante de Mansueto. De repente, le hizo un gesto a Lucía para que se acercara y Lucía no dudó ni un segundo en hacerlo. Cuando se acercó a ella y se hundió en el arbusto, Ianetta nuevamente la invitó a seguirla, con la boca sellada y sus manos huesudas moviéndose rápidamente.

Manejándose con su peso exiguo en esa arquitectura de ramas bien ancladas a la tierra y en la roca, Lucía e Ianetta pasaron por encima de Mansueto sin que él las descubriera. Terminaron en una parte de la garganta menos empinada donde los cantos rodados ofrecían muchos escondites. Bien ocultas, vieron a Mansueto encolerizado de rabia, que intentaba por todos los medios encontrar a Lucía. Pero no podían detenerse mucho tiempo. De repente, Ianetta se alejó.

“¡Vamos, adelante!” insistió con pequeños empujones apuntando hacia el camino por el que tenía que ir.

Pero Lucía no quería irse sin ella. “¡Ven conmigo!”

No había nada que hacer, Ianetta no tenía la más mínima intención de moverse y no podía permitir que Mansueto se acercara a su refugio. Tenía que aprovechar el momento, si tenía la intención de regresar a casa entera. Ianetta era inteligente, siempre sabía cómo salir adelante, pensó mientras huía hacia un lugar seguro.

Cuando Lucía desapareció, Ianetta volvió sobre sus pasos y se acercó al joven de Baghintos. Perfectamente confundida entre las hojas, lo observó mirando perplejo a su alrededor. Que Lucía hubiera logrado desaparecer delante de sus narices era para él un auténtico misterio. Con una intención precisa, Ianetta le golpeó con una piedra. Luego otra y otra vez. La cara de Mansueto parecía aún más perpleja. Su mente voló inmediatamente a las historias de espíritus y fantasmas que vivían en ciertas áreas alrededor de Baghintos. Incluso su hermano había muerto porque se había atrevido a ir a la iglesia maldita, eso es lo que siempre le habían dicho en casa. Ahora esas piedras que llovían del cielo no le gustaban en absoluto.

Ianetta lo cogió por sorpresa, saliendo de la selva, y empezó a correr para que se diera cuenta de ella. Mansueto cerró los ojos con satisfacción y sonriendo, empezó a perseguirla. Dieron un centenar

de pasos hacia el camino que conducía al pueblo y cuando la perseguida se detuvo de repente, también Mansueto se paró, seguro de que Lucía se rendiría. Pero mirándola bien, sus formas y también su ropa, Lucía parecía diferente. En la luz crepuscular de su ojo de halcón, la armonía de proporciones había desaparecido por completo, reemplazada por una silueta fea, más parecida a un animal que a una hermosa joven.

Entonces Lucia se volvió y lo miró con una mirada oscura de lechuzas. Esa no era Lucía. No, Lucia nunca había estado allí. La *coga* lo había hechizado con ojos del infierno para secuestrarlo y hacer de él quien sabe qué.

Aterrorizado, huyó gritando. No se detuvo hasta que llegó a casa y cerró todas las puertas y ventanas. Luego hizo algo que no había hecho nunca antes, a pesar de los reproches de su abuela y de su madre: comenzó a rezar con sinceras súplicas a Dios y a todos los santos.

Lucía estalló en un sollozo de alivio cuando vio a Giuseppe a caballo justo a la entrada del pueblo. También estaba Cicita no muy lejos, acompañada por Pinella. Al verla correr como si tuviera al diablo pisándole los talones, Giuseppe, de un salto, se bajó del caballo y corrió a su encuentro. Lucía acabó en sus brazos tambaleándose. Fue tan natural para él abrazarla, mientras que las lágrimas y el miedo y el cansancio la dejaban sin aliento. Fue tan reconfortante para ella sentir cómo latía corazón de Giuseppe a través de la tela de su camisa. Realmente, el médico tenía tanto miedo de que algo malo le hubiera sucedido que no podía ni hablar. Fue Cicita la que lo sacó de la consternación en la que se había hundido, cogiendo a Lucía de sus brazos para que pudiera examinarla de cerca.

“Lucía, ¿qué ha pasado? ¡Pensaba que me iba a volver loco de miedo! ¡Cuéntamelo todo, por favor!”

Lucia se aferró a Cicita mientras Giuseppe volvía a hacerse con el control de sí mismo.

Les contó de Mansueto, de la emboscada y cómo se había escapado, pero no habló de Ianetta, guardó el secreto, porque querían oír cosas buenas sobre ella. El incidente de muchos años atrás volvió a su me-

moria cuando, sola, frente a la iglesia desacralizada de San Borghino, se había enfrentado a una pandilla de chicos asesinos para defender a la menor de sus hermanas. ¿Cómo podía su familia entender que Ianetta se había tomado la molestia de devolverle la ayuda después de tanto tiempo, cuando el deseo de todos ellos era que ella desapareciera para siempre de su hogar y de su pueblo? Tenía que guardarse ese hecho para sí misma, de esto Lucía estaba convencida.

Apartada de todos, Pinella observaba al doctor Spada y lo que vio no le gustó nada. La forma en que se le endureció la mandíbula al oír la historia de Lucía, la determinación de su mirada cuando tomó una decisión y, luego, la ternura con la que miró a su hermana fue para ella motivo de angustia.

¡Lucía, Lucía! Con sus mañas femeninas estaba encontrando la llave justa para mantenerlo atado a ella con un nudo indisoluble y él, tonto como era, no podía resistirse a esos ojos tan dulces. Pinella, abrumada por la envidia y los celos, se inclinó y abrazó a su hermana, aprovechando ese momento para susurrarle palabras que fueron como una puñalada por la espalda.

“Así aprendes a no ir por ahí tú sola”.

Luego se alejó, le cogió la cara enrojecida con las manos y le sonrió con falsa dulzura. A Lucía no le quedó otra que mirarla con ojos llenos de confusión.

Pero lo que Pinella no consiguió saber fue que esa noche el doctor Giuseppe Spada reunió a los dos criados pastores que aún trabajaban para la familia y juntos, armados con unas escopetas, entraron en la casa de Mansueto. Así fue como este último, cuando se despertó, sacudido sin mucha consideración, se encontró con tres escopetas apuntándole a la cara. Cuando sonó la voz baja y amenazante del doctor Spada, se cagó de miedo:

“Ten cuidado: las mujeres de los Zara no se han quedado solas. Si se te ocurre volver a hacer lo que querías hacer hoy, te atravesamos de un lado al otro”.

Por un momento, Mansueto estuvo seguro de que alguno de ellos apretaría el gatillo. Sin embargo, añadieron: “Acepta el consejo, cambia de aire”.

Dicho esto, desaparecieron exactamente como habían aparecido. Después de esa noche, Mansueto dejó Baghintos y sólo regresó cuando ya estaba cano.

En sólo unos meses, como si fuera algo natural, la vida en casa de los Zara comenzó a girar en torno a la presencia sólida y digna de confianza del doctor Spada, que era un hombre y llevaba en la sangre el instinto de proteger, de infundir seguridad y de aportar soluciones. Sin embargo, a Lucía le parecía que todos los esfuerzos realizados para mantenerse a flote no servían para nada y que para su familia ya se había escrito un triste epílogo.

Cuando llegó septiembre, sucedió algo que marcó un límite: era como si la línea divisoria entre el antes y el después se erigiera y todos supieran de manera clara y definitiva que ya no se podía volver atrás.



Septiembre 1898

Los niños de Baghintos siempre temían *su carru 'e Nannai*, el carro del abuelo que rodaba sobre las piedras del cielo; cuando había tormenta y los truenos rompían el aire, se quedaban escondidos en casa como pequeños animales en sus guaridas y se imaginaban que veían la sombra de las ruedas entre las nubes.

Tras una noche de tormenta, a la primera luz del amanecer, el cielo aún estaba hinchado y lívido; de vez en cuando sonaba un estruendo distante, sin embargo, la lluvia permitió unas pocas horas de tregua, justo el tiempo suficiente para drenar los ríos de agua de las calles. Acompañada por el canto del gallo, Assunta, como una viuda vestida de negro, aunque todavía no era viuda, estaba sentada en una silla junto a la ventana de la cocina leyendo sus oraciones de la mañana. Una oración para cada uno; para Lucía, para que Nuestra Señora la mantuviera fuerte y saludable; para sus hijas que estaban en Casteddu, para que el cielo pronto les trajera un marido. Pero la parte más grande de las oraciones era para su marido Severino, tan viejo y enfermo.

La gente en Baghintos había dicho que la familia Zara no se merecía esa desgracia, que Severino Zara era demasiado bueno y demasiado joven para terminar como un trozo de madera muerta, que Assunta había soportado demasiado como para volverse loca y que las bellas hijas de los Zara tendrían un mal final si todo seguía así. Unos golpes sordos seguidos por un traqueteo confuso hicieron que Assunta dejara de salmodiar. Se llevó una mano al pecho, asaltada por un fuerte presentimiento. Se puso de pie, dejando caer su breviario y, con paso lento, se asomó a la puerta de su habitación, separada de la de su marido. Allí estaba la cama, el armario y la

cómoda llena de ropa y todas sus pertenencias. Y allí, ocupada en sacar una pesada manta de lana del arcón, estaba Ianetta. ¿Cómo se había atrevido a profanar su habitación? Al ver a su odiada hija, la mujer frunció el ceño, entonces, tan rápida como un relámpago que se agita en las nubes negras, comprendió y la verdad fue como un dolor que la hirió con fuerza en el pecho. Un recuerdo enterrado en su memoria surgió, puntual y claro, como si no hubiera pasado ni un solo día desde el nacimiento de su séptima hija.

“¡Nooo!” gritó, arrojándose sobre Ianetta para evitar que llevara a cabo el terrible robo. Ianetta se apartó tan hábil como un animal acostumbrado a escapar y consiguió escabullirse de los brazos de su madre y huir por el patio con la manta apretada contra el pecho.

“¡Nooo!” gritó de nuevo Assunta, y toda la familia acudió a su llamada.

En la habitación había un arcón de nogal rojizo, pintado con sangre de cordero, incrustado con pavos reales en el frente y rosetas en los lados, con los cuatro pies en forma de zarpa de león. Assunta lo había traído como dote el día de su boda, lleno del ajuar, guardián ahora de las cosas preciosas de la familia. No le habían robado ni oro ni dinero, sino algo en lo que no había pensado durante años.

Assunta buscó como una loca el único pañuelo con espiga que estaba interesada en encontrar. Pero habían profanado el arcón, el pañuelo había desaparecido.

“¡Es una desgracia!” gritó ante sus hijas.

“¿Padre?” Lucía corrió al lado de su madre, pero Assunta la esquivó. Se arrancó el chal y lo tiró al suelo y se tiró del pelo como signo de su desesperación. No pudiéndolo resistir más, se desplomó y se sentó en el suelo, al lado del arcón.

“No se trata de tu padre. Es por mi culpa. Tenía que haber pensado en eso. Esa mujer me había dicho que lo guardara pasara lo que pasara. Pero se me ha olvidado. ¡Desgraciada de mí porque se me ha olvidado!”

“Pero ¿qué está diciendo, madre?” Lucía comenzó a preocuparse. Las palabras que decía su madre no tenían sentido para ella.

Assunta había cruzado las manos y tenía los ojos como si la hubieran condenado a la horca. “¡La mujer que me ayudó a dar a luz me advirtió que lo tenía que poner en un lugar seguro! ¡Pero esa, incluso entonces cuando acababa de nacer, debió haberlo visto todo y oído todo!”

“¿La mujer que te ayudó a dar a luz a Ianetta?” Lucia intentó comprender el porqué del delirio de su madre. Sintió un doloroso nudo en la garganta al pensar que su madre estaba perdiendo la cabeza.

“Sí, hija mía. Cuando cortó el cordón umbilical que me ataba a ella, me lo entregó diciendo que se tenía que guardar con mucho cuidado, porque todo el mundo sabe que trae buena suerte al niño guardarle un trocito, y que nunca lo tenía que perder porque era el único remedio. ¡Ahora se lo ha llevado, porque sólo eso puede funcionar contra la *coga* y eso ella lo sabe bien! ¡Oh, Dios mío qué he hecho!”

Lucía buscó por todas partes en el arcón, pero no apareció ningún pañuelo con la espiga. Luego se sentó junto a su madre y le cogió la mano con mucha premura.

“¿Qué deberíamos hacer con el cordón?”

“No lo sé, pero ahora la desgracia será completa. ¡Por favor, perdóname! “Assunta miró al resto de las caras queridas y volvió a suplicar:” ¡Perdonadme!”

Lucía no podía soportar ver a su madre llorar. Se le rompía el corazón, pero tampoco podía creer en que estaba diciendo.

“Madre, ¿cómo puede decir que una niña recién nacida puede oír y recordar durante toda la vida las palabras pronunciadas el día de su nacimiento? ¡No es posible!”

Assunta miró de reojo a su hija, desconfiando de ella como de una enemiga. Retiró su mano de la suya y se aferró al borde del arcón como para evitar su presencia.

“¡Es la *coga*! Ellas son capaces de hacer cosas que no se pueden entender, cosas extrañas y absurdas. ¡Cosas de *coga*!” sentenció con absoluta certeza.

La figura de Pinella, de repente, se alzó sobre su madre que estaba de cuclillas. La miraba con ojos oscuros llenos de rencor, con las

manos se agarraba el borde de la falda y sus labios temblaban mientras escupía palabras feas que le ardían en la garganta.

“En todos estos años sólo tenía que pensar en una cosa, es la sombra de esta maldita casa y no ha podido conservarla. ¿Cómo ha podido?” Pinella se armó de valor y dio un paso adelante, roja de rabia. “¿Cómo ha podido? Nos ha condenado dos veces, primero dándola a luz y luego dándole la parte suya que la salvará. Incluso podría haber muerto ese mismo día, total, en todos estos años no ha servido para nada. ¡De seguro que no ha servido para nada a sus hijas y ni siquiera para su marido que ahora está como muerto!”

Cícita y Lucía se intercambiaron miradas por un momento antes de que Assunta estallara.

La mujer miró a su hija Pinella como si acabara de regresar de un viaje muy largo y sus ojos estuvieran todavía muy lejos, perdidos en otros lugares.

“¿Qué sabes tú de dar a luz a monstruos?” Se dio con fuerza en el pecho, sus facciones distorsionadas por el dolor y la culpa. “¿Qué sabes tú de los monstruos que son carne de tu carne y un día tras otro destruyen a tu familia y todo lo que te pertenece?”

Pinella estalló en lágrimas frente a la madre, llevada por una emoción violenta

“¿Qué sabes tú, hija ingrata?”, gritó Assunta con voz chillona, pero Pinella no se dio por vencida y se ensañó todavía más contra su madre.

“Tenía que haberla ahogado cuando nació, destruirla cuando se podía. ¿Ahora qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer?” Las palabras de Pinella soliviantaron a su madre con una fuerza extraordinaria. Assunta se levantó con furia, asustando a Lucía y Cícita hasta la muerte.

“¡Te voy a mostrar cómo lo vamos a hacer!” Miró a su alrededor febrilmente y, finalmente, tomó una decisión. “Tienen que saberlo. Todos tienen que saber lo que ha pasado hoy. Estamos en peligro, hay que hacer algo. Tengo que decírselo a todos. ¡A todos!”

Assunta empezó a correr, seguida de sus hijas, su única criada y su suegro, que hacía lo que podía para seguir al pequeño grupo.

Gritos y llantos llegaron a oídos de Ianetta que estaba escondida en el gallinero. Sus pies no conseguían quedarse quietos porque en cualquier momento esperaba que alguien de la familia abriera la puerta para sacarla de su refugio. Cuando desde las habitaciones del fondo llegó el ruido de que algo serio estaba sucediendo, Ianetta se cubrió la cabeza con la manta y se escapó de casa. Se alejó del pueblo como un animal perseguido que siente el aliento del cazador, ansiosa por encontrar un refugio donde esconderse. Por instinto, tomó el único camino posible: el que conduce a la cima de la colina *Marxani*, Monte Volpe, donde se alzaba majestuosamente la gran torre de piedra. Ianetta subió rápidamente la empinada ladera. Desde allí arriba podría verlo todo a tiempo y la torre sería un escondite perfecto. Se refugió entre las piedras milenarias antes de que la tormenta sacudiera Baghintos.

Assunta abrió el portal y llamó a todas las puertas, casa por casa, gritando a la gente, a la calle.

“¡Fuera, salid todos de casa! ¡La desgracia ya está aquí! ¡Vamos, vamos! ¡La *coga* se ha escapado! ¡La *coga* se ha escapado! Hay que llevarla lo más lejos posible, ¡pronto! ¡Salid todos de casa!”

Lucía intentó agarrar a su madre por el brazo, dándose cuenta de que era una pelea desigual. Pero no sirvió de mucho su intento para persuadirla con palabras de consuelo, para recuperar un poco el orden en tanta confusión. Assunta no escuchaba a su hija y ya no razonaba. Levantó a la gente de Baghintos como una ola del mar, la removió y la llenó de un solo deseo: liberar al pueblo de la *coga* de una vez por todas. Apartó a su hija mayor, y su mirada y todas sus facciones, repentinamente, le parecieron desconocidas a Lucía

“¡Madre!”, imploró esta última sin verter ni una lágrima, porque el disgusto de verla reducida a una bestia hinchada por el odio era demasiado para soportarlo. Nada podría hacer para oponerse.

“Déjala en paz, por una vez está haciendo lo correcto. La *coga* tiene que morir, ¡ya es hora de que te lo metas en la cabeza! Vuelve a casa, Lucía”, dijo Pinella, mientras se ponía el chal sobre la cabeza. Avisó a Lucía con una última mirada de advertencia y se alejó para seguir a su madre.

Lucía se detuvo bajo la lluvia. Su infelicidad alcanzó la cima cuando vio al doctor Spada que venía a caballo. Se apoderó de ella una sensación de vergüenza y desesperación, tanto que creyó que se iba a desmayar, e inmediatamente se fue a casa.

“¡Ya lo había dicho yo que iba a suceder algo muy malo, me lo sentía en los huesos!”, Cicita se sujetaba la cabeza con las manos mientras se daba la vuelta para saludar al médico que se estaba bajando del caballo.

Giuseppe, protegido bajo la tela impermeable, al ver todo ese alboroto y los gritos que llenaban las calles, se convenció de que una enorme tragedia acababa de suceder en Baghintos. Pero nadie se paraba a hablar con él, Cicita fue la única a la que podía preguntar la razón de tanta agitación.

“¿Qué diablos está pasando?”

“Oh, doctor, déjelo, son cosas de Baghintos que un forastero como usted no puede entender”, concluyó, esperando que así se cerrara la cuestión, pero el médico se quedó pensativo, como si evaluara los hechos por los síntomas para conseguir llegar a las causas.

“¿Alguien ha muerto? ¿Un asesinato?”

“¡Por todos los cielos! Nada de muertos”.

“¿Qué ha pasado entonces?”

“No se atormente, doctor. ¿Por qué no entra casa, que Lucía se ha quedado sola con su padre? ¡Venga, venga conmigo, que hoy está muy triste, mi pobre Lucía!”

Trató de llevarle por el camino con un suave empujón, pero él parecía inflexible. Entonces Cicita, para salir del apuro, se dio prisa y se fue en busca de la señora. Pero la criada no fue la única que había visto al doctor Spada. También Pinella lo había visto y cuando intuyó que se dirigía a su casa, al pensar que su hermana se quedaría a solas con él, inmediatamente dejó el cortejo que habían formado los habitantes de Baghintos y le siguió.

Unos minutos más tarde, bajo la lluvia que ya era un buen chaparrón, Giuseppe entró por la puerta de la casa de los Zara y con paso rápido atravesó el patio. El sonido del agua en el techo y la suave luz le dieron a Giuseppe la impresión de que se encontraba en un

santuario abandonado. Se liberó del chubasquero y se dirigió a la habitación de Severino; el cuerpo del hombre era poco más que una figura ligera bajo las sábanas. Entornó la puerta, mientras pensaba en otra cosa. Aunque se suponía que no debía hacerlo, porque aún no había nada claro entre ellos, débil de cuerpo y mente, buscó la presencia de Lucía en la habitación. La encontró arrodillada junto a la cabecera de la cama, con la frente apoyada en las manos entrelazadas, el pelo goteando agua y un rosario enrollado entre los dedos. Tal vez, pensó fantaseando, se trataba de verdad de un santuario, y la figura que estaba rezando era un ángel de belleza ardiente. La puerta crujió y Lucía levantó la cabeza bruscamente. Al verla llorando, el corazón le dio un vuelco. “¡Giuseppe!” Fulminado por esa llamada tan dulce y desesperada, Giuseppe hizo algo que quizás no tenía que haber hecho: entró en la habitación de Lucía, sin preocuparse de que unos ojos indiscretos podían ser testigos de tan audaz acción. Se inclinó sobre ella y la abrazó para levantarla. Todas las palabras que habría querido decir se le murieron en la garganta, sólo sabía que era prisionero de sus maravillosos ojos. Empezaron a respirar cada vez más rápido y el rosario se le cayó de las manos a Lucía. Lentamente, la puerta se cerró y los aisló del resto del mundo, pero no de la vista de Pinella, que, a su pesar, se convirtió en el único testigo del primer encuentro secreto de los dos. Más ávida que un ave de rapiña, en la tenue luz, captó imágenes de cuerpos pálidos, desnudos, cabellos sueltos, abrazos e innumerables besos. Sintió que el pecho se le abría en una vorágine y que toda esperanza, todo proyecto abrigado hasta ese momento se disgregaba en mil pedazos. Se alejó de la puerta, rígida y fría como un trozo de hielo. Se acababa de cumplir una terrible injusticia: lo que ella más anhelaba se lo habían quitado con un engaño. En silencio, se encerró en su habitación y se quedó allí el resto del día, inmersa en la turbia reorganización de su alma.

Los Lixi, los Aru, los Siddi y los Frau acudieron: todos acudieron. El alcalde también vino y todos juntos, con Assunta a la cabeza y en gran sintonía de intenciones, porque finalmente había llegado el momento, fueron a buscar a Don Ninnino para la oración. Era la

hora de recitar la palabra sagrada, pero también el “verbo secreto” que sólo los más viejos, como olivos centenarios, guardaban cuidadosamente en el follaje de su memoria. Los vecinos de Baghintos sabían qué tenían que hacer y lo hicieron; una semana de rosarios y agua bendita por todas partes y para todos; procesiones, vigiliass con velas bendecidas y misas continuas para intentar echar a la *coga* de Baghintos y mandarla lo más lejos posible, a las crestas de las montañas áridas donde sólo las águilas podían hacer sus nidos.

Encendieron mil fuegos y pronunciaron otros tantos votos para San Sisinio, para que la desgracia encarnada en la *coga* fuera expulsada del pueblo. Le rezaron al santo fervientemente para que la *coga* se convirtiera en piedra o muriera quemada.

Conjuros y más conjuros. El verbo transmitido desde el principio de los tiempos. Las medicinas antiguas que apelaban al aceite, la sal y el trigo y a Anna, que dio a luz a María, que dio a luz a Jesús.

Nada se descuidó durante siete días y siete noches. La última noche se reunieron en una procesión, cruzaron el pueblo y el zumbido de la oración que salió de sus bocas, junto a la imagen de las caras iluminadas por velas encendidas, fue algo que hizo temblar a los temerosos de Dios.

Poco a poco la ola se aplacó y la forma cotidiana de la vida se fue recuperando. Ianetta no volvió a aparecer, la oscuridad de la noche se la había tragado.

Cuando se comenzó a decir que la *coga* se había ido para siempre, que nunca habían vivido unos días más pacíficos y santos en Baghintos desde hacía años y años, alguno quiso hacer una fiesta. Y festejaron, honrando a los santos y a la Virgen por la gracia recibida.

Lucía se aferró firmemente a la idea de que Ianetta estaba viva y en un lugar seguro, quién sabe en qué desconocida cueva. Todas las noches rezaba por ella y, sin que nadie se diera cuenta, la buscó durante días en muchos lugares; en todas partes buscaba una señal de ella, de su paso. Pero no tuvo suerte. Ianetta no se dejó ver; como la astuta zorra que se escapa de las trampas del cazador furtivo. Sin embargo, Lucía, por alguna extraña razón, se sentía segura, por lo

que esperó pacientemente a que le llegasen noticias de Ianetta que le dieran esperanzas.

Ni siquiera Cicita podía creer realmente que Ianetta se hubiera alejado de Baghintos como una hoja arrastrada por una ráfaga de viento. Lo sentía en los huesos, que no podía ser tan sencillo. Para ella, la *coga* Ianetta estaba escondida en algún lugar como una bestia salvaje, esperando tiempos más favorables. Ella era de una raza terrible, del demonio. Ni siquiera *tziu* Efisio se lo creía y no dejaba de dar en las espinillas con su bastón a todos aquellos que declaraban que Baghintos era un pueblo ahora libre de *cogas*.

Unas pocas semanas después de que ocurrieran esos hechos, Severino se encogió como una ramita seca lista para romperse. A todos les pareció que, con su rápida decadencia, tenía la intención de llevarse consigo a toda la familia y todas las cosas que le pertenecían.

La determinación de Lucía sirvió de poco para detener la ruina. Su fuerza de mujer se puso a dura prueba, aún más cuando descubrió que esperaba un niño de Giuseppe. Esta novedad fue un golpe para ella, que no podía imaginar un momento peor para traer una nueva vida al mundo. Por no mencionar el hecho de que ella no estaba casada. Vencida por la desesperación, fue gracias a las numerosas garantías de Cicita, su única confidente, como Lucía consiguió no derrumbarse y decidió guardar el secreto por un tiempo. Lucía apenas podía imaginar el efecto que esa noticia secreta habría tenido en Pinella. Su hermana había esperado en vano que los encuentros secretos entre los dos amantes no tuvieran consecuencias irreparables. Sin embargo, lo que más temía había ocurrido. En un exceso de tormento, cayó inconsciente en medio del patio y su único consuelo fue encontrar, cuando despertó, al doctor inclinándose sobre ella para ayudarla. Ese incidente, durante mucho tiempo le proporcionó suficiente material para construirse abundantes sueños con él de protagonista.

Fue, en todos los aspectos, una maldición que cayó sobre los Zara poco después de la desaparición de Ianetta, una maldición que se manifestaba en una derrota lenta y progresiva, como el desmoronamiento inexorable de un castillo hecho solo de arcilla bajo la lluvia

pesada. El daño más grave ocurrió en la almazara cuando las dos piedras del molino se rompieron. A partir de ese momento, parecía que la vida misma de la familia Zara tuviera los engranajes rotos. La piedra no se reparó y, como en un mal sueño, la familia vio cómo sus pertenencias se desvanecían en una avalancha imparable de deudas y empleados que exigían el pago atrasado. Como si eso no fuera suficiente, un rayo partió la vieja higuera en dos; el árbol que había sido testigo de tantas generaciones de los Zara se secó. Los retoños de la base dejaron de brotar y fue como si un pariente se hubiera muerto.

Las malas noticias también llegaron a Casteddu. Cuando las dos hermanas caídas en desgracia pidieron ayuda a su prima Herminia, esta, de repente, dejó de ser amable. Parecía como si en su casa no hubiera lugar para la gente pobre y desafortunada, especialmente si tenían relación de parentesco y, sólo después de una larga reflexión, decidió mostrar toda su magnanimidad ofreciéndoles que entraran a su servicio. Fedela y Desolina escribieron que querían regresar de inmediato a Baghintos, pero Lucía, temiendo un daño enorme, se lo desaconsejó de todas las maneras. Lo que menos necesitaba ahora eran dos bocas más que alimentar y soportar más lloriqueos. Por lo tanto, fue por necesidad por lo que las dos hermanas se vieron obligadas a aceptar el ofrecimiento de la querida prima Herminia.

Así fue cómo la familia Zara cayó en desgracia. Cuando llegó noviembre y Severino se secó como una hoja de otoño y expiró, todo Baghintos estuvo presente en el funeral.

El mismo día en que se llevaba el ataúd a la tumba del cementerio, los antiguos temores, como los tapones de corcho, reflataron para dar tormento. Más y más personas juraban que era verdad que la *coga* no se había ido, que desde el principio había vivido en el *nuraghe Marxani* y que desde su cima observaba la vida de los habitantes de Baghintos con gran paciencia. Y aunque para la mayoría se trataba sólo de historias inventadas para asustar a los niños, no había un corazón valiente que se aventurara por el *nuraghe*, ni siquiera los pastores buscaban refugio para su rebaño entre sus piedras durante las tormentas.

Eso fue para Lucía la confirmación de sus convicciones: para ella, Ianetta era demasiado lista para morir perdida en las montañas. Ianetta siempre se las apañaba y, si realmente vivía en el *Marxani nuraghe*, ella lo descubriría.



Envuelta en un pañuelo de algodón blanco estaba la *panedda* todavía caliente, rellena de carne de cordero y cardos, que Lucía se había llevado consigo cuando había salido de casa. Los pasos de Lucía eran rápidos y conocían bien el camino. A mediados de noviembre todavía hacía calor y después de las primeras lluvias en el bosque habían salido setas muy ricas para comer.

Lucía subió por los callejones más tortuosos, los que ascendían cuesta arriba, hacia el final del pueblo, donde vivía el viejo Baingio con sus cerdos. Algunos niños curiosos la siguieron por un tiempo, pero pronto se cansaron y regresaron a sus juegos con sus peonzas. La quietud del final de la mañana traía voces y sonidos de las casas y campos donde trabajaban los hombres y mujeres de Baghintos. Poco a poco el eco de vida se desvaneció; luego, sólo los canarios silvestres y el zumbir de las alas de los saltamontes fueron su única compañía a lo largo del camino. El sol batía sobre el pañuelo negro que Lucía llevaba anudado bajo la barbilla y que hacía juego con el corpiño y las faldas de luto. El día del “dono fúnebre”,¹¹ nueve días después de la muerte de Severino, empezaron a rondar pensamientos extraños por la cabeza de Lucía. Estos pensamientos se habían mezclado con compasión y, juntos, se arremolinaron en su pecho en una misericordia tal que la empujó a salir de su casa y a subir al cerro *Marxani*. Lucía se había convencido a sí misma de que Ianetta tenía que tener un corazón y que tenía que estar roto por culpa del exilio, el odio y de todas las cosas malas que todos decían de ella. La noche que acababa de pasar le había traído un sueño que le pre-

11 En Cerdeña existe una tradición ligada a la muerte que consiste en que cuando moría una persona, durante unos días, los parientes y vecinos llevaban alimentos a los familiares del difunto que, como estaban de luto, no podían cocinar ni salir de casa.

ocupaba. Se le habían aparecido su padre Severino y su imagen era tal y como lo recordaba cuando era una niña, más joven y lleno de fuerza, con los ojos y la boca listos para sonreír. A la luz que los rodeaba, Ianetta lloraba con lágrimas desproporcionadas. Su padre intentaba hablar, pero no tenía voz y cuánto más lo intentaba, menos podía articular sonidos comprensibles. Al final, Lucía lo abrazaba y la tristeza se alejaba de ella. Ni siquiera se dijeron una palabra, pero todo lo que tenía que saber le llegaba a la cabeza de todas formas. “Piensa en Ianetta, querida Lucía”, le había dicho Severino, “que yo le he fallado”.

El regalo que pretendía llevarle a Ianetta, si realmente vivía en el *Marxani nuraghe* y no se la había llevado el viento, estaba segura de que a su padre le hubiera gustado que lo recibiera ¡*Piensa en Ianetta, querida Lucía!*

Ianetta no podía ser malvada como todos decían y era justo que ella supiera que Severino ya no estaba con ellos. Lucía tenía mucho interés en saber que estaba sana y salva, incluso si la casa de los Zara ya no era un lugar para ella.

“*Troppu coru bonu*”¹², el abuelo Efisio seguía repitiendo incluso ahora que Lucía había crecido y se había secado como un sarmiento barbudo de vid.

Las ramas de lentisco y madroño parecían querer sujetar a Lucía por la falda, para evitar que subiera a la cima donde vivía la *coga*. Todos sabían que ese era ahora su hogar.

Lucía ignoró la advertencia, subió ágil por el camino pedregoso y, cuando apareció el *nuraghe*, se detuvo para recuperar el aliento.

La torre alta y poderosa de una época olvidada, compuesta por piedras pálidas salpicadas de líquenes amarillos, destacaba como un horno gigante desde cuya parte superior abierta se liberaba la copa de un roble antiguo, como una nube de humo y hollín. Varios metros más abajo, se abría una boca que llevaba al corazón del *nuraghe*. Se necesitaba mucho valor para abandonar la luz y cruzar

12 Un corazón demasiado bueno.

el umbral para adentrarse en la oscuridad. Lucía jadeaba, ya no oía ni a los pájaros ni a los saltamontes saltando entre las copas de los árboles. Todo se había quedado en silencio, sólo se escuchaba el suspiro del viento que apoyaba el vuelo de un solitario cernícalo en el cielo, sobre Baghintos.

De repente, a Lucía le pareció que las frondas del roble se animaban con vida propia. El follaje oscuro ondeó y palpitó, y no por el aire. Atraída por el extraño fenómeno, la joven descubrió, con cierta incomodidad, que había una bandada de cuervos silenciosos que protegían el *nuraghe Marxani*. Cuando se acercó demasiado, comenzaron a chillar y a batir las alas, volando un poco alrededor de lo que parecía ser su hogar favorito. La alarma se detuvo bruscamente, las decenas de cuervos con la librea negra y gris se calmaron y se quedaron entre las ramas para observar a la recién llegada entre un graznido y una danza de picos.

Bajo sus atentos ojos, Lucía avanzó entre los arbustos de asfódelo sobre una alfombra de hierba suave hasta la entrada del *nuraghe*. Con una mano apretó el paquete contra su pecho y con la otra tocó la superficie de las rocas sabiamente encajadas, acariciando los líquenes tibios por el sol. Lucía se sintió muy pequeña, en presencia de la torre alta y de su roble, pero no dudó en entrar. Cuando lo hizo, todo el calor la abandonó. Buscó en silencio a su hermana en ese antro olvidado por el Señor, esperando verla salir en cualquier momento. Descubrió que el corazón del *nuraghe*, además de estar ocupado en buena parte por el tronco del roble, ocultaba una empinada escalera que comunicaba con la parte superior, encajada en el hueco entre las dos paredes. Lucía se quedó impresionada por ese lugar, pero aún lo estuvo más cuando entró en una especie de sala circular donde encontró una chimenea con brasas encendidas. El reflejo de la luz era débil, pero suficiente para conseguir ver una vieja devanadera que Ianetta había encontrado en la construcción y que había aprendido a utilizar con habilidad innata. De la bobina se desenredaba un hilo de lana que cubría las paredes de la pequeña habitación, un único hilo fibroso que corría y corría para tejer como un triste festón de araña. También había un mortero y una olla de

cobre colgando de un gancho. Lucía miró a su alrededor y el frío se le metió en los huesos como si el invierno hubiera llegado de repente. La fascinación no tardó en afectar con fuerza a su imaginación. Retrocedió unos pasos, con la intención de darse rápidamente la vuelta, cuando una sombra se separó del muro negro de piedra y dio un paso hacia adelante. Un tronco se cayó y las llamas en el hogar provocaron un estallido de chispas.

Al ver a Ianetta, que la miraba con ojos saltones, y al pensar que debía haber estado en la habitación desde el principio sin que ella se hubiera dado cuenta, Lucía se estremeció y tuvo más miedo de lo esperado.

Ianetta era en todos los aspectos ella, pero en su forma y apariencia parecía diferente, como una criatura que, en realidad, sólo se le parecía y que miraba a Lucía con ansioso interés. Estaba muy sorprendida de verla. Los ojos eran aún más grandes y, si era posible, tenían incluso menos calor que antes; el pelo negro y áspero estaba sujeto con un pañuelo oscuro que enmarcaba un rostro devorado por un extraño y oscuro tormento. Ianetta parecía que había envejecido de golpe, deslizada en un limbo que confundía sus años. Con ropa gastada y pies descalzos, comenzó a moverse lentamente y su postura le hizo comprender que padecía alguna enfermedad ósea. Lucía intentó sonreírle y el contraste entre su belleza y la obscena fealdad de su hermana se reveló realmente absurdo y raro.

¡Qué broma extraña les había jugado la naturaleza!

La sonrisa de Lucía perdió toda convicción cuando vio a Ianetta que se oscurecía: los hombros se encorvaron todavía más y la nariz se estremeció como si estuviera reteniendo una fuerte emoción. Comenzó a moverse hacia adelante y hacia atrás, acortando cada vez más la distancia que la separaba de Lucía. Tan pronto como estuvo lo suficientemente cerca como para tocarla, se alejó de ella con la cabeza gacha, caminando lentamente, como una araña que se mueve libre en su nido.

Cuando Ianetta comenzó a aullar con voz aguda y quejumbrosa, atormentada por ese tipo de sufrimiento que, como el de los animales, no se puede entender, Lucía intentó acercarse a ella. Lo intentó

de nuevo con una sonrisa fraternal para ayudarla a que se calmara y le entregó la *panedda*.

“Ianetta”, la llamó suavemente. Ianetta la miró con esa extraña forma de inclinar su barbilla y examinarla de arriba abajo. Dejó de agitarse y de lamentarse como una zorra en un cepo.

“Ianetta, mira, te he traído esta *panedda*”. Lucía descubrió el pan para mostrárselo a su hermana. Ianetta miraba ahora a la *panedda*, ahora a Lucía, como si tratara de entender un secreto importante. De repente, la sorprendió avanzando repentinamente hacia ella. Lucía se estremeció. Cuando habló su voz resultó inesperada.

“¿Por qué tú aquí?”

Lucía tragó saliva. Ianetta era más alta que ella y, aunque delgada y aparentemente débil físicamente, la hacía sentir incomoda estar en presencia de algo salvaje e impredecible.

Se armó de valor, dio un paso atrás y habló. “Padre ha muerto.”

Ianetta no retrocedió, ni pareció turbada por la noticia. “¿Por qué regalo?”

“Porque es lo que se hace cuando muere un ser querido de la familia.”

Ianetta apartó la mirada y empezó de nuevo a caminar hacia atrás y hacia adelante, golpeándose la cabeza con el puño.

“¿Cómo estás, Ianetta?”

Ninguna respuesta.

“¿Cómo vives aquí? ¿Dónde encuentras comida?”

Todavía sin respuesta. Ianetta pareció cada vez más inquieta. Las atenciones de su hermana la confundían.

Sin embargo, Lucía no cedió. “¿Por qué no te sientas y comes algo de lo que te he traído? Puedo hacerte compañía, si quieres”.

Ianetta fue como un jarrón que se desbordó. Una vez más, sorprendió a Lucía con su voz desagradable.

“¡Lucía me tiene miedo!”, exclamó mientras se golpeaba con más fuerza. “¡Lucía me hace un regalo porque me tiene miedo!”

Lucía negó con la cabeza ante sus desvaríos. “No, ¿qué estás diciendo, Ianetta? Yo...”

“¡Yo soy *coga*! ¡Soy *coga*! Yo me como el corazón de los niños,

¡toda su sangre me bebo! ¡El campo se seca y el cerdo se muere!
¡Muere, muere, muere!”

Lucía se quedó muda. El miedo se apoderó de sus tobillos, le subió por las rodillas, echó raíces en el pecho, y anidó en su estómago. Le infundió frío en la carne.

“Lucía no engaña a la *coga*. Severino lo dice. Assunta lo dice. El viejo lo dice. Lucía, ¡mírame y créeme! ¡Yo soy *coga*!”

Ianetta nunca había hablado tanto. Lucía retrocedió, encontrándose de nuevo contra la pared.

“¡Yo soy *coga*! ¡Yo soy *coga*!” afirmó, golpeándose el pecho descarnado con un ruido sordo.

En un momento, toda la sugestión de Baghintos entró en la cabeza de Lucía. Sus ojos brillaban y su corazón latía con fuerza en sus oídos.

Entonces Ianetta se acercó inmediatamente a su lado y con una mano tímida, inclinándose lo suficiente, le tocó el vientre a Lucía. “Ella ha dicho que hay un niño en el vientre de Lucía. Ha dicho que tengo que llevármelo y comérmelo.”

Al pronunciar esa promesa de muerte, la cara de Ianetta mostró una extraña forma de inocencia. Sin embargo, Lucía estaba horrorizada y le apartó la mano con un golpe.

Ianetta insistió. “¡Niño pequeñito!”

Cuando Ianetta se obligó a imitar la sonrisa de su hermana mostrando sus dientes pequeños y torcidos, Lucía ya no pudo resistirse y salió. Dejó caer la *panedda* y ya fuera, se quedó a la merced de un mistral feroz. Nubes tormentosas se perseguían rápidamente, espesándose, llenas de misterios, sobre el valle y sobre el pueblo.

En el *nuraghe*, Ianetta cogió el regalo de Lucía y le hincó los dientes sin pensárselo dos veces. Emitía refunfuños graciosos como el gato que come pulmones y mientras tanto murmuraba cosas extrañas; algunas no tenían sentido, otras se referían a su hermana y al hermoso niño que llevaba en el vientre.

Lucía corrió rápidamente con el viento que le arrancaba el pañuelo de la cabeza. Su pelo libre sobre los hombros, sus faldas que se le retorcían endiabladas, los ojos asustados; corrió todo el camino

hasta el pueblo, donde la gente la miraba con poca benevolencia. Irrumpió en casa y se encerró en su habitación en medio del desconcierto general de su familia. La lluvia comenzó a batir en el techo. Con un crujido imperceptible, la manilla de la puerta giró lentamente y Pinella, medio asomada, apareció en el umbral. Miraba a su hermana acostada en la cama con odio y desconfianza. Cuando habló su voz estaba llena de condena.

“¿Has ido a buscarla!”

Lucía se dio media vuelta, sorprendida. Pinella insistió, mientras se dejaba ver por entero.

“¿Has ido a buscar a la *coga*! Desgraciada, que eso es lo que eres, jeres tú la que quieres que ocurra la desgracia! ¿Quieres vernos atormentados a todos hasta la muerte?” dijo, con voz ahogada, para que no la escuchara el resto de la familia.

La boca de Lucía no pudo articular palabra. No sabía qué decir ante tal acusación.

“¿Te mereces todo lo que caiga sobre ti!” Con esta sentencia, Pinella dio un paso atrás y cerró la puerta. Lucía estaba demasiado desconcertada como para poder captar la amenaza encerrada en esas palabras. Se quedó con la imagen de sus ojos grandes y acusadores durante mucho tiempo, hasta que la vela se consumió y la oscuridad envolvió la habitación.

Tras la desagradable visita de Pinella, no quiso ver a nadie, ni siquiera al doctor Spada cuando llegó puntual. No hizo otra cosa que darle vueltas y vueltas y eso le producía tormento y agitación. Lucía no podía hacer nada para sacar de su mente las horribles palabras de Ianetta. No se movían de allí, obstinadas, para torturarla con imágenes de la fantasía que le daban escapatoria.

¡Piensa en Ianetta, querida Lucía, que yo le he fallado!

Por un momento, las palabras soñadas, en su sentida súplica, cambiaron de sentido; tal vez su padre no había tenido la intención de empujarla a cuidar de la hermana más desgraciada e infeliz, sino que le suplicaba para que la detuviera.

Lucía se dejó llevar por un trémulo suspiro. Se metió bajo las sábanas y sostuvo el rosario con fuerza, mientras la duda no le daba

tregua. Al final, antes de ceder ante el cansancio, se secó los ojos angustiados. No quería creer que había subido al *nuraghe* en busca de alguien que no existía: su hermana.

En la calidez de sus casas, acompañados por la lumbre de las chimeneas, los viejos de Baghintos continuaron contando historias de *cogas*. La magia de las *cogas* vivía en esas historias y se decían cosas tristes y terribles que durante la noche producían pesadillas. Pero no importaba lo mucho que se imaginaba y que las historias brotaran de sus bocas exuberantes de minucias, nadie adivinó lo que Ianetta hizo durante todo el tiempo que sus paisanos se engañaron a sí mismos creyendo que la habían echado de una vez por todas.

Durante mucho tiempo nadie imaginó que el *Marxani Nuraghe* se había convertido en su morada y en su castillo. Un castillo de grandes piedras, un roble centenario de sombra y una bandada de cuervos por compañía. En el vientre de la torre había encontrado una vieja devanadera y había sido natural para ella aprender a hilar lana de oveja. Visto desde la parte superior del *nuraghe*, durante todos esos meses, Baghintos parecía dormir bajo el sol y bajo el agua, bajo los rayos de la luna que hacía brillar los tejados como una criatura soñolienta que de vez en cuando resopla por las chimeneas y que no sabe nada de su guardiana.

En cambio, su guardiana lo veía todo y todo lo sentía desde allí arriba. Los grandes ojos habían visto claramente cómo caía la capa de la mala suerte en la casa de los Zara, los últimos restos del antiguo esplendor que se disuelven como la bruma de la mañana.

También habían visto los pasos de Cicita cada vez más lentos, la ansiedad de Lucía al tratar de sujetar el destino de la familia, al doctor Spada, que estaba allí siempre, las sombras de Assunta y todo el dolor por la muerte de Severino. Ianetta sabía observar muy bien la vida de los de Baghintos y, sobre todo, la de su hermana Lucía. A veces, cuando caía la noche y todos los postigos estaban cerrados en el pueblo, Ianetta osaba colarse en la casa de los Zara para ver dormir a Lucía. Se conformaba con poco; luego se marchaba para regresar a su antigua y secreta guarida.

Así estaban las cosas.

Hasta que la noticia se extendió con toda rapidez y todos supieron que Lucía se había encontrado con la coga en el *Marxani Nuraghe*. Entonces sucedieron algunas cosas extrañas.

Por ejemplo, sucedió que Rosaria, la mujer de Peppineddu, que sacaba adelante a la familia vendiendo cebollas blancas y unas patatas de su huerto, a escondidas de todos, y asaltada por una extraña fiebre, se dirigió hacia la colina *Marxani* y, aunque le saltaba el corazón en el pecho, subió hasta la cima. Rosaria llevaba el chal bien apretado ya que hacía frío, pero el frío le venía de los huesos y en esos casos la lana era de poca utilidad. Las faldas le arrastraban sobre la hierba fresca de lluvia mientras se acercaba al gran *nuraghe* y los cuervos desde su puesto de guardia la observaban con sus picos apuntando directamente hacia ella. Rosaria intentó esbozar una pequeña sonrisa llena de miedo al tratar de hacer callar a todos esos ojos negros, pero no lo consiguió.

Con una respiración larga y profunda se hizo con el valor que necesitaba para poner un pie en el *nuraghe*, denso de sombras.

Rosaria era valiente, todo el mundo lo sabía en el pueblo, una mujer todavía atractiva y con todo en su sitio y era fiel incluso cuando la mataba a palos su marido Peppineddu, que corría detrás de las faldas de la hija del porquero. Ella también soportaba la mano dura con tal de mantener los votos nupciales, pero las traiciones de Peppineddu, simplemente, no conseguía digerirlas.

Cuando, con un pie listo para huir, entró en el antro de la *coga*, estuvo muy atenta, esperando una señal de vida. Luego se aclaró la garganta y se reveló a sí misma.

“¿Se puede?” Ella, al principio, fue tímida, la ausencia de una respuesta casi la animó. Avanzó unos pasos más con sus ojos mirando en todas las direcciones. Lo que había que hacer estaba hecho, por lo tanto, ignoró la debilidad de sus rodillas y repitió: “¿Se puede?” Un crujido muy fino la atrajo como la polilla a la luz. El deseo de ver lo que todos consideraban prohibido y peligroso, terriblemente incorrecto, le dio un gusto a su paladar seco.

Rosaria se asomó a la pequeña sala circular con el techo de cúpula. A la luz de las llamas danzantes había una figura oscura hilando la

lana, inclinada sobre una vieja devanadera. Giraba y giraba la rueda mientras una mano huesuda con aire experto daba vueltas al hilo alrededor del carrete. Parecía una imagen de las historias que su abuela le había contado de niña.

Pero Ianetta, en esa habitación, estaba realmente allí, en carne, huesos y sangre. Cualquiera otro se habría dado la vuelta por el terror, pero no Rosaria, que se adelantó y no tuvo miedo de hablar.

“Sé quién eres y quiero que me ayudes.” Tragó saliva mientras miraba a la *coga*. Ianetta, tan pronto como escuchó sus palabras, dejó el hilo. Rosaria nunca la había visto tan de cerca, con todo detalle, tan viva y verdadera, no era sólo un rumor en el pueblo que te hacía estremecer. Nunca se había imaginado que tenía los ojos tan grandes y que no brillaban, que estaban plantados en medio de una cara huesuda, llena de aristas y sombras, con una nariz privada de gracia y una boca de labios pálidos y secos.

Era más alta que ella, aunque un sufrimiento la obligaba a inclinarse y a que su paso fuera incierto.

“Yo sé que haces esas cosas malas y necesito que hagas una por mí”.

Ianetta se acercó a Rosaria con repentina vivacidad y, cuando estuvo frente a ella, la cogió de la mano y se la abrió a la fuerza siguiendo con un dedo los signos que le surcaban la palma hasta la muñeca. Rosaria contuvo la respiración. A qué conclusión había llegado la *coga*, tras ese breve examen, Rosaria ciertamente no lo pudo saber, pero Ianetta parecía bien dispuesta hacia a ella.

En ese momento, estaba lista para escuchar la petición de Rosaria. Enderezó la espalda, estiró el cuello, la miró de arriba abajo e hizo un gesto rápido para que hablara. Rosaria, de repente, se sintió llena de emoción y agitación.

“Es para mi marido”. A ese burro estúpido hay que pararlo de una vez por todas. ¡Sólo a mí me tiene que querer!” Rosaria trató de calmarse, pero no pudo, el asunto le hacía perder los nervios. Reanudó el discurso con mayor seguridad. “Oye, esto es lo que tiene que suceder: cuando mire a otra, ¡lo que está en sus pantalones debe quedarse como muerto! ¿Has entendido? ¡Muerto, bien muerto! Sólo a

mí me tiene que querer, sólo a mí y basta. ¡Sólo conmigo tiene que funcionar correctamente! ¿Lo entiendes?”

Si había que hacerlo, había que hacerlo y no había miedo o impresión de *coga* que fuera más fuerte. La *coga* tenía que complacerla, sólo eso quería.

“Su nombre, dímelo”. Ianetta habló secamente, pero fue suficiente para congelar a Rosaria.

“P-Peppineddu, pero lo llaman Ranedda porque tiene los ojos como los de las ranas. Mira aquí, he traído uno de sus botones. Rosaria se lo puso en la mano a la *coga* sin dudarlo.

“Vuelve mañana”, ordenó Ianetta y, de inmediato, Rosaria, muy rápidamente, dejó el *nuraghe* y regresó al pueblo a toda velocidad. Las setas que había preparado en un pañuelo fueron excusa suficiente para justificar su ausencia.

Nadie supo en Baghintos que Rosaria había subido al *Marxani Nuraghe* y que había hablado con la *coga*. Y, además, nunca habrían creído algo tan malvado.

Sin embargo, Rosaria realmente tenía valor y la *coga* le respondería como ella quería.

Recordando algunas historias que una vez había escuchado en casa de los Zara, Ianetta cogió un puñado de tierra y murmuró frases sin sentido, escupió encima, tratando de recordar el poder del hechizo. Luego cogió un junco y le hizo tres nudos.

Al día siguiente, Rosaria regresó al *nuraghe* con las mejillas todavía lozanas y ojos vivos como los de una niña. La tristeza de Ianetta contrastaba con el entusiasmo que emanaba de la mujer.

“Pon esto debajo de la cama”, dijo Ianetta, entregándole el junco con tres nudos.

Rosaria la escuchó, embrujada.

“Esto se lo tiene que comer.” Y le entregó un paquete de hojas que contenía el puñado de tierra. Hecho esto, la alejó con un gesto seco de las manos. Ya no la quería en su *nuraghe*.

“¡Espera! Te he traído algo”. Rosaria abrió el paquete y le mostró huevos de ganso y gallina, una cuarta parte de queso de oveja, unas pocas cebollas y una docena de pajaritos atrapados con un

lazo. Sonrió muy agradecida, pero su sonrisa murió repentinamente cuando tuvo la impresión vívida y concreta de que la *coga*, de repente, se había vuelto más alta y más oscura. La *coga* tenía la intención de devorarla viva, no había otra explicación para ese cambio repentino.

“¡Vete!” gritó con una voz chillona y discordante. Rosaria habría querido ponerse a llorar de miedo. En lugar de eso, comenzó a correr y no se detuvo hasta que llegó a la puerta de su casa, mientras Ianetta se agachaba en su *nuraghe* para rebuscar entre los regalos que acababa de recibir.

Esa noche, Rosaria, ante los ojos de sus cuatro hijos, recibió una paliza porque esta vez no tenía una excusa preparada para Peppineddu. Nada de setas. Su cerebro todavía estaba demasiado alterado como para poder engañarlo bien.

Pero fue un triunfo cuando logró colocar el junco debajo del colchón y una pizca de la tierra en el vaso de su marido, mezclada con el vino. Cuando Rosaria creyó que después de esa noche todo habría cambiado, porque durante una semana Peppineddu quería estar con ella a todas horas del día y de la noche, le habría gustado volver al *Marxani nuraghe* para darle gracias a la *coga*. Pero los viejos vicios son difíciles de quitar, por lo que Peppineddu seguía deseando a la hija del porquero y Rosaria ya no tuvo más ganas de ir a buscar a la *coga*.

Esto es lo que sucedió, mientras que en Baghintos se asaban castañas asadas y se preparaban para que ese año la nieve fuera abundante.

El mistral sopló con fuerza desde las montañas; con él llegó el dolor y entonces fue como si el fuego entrara en todas las articulaciones de Ianetta para darle tormento y quitarle el sueño. Cuando la noche lo cubría todo con su abrazo negro, parecía que la carne se le abría y que los huesos se le rompían en mil astillas. No tenía ni alivio ni tregua. Después, cuando el fuego entraba por la boca y bajaba hasta quemarle las vísceras, el eco de las historias de las *cogas* le penetraba en la cabeza y, entre un tormento y otro, terribles sueños de niños, de sangre, de criaturas monstruosas y ojos malignos la perseguían por todas partes.

La culpa la tenía su naturaleza corrompida, eso es lo que todos decían desde que nació. La culpa la tenía la condena que afectaba a la *coga* en el momento del nacimiento. La transformación, como sucedía a los insectos, tenía que producirse, no se podía hacer nada al respecto. Ianetta tenía que convertirse en una *coga*, el momento había llegado. Cien, mil veces, había oído cómo tenía que cumplirse su destino de *coga*. Pinella le había dicho cómo hacerlo, con mucho secreto, incluso después haberse ido de casa, había ido a buscarla y le había explicado qué actos sacrílegos tendría que realizar. Con urgente insistencia, como una obsesión que doblega el alma e invade la mente, su hermana le había hablado de la profanación que tenía que llevar a cabo en el cementerio y de todos los ingredientes que la *coga* necesitaba para convertirse en tal. “¡Ianetta es la *coga*! ¡Ianetta se lleva al niño! ¡Ianetta se come al niño!” La voz llamaba y llamaba sin piedad, llevando el mensaje de una misión específica. Ella era la *coga* y tenía que beber sangre si quería vivir. Sangre de un recién nacido.

Las piedras, la tierra, las encinas y los lentiscos se unieron al gemido de dolor de la *coga*; incluso el *nuraghe*, las noches que hacía

más viento, cantaba su canción de cuna hecha con terribles aullidos. Un rito mortal estaba a punto de llevarse a cabo, milenario y cargado con las almas de las *cogas* del pasado. Su corazón, aunque apagado, pronto comenzaría a latir al unísono por un instante.

Llegó el momento en que Pinella le dijo que actuara. El primer viernes de diciembre, tan pronto como se puso el sol y salió la luna, se deslizó fuera del *nuraghe* para dirigirse hacia el cementerio del pueblo. Al igual que las bestias salvajes, no hacía ruido y elegía el camino más escondido y seguro. El bosque oscuro y lleno de ojos acogió a Ianetta entre sus sombras. Esa noche los búhos ulularon en los encinares de Baghintos, también las abubillas parecía que anunciaban el acontecimiento.

En la hora del sueño, Ianetta entró en el cementerio que estaba detrás de la iglesia del pueblo y se detuvo sobre un montón de tierra. En ese punto, la hierba todavía no había crecido de nuevo, mientras que en el resto del campo se entrelazaba con cruces de madera. Se escondió y olfateó la tierra, aspirando aire con amplias bocanadas. Durante unos momentos permaneció inmóvil, como un sabueso y luego comenzó a excavar utilizando un azulejo robado del tejado de la iglesia. Excavó en la tierra y, al final, reducida casi a un animal que vive en los túneles, con la ayuda de un hierro sacó los clavos uno por uno para arrancarle la tapa al ataúd. Ianetta se quedó hechizada, suspendida, sobre el cadáver de la mujer que yacía en el fondo de la tumba. *Tzia* María había muerto cinco días antes y con su considerable volumen ocupaba todo el ataúd. Llevaba puesto su mejor traje, con el chaleco negro, el pañuelo en la cabeza, apretado con fuerza para que la boca se quedara cerrada porque las cosas de familia no se las tenía que contar a nadie, las manos juntas, entrelazadas con un rosario y los zapatos de punta muy pequeños en comparación con los pies hinchados. Tenía también una hebilla de oro y un pequeño broche en forma de rosa, pero estas cosas no le interesaban a Ianetta. Eran las lágrimas del muerto lo que estaba buscando.

Entró completamente en la fosa e, inclinándose sobre la mujer muerta, comenzó a hurgar en su ropa en busca de los bolsillos. Oculto en los pliegues de la falda había un pañuelo blanco que la familia

había puesto allí para que la mujer muerta se pudiera limpiar las lágrimas. Ianetta lo encontró y se lo llevó; inmediatamente salió a la superficie.

Comenzó la subida al *nuraghe* mientras los perros de Baghintos ladraban como locos. Las bestias en los establos y en las cuadras se agitaban y resoplaban como si los lobos estuvieran atacando sus refugios. Paso a paso, Ianetta fue ganando cada centímetro de ese largo camino, con sus huesos que parecían encendidos por un hierro incandescente. Se instaló frente a la chimenea, echó dos troncos sobre las brasas y observó cómo las llamas iluminaban la habitación circular. Como si no hubiera pasado nada, se limpió las manos en las sucias faldas, se sentó frente a la devanadera y se puso a hilar la lana. Se perdió en un laberinto de extraños tormentos de la mente, sus labios no dejaban ni un instante de murmurar palabras incomprensibles.

Un buen rato más tarde se levantó y vagó jorobada y coja por todo el *nuraghe*. Con las fuerzas que le iban y venían como las tormentas, tomó sus herramientas y comenzó a moverse tratando de recordar las instrucciones de Pinella.

Cogió un cuenco de barro y vertió el aceite bendito que había robado en la iglesia de Baghintos. Lo mezcló con unas gotas de su propia sangre y echó un puñado de semillas espinosas al mortero. Lo machacó con energía hasta que se convirtió en una papilla homogénea que mezcló con el resto de los ingredientes. En el acto final lo filtró todo usando el pañuelo robado a *zia* María, para que las lágrimas de los muertos se mezclaran bien.

Ianetta hablaba y hablaba sin parar mientras preparaba la extraña mezcla y su expresión cambiaba de un momento a otro. Un fuego particularmente feroz le estalló en la carne. Su cuerpo no lo resistió más y, justo cuando todo estaba listo, cayó agonizante en el suelo. Una fiebre mortal la atacó sin piedad hasta la mañana siguiente, cuando pudo comer algo para mantenerse. Los dolores volvieron a crecer al atardecer y se volvieron insoportables a medianoche. En ese momento, Ianetta tuvo la fuerza para ponerse de pie. Se desvistió; cada gesto suponía un suplicio indescriptible. Sólo se cubrió el

pelo con la manta y con los grandes ojos llenos de sufrimiento hizo lo que Pinella le había dicho que hiciera.

Puso en sus manos el ungüento y lo extendió sobre todas las articulaciones sin olvidarse de ninguna. De arriba abajo, de una en una, sin dejarse ninguna y, cuando llegó a los tobillos, esperó quieta a que sucediera algo increíble. Con engañosa eficacia, la esencia venenosa de las semillas de estramonio penetró en la sangre, llegando a cada fibra de su cuerpo, hasta el cerebro. De repente, lo que estaba derecho se dio la vuelta. El corazón se aceleró en el delgado pecho, la vista se volvió borrosa y todo empezó a dar vueltas. Se miró las manos con asombro, parecía que de las puntas de los dedos salía un humo blanco que se encrespaba formando extrañas figuras en el aire. Dentro de la carne, en el vientre, en la cabeza, en los brazos y en las piernas había un bullir tan impetuoso que creyó firmemente que los ojos se le iban a salir de las órbitas y que los huesos triturados se le iban a mezclar con la sangre en las venas. Luego, la oscuridad cayó sobre sus ojos y entonces fue más doloroso que morir. Silencio.

Allí dentro, en su cuchitril más secreto, Ianetta cayó de bruces sobre la ceniza caliente de la lumbre. El aire se saturó con el olor a pelo chamuscado y, cuando abrió los ojos, volvió a tener un cuerpo pesado, con dolor en las manos y los pies. La cabeza parecía que estaba llena de aire que silbaba y presionaba para salir. No sentía frío, sólo dolor por todas partes. Vestida sólo con el pelo chamuscado, reavivó las brasas en busca de calor. Con lentos y cansados gestos se vistió, sus huesos se habían recompuesto como si nada hubiera pasado. Los ojos seguían siendo grandes, pero no estaban enfadados, parecía que estaban muy lejos, perdidos en otro mundo.

El efecto de las semillas de estramonio no había terminado, por lo que una vez más cayó al suelo a merced de un sueño misterioso.

Cuando volvió a salir del limbo viscoso hecho de sueños atormentados, sueños que tenían que ver con Lucía y con niños pequeños que la rodeaban como en un tiovivo, el fuego que había encendido ya se había reducido a cenizas y el suelo había dejado de tambalearse. Ahora que Ianetta se había convertido en *coga* y la transforma-

ción de la carne había tenido lugar con gran dolor, finalmente podía esconderse en el nicho de la pared calentada con pieles de oveja y con la manta que le había robado a su madre Assunta. Había hecho todo lo que tenía que hacer. Al final de la tarea se sintió una sola cosa con las sombras de la noche.

Esa noche, Don Ninnino aseguró las persianas y echó el pestillo porque un presentimiento muy extraño le daba vueltas entre la garganta y el estómago, poniéndole la piel de gallina. Se quedó despierto rodeado de las estatuillas de muchos santos, de la Virgen y del Niño Jesús y rezó hasta agotarse, logrando perder la conciencia sólo con la luz del nuevo día. Durante ese breve sueño tuvo muchas pesadillas y, cuando despertó, jadeaba y sudaba, aunque el frío en su pequeña habitación era tal que el vapor del aliento se concentraba en nubecillas blancas. Pronto la nieve caería y sería Navidad. En otras ocasiones su corazón se habría alegrado; después de todo, era el momento del año que prefería. En cambio, continuaban las malas historias, los lugareños seguían viniendo a confesarle miedos y temores que él no quería escuchar. Todos le pedían bendiciones, misas, indulgencias de todo tipo. Todos pretendían agua bendita y oraciones especiales para su casa, su familia, los animales, los establos y los huertos. Los medallones de los santos los habían colgado por todas partes junto a símbolos paganos que condenaba insistentemente en cada misa. Basta con esas historias de la *coga*. Ya había tenido suficiente y ese domingo habría amonestado estrictamente a todos los habitantes de Baghintos. El sol se levantaba sobre los tejados y los bosques cubiertos de escarcha helada. ¡Parecía un día hermoso e inofensivo de diciembre! Incluso había petirrojos que cantaban. Sin embargo, había una nota discordante, falsa e indescifrable, que arruinó la bella imagen.

Don Ninnino, simplemente, no podía entender qué iba mal, así que decidió darse una vuelta por la casa parroquial. En la iglesia parecía que estaba todo en orden e incluso su casa estaba como de costumbre. Cuando se asomó al cementerio, uno de los lugares que menos le gustaba, se dio cuenta de que, de hecho, las cosas no estaban todas en su sitio. Abrió la verja y avanzó con el miedo habitual de

caerse en una tumba. Cuando vio la tumba abierta y la tierra dispersa, invocó la misericordia de Dios para que le diera las fuerzas para mirar dentro. Y su corazón casi se paró al ver que el cuerpo de *tzia* María había sido profanado. Don Ninnino pensó que se iba desmayar porque el horror del enorme sacrilegio era, de verdad, demasiado para él, pero luego llegó a la conclusión de que quedarse sin vida en medio de las tumbas con todo ese frío hubiera sido, por lo menos, desaconsejable.

“¿Qué tengo que hacer ahora?” gimió mientras le temblaba la papada y se mordía los nudillos para no gritar. Inmediatamente regresó a la iglesia, se dirigió al tabernáculo y temblando todo se pegó al cáliz de vino sagrado. Bebió para intentar protegerse del mal y aclarar la mente. Fue contra su voluntad como le vinieron a la mente todas esas historias diabólicas de la *coga*. En verdad, nadie podía negar que en esa profanación horrible había signos diabólicos y malditos en gran cantidad.

Si no hubiera sido por su total falta de valor, se habría colgado de las campanas para convocar a todo el pueblo. En cambio, decidió que probablemente sería mejor ir con cuidado y que viniera primero el alcalde.

Así, llamó con gran secreto al alcalde Aventine Todde, que vino con su segundo de a bordo y con dos notables del pueblo. Entraron en el cementerio y se quedaron mirando el ataúd abierto. El cielo refunfuñaba anunciando tormenta. El alcalde se frotó la barba y se apretó a la zamarra negra mientras analizaba meditabundo el cuerpo de la mujer. Luego espiró con fuerza por la nariz y su entrecejo dijo mucho de la tormenta de pensamientos que pasaba por su cabeza. Uno de los hombres bajó a la fosa para intentar entender qué tipo de estrago se había cometido. Cuando lo sacaron, su cara estaba blanca como la cera.

“Ha sucedido algo muy grande: le han robado las lágrimas a *tzia* María”, exclamó con los nervios tensos.

El alcalde se llevó una mano a la cabeza con gesto de preocupación. “Don Ninnino y ustedes”, dijo, mirando a la cara a sus vecinos del pueblo, “esto es una señal”.

Don Ninnino casi consiguió desmayarse esta vez. Varias veces se hizo la señal de la cruz sobre sí mismo, en el aire y a los presentes. “¡Entonces tengo que escribirle al obispo! ¡Tengo que pedirle ayuda!” El sacerdote estaba a un paso de la desesperación.

El alcalde se le acercó con las manos en las caderas. “No, no le escriba a nadie. Estas son cosas del pueblo. Son nuestras cosas y sólo nosotros tenemos que pensar en cómo resolverlas. El obispo no tiene nada que ver con esto. ¿Lo ha entendido?”

Don Ninnino se asustó todavía más. Tragó saliva y preguntó: “Exactamente, ¿qué tipo de *cosas* serían del pueblo?”

El alcalde se puso nervioso. “¡Don Ninnino, despierte! ¡Ha sido la *coga*! Ahora quiere a nuestros hijos y hay poco que bromear”.

Esta vez Don Ninnino realmente se desmayó y faltó poco para que le hiciera de pareja en el ataúd a *tzia* Maria.

La noticia entró en cada una de las casas de Baghintos trayendo terror. Al final, tras años temiendo tal desastre, la *coga* se convirtió en *coga*.

“¡La *coga* se ha convertido en *coga*, quiere a nuestros niños!”. dijeron todos en el pueblo y en las cercanías, porque muchos valles y muchas montañas supieron del fatal acontecimiento. Los viejos recordaban bien qué ingredientes se usaban para que la *coga* se convirtiera en mosca, en niebla o en animal de la noche para poder entrar sin ser molestada en sus casas.

¿Qué había que hacer ahora? Los viejos de Baghintos también sabían esto: las *cogas* no se pueden combatir. Uno sólo se puede defender, llevar a cabo todas esas cosas antiguas para evitar que entren a casa. A veces San Sisinnio concedía la gracia y, entonces, la *coga* terminaba quemada. Pero, mientras se esperaba a que ocurriera el milagro, muchos se iban al cementerio.

Los centenarios como *tzia* Paddora instruían bien sobre la naturaleza de la *coga*; decían que siempre trabajaban entre la medianoche y las tres de la mañana y que sólo sabían contar hasta siete. Había que darles algo para contar, los dientes de una guadaña o las cerdas de una escoba, por ejemplo, para que el tiempo pasara mientras volvían a empezar a contar hasta el infinito. Luego se aconsejó que

pusieran los trípodes al revés o las camisas al revés, porque esas cosas dadas la vuelta las volvían locas, funcionaban mejor que el fuego.

Estos antiguos secretos en la casa de los Zara se habían escuchado siempre. Cuando Cicita trajo la noticia de la profanación y que ahora la *coga* podía comerse la sangre, la familia estaba sentada para almorzar.

“Esto es lo que han dicho”, concluyó Cicita, quien, aunque la familia era pobre y tenía con qué vivir por la gracia divina, había decidido quedarse porque fuera de allí no sabía estar. Se conformaba con poco y, luego, si no hubiera sido por ella ¿cómo se las habrían apañado con *tziu* Efisio? La cabeza del abuelo ahora estaba llena de cosas retorcidas y extrañas, había que estar detrás de él todo el día. Assunta, que ahora estaba más delgada y parecía una especie de fantasma, vestida de luto de pies a cabeza, dejó la cuchara en el plato. Aunque tenían la suerte de tener caldo de carne en la mesa, gracias al doctor Spada que quería que Lucía estuviera bien alimentada todos los santos días, se les pasó el hambre al instante. Se quedaron en silencio, de vez en cuando se miraban a la cara uno a otro y sus ojos alarmados eran más elocuentes que mil palabras. Incluso *tziu* Efisio pareció que comprendía la gravedad de la situación.

Sin embargo, Pinella, que generalmente amaba el silencio, poniendo los ojos en la hermana mayor y, cogiendo a todos por sorpresa, comentó. “Bastará con no tener hijos”, sugirió su débil voz, apenas un suspiro, mientras miraba de reojo a su hermana mayor.

“¡Ella sabe que estoy esperando un niño!”, pensó Lucía en el colmo de la angustia, tras el comentario de su hermana. Se levantó de un salto de la silla y salió corriendo llorando.

El abuelo Efisio golpeó la silla de Pinella con su bastón de olivo, pero se volvió hacia Cicita. “Esta tiene un *argia* anidada aquí”, dijo, señalando el lado izquierdo de su pecho. Pinella no le prestó atención y fue la única que terminó lo que tenía en el plato. Efisio estaba cansado y su espalda no estaba tan recta como solía estar, pero todavía podía ver bien.

El sol del mediodía convirtió la primera nevada de invierno en fango.

El doctor Spada tardó dos horas a caballo en llegar al pueblo, donde estaban haciendo pan con harina de castañas. Pero su interés estaba por completo en el turrón que los vendedores que habían llegado para la fiesta de Santa Lucía tendrían en sus puestos ese 13 de diciembre. Luego necesitaría dos horas para regresar a Baghintos y llevarle el regalo a su Lucía. A él no le importaba ni el terreno ni bajo de qué tormenta tendría que viajar. En su cabeza ya veía el rostro perfecto de Lucía, la gratitud en su sonrisa y esa vaga sensación de mortificación que era claramente visible en sus ojos cada vez que no podía corresponder con otro regalo. La exquisita belleza y esa alternancia de voluntad y entrega tan femeninas creaban una mezcla tal que le hacían sentirse victorioso y derrotado a la vez. Esta circunstancia era realmente nueva para el médico, que durante toda la vida no había hecho nada más que desvestir los acontecimientos de emociones y del carácter sagrado porque no le gustaba que nada le abrumara, ni siquiera una mujer hermosa. Que Lucía fuera capaz de dominarlo sin hacer nada tenía, además, algo de desconcertante.

Probó el turrón para comprobar que no estaba ni demasiado crujiente ni demasiado blando para los dientes de Lucía. En este tipo de atenciones se había encontrado enseguida de una manera completamente natural.

Habría vuelto a casa incluso bajo el sol alto, si no fuera por la gente del pueblo que se inquietaba y murmuraba y se entristecía por algo que había sucedido esa mañana.

“Vamos, Gintilla”. El médico espoleó a su yegua para que siguiera a las personas que se reunían todas en la misma callejuela. Las

mujeres del pueblo caminaban en grupos con los bordes de sus faldas llenos de barro, mientras que los hombres sostenían la *berritta* con ojos serios y bocas cerradas. La procesión para acompañar a la imagen de la santa a la iglesia, en el campo, donde se llevarían a cabo los ritos sagrados, tendría que esperar. La desgracia estaba en el aire.

Giuseppe se detuvo frente a una casa con crespones negros. No habría habido ninguna fiesta porque Angioledda, la mujer de Raffaele, el que de joven había cogido silicosis cuando trabajaba en las minas de plomo y zinc, había muerto pocos días después de dar a luz a su primer hijo. Los gritos de las *attitadoras* hacían estremecer a todos y la tristeza contagiaba incluso a los que no habían conocido a la mujer. Giuseppe miró a su alrededor y se decidió a entrar.

Todos sabían que él era el nuevo médico y, como tal, se le toleraba en todos los pueblos. Dio el pésame a las mujeres que estaban rezando y a los hombres que se encontraban en una habitación contigua y, poco después, se acercó al ataúd para observar de cerca a la joven difunta, que tenía las manos entrelazadas sobre el pecho. Giuseppe frunció el ceño en cuanto la vio. Los ojos expertos no se engañaron frente a las extrañas arrugas que mostraba la piel de la cara, el cuello, las manos y las muñecas, y las manchas moradas que mancillaban su palidez extrema. Con mucho descaro, apartó un trozo de tela del vestido para mirar en otras partes, pero Raffaele dio un paso al frente y sus ojos eran duros, el dolor reflejado en sus pupilas sonó como un grito desesperado que habría desalentado a cualquiera. Parecía ser hijo del granito, el mismo granito que había excavado durante tantos años hasta que se enfermó. Ahora tenía el rebaño y el aguardiente para olvidarse de las cosas malas de la vida. Estaba mucho mejor al aire libre y no le importaba si con la lluvia le dolían los huesos. Raffaele quería aire puro, eso le bastaba.

Pero Giuseppe también era muy duro y en esas señales no vio nada bueno. Se había olvidado de dónde estaba y habló con voz firme. “Esta mujer ha muerto de hemorragia”, le dijo directamente a su marido y en el silencio que cayó de repente sus palabras sonaron como una acusación.

Miró a su alrededor, rostros oscuros de mujeres y hombres que lo miraban sin vacilar.

“Parece que esta pobre mujer ha tenido repetidas hemorragias hasta desangrarse”. ¿Por qué no me habéis llamado cuando empezó a sentirse mal?

Nadie respondió al reproche del doctor. Incluso la gente fuera de la habitación sombría se calló y todos en la casa se acercaron al extraño. Giuseppe miró de reojo hacia la puerta y, sintiendo una sensación de peligro, lamentó haber dejado el rifle en su caballo.

“Soy médico, podría haberla salvado o al menos haberlo intentado”. Le miró fijamente con gran fuerza, hasta que Raffaele abrió la boca y habló.

“Mi mujer era una mujer fuerte y sana. No tenía miedo de trabajar duro. Pero en el momento en el que estaba más débil, una *coga* le ha mordido y le ha robado toda la sangre. ¡Ha muerto comida por la *coga*!

Giuseppe entrecerró los ojos ante esa afirmación tan inconcebible. “¿Qué está diciendo?”, le preguntó al hombre que lo miró rígido y pálido de los pies a la cabeza como al cadáver de su mujer. Las supersticiones nunca le habían gustado a Giuseppe y por allí, ya desde hacía bastante tiempo, no hacían otra cosa que contar historias sobre la *coga* del *nuraghe Marxani*.

Raffaele dio un paso adelante, dando un golpecito con el pie y apretando los puños. “¡Ha sido la *coga*! No se ha podido llevar a mi hijo porque teníamos remedios para él, entonces ella ha matado a mi mujer. ¿Lo entiende?”

Raffaele estaba enfadado. Angioledda había muerto porque él no había pensado que tenía que protegerla. Esto era lo que estaba pasando y la seria sensación de culpabilidad le hacía sentir que el estómago le subía y bajaba y se le encogía el corazón. Ese estúpido médico no podía entender cosas que eran obvias y naturales para ellos. Enfadado, señaló a su mujer con gestos llenos de rabia.

“¿Ve las picaduras de la *coga*? Aquí ella se le pegó y le chupó la sangre y con lo que no le cabía en el estómago ha empapado la cama. Así me la he encontrado, con la boca completamente abierta

de terror”, dijo Raffaele, llevándose las manos a la cabeza.

Pero Giuseppe consideró que algo más le debía haber sucedido a la pobre mujer: esas debían ser las señales de los golpes que su marido le había dado sin piedad incluso después de haber dado a luz a su hijo, nada que ver con los mordiscos de la *coga*. Imaginándose ese horror, la compasión que había sentido por el viudo disminuyó considerablemente hasta que se disolvió en una fría amargura. Ese hombre que se movía con las rodillas rígidas y lo desafiaba con sus ojos grises para que diera otras opiniones médicas, no merecía su compasión. Giuseppe era consciente de que todas esas personas pensaban como Raffaele y sus miradas lo traspasaban como si fuera un enemigo preparado para darle la vuelta su mundo de antiguas e imponderables leyes. Sus supersticiones habían matado a una pobre madre, esa era la verdad.

“Mientras rechacéis la medicina, sucederán cosas como estas. Vuestras mujeres y vuestros hijos morirán si no dejáis de creer en cosas que no existen. ¡Las *cogas* no existen! ¡Es la ignorancia la que las genera! ¿Es posible que no seáis capaces de ver la luz de esta verdad?”

Las palabras del médico les instaron a juntarse aún más alrededor del invitado no deseado. Giuseppe pensó que Raffaele estaba a punto de sacar un cuchillo y clavárselo en el vientre cuando movió la mano y que la pequeña multitud estaba a punto de agarrarlo y hacerle cosas malas, pero todo lo que sucedió fue que le abrieron un hueco para que él saliera. Pronunciando frases con los dientes apretados, a un paso de atropellarle por la gravedad de su descaro, le abrieron paso hasta la puerta para que se marchara y les dejara con su dolor. Una última mirada a Raffaele y, de mala gana, el médico salió por la puerta con decisión.

Las mujeres continuaron inmediatamente con su desesperación y hablaron de *cogas* malditas y, cuando una anciana llegó con un recién nacido en sus brazos, gritaron todavía con más fuerza.

Giuseppe se montó sobre Gintilla y se alejó apresuradamente de ese pueblo impenetrable que rechazaba la luz de la razón.

Lucía, que sonreía a la puerta, con el sol a punto de ponerse, fue la

justa recompensa para Giuseppe, que estaba cansado y tenía frío. Bastaba con imaginar su boca, sus ojos o sus manos agrietadas por tanto trabajo para que el corazón emprendiera una carrera que no podía controlar. Había soñado con ella todo el día y, finalmente, la tenía delante en carne y hueso, como a él le gustaba, toda sonrisas y con una dulzura que podía calentarlo incluso con el aire helado. Lo recibió con una taza de caldo humeante, con la cabeza y los hombros envueltos en un chal de lana negro, un marco simple que hacía que resaltara la belleza inmaculada de su rostro. Giuseppe saltó de la silla y habría querido hacer mucho más que rozarle los dedos mientras cogía la taza de sus manos.

“No tienes que quedarte en el frío para esperarme.” Giuseppe frunció el ceño, molesto por la falta de prudencia de Lucía.

“Bebe”, le pidió y él la obedeció dócilmente

“Te he traído un regalo”, dijo el médico mientras sacaba el turrón de la bolsa. “En un pueblo celebraban a su patrona, Santa Lucía. He recorrido un largo camino para traer el turrón especialmente para ti, Lucía.” A Giuseppe le gustaba pronunciar el nombre de Lucía siempre que podía, le daba una sensación extraña, como de poseer algo valioso, y sólo para él.

“¿Todo ese camino por mí? No tenías que hacerlo. ¡Mira cómo estás, congelado!” dijo Lucía, mientras le acariciaba el rostro.

“Hasta a final del mundo iría por ti”, susurró, cogiéndole la mano y su seriedad hizo que Lucía bajara los ojos. Entonces, con mucha más prisa que de costumbre, lo llevó dentro de la casa de los Zara, frente a la chimenea que chisporroteaba.

Cuando el médico se quedaba a cenar, la familia siempre encontraba una excusa para que los dos permanecieran un poco apartados. Esta vez, la excusa fue de Giuseppe que quería acompañar a Lucía a la leñera. Pinella se quedó para espiarlos desde la ventana, mientras decía oraciones que no tenían nada de cristianas.

“Hoy, en el pueblo donde he estado una mujer ha muerto. Aunque una parte de la culpa es también de su marido, he sentido pena por ese hombre. Una joven esposa muerta y un niño recién nacido que cuidar, una verdadera tragedia”. Giuseppe sabía que Lucía estaba

interesada en su trabajo y en lo que hacía durante el día. No era como otras mujeres, casi nunca se estremecía y su curiosidad le llenaba de orgullo.

“¿Por qué ha muerto?”, preguntó Lucía, mientras, con pequeños pasos, atravesaban el patio.

“Hemorragia, y esas personas cerradas no han hecho nada para salvarla. Todos están convencidos de que ha sido una *coga* la que la ha matado. No hacen otra cosa que hablar de *cogas*, ¡vaya donde vaya, siempre *cogas*!”.

Lucía casi sintió que se moría. Giuseppe no podía sospechar qué tipo de desconcierto doloroso acababa de causar en su amada. “¿De qué están convencidas esas personas?” trató de investigar, con el corazón latiéndole en la garganta.

“Que la *coga* ha mordido a la mujer recién parida y le ha chupado toda la sangre. ¡Qué tonterías! La han dejado morir, esa es la verdad, en lugar de llamarme cuando vieron que estaba enferma. Tal vez no habría podido hacer mucho, quién sabe, o tal vez ahora podría estar viva y abrazada a su hijo, gracias a mí.”

Lucía se detuvo para mirar la espalda del médico. Giuseppe se volvió para mirarla.

“No es una tontería para Baghintos. Mi familia también cree en estas cosas”. Lucía suavizó su tono severo con una sonrisa.

Giuseppe se acercó y la miró fijamente a los ojos grandes y claros. En esos espejos le leyó un gran desconcierto que le preocupó. Entonces decidió animarla para que hablara. “¿Y tú lo crees, Lucía?” La pregunta inesperada cogió a Lucía por sorpresa. Su cabeza se llenó de confusión, mientras las palabras de Ianetta pronunciadas en el *nuraghe* hacían que se imaginara cosas malas que iban royendo día tras día la corteza de sus certezas.

“¿Yo?” ¿Qué tenía que responder Lucía cuando las dudas la estaban volviendo loca?

Giuseppe decidió ayudarla. De hecho, el médico, después de todo lo que había escuchado y había visto en esos meses, se había hecho una idea, pero no quería que una afirmación inoportuna pudiera de alguna manera alejarle de su adorada Lucía.

“Las personas supersticiosas viven de estas historias cuando no saben cómo explicar ciertas muertes. Las de los recién nacidos, por ejemplo, o de las púerperas. Mi padre siempre ha dicho que una mujer recién parida tiene un pie en la tumba durante cuarenta días. La ciencia sabe muy bien que ciertas cosas pueden suceder de manera natural”, concluyó Giuseppe, en tono comprensivo. Luego le cogió la mano, tan fría que parecía que el hielo le corría por las venas. “¡Estás helada! Lucía, no estoy enfadado, no es culpa tuya. Te has criado entre personas que viven de antiguas tradiciones. Es normal que tú creas un poco en ellas”.

Lucía negó con la cabeza con fuerza. “Tú no lo puedes entender”. “No hacéis otra cosa que decírmelo. Yo soy un científico, un médico, puedo entender ciertas cosas, pero no puedo aceptarlas. ¡Soy un ilustrado!” dijo, mientras se golpeaba la frente con un dedo. Luego sonrió magnánimamente. “Oh, pero tú no sabes lo que significa ilustrado. Algún día intentaré explicártelo”.

Él la arrastró hasta la leñera y le cogió la cara entre las manos. “¡Lucía, Lucía! Perdóname por haber elegido un tema triste. ¡Eres demasiado guapa para pensar en cosas tan feas!” La besó, y el beso fue tan intenso que a Lucía le pareció que le estaba robando el aliento.

Cuando volvieron a casa poco después, Lucía estaba todavía temblando, pero no por el frío, ni siquiera por el beso de Giuseppe. Un pensamiento muy negro le daba vueltas en la cabeza y la mordía sin piedad. Pobre Giuseppe, pensó desanimada; si hubiera sabido que su familia creía firmemente que la *coga* era su hermana Ianetta, habría escapado por el disgusto, mientras que ella, seguramente, se habría muerto de dolor. A este pensamiento se añadió otro más serio que la atormentaba. Un secreto que, a su pesar, habría permanecido tal cual poco tiempo, porque ciertas cosas tienen que seguir su curso de acuerdo con la naturaleza.

Si no hubiera tenido un carácter fuerte, Lucía habría llorado delante de todos. En los últimos tiempos se había vuelto más tierna, siempre tenía un nudo en la garganta, por lo que, no pudiéndose resistir más, se deshizo de la presencia insistente de Pinella y se refugió en

la cocina para recuperar el control de sí misma. Se agarró al respaldo de una silla y cerró los ojos cuando Cicita llegó por detrás.

La criada más vieja le susurró muy cerca: “¡Lucía, se lo tienes que decir, que estás esperando un niño! Ya ha llegado el momento. ¿Crees que no se dará cuenta él solo, hija mía? ¡Es médico “

Lucía asintió, con una sensación de desesperación en el estómago. “Mañana. Mañana le diré la verdad”.

Cuando Pinella entró a buscar la cesta del pan, las dos mujeres guardaron silencio. Pero lo que tenía que oír Pinella lo escuchó de todos modos y eso fue suficiente para que la idea de Lucía y Giuseppe unidos por un hijo le provocara un chorro de bilis que le quitó el apetito.

Si el alma está atormentada, es normal que las preocupaciones y ansiedades se suban al escenario por la noche, dando cuerpo a terribles pesadillas. Esa noche, Lucía no hizo otra cosa que dar vueltas y vueltas entre las mantas que pesaban y agobiaban como un enemigo odioso. Soñó que vagaba por la casa desolada, que abría todas las habitaciones y descubría que todos habían muerto, incluso Giuseppe. Parecía real el dolor que le abría el pecho y la sensación de luto que sentía. En un determinado momento se daba cuenta de que tenía un niño recién nacido en sus brazos, un hijo suyo, hermoso y amado con una fuerza que nunca había sentido antes. Pero no sólo había sombras oscuras en la casa. Oía un triste lamento, tan triste que inmediatamente quiso saber de dónde venía. Ianetta estaba tendida en el suelo y su llanto era lo más doloroso que Lucía había escuchado. Cuando se arrodillaba para ayudar a su hermana, ella le arrebató a su hijo de los brazos, saltando tan ágil como un gato. El pequeño lloraba y, aunque recién nacido, podía hablar e imploraba a su madre para que lo ayudara. Lucía intentaba alcanzar a Ianetta, pero sus pies pesaban más que el plomo, mientras que ella corría demasiado rápido. Las imágenes que siguieron eran muy confusas y la angustia se hizo insostenible. Se desesperó cuando Ianetta arrojó al niño en el pozo de San Borginno, pero el dolor la volvió casi loca cuando apareció Don Ninnino y bajaron un minúsculo ataúd a una tumba del cementerio. La agonía fue tan

fuerte que Lucía se obligó a despertarse. Encontró a Cicita, sentada a su lado de la cama, tratando de consolarla, secando sus lágrimas y acariciándole el pelo.

La clara luz de la mañana no fue de consuelo para Lucía. Durante muchos días arrastró consigo esa terrible sensación de luto y pérdida. Con una influencia imperceptible y la eficacia persuasiva de mil palabras de convicción, el mal sueño consiguió que ella cambiara. Le entró una clase de miedo que no se podía combatir con la razón, ni siquiera con los sentimientos que en el pasado la habían llevado a la compasión a pesar de todo y de todos.

Fue en ese momento cuando Lucía comenzó a tener miedo de Iannetta.



Se cogía el cerdo de un año, se mataba pinchándole en el cuello y, antes de sacrificarlo, se recogía toda la sangre en un recipiente de barro. La sangre fresca se tenía que mezclar con el mosto cocido, pasas, nueces y sal. Luego se llenaban las tripas de cerdo bien lavadas, se juntaban los extremos y, después de escaldarlo en agua hirviendo, se tostaba a la brasa. Cicita preparaba muy bien el pudín de sangre y no veía el momento de que el doctor Spada probara su mejor plato.

“¿*Sanguneddu*, doctor? Que está muy bueno. ¡Pruébalo!”

El doctor Spada dejó que le llenaran el plato. Su expresión de escepticismo se borró en el mismo instante en que se metió en la boca una de las rebanadas oscuras.

“¡Qué rico!” comentó Giuseppe, pero dejó de masticar tan pronto como vio el rostro téreo de Lucía y su repentina huida de la mesa.

“Vaya con ella, doctor. No se siente bien, la pobre Lucía”.

No tuvo que repetírselo dos veces. Giuseppe encontró a Lucía desplomada junto al pozo, bajo el porche abierto.

“¡Lucía! ¡Lucía! Respóndeme, no me asustes”, Giuseppe la instó con mil atenciones, pero ella estaba callada, cubriéndose la cara con las manos.

“Lo sabía, que no tenías que coger frío. ¡Mira que soy estúpido, y te permito estas imprudencias!”

Lucía se levantó con dificultad y, sin mirarle a la cara, le dijo: “Espero un hijo tuyo”. Por eso, no fue testigo del rostro del joven médico que primero se puso pálido y luego morado, que de la maravilla pasó a la ternura y, finalmente, al orgullo más incontenible. Y antes de poder dar un largo suspiro, Lucía se encontró atrapada entre sus brazos, tan segura como nunca antes lo había estado en su vida.

“¿Por qué no me lo has dicho enseguida? Me había dado cuenta

de que había algo que no iba bien, que un secreto te atormentaba. Esperaba que te sintieras preparada para hablar conmigo. ¡Estaba tan claro que te sentías mal por alguna preocupación! Pero esto es algo hermoso, realmente hermoso... Dime, ¿por qué no me lo has dicho enseguida, Lucía?”

Lucía lloró de emoción. “Tenía miedo”.

Giuseppe la apartó a un lado para mirarla a la cara. “¿Pero de qué, Lucía?”

“¡De que ya no me fueras a querer!”, “¡Pobre de mí, si supiera que Ianetta es mi hermana, la *coga* odiada por todos!” Lucía pensó desconsolada.

Las cejas de Giuseppe se arquearon de una manera divertida.

“¡Estás loca, loca, eso es lo que eres! ¿Cómo puedes pensar eso? Yo estaba esperando a que pasara el periodo de luto por tu padre para casarme contigo. ¿No lo habías entendido?”

Lucía negó con la cabeza. Debería haber sentido que su corazón estaba lleno de felicidad, pero no fue así. La preocupación por Ianetta le llenaba el pecho y la cabeza de sombras. Le quitaba luz a la cosa tan maravillosa que estaba viviendo.

“¡Verás, te llevaré a Casteddu y haré de ti una señora!” Sólo los vestidos mejores y los sombreros más suntuosos para mi mujer, porque no hay una criatura más hermosa que ella. Y luego caminaremos juntos, del brazo, bajo los soportales, frente a todos los veleros del puerto. ¿Has visto el mar, Lucía? No, claro que no. Y luego te llevaré al café donde van las personas elegantes y pediré helado y chocolate para mi Lucía. Giuseppe le besó en la mejilla, en la frente y en los labios con una reverencia que enternecía.

“¿Por qué lloras ahora?”

“¡Porque tengo miedo!”

“¿De qué?”

“¡Tengo miedo de que nuestro niño muera! O que yo muera dejándote solo con el niño. O que...”

Giuseppe le cogió la mano y la presionó con fuerza sobre su boca y su mejilla. “No permitiré que le pase nada malo al niño. ¡Nunca! Te cuidaré más que mi propia vida. ¡Mira que soy tonto y me pongo a

contarte esas historias tan feas!” Entonces Giuseppe sonrió y cogió a Lucía por los hombros. Le dijo, susurrando para que sólo ella pudiera escucharle: “Mi amor, no quiero que sigas preocupada. Eres como un lirio inmaculado y puro que ha nacido en una pocilga. Un poco más de sacrificio, pero te juro que te sacaré de este lugar y te llevaré donde está el sol y el aire marino que da fuerzas. Cuando estemos en Casteddu sólo pensarás en cosas bonitas. ¡Ya te veo con nuestro hijo en los brazos!”

Logró arrancarle una sonrisa a Lucía, que un poco se estaba convenciendo de la posibilidad de una nueva vida en la ciudad. Ahora las nubes ya no parecían tan oscuras y amenazadoras. La fuerza de Giuseppe era contagiosa, le entró por las venas y la calentó de los pies a la cabeza.

“Hoy mismo nos comprometemos. Luego pedimos una dispensa al obispo para que me pueda casar contigo de inmediato. Pero, mira que soy sinvergüenza, ni siquiera te he preguntado si quieres ser mi esposa. ¿Quieres, Lucía? ¿Quieres casarte conmigo, Lucia? ¡Por favor, dime que sí!”

Nunca y mil veces nunca Lucía se habría podido resistir al tono implorante e impositivo de Giuseppe. “Sí, Giuseppe. ¡Por supuesto que quiero ser tu esposa!”

“¡Mi vida!” susurró, apretándola aún más fuerte.

Cicita se alejó de la ventana, santiguándose. “¡Bendito seas, Señor! Lo ha conseguido. ¡Qué cosa tan hermosa ha ocurrido hoy!”

La mujer se sentó en un banco porque la emoción era realmente demasiado fuerte. La familia Zara ya no estaba acostumbrada a acontecimientos felices. Incluso Assunta sonrió satisfecha y ya esto podría considerarse poco menos que un milagro. *Tziu* Efisio golpeó las faldas de Pinella con su bastón retorcido, guiñando un ojo y mostrando las encías desnudas.

“¿No estás contenta? ¡Ha acabado la maldición de las hermosas solteras!”

Pero Pinella no apartó los ojos de la figura de Giuseppe, tan pegada al cuerpo de su hermana. La suya era una mirada ávida, como la de un sediento en medio del desierto, se nutrió con cada pequeño ges-

to, imaginando el calor de los cuerpos, el aliento cercano, el contacto de esas manos. De repente, Pinella frunció el ceño, contuvo el aliento cuando le pareció oír lo que los dos se estaban susurrando. Poco a poco, sus nudillos empalidecieron mientras sus puños apretaban el delantal. Una sensación terrible, como si le hubieran quitado algo injustamente, le nubló la vista por su gran rencor.

“¿No estás contenta, Pinella?” La pregunta de Cicita le llegó como una fuerte sacudida, la despertó del amargo hechizo en el que se había hundido. Inmediatamente bajó los ojos, las mejillas le ardían; se alejó murmurando algo incomprensible.

Cicita sintió que le daban también en las piernas.

“¡Ay! Escucha: ¡esta tiene una *argia* plantada justo aquí en medio y pica con fuerza, ¡vamos que si pica! Puede hacer mucho daño”, dijo Efisio, guiñando el ojo y golpeteándose el pecho cerca del corazón.

“¡*Tziu* Efisio, vuelva a comer!”, le regañó la mujer y emprendió la batalla habitual para que se sentara a la mesa. Como los niños pequeños, a Efisio le gustaba que lo persiguieran con una cuchara llena por toda la casa, pero ese día Cicita tenía otras cosas en qué pensar. ¡Qué alegría! Pronto la casa de los Zara habría vuelto a una nueva vida. Ya imaginaba los colores antiguos que volvían para ahuyentar todo ese gris, la brisa de nuevas alegrías para limpiar el polvo de demasiados dolores y demasiadas desgracias.

Cicita quería que se prepararan los dulces de la fiesta, almidonar la ropa de la canastilla, risitas y gritos de bribones en sus oídos todo el día. Pero Cicita también sabía que nada de esto se habría hecho realidad si no se le hubiera puesto remedio a la *coga*.

Era por esta razón por lo que ella se había alejado de Baghintos unos días antes. Por casualidad o por la Providencia, le había llegado a los oídos que había una mujer que vivía en el norte y que sabía hacer cosas extraordinarias. Tenía el don, todos lo sabían. Decían que sabía todo sobre la naturaleza y que su aliento curaba a los enfermos. También decían que a veces veía cosas del futuro y que conocía bien a las *cogas*, tan bien que sabía cómo deshacerse de ellas cuando un pueblo tenía la desgracia de hospedar a una. Las

diabluras de esta mujer asustaban y asombraban al mismo tiempo. Cicita había tenido que cruzar las montañas para tener información segura sobre dónde vivía y ahora que sabía dónde encontrarla, se atrevió a decir algo que Lucía merecía escuchar. Esa misma noche, tras anunciar el compromiso, Cicita entró en su habitación y habló con ella con gran secretismo.

“Escúchame un poco, mi niña: sé que estás preocupada por eso. Ahora tienes un niño en el vientre y no es broma. El otro día has oído tú también hablar de esa mujer que había muerto. Una recién parida, ¡Virgen santa!”

Las dos mujeres hicieron la señal de la cruz, conteniendo la emoción. Lucía escuchaba a Cicita con ojos brillantes.

“¡Mira cómo te has encogido, cansada y pálida como una mujer condenada! En lugar de reírte y bailar de alegría, tienes una cara larga que no termina y los ojos siempre a punto de llorar. No puedo aguantar más verte en estas condiciones”.

Ante las palabras de Cicita, la presa de Lucía se desbordó. Lloró, finalmente, consolada por la única persona que podía entender qué tipo de tormenta estaba tratando de doblegarla día y noche.

“¡La duda me está matando! ¡Quizás Ianetta no es una *coga*, quizás es sólo mi hermana!” Lucía continuó aferrándose a las viejas creencias. Pero Cicita la sacudió sin piedad, exigiendo toda su atención.

“Escucha un poco, mi niña, ¡no quiero oír más estas cosas! ¡Mírame! Es el niño el que te hace sentir tan débil, pero no te tienes que olvidar que ella ha dicho que vendrá, ¿no es así, mi niña? ¿Es eso lo que te ha dicho?”

Lucía dijo que sí, pero con poca convicción.

“¿Quieres que la *coga* mate a tu hijo? ¿Quieres que le chupe toda la sangre? ¿Quieres ponerle en un ataúd después de todo lo que cuesta traerlo al mundo, sólo porque tienes la cabeza llena de preocupaciones todas mezcladas y el corazón demasiado grande?”

Lucía negó con la cabeza, esta vez con más fuerza.

“Entonces no llores, Lucía, que un remedio sí que hay”.

Lucía frunció el ceño, interesada. “¿Qué remedio?”

Cicita sonrió satisfecha como si estuviera al tanto de un precioso

secreto. “Mi viaje no ha sido inútil, como he hecho que creyeras al principio. En el norte vive una viuda, una *bruja*. Dicen que es la más poderosa de la isla. Ella es muy buena curando a personas y animales y, a menudo, hace que llueva. Lee el futuro en los huesos y, sobre todo, conoce a las *cogas*. Tiene un gran poder, lo dicen todos. Tal vez ella sepa qué hacer, qué diabluras poner en práctica antes de que sea la *coga* la que se mueva. No podemos esperar a que te coma a ti o a tu hijo, porque ella ya te ha señalado, hija mía, ¡eso es poco pero seguro!”.

De la cara de Lucía desapareció todo rastro de lágrimas.

“Bien, bien, límpiame las lágrimas que no me gusta cuando te conviertes en una fuente. Tu cara está hecha para sonreír, pero cuántas desgracias has tenido que soportar y ahora esta casa está en pie sólo gracias a ti. ¡No es justo, de verdad que no es justo!” Cordialmente le apretó las manos a su favorita. “Escúchame: tenemos que ir a verla y tienes que venir tú también. Tenemos que hacerlo antes de que el vientre sea demasiado grande y antes de que la nieve sea un impedimento. Confía en mí, esta santa mujer nos dirá qué hacer”.

“¿Cuál es el nombre de la *bruja*?”

“Tenemos que buscar a la *tzia* Priama. ¡Y que Dios nos proteja!”

Llegó el buen tiempo y la amenaza de la nieve parecía haberse pospuesto. Cicita y Lucía organizaron la salida programada para después de Navidad, justo antes de que el obispo concediera la dispensa para la boda.

Pero lo que le preocupaba a Lucía era la explicación que le daría a Giuseppe y, sobre todo, cómo mantenerse firme y no ceder ante su aguda mirada. Al principio, le dijo que era un viaje inevitable y necesario; que sólo ella podía hacerlo; que era urgente por graves asuntos familiares; que estaría fuera sólo un día y que viajaría cómodamente en el carro de unos amigos de confianza. Pero Giuseppe no se conformó con explicaciones tan simples y se opuso con obstinación. Quiso saber cuál era el pueblo que se tenía que visitar, por qué caminos iban a viajar ella y Cicita y por qué motivo no podía acompañarla. En ese momento, Lucía no supo qué más inventarse y se vio obligada a decir casi toda la verdad. Giuseppe no

se lo tomó bien. Por nada en el mundo quería que su Lucía hiciera todo ese camino en condiciones precarias para dirigirse a la guarida de una bruja. Esa tarde, en vísperas de la partida, Lucía discutió por primera vez con Giuseppe.

“Primero no quieres decirme a dónde vas, luego descubro que quieres arriesgar tu salud y la del niño en un viaje agotador para encontrar a una bruja que quita el mal de ojo. ¡Lucía, razona!”

Pero Lucía ya estaba razonando muy bien por su cuenta. Ella necesitaba que la *bruja* la librara de sus dudas.

“No estoy en peligro. Soy fuerte, no tienes que tener miedo por mí”.

Giuseppe se acercó y le acarició el delicado contorno de la mejilla: “Qué ingenua eres, Lucía”.

Arrugó la frente, molesta y murmuró: “No soy ingenua”.

“Sí que lo eres. Las supersticiones son peligrosas y las brujas hay que tenerlas lejos. Y tú, en cambio, ¿qué haces? ¡Vas a buscarla a su guarida! Lucía, ¿qué voy a hacer contigo?”

Giuseppe se apartó de ella mientras Lucía lo miraba con el ceño cada vez más fruncido. El doctor parecía haber llegado a una decisión difícil. Suspiró y dijo: “Sólo hay una cosa que hacer”.

Lucía cambió de expresión. Estaba muy enfadada porque en un momento se había convencido de que quería dejarla. De cualquiera de las maneras, intentó, con ánimo, no desesperarse, intentando no llorar.

“Está bien”, dijo, bien. “Soy una Zara, me las apañaré también sin ti.” Necesitó toda su fuerza de voluntad para no desmentir a sus propias palabras en el mismo momento en que las pronunciaba.

Giuseppe miró a Lucía con una mirada llena de desconcierto. “¿Pero qué clase de hombre crees que soy?”

No imaginaba que su Lucía fuera tan dura y obstinada. Por tanto, reiteró su decisión y esta vez la amabilidad habitual desapareció de su voz. “No vas a ir a ninguna parte, esta es mi decisión. La discusión termina aquí”.

Lucía no respondió, pero sólo porque tenía en mente hacer lo que pensaba.

Así que al amanecer se fue sin darle al médico la posibilidad de poner en práctica su prohibición.

Tardaron un día entero en llegar al destino; Lucía nunca había viajado tanto, le parecía que se había caído en un extraño limbo, desorientada por una bruma constante que cubría valles y promontorios. El camino no fue fácil en absoluto, el burro tuvo que bajar dos veces al fondo de un barranco pedregoso y luego subir por senderos empinados. Subía, subía el burro y la subida parecía que no tenía fin. El tramo más agradable fue el camino bajo de la bóveda del denso alcornocal. Durante todo el viaje habló poco y comió todavía menos, pensaba en Giuseppe y en estar bien envuelta en la manta que su madre había bordado con potros negros, para que la humedad no le entrara en los huesos. Cuando las casas de un pueblo más pequeño que Baghintos destacaron como un rebaño de cabras en el borde de un valle empinado, Lucía se despertó del torpor.

“Ya estamos aquí”, dijo Cicita mientras se frotaba las manos entumecidas y reavivaban sus ojos. Entraron en el pueblo cuando ya era tarde. El viejo *tziu* Benvenuto, que llevaba el carro, se detuvo en la pequeña plaza donde una fuente fluía desde una pared de roca y musgo. Cicita saltó e inmediatamente se fue al encuentro de un hombre que subía por una callejuela con una carretilla cargada de bultos.

“Disculpe, eh, *tziu*, ¿dónde está el molino de *tzia* Priama?” El hombre con las manos negras de trabajar y la *berritta* sobre sus orejas se detuvo y miró a los tres forasteros. Sólo después de una valoración cuidadosa, especialmente después de haber mirado bien a Lucía, se decidió a responder.

“*Al riu de sa Perda Lada*”¹³. Habló secamente, metiendo los pulgares en los bolsillos de tal manera que su estómago sobresalía.

“¿Por dónde?”

“Venid conmigo, yo os acompaño”.

Lucía y Cicita bajaron al valle junto al hombre y se detuvieron sólo cuando vieron el perfil de un molino hecho de granito y un olivo centenario que se alzaba a un lado. El cauce del río, - el río de la

13 Al río de la Perda Lada.

Pietra Larga - era particular, con sus piedras planas; alrededor del antiguo molino, los arbustos de encina y madroño eran altos y frondosos, junto a los mirtos y a los lentiscos.

“Eh, eh! *Tzia* Priama, ha venido gente que la busca”, gritó el hombre antes de llamar y asomarse a la puerta.

“Está dentro”, incitó a entrar a las dos forasteras con un gesto expeditivo de la mano y se fue. Lucía le dio las gracias e hizo la señal de la cruz invocando la ayuda de San Sisinnio.

Cicita y Lucía cruzaron la entrada de un mundo antiguo; todo lo que estaba fuera quedó en seguida arrinconado y sólo la luz dorada y el olor a piedra y madera fueron importantes. Ni siquiera se oía el murmullo de la corriente, era un minúsculo reino que no conocía ni el tiempo y ni el espacio, con una reina que estaba volviendo a su mecedora después de reavivar el fuego. La *bruja* miró fijamente a Lucía con una sonrisa pequeña y bondadosa, los ojos de un verde pálido realmente especial, de los que emanaba una potencia capaz de hace temblar incluso al corazón más atrevido.

Le habían dicho a Cicita que era viuda y que tenía sesenta y cinco, pero no se podía decir cuántos años tenía en realidad porque lo que había visto y hecho en su vida lo llevaba todo escrito en el rostro, entre las innumerables ondas como las líneas de un libro lleno de sabiduría.

“Acércate, *bellixedda*.” Priama sonrió amablemente a Lucía, pero se trataba de una especie de orden autoritaria que no admitía que se desobedeciera. Estaba acostumbrada a mandar, que fueran personas o espíritus invisibles para ella no había ninguna diferencia.

Lucía se acercó, sintiendo toda la fuerza de la anciana; Priama le cogió la mano y le examinó la muñeca, evaluó cada hueso y, finalmente, tras darle un golpe en la palma, declaró.

“No te preocupes, nacerá sano y lo tendrá todo en su sitio como Dios manda”. Sonrió y mostró sus dientes sanos.

Lucía sintió que un extraño calor le entraba en la cabeza y que le bajaba al pecho, hasta el vientre. La mano le picaba e incluso los ojos le lagrimeaban. *Tzia* Priama hizo un gesto para que Cicita se acercara también a ella.

“Sentaos cerca del fuego, porque hace frío. ¿Qué os atormenta?”, preguntó la *bruja*, pero Lucía tuvo la impresión de que ya lo sabía todo y mucho más. La miró a los ojos y toda la excitación se evaporó en un suspiro. De esta manera, tuvo las fuerzas necesarias para encontrar las palabras con que comenzar.

“*Tzia* Priama, ayúdenos, por el amor de la Santísima Virgen María. Mi nombre es Lucía Zara y mi familia ha caído en desgracia. Si no fuera por la caridad de mi futuro marido, ni siquiera tendríamos para comer. En el pueblo, tan pronto como nos ven, se santiguan porque creen que el mal proviene de nuestra casa. Soy la primera de siete hermanas y la última nos han dicho que es una *coga*”.

La última frase la pronunció comiéndose las palabras. Cicita la animó agarrándole de la mano con fuerza, pero Lucía, liberándose, se arrojó a los pies de la *bruja*.

“Yo nunca he creído que Ianetta sea una *coga*, que ella sea la causa de todas las desgracias que hemos tenido. Pero ahora que llevo a un niño en mi regazo, ella ha dicho que va a venir para comérselo. Se lo ruego, ¡estoy tan asustada y mi cabeza está tan confundida! ¡Dígame si Ianetta es realmente una *coga*!”

Priama le sonrió con amabilidad mientras Cicita se acercaba contrariada. “Por supuesto que es la *coga*. Lucía es demasiado buena para ver el mal en las personas. Haga algo usted que tiene el don y ve más que nadie. Ya una pobre mujer, una mujer recién parida en un pueblo cercano al nuestro, ha muerto porque la *coga* le ha chupado toda la sangre. Se la ha comido entera. Ianetta ha prometido que vendrá, que se comerá al niño de Lucía. Díganos que existe una medicina para esto.”

La *bruja* escuchó la súplica de las dos mujeres, inmóvil como un monte que ha visto milenios deslizarse por sus rocas. La luz de sus ojos cambió un poco, pero fue suficiente para inquietar a Lucía.

“La noche nunca trae nada santo. He sentido que algo malvado soplabla desde donde venís. He sentido a la *coga* que profanaba y cometía un delito. He sentido a todos los espíritus inmundos festejando a su alrededor”.

¡Qué voz tan firme y qué fuerza arcaica emanó de las pocas palabras pronunciadas!

La *bruja* de repente se puso seria, cambió como las malas tormentas que sorprenden a los pastores con agua y terribles rayos. Se inclinó hacia adelante y, al recoger un festón de una canasta al lado de la chimenea, comenzó a dibujar en el aire cosas que Lucía no podía entender.

“Las *cogas* de los siglos pasados vivían en cuevas excavadas en las montañas. En ese tiempo los bosques eran lugares oscuros y malditos y nadie se atrevía a cruzarlos sin el remedio otorgado por una *bruja*. Las *cogas* no son mujeres y no son espectros. Son otra cosa: ¡son el mal en la tierra! Son tan feas como su alma que es malvada. Su anhelo es agitarse como bestias por la sangre de inocentes recién nacidos que no tienen dientes ni están bautizados. Es su condena y nadie puede hacer nada al respecto”. La *bruja* hablaba, arrebatada por un extraño estado de ánimo y continuaba dibujando en el aire y viendo cosas invisibles para los demás.

“Habládme de esta *coga*”, las incitó con interés. Lucía y Cicita se miraron. Entonces fue Lucía la que habló sobre su hermana.

“Ianetta es muy fuerte y lista, siempre se las arregla. Ella no necesita a nadie, como un animal salvaje. No ha sido nunca mala conmigo, pero la última vez que la he visto me ha dado miedo. ¡Ha dicho cosas que nunca había dicho antes y me miraba el vientre con ojos que no parecían de este mundo! El infierno ha estallado en nuestra casa cuando se ha llevado el único remedio que puede funcionar en contra una *coga* y mi madre casi se muere de dolor”.

Priama miró de reojo a Lucía con ojos absortos. “Cuéntame sobre eso que dices que se llevó ese día”.

Lucía se envolvió con el chal, sintió escalofríos, por culpa de la *bruja* que continuaba estando como suspendida en otro mundo y mostraba que sabía mucho más de lo que se había revelado hasta el momento.

“Mi madre guardaba un trocito del cordón de cuando nació. Le dijeron que lo guardara en secreto, pasara lo que pasara. Pero Ianetta se lo ha llevado antes de irse del pueblo”.

Priama sonrió y, finalmente, lanzó una mirada viva y penetrante a la chica. “¡Esto es lo que quería saber!” Sonrió de nuevo y se puso de pie, inesperadamente ágil. “Habéis sido tan imprudentes como dos ovejas tontas. Ahora ella tiene el poder. Sin eso, nadie puede hacer nada contra la *coga*”.

Lucía sintió que una vorágine de angustia se le abría en el pecho. Por tanto, Ianetta era una *coga*, la *bruja* estaba convencida de ello. Por tanto, habría venido y habría matado a su hijo porque ese era su destino y ella, que la había salvado de la muerte el día en que vino al mundo, habría recibido el mayor castigo. Lucía se llevó las manos a la cabeza. Nunca en toda su vida se había sentido más desesperada, ni siquiera cuando su padre había estado enfermo y la familia lo estaba perdiendo todo. Le pareció una cruel pesadilla, una broma del destino que la castigaba porque no había querido ver lo que todos habían visto desde el principio.

Cicita estalló con mucha rabia. “¡Todo este camino y ni siquiera un poco de esperanza, Dios mío! “

La *bruja* sonrió a las dos mujeres, pero sólo por un momento. Se apresuró a ponerse de nuevo seria. “¿Y quién ha dicho que no puedo hacer nada?” Luego cogió a Lucía e hizo que se pusiera de pie. Priama era alta y tan impresionante como su espíritu. “Rápido, guapa, ven aquí, que tengo que ver algo”.

Lucía se dejó llevar en el medio de la habitación. Allí, Priama colocó un brasero y sobre las brasas ardientes arrojó hojas desmenuzadas de tomillo, hisopo y palma bendita.

“¡Respira, respira, que te va a hacer bien!”

Lucía se vio envuelta en un espeso humo blanco que se elevaba entre bocanadas y rizos impresionantes.

La *bruja* cogió un hilo blanco para hilvanar y, antes de atar las plumas del búho con un complicado nudo, cogió la medida exacta de los brazos de Lucía y cortó lo que sobresalía. Luego comenzó a rezar el Padrenuestro, el Avemaría y el Credo con tal fervor que la chica la escuchó con admiración. Las palabras que siguieron inmediatamente después resultaron un murmullo incomprensible de una lengua desconocida. Lucía sólo se dio cuenta de que en un

momento dado la *bruja* había sacado un pañuelo de su bolsillo, que lo había abierto en el suelo descubriendo un montoncito de huesos. Pero no se dio cuenta de que se trataba de huesos de muertos, por tanto, los agitó sin problemas como le había ordenado la *bruja* y esperó emocionada una respuesta maravillosa.

Priama la apremió con una mirada que no era nada amable y arrojó un puñado de polvo sobre las brasas. A continuación, el humo, que olía a resina, subió denso y comenzó a agitarse de tal manera que no parecía natural, balanceándose y estirándose con ramificaciones evanescentes, primero en la dirección de la *bruja*, luego en la de Lucía. Después la *bruja* quemó las plumas, cogió las cenizas y lo mezcló todo con la leche que ofreció a Lucía.

“¡Bebel!” le ordenó con dureza. Lucía estaba completamente subyugada por la sugestión del rito y lo bebió de tres sorbos. Priama hizo la señal de la cruz sobre ella, ungiéndole la frente con aceite bendito. En ese momento, tras soplar tres veces en la cara de la joven, dio su veredicto.

“Las cosas malas se preparan para Lucía. La verdad es que su hermana quiere al niño para sí, pero los ángeles y los santos están de nuestro lado y han dicho que nos van a ayudar”.

A las palabras de la *bruja*, Cicita se santiguó repetidas veces“. ¿Qué tenemos que hacer, entonces?”

Priama volvió a su lugar en la mecedora y comenzó a rezar el rosario. “Sólo hay una cosa que hacer: ir a buscar lo que esconde la *coga*. Es su único punto débil”.

Cicita se estremeció y se puso pálida. ¿”Nosotras?”

“Yo puedo detenerla, pero necesito el remedio que oculta en su guarida para que el ritual sea efectivo”. Priama se volvió hacia la ventana. Sus ojos vieron más allá de las negras nubes de lluvia y la noche que se alzaba. “El *nuraghe* es su guarida, es allí donde tendremos que entrar”. Dicho eso, se puso de pie y les dio a las dos mujeres una taza de infusión templada que tenía a un lado. “Bebed, esto os hará bien”.

Rozó con una sonrisa las caras llenas de emoción de las dos visitantes y salió del molino. El calor del fuego a sus espaldas les entró en

el cuerpo sacudido por demasiadas preocupaciones. Su respiración se hizo más lenta y regular. En seguida, se quedaron dormidas, pero apenas duró un minuto. O eso les pareció a ellas, porque cuando volvieron a abrir los ojos, Priama volvió a entrar en casa mientras el sol salía, los pájaros cantaban en las ramas y el cielo brillaba, inmaculado como un cuadro en una iglesia.

“¡Hemos pasado la noche en blanco!”, exclamó Cicita, pero la *bruja* mermó su imaginación.

“¡Tonterías, Cicita! Levántate, que tenemos que irnos. La lluvia sólo ha pospuesto la salida y no puede esperarnos todo el tiempo que queremos”.

Lucía y Cicita obedecieron y se sorprendieron de sentirse bien y tan descansadas como después de un largo sueño.

“Tenga esto, *tzia* Priama, por sus servicios. Nosotros no somos personas que vayan por ahí con las manos vacías.” Cicita sacó de una bolsa dos pequeños quesos de oveja y una barra de turrón, el mismo que le había llevado Giuseppe a Lucía.

Priama le señaló un estante al lado del hornillo. “Buena chica. Y, ya que estás, tuesta esas rebanadas de *civraxiu*, que yo voy a por el requesón. No estaría mal ponerle también un poco de miel, ahora que lo pienso”.

Lucía comió de buena gana, pensando que la *bruja* había encontrado una solución a sus miedos. No veía la hora de volver a Baghintos y no podía esperar a que todo terminara.

Se sintió llena de amor por Giuseppe y, en un pronto sentimental, se abrazó el vientre tratando de imaginar cómo sería sentir a su hijo sobre el pecho. Pensó en la promesa que le había hecho Giuseppe de una nueva vida en la ciudad, en todas las cosas hermosas que tendría, en el mar que finalmente vería. Aunque se lo habían descrito mil veces, Lucía no podía imaginar toda esa agua salada, simplemente no podía.

Y, sin embargo, a pesar de la dosis de esperanza que le llenó el pecho, después de un rato se le pasó el apetito. Afrontado todo lo que le bullía en la cabeza, había una sola verdad que Lucía podía admitir: a pesar de la *bruja*, su alma no conseguía sentirse animada.

“¡Vosotros tenéis que ayudar con la oración santa! Encended la vela bendita para que el humo eleve la súplica al cielo. Y luego coged el aceite y marcad las salidas y todas las puertas con una cruz, que nadie lo ha hecho nunca en esta casa”.

Así lo había ordenado *tzia* Priama con el ceño fruncido, con una seriedad que ya inquietaba sólo al mirarla, y así lo harían. Ella no tenía tiempo que perder con personas que se meaban encima al pensar en la *coga*, pero sobre todo no podía soportar a los que no podían rezar y manejar cosas santas y sagradas, como el doctor Spada.

Cuando la *bruja*, que había llegado de su pueblo con Lucía y Cicita, empezó a hacerse cargo de la casa y a ordenar que hicieran todas esas cosas extrañas, Giuseppe había comprendido de inmediato que no se trataba de un familiar, ni siquiera de un pariente de la familia. En Baghintos se había murmurado que era una *bruja* y que había venido para ayudar a la familia Zara. Entonces Giuseppe, todavía enfadado por el viaje secreto de Lucía, se la llevó a un lado y afrontó la cuestión con seriedad.

“No quiero que esa arpía te meta ideas extrañas en la cabeza. No me gustan las cosas que dice y no me gusta que ordene y mande como si tuviera derecho a hacerlo”.

Lucía, inmediatamente, se puso rígida. Que Giuseppe se impusiera de esa manera era realmente desagradable. “Ella no ordena y manda. Sólo nos está ayudando”.

Giuseppe resopló. “¿Cómo puede ayudarte ella, Lucía? Esa pequeña cabeza que tienes está llena de buen juicio, pero a veces no te entiendo. Ahora, por ejemplo, te obstinas y te portas como una niña”.

Lucía, instintivamente, se llevó una mano al vientre y ese gesto de protección no se le escapó al médico.

“Dime lo que ha venido a hacer, por favor”.

Lucía apartó la mirada y se negó a hablar.

“¿Todavía con esta historia de la *coga*? ¡Razona, Lucía! Son supersticiones estúpidas que no tienen nada que ver contigo, son adecuadas sólo para los ignorantes”.

Lucía se negó a mirarlo.

“¡Ya está bien, Lucía! ¡No quiero a esa bruja en la casa!

Lucía le miró directamente a la cara y en el punto más alto de su desprecio golpeó con un pie en el suelo, mientras afirmaba con solemnidad: “¡Esta todavía no es tu casa!”

Giuseppe se retiró como si le hubiera dado un golpe. Se dio la vuelta hacia otro lado, pensativo, y después de mucho tiempo habló. “Tengo que volver a *mi* casa por una semana. Saldré hoy mismo.” Antes de irse, le lanzó una última mirada de advertencia. “Sólo te pido que cuides de nuestro niño”.

Luego salió de la habitación. En el patio se detuvo un momento hasta que se le pasó un poco el enfado. Dio una patada a una piedra y golpeó la parte superior de un arbusto de albahaca. No se dio cuenta de la presencia de Pinella que, a sus espaldas, estudiaba su figura con avidez. Finalmente, una esperanza, esa pelea le traía de nuevo aire a los pulmones. Quería consolarlo, mostrarle que no todas las mujeres Zara eran tan tontas como Lucía. Ella sí que sabría satisfacerlo en todo. Pero cuando Giuseppe la miró de reojo, dedicándole de una mirada poco amistosa, Pinella perdió el valor que había conquistado con tanto esfuerzo. El hombre la ignoró, montó apresuradamente a caballo y abandonó la casa, dejándola sin sangre en las venas.

En cuanto se quedó sola, Lucía se desplomó en la silla, derrotada y afligida. El terrible temor de que Giuseppe no volviera nunca más y que la dejara sola con un niño en el vientre, la dejó sin aliento.

Pero Priama se acercó y la arrancó de sus tristes pensamientos. Le puso la mano en el brazo y le dijo: “No te preocupes, Lucía. Siempre volverá, porque te has metido en su sangre y no puede hacer nada al respecto”.

Lucía se enderezó, sintiéndose repentinamente irritada. “Quiero subir al *nuraghe*. Quiero estar presente cuando conozcas a Ianetta, *Tzia Priama*”.

Y no hubo forma de detenerla. Lucía puso la casa patas arriba hasta que consiguió lo que se le había metido en la cabeza porque ella, al menos por ahora, no tenía dueño y podía ir donde quisiera.

Entonces se decidió que Lucía y Priama subirían juntas al *nuraghe Marxani*. No sirvieron de nada los reproches de Cicita: ¿era, o no era de locos que se fuera a enfrentarse a la *coga* en persona cuando llevaba un hijo en su vientre?

Assunta no parecía preocupada, al menos no tanto como ella. Había evitado darle consejos y, finalmente, había decidido despedirse rápidamente antes de que su hija subiera a la colina. Sin embargo, Lucía sabía que el corazón de su madre era algo muy complicado, lugar de barrancos indescifrables, blando, pero lleno también de cortezas sólidas donde menos se podía esperar, por eso siempre encontraba la manera de justificarla.

Desde la ventana de la cocina que daba al patio, Pinella estudiaba a su hermana mientras se despedía. Desde que llegó la *bruja* estaba oculta porque esa mujer, cuando miraba a la cara, sabía escudriñar el alma y Pinella temía que pudiera leerla por dentro.

“¡Cúbrete bien, Lucía, y ten cuidado!” A Cicita se le escapó el llanto mientras le gritaba el último consejo antes de que Lucía desapareciera al final de la calle.

“Confía en la Virgen, Lucía, mi niña. Cuando llegue el momento la gente de tu pueblo sabrá qué hacer”, la tranquilizó Priama, apresurando el paso.

Lucía, protegida contra la escarcha por capas de lana, observaba el vestido negro de la *bruja* que agitaba el viento. Priama no parecía tener miedo de la nieve que estaba en el aire porque ya había pasado por ello. Su paso firme y el rosario que llevaba colgado del cuello dieron valor y fuerza a la joven Lucía para subir a la cima de la colina.

Poco más tarde, Lucía se encontró cerca del *nuraghe* sin haberse dado casi cuenta, sin sentir el esfuerzo de la caminata. En el camino empinado, más allá del gran arbusto de lentisco, sabía que estaba la guarida de Ianetta. Por un momento miró hacia los tejados de Baghintos, buscando su casa. No quería admitir que tenía una gran agitación en el pecho.

De repente, la *bruja* le ordenó que se quedara donde estaba mientras ella continuaba el camino; se detuvo al borde del llano, el *nuraghe Marxani* se mostraba imponente mientras esperaba a las dos visitantes.

Los cuervos escondidos en las frondas del roble secular tenían fuertes picos y una vista aguda. Priama, rápidamente, besó la cruz del rosario al ver en ellos una señal del infierno. Esos pájaros rencorosos no la iban a engañar, pensó mientras invocaba a San Miguel para que la ayudase. Sacó una navaja del bolsillo, la apuntó al cielo como una espada y con un gesto solemne, acompañado de un murmullo rítmico y repetitivo, clavó la hoja en la tierra húmeda. La *bruja* continuó un tiempo recitando el verbo sagrado, el *brebu* que los pastores usaban para detener a las ovejas más indisciplinadas. Las palabras secretas que pronunció parecían haber salido directamente del corazón de la tierra. Vibraron en el aire con música que provenía de campanas de granito.

De todo esto, ¿cómo podía tener conciencia Lucía? Con su mente simple, se quedó maravillada ante la destreza de la *bruja*. De hecho, la *bruja* recitó una oración y los cuervos, como respuesta, no abrieron las alas ni atacaron, como se habría esperado. ¿Podría existir un prodigio mayor a los ojos de Lucía?

Cuando llegó el momento, Priama guardó silencio; cada cuervo se quedó clavado en el roble gigantesco. Por nada en el mundo, y de esto la *bruja* estaba segura, habrían podido levantar el vuelo de donde descansaban sus patas, ahora ya parte del oscuro y profundo follaje.

Lucía se acercó al *nuraghe* con paso rápido, sin tener el valor de mirar a lo alto, hacia el árbol, mientras la *bruja* estaba ocupada metiendo una pequeña rama entre las piedras del dintel de la entrada. A la rama ataron una bolsita llena de huesos.

“Ahora ella no está. Cuando regrese, no será capaz de atacarnos”, dijo Priama, señalando la bolsita. “¡Hagámoslo pronto!” la incito y entró en el *nuraghe* sin dudar.

Era como si ya conociese ese lugar. Sin embargo, Lucía tenía miedo de que Ianetta apareciera de repente. Ya la veía arrastrándose, jorobada y coja, mirándola con esos ojos grandes de animal en su antigua guarida, una sombra en las sombras.

“Reza el Padre nuestro, hija mía, o esa te entrará en el corazón. Y ahora, ¡busca! ¡Por el amor de Dios, busca!”

Lucía se espabiló como si un aguijón le hubiera pinchado, y se puso a inspeccionar el horrible *nuraghe* buscando el cordón de Ianetta. Lucía rezaba y rezaba, sin dejar espacio para la oscuridad. Las dos mujeres buscaron en cada abertura, en cada esquina, pusieron sus manos en todas partes. Lo pusieron todo patas arriba, levantaron piedras, rompieron ese interminable hilo de lana que se desplegaba de la devanadera y corría por las paredes circulares como el nido de una *argia*.

Lucía casi no se dio cuenta, con el ímpetu que la animaba, de que la *bruja* cambiaba la expresión de los ojos y sellaba su boca. Dejó de respirar. Apretó con fuerza el rosario y se recomendó por enésima vez a la Virgen y a todos los santos.

Cuando Ianetta entró en el *nuraghe*, a Lucía le pareció la Ianetta de cuando vivía en la casa de los Zara y ella y sus hermanas la observaban a distancia, a pesar de que ella era más alta y sus muñecas eran más robustas. Ianetta la salvaje, la bestia horrible, arisca pero cercana a su hermana mayor, de una manera más adecuada para los animales que para las personas. Pero la primera mirada resultó engañosa porque Ianetta realmente había cambiado y su forma de caminar cojeando y con dolor, la manera de envolverse en el chal que le cubría la cabeza y los hombros, como si una enfermedad de los huesos no le diera tregua, provocándole frío y calor al mismo tiempo, impresionaron a su hermana Lucía.

No reaccionó a la vista de la *bruja*, pero, cuando sus ojos grandes y severos se centraron en Lucía, comenzó a inquietarse. Sus nervios se agitaron y de su boca salieron palabras a borbotones, pronunciadas de prisa para formar una melodía desafinada y desagradable. Parecía completamente turbada por esa visita inesperada, varias veces hizo señal de querer preguntar a su hermana por qué estaba en el *nuraghe*.

Cuando, en su doloroso ir y venir, se lanzó contra Lucía levantando el tono de voz y golpeándose el pecho en un arrebato de dolor, la *bruja* la arrojó al suelo de un empujón. Ianetta se refugió en un rincón, débil y sumisa.

“En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo...”

La *bruja* comenzó el ritual y su poder parecía que descendía directamente del cielo. Rezó plegarias solemnes y *brebus* muy secretos, luego cogió el agua bendita que guardaba en una calabacita hueca y roció a Ianetta. La criatura que estaba recibiendo el agua sagrada levantó la cabeza sin entender lo que estaba sucediendo. Tenía los ojos dilatados mientras miraba fijamente a la *bruja* y cada uno de sus misteriosos gestos. Intentó levantarse, pero *tzia* Priama se lo impidió con eficacia, colocándole un espetón que estaba en la chimenea en medio de las costillas. Le picaba violentamente con cada orden. El grito de dolor de la hermana hizo que Lucía saltara.

“Maldita *coga*, ¡dime dónde lo has puesto! ¡Dime dónde lo has puesto o te atravieso con este hierro!”

Ianetta comenzó a llorar y a suplicar. “¡Déjeme! ¡Déjeme!” gemía de dolor.

Pero la *bruja* no tenía piedad y la picó una y otra vez, donde le parecía. “¡Habla, dime dónde lo has escondido! Sabes muy bien lo que estoy buscando. ¡Habla! ¡Habla! “

“¡Déjeme! ¡Déjeme!”

Lucía, horrorizada, se quedó sin aliento. La voz de Ianetta se parecía a veces a la de Mariuccia y, por eso, le entraron ganas de llorar.

“¡Así le hace daño!”, le dijo a la *bruja* con la mano en el pecho y los ojos brillantes. No quería que Ianetta sufriera, pero la anciana no estaba dispuesta a escuchar sus razones.

Había subido al *nuraghe* para detener a la *coga* y era eso lo que habría hecho.

El hierro le siguió torturando las carnes a Ianetta, que nuevamente imploró que la dejaran marchar, porque no podía hacer nada más.

“Se fingen débiles cuando las atrapas, no se puede caer nunca en el engaño de sus lamentos. Se les da demasiado bien implorar y engatusar, Lucía. ¡No la mires o te confundirá por completo! Te corrompe, si no estás atenta”.

Sin embargo, Lucía no pudo dejar de mirar, porque el llanto de Ianetta se le metía en el pecho y le invitaba a tener piedad de ella.

“¡Habla, *coga* o te prendo fuego!” La *bruja* continuó usando el agua de la iglesia, el rosario y el hierro que ella empuñaba sin sentimiento.

Eran todas las armas más temidas de la *coga*, sin embargo, Ianetta no respondía a las oraciones de la *bruja* con signos de purificación y tampoco obedecía. Estaba postrada en el suelo, la carne herida le hacía sufrir y los huesos que no dejaban de dolerle.

“¡Déjame!” La voz de Ianetta se convirtió en un gemido profundo e indistinto.

“¡Basta, *coga*, o te atravieso como a un cerdo! No tendré piedad de ti si no hablas”.

Ianetta miró a Lucía y Lucía deseó cogerla de la mano y apartarla de esa odiosa tortura.

“¡No la mires, mírame a mí! ¡Mírame a mí!” le ordenó la *bruja* mientras la golpeaba en la cabeza.

Lucía se acercó y, conteniendo el brazo de la mujer mayor, le suplicó a Ianetta que hablara. “Por favor, Ianetta, ¡dime dónde lo has escondido! ¡Tienes que decírmelo! Después te prometo que te dejaremos en paz”.

El lamento de Ianetta se hizo más intenso; miró a Lucía hasta que la *bruja* la obligó a bajar la cabeza.

Priama multiplicó las oraciones; aguijoneó a su víctima en todos los sentidos para que revelara su secreto, bajo la amenaza de que el Espíritu Santo la quemaría en breve si no respondía. Pero lidiar con Ianetta era como tratar de sacar sangre de una piedra. Cuando llegó a un punto en el que no había ya esperanza, la *bruja* intentó convencerla de otra manera.

“¿Es verdad que eres la *coga*? ¡Contesta!”

Fue solo entonces cuando Ianetta pareció asimilar las palabras que le estaban escupiendo. Una nueva energía la animó, distorsionando la expresión de su rostro. Apretó los puños mientras saltaba de la *bruja* a Lucía de una manera que anunciaba una explosión de algún tipo. Luego declaró con absoluta convicción: “¡Usted dice que soy *coga*! ¡Yo soy *coga*!”

Para Ianetta esa era una verdad sacrosanta, la única que tenía que

ver con ella. Lucía se sobresaltó ante esa admisión e incluso la *bruja* se mostró impresionada.

“¡Que el rayo te crucifique y que el fuego te devore! “, exclamó mientras la regaba con agua de la iglesia.

“¡*Usted* dice que soy una maldita *coga*!”

“Confiesa: ¿es cierto que quieres robarle el niño a Lucía y comértelo? ¡Responde!” ordenó la *bruja* con la autoridad de una matriarca. Lucía contuvo el aliento y apretó los ojos con fuerza cuando la voz de Ianetta vibró en el aire nítida y desagradable: “¡Yo cojo niño pequeñito! ¡Yo soy *coga*! Es mi destino...”

“Ah! ¡Ha confesado! ¡Ha confesado!” gritó la *bruja* mientras como una furia cogía a Lucía y la arrastraba fuera del *nuraghe*.

“Sólo una cosa puede funcionar ahora y, entonces, todo se purificará. ¡Quédate aquí, Lucía!”

Lucía obedeció a la mujer que, mientras tanto, ya había regresado al edificio. Las quejas de Ianetta se escuchaban por todo el cerro *Marxani* y le daban náuseas a su hermana. Lucía temblaba, pero no por el frío. Antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba sucediendo, Priama se acercó a ella, la cogió de la mano y la condujo a un espolón rocoso que se extendía sobre el vacío, justamente sobre los tejados de Baghintos. La mujer respiró hondo y, sorprendiendo a Lucía, sacó una voz tal que parecía imposible por la fuerza y el volumen.

“¡Gente de Baghintos, ha llegado la hora! ¡Venid, rápido!”

Lucía se asomó para ver las pequeñas luces allí abajo. Allí se movía una serpiente luminosa. Era larga y apuntaba con la cabeza en dirección a la colina *Marxani*, y era rápida, tanto que llegó al *nuraghe* en un abrir y cerrar de ojos.

“Ahora aléjate de aquí. Lo que vamos a hacer no es para ti”.

Priama echó a Lucía y no fue para nada amable, tanto que la hija mayor de la familia Zara comenzó a bajar la cuesta. Pero luego se detuvo para mirar, porque simplemente no podía imaginar lo que estaba a punto de suceder.

La gente de Baghintos había acudido, unos centenares de hombres con sus mujeres subieron al *nuraghe* y sus voces al unísono formaron un coro de oración. Entre la gente del pueblo, Lucía reconoció

la figura familiar de Pinella que parecía animada por una saña que no había visto nunca antes. Todos sostenían las antorchas altas para iluminar las caras y el camino, y llevaban también grandes cantidades de leña seca, jarras de aceite y grasa de cerdo. La ferviente oración sagrada había reanimado el paso e iluminado los ojos que sólo podían ver un único objetivo. Pronto, tenían que hacerlo pronto, así lo había ordenado la *bruja* ese día. Se apresuraron a verter la grasa en los rastros dispuestos alrededor de la construcción de piedra. La rodearon bien y con lo que quedaba embadurnaron el tronco del gran roble, con cuidado para no encontrarse de frente con la *coga* encerrada. Por nada en el mundo la habrían querido afrontar.

Luego, a la señal de la *bruja*, todos juntos, incluida Pinella, bajaron las antorchas. Lucía, que hasta entonces no había entendido sus intenciones, se asustó sobrecogida.

“¡Dios mío! ¡Janetta!” exclamó, dando un paso atrás con horror.

Un destello de luz resplandeció al encender un fuego que como nunca en Baghintos se había visto antes. La llamarada de calor hizo que todos saltaran hacia atrás. Las llamas se elevaron muy altas para quemar la leña, para envolver las piedras que se resquebrajaban, para entrar en la boca del *nuraghe* y calcinar todo lo que había dentro. Como aspirado por una fuerza misteriosa, el fuego entró en el vientre del *nuraghe*, justo de su corazón salieron las chispas más increíbles cuando envolvió con un espléndido abrazo el tronco del roble centenario. La copa ardió y sus ramas y hojas fueron devoradas por el poder destructivo de las lenguas de fuego. Ardía con majestuosidad el roble como una gigantesca hoguera, crujía mientras a su alrededor la gente de Baghintos gritaba oraciones, conjuros, palabras secretas que habían pasado a través de los milenios para llegar a sus bocas. Mientras, sobre los tejados del pueblo nevaba ceniza, de las ramas ardientes se alzaron los pájaros encendidos por las llamas para su último vuelo. Con las alas esparcían halos de chispas antes de caer muertos como pedazos de carbón.

Alguien juró que había oído gritos.

“¡Es el infierno el que hace ruido!” dijeron, y se taparon los oídos para no ser víctimas de un hechizo maléfico.

En medio de ellos, la *bruja* daba órdenes para que no se perdiera el momento propicio y que todo lo que había que hacer se hiciera bien. No abandonaron la colina hasta que las llamas se apagaron y una columna de humo se elevó hacia las estrellas. Nadie se dio cuenta de la sombra curva y dolorida que se escabullía del *nuraghe*, ahora reducido a una chimenea humeante gigante. Nadie notó que la sombra se marchaba por un camino a lo largo del lado más impracticable, ni siquiera Lucía, que cayó de rodillas sacudida por un fuerte temblor. El frío de la noche le había penetrado en la carne y el horror le había nublado los ojos. Todo se volvió confuso a su alrededor, pero de repente se volvió límpido cuando distinguió la figura amada de Giuseppe que corría hacia ella. Parecía abrumado por la preocupación, pero al mismo tiempo emergía del mar tormentoso como una roca sólida, fuerte, capaz de sofocar la agitación que hacía que sus dientes castañetearan como en medio de una tormenta de nieve. Le extendió los brazos y él fue rápidamente para arrebatarla de la tierra húmeda y fría.

“¡Perdóname! ¡Perdóname por haberte abandonado!

Lucía le acarició la cara y le miró con la misma intensidad que un hombre sediento que anhela agua. “No tengo que perdonarte por nada. Pero hay cosas que no se pueden explicar, cosas antiguas que sólo la gente de Baghintos puede entender”.

“¡Pero tengo que saber qué pasa! Dime, Lucía, no tengas miedo”.

Giuseppe la apretó con más fuerza, como si quisiera sacarle la verdad. A Giuseppe nunca le habían gustado las cosas secretas. Desde hacía tiempo él había entendido la verdad sobre Ianetta, esa pobre criatura que sólo había visto una vez, pero que en muchas ocasiones había aparecido como la protagonista de terribles historias que los lugareños contaban sobre ella. Sobre la *coga*. A menudo, Giuseppe había intentado que Lucía hablara, que confesara lo inconfesable. Pero ella era la persona más terca que había conocido.

“Por favor, en nombre de Nuestra Señora, si me quieres un poco, no me hagas preguntas. ¡Olvídate de este día!”; le suplicó, aferrándose a él.

Se miraron a los ojos y Giuseppe decidió que, por el bien de Lucía, dejaría de indagar. Con el tiempo, estaba seguro que la misma

Lucía le confiaría sus penas y dolores. “¿Si te quiero un poco? Me arrancaría el corazón del pecho y lo pondría a tus pies, si me lo pidieras”.

Lucía se sintió morir. ¿Cómo podría una mujer resistirse ante tal declaración de amor? Lloró y los sollozos parecía que no tenían fin. En ese momento, elevó una súplica al cielo: con todo su corazón rezó para merecerse el amor de Giuseppe.

“Te prometo que te sacaré muy pronto de este lugar. Los hechizos y las supersticiones matan la razón y sofocan al corazón. Te sacaré de aquí antes de que estas enfermedades pestilentes te infecten a ti también”, le murmuró, rozándole el pelo y Lucía comenzó a llorar nuevamente.

Había un alma en pena erguida detrás de Giuseppe y de Lucía que miraba con ojos sombríos su amor. Las esperanzas de Pinella acababan de calcinarse como el roble del nuraghe. Lucía continuaba aferrándose al pobre Giuseppe con una tenacidad molesta, aprisionándolo una vez más entre sus anillos malditos. Vencida por el dolor de perder algo que nunca le había pertenecido realmente, Pinella lloró amargamente. Antes de regresar a casa, miró al cielo estrellado y formuló su súplica con las manos juntas. “¿Por qué Dios no escucha mis oraciones y se lleva a Lucía? ¿Por qué?”

En la llanura de la colina *Marxani*, en el interior del nuraghe ennegrecido y a su alrededor, durante muchos años no iba a crecer ni una brizna de hierba, ni la grama brotaría de la tierra.

Sólo piedras y viento.

Ianetta había muerto sin dejar ni siquiera un hueso. Este fue un hecho sólido para Baghintos. Sin embargo, Lucía no podía creer que realmente había muerto. No podía convencerse a sí misma de que la *coga*, su hermana, se había ido para siempre. Ianetta era demasiado astuta, siempre se las arreglaba. Las raíces de enebro no se pueden extinguir tan fácilmente; su fibra está hecha de hierro y si por fuera arden, dentro el pequeño corazón permanece vivo. El abuelo Efisio lo decía siempre.

“Volverá”, pensó en los dos días que pasó en la cama con una fiebre que le subió a causa de las emociones y del horror que había visto

con sus propios ojos, además del miedo a perder al niño que llevaba en su vientre. “Ianetta volverá, tal vez para vengarse por lo que le he hecho, y entonces será peor que antes”. Una cosa era segura: Lucía no había subido al nuraghe *Marxani* para ver morir a Ianetta. Todos los habitantes de Baghintos se deshicieron en agradecimientos y obsequios para la *bruja*, mientras se preparaban para la gran fiesta por la liberación del pueblo de la *coga*.

Cuando *tzia* Priama estuvo lista para emprender la vuelta a su molino con el burro cargado de cosas buenas, quiso ver a Lucía para despedirse. Sus manos estaban calientes y tranquilizaban al tocarlas. Parecía como si el mundo finalmente fuera bien cuando *tzia* Priama te miraba con esa sonrisa antigua.

“Lucía, tranquilízate, que todas las cosas malas finalmente han pasado”, dijo Priama, inclinándose sobre ella.

Lucía le sonrió, pero no parecía convencida.

“Por la noche no tengas miedo de las lechuzas, porque son sólo eso, lechuzas. ¡El fuego allí arriba ha devorado todo lo que había que devorar y que así sea! Que Dios nos proteja por lo que hemos hecho. Reza a Nuestra Señora, a Jesús y al Espíritu Santo y verás que tu alma siempre estará a salvo”.

Pero Lucía estaba inquieta, no podía quedarse sin hacer nada bajo las mantas porque desde hacía unos días una idea le daba vueltas en la cabeza y no le daba tregua.

“A pesar de todo, a mí me gustaría subir al nuraghe, sólo para ver”, logró confesar, pero la *bruja*, de repente, se volvió tan negra como la noche.

“¡Con que quieres examinar cosas oscuras! La luz es santa, deja de lado todo lo que no es santo. El nuraghe... olvídate de él, de lo contrario, si molestas a los fantasmas, al final ellos tendrán carne, hueso y sangre en las venas!”

Cuando los novios salieron de casa de los Zara, la mañana de la boda, los puñados de trigo y sal bendita arrojados a sus pies terminaron perdiéndose en la nieve que brillaba en el sol de la mañana. Lucía y Giuseppe habían decidido que sería una boda sencilla, pero Baghintos tenía en mente otras intenciones bien distintas. Muchos aldeanos se habían reunido en el portal, porque una novia tan bella como una Virgencita no se la querían perder. Tenían ganas de festejar, de aclamar a la joven pareja, de asombrarse por la cándida blusa de Lucía, la chaqueta bordada con flores rojas y la falda larga hasta los pies que la misma Assunta había llevado el día de su boda. El pañuelo almidonado enmarcaba un óvalo perfecto y un mechón de pelo que se escapaba por debajo. Los flecos del chal finamente bordado se balanceaban a cada paso de la joven y Cicita se colocó detrás de ella para quitar las arrugas no deseadas y alejar a los granujillas que intentaban tocar a la hermosa novia. Los preparativos para la boda habían comenzado diez días antes y en la casa Cicita y Assunta habían trabajado arduamente para que estuvieran listos los dulces y panes de fiesta en forma de corazón y de corona, adornados con cintas blancas.

Cuando Giuseppe Spada llegó a la casa de la novia con el vestido oscuro que había traído a propósito de la ciudad, venía detrás de él un cortejo de vecinos de Baghintos que estaban de fiesta; todos cantaban y reían y le instaban a que se diera prisa, acompañados por la vibrante melodía de los *launeddas*. En la alegre confusión que los rodeaba, Lucía y Giuseppe se encontraron bajo el marco de la entrada y, cuando los ojos de ambos se entrelazaron, el resto del mundo ya no tuvo importancia.

Assunta, que por un día había regresado a la antigua majestuosidad, cumplió con su deber como madre y bendijo a los dos jóvenes: que

el cielo generoso favoreciera su matrimonio con la llegada de muchos hijos y la seguridad del dinero. Luego rompió el plato de trigo y sal a los pies de los recién casados, la multitud de Baghintos se exaltó y esa fue la señal que todos esperaban para ir a la iglesia.

Ese día feliz, Cicita no hizo otra cosa que llorar. Cada vez que veía cómo el doctor miraba a su Lucía, la ternura y la admiración que desbordaban, los gestos posesivos y la atención que le dedicaba constantemente, sintió un nudo en la garganta que no podía deshacerse excepto con un abundante llanto.

“¡El doctor Spada es tan bueno!” decía siempre, y no hacía más que repetirlo como una sierva en la admiración perpetua por su patrón. Giuseppe, por su parte, se consideraba un hombre más que afortunado por haber encontrado a su Lucía. Cuando *Tziu* Efisio le entregó a su nieta, cargando en ese gesto toda la solemnidad que sus años le concedían, su veneración alcanzó el punto máximo. Lucía era tan dulce y hermosa, tan hermosa que parecía una de esas Vírgenes que se encuentran en las pinturas de las iglesias. Y tal fue la devoción que se apoderó de él en ese día especial que borró la aspereza del carácter de ella, haciéndolo parecer liso y precioso como una perla del mar.

En la iglesia, en el momento más importante del rito sagrado, Giuseppe se puso un anillo en el dedo que lo ataba con una cadena de plata a la vida de Lucía: ahora ella le pertenecía en todos los sentidos, ante Dios y ante los hombres, indisolublemente, mientras tuviera aliento en la boca.

Lucía pensó que no tenía suficiente espacio para poder contener toda la emoción y la felicidad que la animaba y que le brillaba en los ojos. Había decidido que no le habría importado, incluso si, con gran disgusto, ningún miembro de la familia Spada hubiera participado en la ceremonia. Por carta, el padre, el eminente doctor Agostino Spada, había dejado claro que no habría movido un pie para llegar a esos lugares olvidados por Dios, ni siquiera para la boda de su hijo que, sin andarse por las ramas, había definido de apresurada y nada menos que imprudente. Pero Giuseppe conocía a su padre y conocía a su madre, no se había preocupado demasiado

por su decisión y con gran obstinación había preparado todo para que el matrimonio se celebrara como él quería. Ahora sólo su Lucía contaba, en su familia pensaría más tarde, una vez que se hubieran trasladado a la ciudad.

Lucía no podría haberse asombrado más cuando Giuseppe hizo que el famoso fotógrafo Rodríguez viniera de Casteddu para inmortalizar su boda. Baghintos estaba asombrado, intrigado, porque no estaba acostumbrado a ciertas diabluras modernas. Cuando el fotógrafo insertó las placas en la máquina y desapareció bajo la tela negra para enfocar a los recién casados frente a la fachada de piedra de la iglesia, todos se quedaron asombrados. Giuseppe exigió un número exagerado de poses, como si estuviera listo para marcharse y deseara que Lucía tuviera muchos buenos recuerdos antes de despedirse. En la imagen familiar, donde las caras de todos parecían serias y concentradas, sólo faltaban Fedela y Desolina. Habían escrito a su querida Lucía que no se veían con fuerzas para viajar con nieve, pero la verdad era que la vergüenza de ser solteronas a la fuerza impedía que las dos hermanas se enfrentaran a la familia y al pueblo entero. Con todo, este matrimonio les sirvió de estímulo para renovar con más ardor y convicción los votos hechos a la Virgen de Bonaria para encontrar marido. Tal vez el hecho de haber celebrado uno en la familia atraería inmediatamente otro, quién sabe. Sin embargo, no dejaron de enviar a los recién casados un regalo que fue muy apreciado, un pequeño bajorrelieve de plata de la Sagrada Familia comprado con grandes sacrificios.

El más bonito de todos los regalos fue el que les hizo Assunta: una manta de cama blanca, de lana muy fina, bordada con dos novios en el medio rodeados de caballos, pavos reales con pico ensortijado, niños con los brazos en alto en señal de celebración y flores y hojas que llenaban con arabescos los espacios fuera del cuadro central, en un motivo que giraba alrededor. Fue con gran reverencia como los dos jóvenes novios, esa noche, se refugiaron bajo la preciosa manta.

A partir de ese día, el médico se mudó para siempre a la casa de los Zara y fue con gran alivio porque ya no tuvo que continuar con el ir

y venir entre su vieja casa y la actual. Ahora vivía sólo para Lucía, día y noche estaban pegados como las parejas de cisnes y rompían el idilio sólo con las visitas diarias que el médico tenía que hacer a sus pacientes en varios pueblos. Pero también encontraron en estas visitas motivos para alegrarse, porque cuando Giuseppe regresaba a casa se dispensaban mil atenciones recíprocas.

Las comidas, gracias al doctor, se hicieron más ricas y más sustanciosas; las cosas que se habían roto, ahora se sustituían rápidamente por otras nuevas y más modernas y se procedía a la reparación del tejado o de otras partes de la casa antes de que las inclemencias del tiempo lo sugirieran. Lo que impulsó a Giuseppe a prodigarse tanto fue hacerle bien a Lucía; realmente, no tenía ningún interés en poner la casa de nuevo en pie que, con todas esas habitaciones ciegas y paredes gruesas, le resultaba incómoda y extremadamente fría. Y, aunque se había acostumbrado a los nuevos parientes, como sucede a menudo en estos casos, no sentía un afecto especial por ellos, especialmente por su cuñada Pinella, a la que encontraba en medio la mayor parte del tiempo.

La vida de los recién casados, con sus carantoñas y sus frases secretas, llamaba la atención de Pinella como el hierro al imán y en poco tiempo esa morbosa curiosidad le hizo cruzar los límites de la prudencia y la decencia. Incluso cuando parecía que estaba trabajando o que sus dedos estaban ocupados con la aguja y el hilo en uno de sus bordados, Pinella tenía los oídos atentos para descifrar sus charlas y cualquier ruido que provenía de la habitación de arriba. Incluso la noche de bodas había estado allí, a la sombra de la casa, torturándose con extraños pensamientos que iban todos en la misma dirección.

Esa dirección se llamaba Giuseppe Spada, su flamante y nuevo cuñado.

En su mente, la exaltación de su persona, a la que llenaba de elogios, a la vez, acababa demoliendo la de su hermana Lucía, a quien consideraba incapaz de ser una buena esposa. Para Pinella, Lucía no le daba a Giuseppe la atención adecuada, no se dedicaba a él en cuerpo y alma, precisamente lo que habría sabido hacer ella,

porque simplemente no se daba cuenta de la suerte que había tenido. Cuando Giuseppe pasaba cerca, Pinella seguía sus huellas para poder saborear hasta el último rastro de su presencia. Aprovechaba las excusas más triviales, incluso mentiras, para conseguir que el médico la tocara, como el día en que fingió tener un tobillo torcido. Si él la tocaba, se olvidaba del resto del mundo al instante. También era cierto que Pinella hacía todo lo posible por ocultar su interés por su cuñado; ponía en marcha mil estratagemas para que no la descubrieran ni su hermana ni Cicita, que era la más espabilada de todas. Pero a veces no lo conseguía, un instinto que ella desconocía le tomaba la delantera calentándole la cara y logrando que sus ojos brillaran y, entonces, en esos momentos, no tenía excusas que dar, tenía que esconderse y deshacerse en silencio del exceso emoción.

Si presenciaba algún beso, no podía por menos de sufrir un ataque venenoso de hiel; toda crispada como una araña acosada por un palito, se llenaba de valor y entonces hacía cosas que nunca habría tenido el valor de hacer. Un día sucedió que se enteró de que el médico estaba en la bañera, con el agua humeante, después de un día en el que había corrido de un pueblo a otro para visitar a los pobres enfermos. Mientras que el cansancio y la suciedad de un día entero se fundían en el delicioso calor, Pinella había entrado en la habitación, en lugar de Lucía, y había admirado la inusual imagen de un desnudo masculino, algo que su mente nunca podría borrar. Por supuesto, descubrir que ella observaba lo que no se le permitía, provocó tal animosidad en su cuñado que la joven pariente se quedó atónita. Sin embargo, en lugar de ofenderla, este hecho sólo aumentó su desesperación. Pinella no quería creer que no tenía ninguna esperanza, que toda su vida se reduciría a mirar y a consumirse debido a la insatisfacción perpetua.

El único pensamiento que en ese momento podía consolarla era el hecho de que con el tiempo el vientre de Lucía se iba a ir hinchando más y más y, por tanto, según ella, toda su belleza tan cacareada se deformaría haciéndola parecer tan extraña como un viejo ganso. Pero lo que Pinella no podía imaginar era que Lucía a los ojos de

su marido estaba todavía más guapa que una reina, hermosa de una manera que sólo un marido amoroso puede entender.

Así se estableció la vida en la casa de los Zara en los meses siguientes. El invierno pasó; la primavera pasó, en un abrir y cerrar de ojos llegó junio y el tiempo estuvo casi tan maduro como el trigo en los campos.

Lucía descubrió que odiaba estar torpe y gorda. Las molestias naturales causadas por la maternidad la ponían de mal humor porque en casa ya no podía hacer las tareas domésticas y Cicitá, como un perro guardián, le impedía ir de aquí para allá como a ella le gustaba. La lentitud de sus pasos hacía que se impacientase y después de nueve meses no podía más con el vientre tan hinchado como un barril. A todas horas quería rebanadas de pan empapadas en leche, rebozadas con huevo y fritas en manteca de cerdo. No era nunca suficiente y parecía que sólo el pan frito podía quitarle el hambre.

Cuando los cuadrados de los campos debajo de Baghintos se cubrieron de oro, dando la bienvenida al verano y el niño pateó cada vez más impacientemente para venir al mundo, una sutil inquietud se mezcló con sus buenos pensamientos y, entonces, los viejos recuerdos se reavivaron con demasiada facilidad. Era el recuerdo de otro nacimiento que había tenido lugar muchos años antes lo que atormentaba a la familia Zara, lo que la mantenía despierta por la noche y le llenaba el pecho de miedos que hacían que el corazón se estremeciera. Cuando los fantasmas mordían, Lucía sabía que sólo un bálsamo podía calmar su angustia: el sólido espíritu de Giuseppe, sólo a él se podía aferrar como un náufrago a la deriva. Le bastaban pocas palabras de consuelo pronunciadas con su voz profunda y firme para que los contornos de las cosas volvieran a ser claros y luminosos. Su marido médico parecía tan confiado y concentrado y ella, para desterrar los miedos de madre joven ¿qué otra cosa podía hacer más que absorber la firmeza tranquila que él tenía?

“¡Mi hijo tendrá todo en su sitio y por la noche estará al seguro!”, pensó, mientras decía las oraciones nocturnas.

Lucía no quería admitirlo, pero era en Ianetta en la que pensaba cuando invocaba la salvación de su hijo y, en su pecho, tan pronto

como surgía la idea, se formaba una dolorosa mezcla de confianza, miedo y culpa.

En San Juan, cuando se encendían numerosas hogueras en Baghintos en honor al santo, el hijo de Lucía y Giuseppe decidió que todos en la casa de, finalmente, escucharían sus portentosos gemidos. Mientras volvía a sonreír la esperanza de nuevas alegrías en el pueblo, los jóvenes que no se habían casado todavía quemaban hojas de olivo en busca de una respuesta positiva y los hombres saltaban en parejas sobre las llamas para ver si el próximo año tendrían una cosecha mejor.

Las manos del doctor Spada se mostraron firmes mientras ayudaba a nacer a su hijo, pero su corazón se quedó suspendido y, sólo después, una vez que estuviera seguro de que todo había salido bien, comenzaría a latir nuevamente.

“Grita todo lo que quieras, Lucía, mi amor. El niño está a punto de nacer”, le dijo su marido y Lucía no se hizo de rogar.

Las manecillas del reloj marcaron la una de la mañana y a esa hora el doctor pudo coger en brazos a su primogénito, un niño con pulmones robustos y fuerza en los brazos y en las piernas.

“¡Un niño!”, Lucía susurró besándolo en la cabecita. Giuseppe no dejaba de sonreír y de besarla y todo el orgullo y la emoción brotaron de sus ojos como un destello de estrellas. Cuántos pensamientos desagradables había tenido Lucía en los días previos, y ahora, mientras cogía a su pequeñín en sus brazos y Cicita se apresuraba a recoger las sábanas manchadas de sangre, todos los viejos temores pareció que se disolvían en un soplo de suprema felicidad.

“Me ocuparé yo de lavarlo.”. Assunta, por su parte, estaba pálida y contrariada. Intercambió una mirada cómplice con su hija antes de llevarse a su nieto. Lo lavó a fondo, con suavidad, pero sus manos lo que buscaban era una excusa para examinar, para tocar y, finalmente, descubrir que ese niño lozano estaba sano como un roble, que no tenía marcas horribles, y que era digno de la gracia de Dios, a un paso de la santidad. Se apresuró a terminar de lavarlo rápidamente y sonrió: en el mundo no se había visto nunca antes un niño más bonito que el que tenía en sus brazos.

“¡Gracias! ¡Gracias!”, murmuró conmovida, dirigiéndose al cielo.
“Se llamará Giovanni, como su santo patrón”.

Assunta no recibió bien la decisión de su hija y de su yerno. Hubiera preferido que llevara el nombre de su abuelo, Severino. Pero pronto todos en la casa de los Zara y en el pueblo lo llamaron con afecto Giovannino.

¡Cuánta alegría se hizo eco entre las paredes de la casa en esa noche feliz! Sin embargo, había alguien que, apartada, observaba la imagen perfecta, incapaz de dejar que el espíritu de fiesta le entrara también en la sangre. Pinella se había quedado casi decepcionada al ver que su hermana había superado bien el parto y estaba recuperando rápidamente las fuerzas. En los últimos tiempos Pinella había soñado con cosas que una buena hermana nunca debería imaginar. De cualquiera de las maneras en que empezasen esos sueños, siempre terminaban con un joven viudo al que había que consolar y atraer hacia ella, ya libre de las ataduras de un matrimonio que, en el fondo, no había deseado de verdad. Y luego el sueño de mil adulaciones y las sonrisas dedicadas sólo y sólo a ella, una nueva esposa que, finalmente, dejaría de ser una sombra insignificante. Sin embargo, sus sueños se rompían en pedazos miserablemente y casi escuchó su cruel estruendo cuando se encontró mirando a su sobrino acostado sobre la barriga en la cuna. Permaneció aturdida como una estatua de sal hasta que llegó Lucía, que lo cogió en brazos para darle de mamar. En un suave murmullo de faldas, Pinella se escabulló de la habitación llena de buenos sentimientos, sin que nadie se diera cuenta.

La familia Zara, más que ninguna otra, sabía que no sólo existía la luz y que, tarde o temprano, la noche tenía que llegar. Por esto no perdió tiempo y fue dejando por toda la casa remedios antiguos: estaba llena de estampas sagradas de San Sisinnio y racimos de hisopo colgados en las paredes. Incluso una escoba boca abajo habían colocado en un rincón muy cerca de la cuna.

Si durante el día la luz del sol calmaba el alma de Lucía, de noche las pesadillas no la dejaban en paz. Tenía la cuna instalada en el dormitorio principal y había puesto un trípode volcado debajo. Gio-

vannino era bueno y dormía toda la noche, pero su madre a menudo se levantaba para comprobar que respiraba y que estaba sano y a salvo, libre de cualquier daño.

El hecho era que habían sido demasiadas las desgracias que los Zara habían tenido que soportar, para no tener miedo a perder lo más preciado que había en el mundo.



Assunta Zara había preparado cuidadosamente el pequeño vestido blanco para el bautizo de su nieto Giovannino. Lo había adornado con aplicaciones de encaje y en el forro había bordado invocaciones y palabras de buena suerte: ¡Niño Jesús, protégeme! ¡San Sisinio vela siempre por mí! ¡Santísima Virgen María ruega por mí! ¡Prosperidad y fortuna! ¡Alegría y salud!

También había metido algunos granos de sal bendecida y una pequeña imagen doblada de la Virgen. Junto a Cicita, vistió al niño y, después de ponerle los calcetines, le cubrió los bucles suaves con un gorrito de seda muy blanca. Muchos suspiraron extasiados porque Giovannino de verdad parecía un ángel que acababa de bajar del cielo, tan bueno como el azúcar y con la sonrisa siempre en los labios.

Lucia ni siquiera pensó en quedarse en casa. Habían pasado ya ocho días desde que nació su hijo y ni uno más transcurriría sin que le bautizaran. No le interesaban los arrebatos de Giuseppe que, como médico y como marido, quería que descansara en la cama en el momento más delicado, ni tampoco las protestas de Assunta y de Cicita que querían que pasara un poco más de tiempo antes de que la recién parida se presentara al sacerdote para la bendición.

De cualquiera de las maneras, Lucía salió de casa con todos los demás y juntos se fueron hacia la iglesia. *Tzia* Doloretta, que en el pueblo era la que se ocupaba de estos asuntos de recién nacidos, sostenía a Giovannino en sus brazos; justo a su lado estaba el alcalde Todde, que se había ofrecido a ser el padrino del hijo mayor del doctor Spada. Lucía estaba de pie entre Assunta y Cicita, mientras que Pinella, detrás de Giuseppe y con una cara más enfadada que de costumbre, llevaba una tetera llena de agua tibia para que la cabeza del niño no se enfriara durante la bendición.

Fue un día de celebración que animó a Lucía, pero que no sirvió para ahuyentar completamente las preocupaciones de su madre. No perdía de vista al niño ni un minuto, ni de día ni de noche; a todas horas controlaba si respiraba correctamente y estaba bien. Apretaba a su pequeñín contra su pecho tan pronto como podía, mientras, entre una canción de cuna y otra, rezaba oraciones y se aseguraba de que el trípode estuviera siempre debajo de la cuna.

No mucho después de que se celebrara el bautizo, Pinella comenzó una obra que sabía a tormento para socavar la paz del alma. Sucedió en los momentos más dispares, cuando le susurraba ciertas frases a su hermana Lucía y luego permanecía en silencio para evaluar los efectos en la expresión de sus ojos y de su rostro.

“¡Cuida de tu hijo! Vigílale bien, porque nunca se sabe qué puede llevárselos cuando son tan pequeños”, sugería en voz baja para que sólo los oídos de Lucía lo pudieran oír. Y luego, de nuevo, en una persecución cruel: “He tenido un mal sueño esta noche. He soñado que la *coga* había vuelto como un espíritu del infierno para llevarse a Giovannino. ¡Qué horror! ¡Dios no permita que suceda algo así! Dicen en Baghintos que las *cogas* también pueden regresar en forma de espíritu: ¿tú lo sabías, Lucía?”

Lucía no respondía nunca, pero cada vez más a menudo se sentía incapaz de soportar la presencia de Pinella. Ya desde hacía un tiempo, estar cerca de ella era como tener un herpes zóster. Cuando veía que Pinella tocaba a Giovannino, rápidamente se lo quitaba de los brazos y se lo llevaba.

Sin embargo, las semillas plantadas por Pinella encontraron un terreno fértil y, al final, germinaron, llevando sus frutos a buen término el día en que a Giuseppe lo llamaron de repente para que fuera a un pueblo donde había ocurrido una desgracia a los trabajadores de una mina de carbón. Él era médico, a regañadientes tenía que irse, aunque Lucía le había pedido que se quedara. Por la mañana temprano, ensilló a Gintilla y, después de darle un beso y un abrazo, saltó sobre la grupa y partió al galope. Lucía se sintió muy sola cuando su marido se fue. Quería llorar, debilitada como una pequeña planta a la que le han quitado su apoyo máspreciado. Luego,

las tareas domésticas y especialmente Giovannino le ocuparon el día y las fuerzas le volvieron lentamente. Pasó la primera noche en blanco, abrazada a la almohada de su marido. La segunda noche, el poco tiempo que consiguió dormir, tuvo pesadillas y por la mañana se sintió agradecida de que al amanecer su niño estuviera todavía fuerte y sano.

El tercer día comenzó a preocuparse para Giuseppe. A cada leve ruido corría al patio, esperando verle. Hacía mucho calor y Lucía, atormentada por mil pensamientos, imaginaba escenas de inmensas desgracias que podían haberle pasado a Giuseppe; de lo contrario, ¿cómo se explicaba que todavía no hubiera vuelto a casa?

Esa noche Cicita se ofreció para dormir con ella y hacerle compañía, pero Lucía, aunque atormentada, se negó. Se quedaba despierta, con el reloj de Giuseppe apretado en la palma de su mano, registrando con sus ojos las sombras de la habitación, mientras que la agitación de sus nervios no dejaba ni rastro de somnolencia. Sólo la contemplación del cuerpo de su hijo dormido la aliviaba. Alrededor de las dos de la madrugada se sentó en la cama para que reposaran las piernas cansadas y después de unos minutos, sin darse cuenta, resbaló hacia un sueño tranquilo como la miel en la leche.

Un golpe fuerte en algún lugar de la casa la despertó con un sobresalto. Se incorporó jadeando y con los oídos atentos al más mínimo ruido. El silencio era ensordecedor; no resistiendo un instante más saltó de la cama para ver si su pequeñín aún respiraba en la cuna. Gracias a Dios, toda la tensión se evaporó en un suspiro de alivio. A la luz de la luna, miró la esfera del reloj: eran las tres menos cuarto.

Sin la ayuda de una luz, Lucía decidió dar una vuelta por la casa, sólo para sentirse más tranquila. Descalza, caminando cerca de la pared, bajó las escaleras, comprobando las cerraduras de puertas y ventanas, silenciosa y pálida como un espectro de la noche. En la cocina, apartó una silla, cogió un vaso de agua y se quedó escuchando a un perro que se oía ladrar a lo lejos. Luego, antes de regresar a su habitación, se desvió hacia la entrada principal, en un exceso de prudencia ya que ella misma había asegurado la puerta colocando

la barra con el gancho. Lucía se detuvo de repente, al sentir como una mano de hielo le quitaba el aliento. ¿Cómo era posible que la puerta estuviera abierta de par en par?

Reuniendo todo el valor que tenía en las venas, extendió las manos para cerrarla rápidamente. Luego abrió el postigo de una de las ventanas de la cocina grande para ver si había dejado fuera a alguien de la familia. ¿Quizás se tratara de los delirios nocturnos del abuelo Efisio? El patio parecía el tranquilo reino de las sombras inanimadas.

Queriendo aclarar el misterio, sus pies la llevaron a la habitación de Cicita, pero justo cuando estaba a punto de llamar, se dio cuenta de que Pinella la observaba, medio escondida, desde la puerta de su habitación. Una mirada fue suficiente para entender que algo no iba bien. Antes de que su mente formulara una suposición lógica, ya había subido por las escaleras, había cruzado el vestíbulo y había irrumpido en la habitación con nerviosa agitación. Su corazón se paró y sintió que se le secaba la sangre totalmente cuando vio que Ianetta sacaba a Giovannino de la cuna y lo estrechaba entre sus brazos. Ante esa vista se le escapó un lamento de horror, una cosa muy pequeña en comparación con lo que sintió cuando su madre Assunta entró con una luz que iluminaba la escena con detalle.

“¡Dios mío!”, murmuró Assunta, con grandes ojos desconcertados. Sin apartar la mirada de Ianetta, Lucía le dijo a su madre: “Cierre la puerta”.

Fue apenas un susurro para evitar que se alarmara Ianetta, que estaba acurrucada contra la pared. Ella estaba inclinada para envolver al niño con sus brazos, mientras que sus ojos animados por una luz extraña se movían rápidamente en todas las direcciones. Ianetta estaba irreconocible, tan maltrecha que parecía una criatura que acaba de regresar del infierno, como si realmente hubiera excavado con sus propias manos para salir de un ataúd enterrado. La ropa estaba sucia y carbonizada en los bordes, los pies descalzos y llenos de heridas, pero sobre todo el pelo estaba todo quemado, y ahora, en lugar de la maraña de raíces inmanejables, había una especie

de pelusa que crecía a trozos en la piel de color rojo brillante. Los pómulos se mostraban afilados en la cara y la nariz era más grande, mientras que el cuello era como el de un pollito desnutrido.

Sin embargo, lo que daba cuenta real del sufrimiento por el que tenía que haber pasado Ianetta, desde que se había escapado del incendio del nuraghe, era su respiración, parecida al estertor de un moribundo.

Lucía trató de calmar el temblor que la sacudía, obligándose a tomar las riendas de la situación. Siguió mirando a su hijo sin saber si el niño estaba tan tranquilo porque estaba dormido o porque Ianetta lo había sofocado al apretarle. Con ojos brillantes, dio un paso adelante y estiró los brazos. Habló impulsivamente, diciendo: “Ianetta, no tengas miedo, no quiero hacerte nada. Por favor, devuélveme a mi hijo. Se buena, deja que lo coja en los brazos”.

Trató de persuadirla con la voz más dulce de toda su vida, tragándose las lágrimas que amenazaban con nublarle la vista.

Ianetta se agitó un poco ante esa perspectiva, inclinándose sobre el niño y acercándose a la cara para poderlo oler. Lucía se asustó e incluso Assunta dio un paso adelante por la angustia que le había procurado tal contacto.

“¡Ianetta, escúchame! Soy yo, Lucía, pon al niño en la cuna y luego te prometo que tendrás todo lo que quieras. ¡Por favor, Ianetta, ¡estás asustando a Giovannino!”

Lucía estaba a punto de ceder a la desesperación y con todas sus fuerzas deseó que Giuseppe estuviera allí con ella para resolver la situación. Una lágrima se le escapó y ese hecho inquietó a Ianetta, que empezó a moverse como si tuviera brasas bajo los pies. Empezó a cantar una vieja canción de cuna, la misma que Desolina le había cantado durante años a Mariuccia, sólo que la melodía que salía de su boca sonaba como una canción triste en un día de luto.

“Niño pequeñito. ¡El niño pequeñito de Lucía! ¡Pórtate bien, pórtate bien pequeñín!” masculló mirando a su hermana.

Parecía que estaba a punto de ceder y Lucía insistió, suplicándole una y otra vez, pero luego, imprevisiblemente, lo volvió a abrazar, frustrando cualquier intento de que dejara a su presa.

Entonces Assunta se adelantó y por la fuerza con la que se movió parecía que se fuera a lanzar contra Ianetta, armada con toda la rabia y el odio que había acumulado en el cuerpo desde que había dado a luz a su séptima hija. “¡Deja que el niño se vaya, maldita *coga*! Pero ¿por qué el fuego no te ha reducido a cenizas?”

“¡Cállese, madre!”, Lucía hizo que su madre se callara, pero ya era demasiado tarde. Afectada por las palabras de odio de Assunta, Ianetta estalló en un grito de dolor mientras con una mano se golpeaba la cabeza con una violencia sin precedentes. Luego se acercó a Assunta con su mano extendida en una última súplica sincera.

“M-A-D-R-E!”, silabeó llorando.

Cicita y *tziu* Efisio entraron en el momento en que Ianetta le declaró a todo el mundo su firme convicción:

“¡Yo soy *coga*!”

Lucía miró a Ianetta y miró a su hijo y sintió que todo el miedo se evaporaba. Se movió tan cerca de su hermana que podía oler las hojas podridas que llevaba encima y, mirándola directamente a la cara, la corrigió. “No eres la *coga*. ¡Eres mi hermana!”.

Confundida y desorientada, Ianetta no se opuso cuando Lucía le quitó a Giovannino de los brazos.

Caminando hacia atrás, Lucía cogió la manilla y salió de la habitación, cerrando rápidamente la puerta. “¡Respira!, ¡Respira!” exclamó agradecida. Giovannino estaba bien y miraba a su madre con dos ojos contrariados; toda esa conmoción no era para nada de su agrado.

De repente, en la habitación se escuchó el estrépito de una pelea y entonces el miedo la asaltó nuevamente y escapó. Bajó corriendo por las escaleras, abrió la puerta de la entrada y cruzó el patio, escondiéndose detrás del tronco seco de la higuera. No tenía idea de lo que estaba sucediendo en casa y su atención era sólo para Giovannino, que protestaba con todo el aliento que tenía en los pulmones. Lucía tenía la cara ardiendo, su trenza era como una manta y su camisón estaba pegado a su piel húmeda. La noche la envolvió con su capa cálida y sensual.

“¡Lucía!”.

Al sonido de esa voz, Lucía se dio la vuelta y se encontró frente

a Ianetta. La fría luz de la luna iluminaba sus grotescas facciones, haciendo que los ojos negros brillaran como astillas de obsidiana. De repente, le volvió a la mente el recuerdo involuntario de cuando nació Ianetta. Ianetta niña. Ianetta abandonada. Ianetta maldecida. Ianetta atormentada entre la oscuridad y la luz. Ianetta odiada por todos. Ianetta fuerte como la madera de enebro y, sin embargo, siempre a punto de romperse.

“¡Lucía, ayúdame!”

Le suplicó, y su voz no sonó ni desafinada ni desagradable. Ianetta no le había parecido nunca tan humana. Ianetta no le había parecido nunca del todo verdaderamente su hermana, sangre de su sangre. Pero el consuelo por haber entendido que siempre lo había sabido, porque la pena que sintió por ella en los últimos años no se había desperdiciado, no duró mucho.

“Ianetta”, apenas tuvo tiempo de decir, cuando Cicita apareció detrás de Ianetta y la golpeó en la cabeza con una podadera. Incluso el abuelo Efsio se ensañó con su bastón, al igual que la madre Assunta que hundió su pie en el cuerpo de su odiada hija, sus rostros transfigurados por un sentimiento tan negro como la noche. Lucía no tuvo ni la posibilidad ni el tiempo de evitar el estrago infligido a Ianetta. Sufrió el crujido de los huesos rotos, la respiración jadeante, la sangre que penetraba en la tierra endurecida del patio y que bañaba las raíces de la higuera.

Dio un paso atrás con su hijo en el pecho, consiguiendo no desmayarse al estar apoyada en el tronco que tenía a sus espaldas. Como sumida en la peor de las pesadillas, contempló los ojos completamente abiertos y vidriosos de Ianetta, las pupilas que parecía que todavía podían percibirla, la fealdad alterada por la muerte.

“¿Qué habéis hecho?” La voz le salió débil porque Lucía no podía creer que Ianetta hubiera muerto realmente a manos de su familia.

Los tres permanecieron sordos y sólo el *tziu* Efsio se movió para constatar con la punta del zapato que el cuerpo de su sobrina estaba sin vida. Las arrugas de su rostro se suavizaron y su boca también dejó de doblarse hacia abajo cuando tuvo la prueba de que, finalmente, la *coga* se había ido al otro mundo.

“¡Qué habéis hecho!” Esta vez, Lucía gritó todo el horror que sentía.

“Teníamos que deshacernos de ella”, fue la respuesta práctica de Assunta. Con un gran esfuerzo, Lucía miró a su madre y le pareció más que nunca la cosa menos querida y la más distante que había tenido. ¿Cómo podía borrar de su mente la horrible imagen de su madre pisoteando a Ianetta hasta la muerte? Cuando Assunta miró a su hija y habló, Lucía deseó no haber nacido nunca.

“Hemos hecho lo que se tenía que haber hecho hace mucho tiempo. Hemos completado lo que la *bruja* ha comenzado y que tu padre antes no ha tenido el valor de llevar a término. Este era el único final escrito.” La voz vibró con dureza para esculpir la frase en la piedra.

Cícita se acercó a Lucía y en ella no había señal de afecto o amabilidad. “Mi niña”, empezó gesticulando, “¡quítate ese aire de condena! Ella quería comerse a tu hijo, pero ¿estás loca? ¿Querías celebrar otro funeral en esta casa? ¡Coga muerta!: ¡Gran fiesta! Mi abuela siempre lo decía. Métetelo bien en la cabeza”.

Lucía se puso de pie y los miró como si no los conociera y viera sus caras crueles por primera vez.

“Ella sólo quería que la ayudara”. Su voz sonó a la derrota más dolorosa.

“Estás equivocada, ni niña. Sangre: jeso es lo que ella quería!

“¡No!” Fue su respuesta, que repitió una y otra vez hasta que esa negación se le murió en los labios. Lucía abrazó a su hijo, mientras todo a su alrededor empezó a temblar por las lágrimas que le llenaban los ojos. Deseó huir de Baghintos, lejos de su casa. Deseó que Giuseppe estuviera allí con ella para alejarla de tanto horror. Sin poder resistir ni un minuto más en compañía de su familia, se movió para volver a entrar en casa. Puso a Giovannino de vuelta en su cuna y, mientras hacía esos gestos, extraños pensamientos comenzaron a darle vueltas en la cabeza. Casi sin quererlo, le vino irrefrenable la imagen de Pinella, observándola desde la puerta justo antes de que estallara el fin del mundo. Una sospecha creció en Lucía, oscura e inconfesable, que tenía el sabor amargo de la

traición. Muchas piezas pequeñas empezaron a recomponerse hasta que se reveló un escenario que primero la aterró y luego la dejó ebria de rabia. Se movió lentamente como aturdida por sus propios pensamientos, pero poco a poco sus pasos se hicieron cada vez más rápidos hasta llevarla a la puerta de Pinella.

Lucía entró furiosa y Pinella, que se había metido bajo las mantas, se sentó rápidamente. Lucía agarró las sábanas y se las quitó de un tirón, mientras Pinella se escondía en un rincón. A merced de su hermana, se defendió con los brazos como si esperara que la fueran a pegar.

“¡Levántate, traidora!” le ordenó Lucía, agarrándola por el pelo y arrastrándola por el piso, a sus pies.

“¡No me hagas daño, Lucía!” imploraba y lloriqueaba Pinella, quedándose como si fuera una víctima postrada.

“¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué odias a mi hijo hasta este punto? Lucía le tiró del pelo con tanta fuerza que la obligó a mirarla a la cara.

“¡No querías creer en la *coga*! Te merecías que te ocurriera algo malo. ¡Y, además, porque me has hecho mucho daño!” Pinella dejó de implorar, escupiendo todo el rencor que tenía entre los dientes.

“¿Qué mal te he hecho?” Lucía no se dio por vencida ni por un segundo.

“Te has llevado lo que más quería en el mundo. ¡Yo lo había visto primero, me correspondía a mí casarme con Giuseppe! Sin embargo, has hecho que te pusiera a un niño en el vientre para mantenerlo atado a ti”.

Lucía la miró dándose cuenta sólo entonces del atisbo de verdad miserable que ella no había sido capaz de captar durante todos esos meses. Pinella intentó liberarse, pero Lucía se le puso encima con todo su peso, sin dejarla mover.

“Te confesaré más, querida hermana. Cuando Ianetta fue a vivir al nuraghe, fui a buscarla para que te hiciera un maleficio. Yo quería que el niño se te muriera en el vientre y que tú también murieras y quería que Giuseppe, finalmente libre, se casara conmigo. Sin que

te dieras cuenta te hice comer una mezcla maldecida, pero no te ha pasado nada. ¡Tenéis el alma dura, fuerte, vosotras dos!”

A cada palabra que Pinella añadía, Lucía apretaba más y más fuerte, por lo que estaba segura de que con el tiempo habría terminado arrancándole el pelo.

“He ido muchas veces a buscarla y con muchas palabras le he metido en la cabeza que ella tenía que llevarse a tu hijo porque ella era la *coga* y ese era su destino. Pero luego habéis tratado de quemarla y, como has visto, me he tenido que adaptar. Pensaba que ya nada tenía importancia. Pero estaba equivocada”.

Pinella tenía fiebre de la emoción y el dolor ni siquiera lo sentía, no parecía la misma hermana con la que Lucía se había criado, sino una criatura abyecta y desconocida. Ahora, incluso sólo tocarla, le causaba una repugnancia indecible.

“Hace tres noches Ianetta estaba fuera en el patio y, en un primer momento, quise dar la alarma a todo el pueblo. Me asusté, al mirarla parecía un monstruo. Pero la segunda noche he razonado y entonces he hablado con ella. “El niño pequeñito de Lucía”, lloriqueaba. Así que esta noche le he dejado la puerta abierta, para que cumpliese con su deber de *coga*, pero tú lo has fastidiado todo. ¡No me mires con esa cara, ladrona de maridos! Si no fuera por ese niño, Giuseppe ya te habría abandonado”.

Las dos hermanas se miraron durante un tiempo infinito. Después Lucía la escupió en la cara y se alejó de ella como si se tratara de la peor de las pestes. “El mal de Ianetta era tu mal. Tú le has metido esas horribles ideas en la cabeza. ¡Tu alma es tan negra como la noche! ¡Pídele a Dios que te perdone porque mientras yo viva no voy a hacerlo!”

En la puerta estaba Assunta, que tenía una mano sobre su pecho y con la otra se secaba los ojos. Lucía le reservó una mirada fría y distante como la de una extraña.

“Desgraciadamente, está llorando por la hija equivocada”.

Si Lucía se hubiera precipitado en el infierno, no habría sentido la misma urgencia de escapar de ese lugar de maldición.

Tras el llanto, la casa de los Zara se había vuelto silenciosa. Los

primeros rayos del nuevo día estaban a punto de disolver las sombras de la noche; lástima que no hubiera un remedio igualmente efectivo contra las del alma. Las habitaciones estaban tranquilas y extrañamente vacías; para Lucía fue como volver después de años de triste distancia y descubrirlas desiertas, todos los seres queridos entregados a la tierra. Ya no estaba el consuelo del hogar que te ha visto nacer, sino sólo la escarcha del luto y del abandono. Descubrió que no era muy diferente al sueño que la había atormentado durante meses. En el patio vio a *tziu* Efisio, mirar como hechizado la mancha oscura que la sangre había formado en la tierra.

En su vagar sin paz por la casa, tristemente consciente de que su mundo se había roto en mil pedazos y que nada podría devolverlo a su antigua forma, Lucía se detuvo en la puerta que una vez había escondido el pequeño reino de Ianetta. Nadie había cruzado el umbral. Había un molesto olor a cerrado, a algo olvidado adrede para que las carcomas borrarán sus huellas. Sosteniendo una vela que proyectaba sombras en las paredes, Lucía miró a su alrededor como si quisiera grabar cada detalle antes de la despedida. Luego puso la lámpara en el suelo, decidida a volver a abrir el cajón después de todos esos años. Se arrodilló y se inclinó para mirar la colección secreta de Ianetta con una desagradable sensación de profanación. No tenía idea de qué haría con eso, si dejarlo donde estaba o enterrarlo con Ianetta. Luego, en lugar de eso, le quitó la funda a la almohada y comenzó a llenarla con los objetos que habían sido tan valiosos para su hermana, con especial atención al pelo, especialmente el de Mariuccia. Lo más triste era el velo de polvo y la huella más oscura que las piezas dejaban en la madera.

Cuando llegó al último objeto de la última fila del fondo, inmediatamente se dio cuenta de que no había visto nunca ese bulto. También estaba cubierto con un velo polvoriento y la tela se había vuelto amarilla con el tiempo, pero la espiga bordada con una mano experta se reconocía fácilmente.

Lucía apartó los bordes del pañuelo con dedos impacientes y, cuando se revelaron los contenidos, se llevó una mano a la frente y palideció.

Un segundo fue suficiente para que el mundo se le cayera encima. Lucía no podía pensar que el motivo de tanto odio y de la caza que había causado la muerte a Ianetta, en realidad nunca había salido de su casa y que, de hecho, con gran cuidado estaba colocado junto con el resto de la querida colección, quién sabe hace cuánto tiempo.

Se sentó, desplomada, abrumada por las amargas consecuencias de su descubrimiento. Nunca se había producido un terrible robo. No había ninguna *coga* que detener.

Lucía jadeó con un terrible nudo en la garganta ante la idea de haberse equivocado en todo, de no haber hecho nada para salvar a su hermana Ianetta.

Todo el odio de la familia hacia la hija considerada *coga* se había condensado en un veneno que, finalmente, en parte, también la había infectado con miedos estúpidos, corrompiéndole el corazón y turbándole la mente.

Ahora era demasiado tarde, Lucía ya no podía arreglarlo. Ianetta estaba muerta.

La sensación de culpabilidad le pesaba en el corazón y desde ese mismo momento supo que nunca podría deshacerse de ese peso. Contempló con lágrimas en los ojos el pañuelo que tenía en las manos y lo acarició como le hubiera gustado hacer con Ianetta si hubiera estado allí con ella.

“¡Perdóname, si puedes!”, murmuró suplicándole con un dolor que le salía del centro del pecho. El pañuelo con la espiga se quedó con ella y nunca se lo mencionó a nadie, no había necesidad de que los demás lo supieran. Sería un secreto entre ella y Ianetta.

En el tiempo que siguió a la terrible muerte de Ianetta, cuando el patio estaba ya bañado por una luz azulada y el aire estaba lleno de los primeros gorjeos de la mañana, Lucía escuchó con amargura las decisiones de la familia sobre cómo deshacerse del cuerpo de Ianetta.

“Hagamos un agujero y la colocamos dentro antes de que amanezca”, sugirió Cicita.

La cuestión los dividió entre diferentes posibilidades, pero al final se decidió arrojarla al pozo de San Borghino.

“Es allí donde tiene que estar y basta”, dijo Assunta y la discusión terminó al instante. Los miembros de la familia Zara no intercambiaron ni media palabra durante la desagradable acción. Cicita y Pinella se prepararon para transportar el cuerpo por el bosque de robles antes de que se hiciera de día, atando los tobillos y los brazos con una cuerda para arrastrarlo más fácilmente. Pero Lucía, en un movimiento rebelde que le puso fuego en el cuerpo, no tenía intención de dejar que llegara a buen término el ultraje final.

“No la llevareis a ninguna parte. Yo me ocuparé de ella”.

Rígida y sin aliento por su serio cometido, Lucía arrancó de las manos de su hermana y de la criada las cuerdas que ataban las muñecas y tobillos de Ianetta y empezó a desatarle los nudos.

“Pero ¿qué crees que estás haciendo? ¡Vete a casa con tu hijo!” Cicita intentó evitarla mientras su madre volvía a coger las cuerdas. Pero Lucía las apartó del cuerpo de su hermana muerta.

“¡Dejadla en paz!, ¡Un poco de piedad al menos ahora que está muerta!

Sus miradas se llenaron de desaprobación y condena. Lucía se había vuelto loca, esa era la única explicación, y también se había vuelto mala porque los trataba a todos como si no tuviera sentimientos.

“¡Salid de aquí! ¡No la toquéis!, gritó con tal fuerza y tanta rabia que las otras retrocedieron instintivamente. Y así, a excepción de Pinella, que de inmediato aprovechó para desaparecer, siguieron de lejos el gran esfuerzo que hizo para levantar el cuerpo de la *coga* y asegurarlo en esa especie de trineo que generalmente se utiliza para transportar la leña seca del bosque.

No se la podía enterrar en el cementerio de Baghintos ni podía recibir la bendición como una verdadera cristiana, Lucía lo sabía bien. Por esta razón, decidió dejarla descansar bajo los castaños, donde la tierra era negra y suave, y rezar por su cuenta las oraciones del último adiós. Como un animal de carga, arrastró el peso paso a paso, y llegó a su destino cuando el sol ya estaba alto y sus fuerzas casi agotadas. Había paz y un buen olor a hojas y tierra húmeda bajo las ramas de los castaños. Se oía el chapoteo lejano de un arroyo y un

ciervo que pasaba por allí se detuvo para ver a la pobre Lucía que intentaba recuperar el aliento.

En el corazón solitario del pequeño castañar, Lucía se armó de valor y, sofocando su llanto, preparó un agujero profundo cavando en la suave tierra como la turba con una azada corta. Luego comenzó a preparar el cuerpo de Ianetta, a desatarlo del trineo y a recomponerle la ropa. Evitó todo lo que pudo mirarle el rostro desfigurado y muy pronto sus manos y uñas estaban cubiertas de tierra y sangre en grumos. Excavó un poco más, creyendo que podría ser suficiente, y comenzó a agarrar los brazos de Ianetta para arrastrarla en el último tramo. Lucía apoyó los pies en la tierra suelta y tiró con las pocas fuerzas que le quedaban. El cuerpo de Ianetta parecía que de repente se había convertido en un bloque de plomo demasiado pesado para ella. Agarró mejor las extremidades frías de su hermana y tiró de ella desde esa posición. De repente, fue como si, en el esfuerzo que hizo para poder moverla, se transmitiera a los nervios de Ianetta una conmoción que hizo que sus músculos se pusieran rígidos y se le apretaran los puños.

Lucía soltó el cuerpo y se cayó hacia atrás en el agujero que ella misma había cavado.

Aturdida y paralizada por el susto que le había provocado ese movimiento inesperado, se levantó de nuevo, manteniendo la mirada fija en el cuerpo de Ianetta, casi esperando que se moviera. La contempló durante varios minutos y, aunque a primera vista no había nada fuera de lo normal para un cuerpo frío y sin vida, fue como si Lucía percibiera algo que iba más allá de la comprensión humana. De repente, se arrodilló al lado del cuerpo y, con una emoción que parecía esperanza amasada con miedo y sufrimiento, se inclinó sobre el pecho de Ianetta. Contuvo la respiración cuando una ráfaga de aire le movió un delgado mechón de pelo. ¿Es posible que fuera solo un soplo de viento? Extrañas impresiones conmovieron la mente de Lucía, que en el breve lapso de algunos minutos se vio atrapada en una telaraña de imaginaciones que hicieron que su corazón latiera dolorosamente contra su costado. Cogió con delicadeza una mano fría y la apretó entre las suyas. Trató de transmitirle algo de su ca-

lor. Pero ¿a qué podía servir dar calor a un cuerpo por el que ya no fluía sangre en las venas, en cuyos pulmones había muerto el aire y en cuyas pupilas vivía sólo la oscuridad?

Por unos momentos, Lucía había esperado lo imposible. Con gestos inciertos, devolvió la mano de Ianetta al pecho antes de reanudar la tarea que había prometido completar por amor a su hermana y fue en ese preciso momento cuando algo sucedió. A Lucía le resultó difícil controlar el temblor que comenzó a sacudirla de la cabeza a los pies cuando vio que el pecho de Ianetta subía y luego bajaba, a un ritmo lento pero constante. Los ojos de Lucía se volvieron brillantes y grandes. “¿Ianetta?” Su llamada sonó desbordante de renovada esperanza. El silencio en el bosque se convirtió en una espera solemne. Luego, un sonido de vida salió de la boca de Ianetta.

El sol estaba alto y se filtraba a través del espeso follaje con hojas doradas; sin embargo, en el rostro de Lucía apareció un nuevo amanecer y entonces fue como si ese día el sol hubiera nacido dos veces.



Casteddu, mayo 1906

Cuando Lucía Spada abrió el cuarterón al cálido sol de la mañana, reveló un escorzo de techos y chimeneas y una franja azulada de mar que brillaba como una preciosa extensión de diamantes. En esa parte de la ciudad, todo era un agitarse de ropa tendida a secar y siempre había un ir y venir de gente, porque allí cerca estaba la catedral y la bajada al mercado no estaba lejos. Ese era el corazón de la ciudad, desde donde se podía ver el mar y todos los veleros que lo surcaban yendo y viniendo. El aire era otra cosa en ese lugar, lleno de olores marinos, de las casas y de las calles enmarañadas. Al principio Lucía no estaba segura de que la vida en la ciudad fuera la adecuada para alguien como ella, que sólo sabía ocuparse de cosas sencillas y, con respecto a su casa natal, a la plaza del pueblo, al campo y a los bosques de Baghintos sentía algo parecido a la nostalgia. Pero luego, bastaba con el feo recuerdo de faldas de luto y nuraghi ennegrecidos para que se le quitara toda ilusión de remordimiento. En cuanto llegó a la ciudad, los bustos de hombres que miraban con gravedad al horizonte desde la cornisa más alta del antiguo palacete de la familia Spada la habían intimidado. Esos severos guardianes parecía que querían advertirla, impedirle, con su presencia, hacerse dueña de lo que ahora era su nuevo hogar. Lucía se sentía una forastera, una intrusa en una casa que para ella era desproporcionadamente grande, con tres pisos de escaleras de mármol claro, ventanas que traían luz y aire a todas las habitaciones y una doncella con delantal, seria y amable, siempre lista para servirla. Con el tiempo, Lucía descubrió que lo que parecía demasiado grande o incómodo al principio, terriblemente inexplo-

rado, tenía que revelarse realmente cómodo y adecuado como un guante a la medida. Muy pronto, gracias a su marido Giuseppe, que la tenía siempre en la palma de su mano como una inestimable piedra preciosa, se aclimató y en esos nuevos lugares floreció con fuerza.

Lucía miró hacia el brillante horizonte un minuto más, luego suspiró en silencio y corrió las cortinas. Era el uno de mayo y en Casteddu se festejaba a San Efisio con una procesión santa que atraía a personas de toda la isla. El ruido de pisadas en la otra habitación le informó que sus tres hijos se habían levantado, ansiosos ante el día de la fiesta que les esperaba. Giuseppe volvería pronto y todos juntos irían al punto de encuentro donde se espera al carro con la imagen, tirado por bueyes enjaezados de fiesta. Durante los otros días, Lucía trabajaba en el consultorio con el doctor Spada, donde se había revelado como una buena enfermera y una atenta administradora de los asuntos de su marido. Era muy querida y respetada por los pacientes que llenaban la sala de espera todos los días. Con estima y reverencia la llamaban "*Sa Baronessa*" porque todos creían que el médico se había casado con una mujer noble que había venido de muy lejos. Era demasiado hermosa y amable para no serlo. Tenía una expresión decidida y, cuando ella estaba allí, no tenían el valor de rechazar ni siquiera las medicinas más amargas. *Sa Baronessa* dominaba con su manera de caminar y de mantener la cabeza en alto, al igual que su madre Assunta en el pasado, pero los ojos de Lucía eran más amables, por lo que el alma se sentía feliz de entregarse a ella.

La doncella llamó antes de entrar en el salón. Era joven y de pocas palabras, trabajaba por dos y se ocupaba sólo de sus asuntos. Sólo con mirarle la cara apagada e insignificante nadie habría adivinado que a Nella le encantaba trabajar para el médico y para su esposa.

"Nella ¿qué es este jaleo?", le preguntó Lucía.

"Los niños, saltan sobre las camas", respondió la doncella con voz monótona.

"Haz algo ya, o acabarán con los colchones".

"Sí, señora", respondió la mujer, luego se le acercó y le entregó una

carta. “Para usted, señora. Ha llegado esta mañana”. Y desapareció con pasos pequeños y rápidos.

Lucía se sentó bajo la ventana. Leyó el remite y una sonrisa apareció en sus labios. “Hermanas Capuchinas del Convento del Sagrado Corazón de Jesús”.

Sin embargo, la alegría de la misiva inmediatamente se convirtió en preocupación. Cada vez que le escribía la hermana Eufrasia, una pariente lejana, podía haber malas noticias y ella eso no lo debía olvidar. Frunció el ceño y abrió el sobre con manos impacientes. Las letras de las primeras líneas se superponían en un desorden confuso y tuvo que empezar a leer tres veces antes de captar el sentido de contenido.

Queridísima hija:

Espero que esté bien de salud y que todo le vaya bien, como también puedo decir de mí misma. Estas pocas líneas para decirle que nuestra querida huésped Ianetta se encuentra bien tanto en el cuerpo como en el espíritu.

Lucía se llevó las hojas al pecho y suspiró aliviada: “¡Bendita hermana Eufrasia!”, murmuró con entusiasmo.

Estoy segura de que para usted será un placer leer que desde su última visita ha avanzado mucho. Sor Vincenziana dice que pronto espera que la podamos oír rezar el Padrenuestro, pero yo no estoy tan segura. A mí me parece que ya es mucho que haya aprendido a hacer la señal de la cruz, que a veces consiga ponerse los zapatos durante una hora entera sin hacer ruido y que se esfuerce por tener limpias las cocinas y la capilla con una escoba y paños. Aun así, después de todos estos años, le es difícil estar callada y portarse bien en la mesa, ignora lo que son los cubiertos, pero come con apetito y los huesos tienen un poco más de pulpa de lo habitual. ¿Se puede creer, mi querida hija, que esta primavera ha hecho mermelada con nosotras? Alabado sea el Señor, hemos gritado, cuando hemos visto el frasco lleno y todas juntas hemos aplaudido de alegría. Por supuesto, a menudo parece que va a dar un paso adelante y luego da

cinco atrás, pero eso no es lo importante, teniendo en cuenta cuál ha sido su punto de partida. Las dos sabemos cómo se había reducido, pero Dios ha sido misericordioso con ella y ha hecho un milagro.

Lucía apartó las feas imágenes que llamaban a la puerta de los recuerdos, imágenes de sangre y tierra y de todas las cosas que secretamente había llevado a cabo sin el conocimiento de su familia y del pueblo. Nadie había imaginado lo que Lucía Spada se había atrevido a hacer antes de dejar Baghintos para siempre, con la ayuda de su marido Giuseppe, quien finalmente, por boca de su mujer, había sabido toda la verdad.

Le confirmo que el huerto es siempre el lugar que prefiere. Parece que la tierra le fluye por las venas, la quiere como el gusano que se alimenta de ella y si llueve o nieva a ella no le importa, mientras haya un poco de tierra bajo sus pies descalzos. Es el único tratamiento efectivo cuando le duelen las articulaciones.

Lucía se detuvo para contemplar con los ojos de la mente el claustro tan verde y el pinar alrededor del convento, cerca del mar, lugares que tranquilizaban. Allí, hasta el alma más atormentada podía encontrar paz y descanso mientras esperaba que las heridas sanasen.

Todavía se escapa; dos o tres veces en los últimos meses hemos ido a buscarla a la playa, pero nunca pone problemas para volver. Creo que ella está realmente impaciente porque espera que venga a verla y, mientras tanto, me temo que consumirá su retrato de tanto acariciarlo.

Bueno, nada más tengo que añadir por ahora. Que Nuestra Señora le dé salud, a usted y a toda su familia. Paz. Rezaré por usted todos los días. Vuelva pronto. Saludos a todos.

Hermana Eufrasia Cardia

Lucía se levantó y se puso a pasear, porque odiaba sentir la emoción que se agitaba en su pecho mientras intentaba salir por sus ojos con lágrimas calientes. Había derramado demasiadas en el pasado,

por lo que respiró hondo y se obligó a sí misma a sonreír. Los malos sueños habían terminado. Todo estaba bien ahora. Sin embargo, apartar las sombras le había costado mucho.

Cuando Lucía se fue de Baghintos, había sido como si la luz del sol se hubiera ido con ella. Tras su partida, Assunta y Cicita se habían apagado, consumidas por los malos sentimientos y recuerdos de una vida que había ignorado toda buena esperanza cultivada en la juventud.

El abuelo Efisio fue el primero en morir. Su cuerpo se marchitó de repente y fue como si su mente se hubiera escondido en un monte muy lejos, antes de entregarle el alma al Señor. El pueblo entero tuvo piedad de Assunta; con nostalgia recordaba cuando iba más tiesa que una vela y bien vestida como una mujer de noble linaje; tenía bien presente la fortuna que una vez tuvo en sus manos. Durante un tiempo, Assunta sólo salió de casa para ir al cementerio y cuando se puso enferma de los pulmones no quiso ir a la ciudad a casa de Lucía. Estaba llena de resentimiento porque había nacido su segunda nieta y Lucía no se lo había dicho. Había recibido noticias del nacimiento de Mariuccia, no a través de su hija, sino por terceros y no podía perdonárselo. Assunta sin su casa y el consuelo de sus cosas no podía vivir, aunque todos le decían que el aire del mar era perfecto para su salud y que el doctor Spada era un buen médico. E incluso, si hubiera tenido el valor de coger el tren e ir a la ciudad, no habría podido nunca ignorar esa sensación de traición a los muertos que dejaba tras de sí, en la tierra. Pero en el momento de la muerte, los rencores ya no fueron importantes y Assunta expiró invocando el nombre de su hija Lucía.

Así que Cicita se quedó sola, la única guardiana de una casa que se había vuelto un triste refugio para su cuerpo cansado. Con la misma obstinación, también se negó a ir a la ciudad porque estaba unida a Baghintos como el musgo a la piedra; no podía separarse sin secarse. No había pasado un año y murió de soledad y tristeza.

A Lucía sólo le quedaban sus hermanas Fedela y Desolina. El resto de la familia Zara parecía haberse dispersado como polvo a los cuatro vientos.

Fedela lo habría dado todo con tal de encontrar un marido y, con gran satisfacción, finalmente encontró dónde poner el exvoto, el corazón de plata: dentro de la iglesia de Nuestra Señora de Bonaria. Desde el matrimonio de Lucía, había entendido que tal vez ella también tenía esperanzas de casarse pronto. Pero el tiempo pasaba y justo cuando estaba a punto de darse por vencida, decepcionada, porque con todas esas personas que vivían en la ciudad no había un hombre que la quisiera, el chacinero Tonino que tenía como cliente a su prima Herminia, le pidió que se casara con él. Sin pensárselo un momento, preparó su maleta, lista para despedirse de la pobre Desolina. El único problema era que Desolina todavía no había encontrado a nadie que se casara con ella. Y, sin embargo, era una mujer buena y devota, de hermosos ojos; podía hacerlo todo en casa; era condescendiente y buena cocinera. De vez en cuando iba a visitar a Lucía con Fedela, pero nunca se quedaba mucho porque le daba vergüenza. Lucía lo tenía todo y ella no tenía prácticamente nada. Es más, tenía que agradecerle al cielo que su prima Herminia todavía la quisiera con ella, incluso como una especie de dama de compañía que se encargaba de hacer los recados.

De cualquiera de las maneras, Fedela y Desolina nunca quisieron regresar a Baghintos.

Baghintos sabía bien cómo lidiar con sus propios fantasmas. No había más *cogas* y las desgracias pasadas ahora parecían muy lejanas. Cosas de otros tiempos, cosas que había que olvidar por el bien de todos los vecinos.

Incluso se olvidaron rápidamente de Pinella.

Unos días después de la innoble traición, por vergüenza, Pinella había puesto sus cosas en un hatillo y sin comida y sin dinero se había ido de casa. No se supo nada más de ella, ni se preocuparon de buscarla o de saber algo de ella. En casa de los Zara, con un golpe seco de hacha se acabó con todo lo relacionado con ella y se tiró para siempre, como se hace con las partes de las plantas que no están sanas. Se decía por ahí que Pinella no había tenido mucha suerte. Algunos contaban que trabajaba como mísera jornalera en algún lugar del norte, al otro lado de las montañas. Pero otros daban

por seguro que tenía un marido, un criador de cerdos que le pegaba todo el día. Otros todavía juraban que, poco después de su partida, un campesino la había encontrado muerta, colgada de un almendro salvaje. Tras la traición y las maldades incubadas con odio sin que ella lo supiera, Lucía estaba convencida de que era preferible pensar que estaba en una tumba. Incluso su recuerdo deseó enterrarlo y lo hizo sin remordimientos.

El triste flujo de la memoria lo rompieron tres cabecitas morenas que se asomaron a la puerta y trajeron la luz al salón. Lucía sonrió y, abriendo los brazos, invitó a sus hijos a entrar.

“Aquí están, mis tres granujillas. ¡Buenos días!”

Giovannino, Mariuccia y Caterina se echaron encima de su madre agarrándose a las faldas, haciéndole carantoñas y risitas, pidiéndole caricias y besos. Lucía ajustó los lazos, alisó los puños y se arregló los rizos. Esa mañana quería seguir los juegos de sus hijos, por lo que se olvidó la carta durante el desayuno. Esperando a que, finalmente, Giuseppe regresara a casa con su familia, se instalaron en un rincón del salón para disfrutar del sol caliente de principios de mayo. Lucía sentó sobre las rodillas a la más pequeña, Caterina, que sólo tenía tres años y era la más tímida. Cuando pasaba algo nuevo, o alguien que no era de la familia le acariciaba esas mejillas tan bonitas como dos manzanas maduras, hundía su carita en el pecho de su madre y sonreía un poquito. Giovannino, siete años, tan parecido a Giuseppe en su apariencia y carácter y Mariuccia, nacida dos años después y alegre como un pajarillo, se acurrucaron a los pies de su madre.

“Mami, qué guapa estás cuando te da el sol en el pelo”, declaró encantado Giovannino, mientras extendía la mano para tocarle el perfil a la madre, casi como si quisiera asegurarse de que era real tal y como le parecía a él. También sus hermanas asentían con gran convicción; nunca habrían puesto en duda lo que decía su adorado hermano mayor.

“¡Parece una reina!”, dijo Mariuccia.

“Una princesa”, la corrigió Caterina.

“Cuéntanos una historia, antes de que llegue papá”, sugirió Giovannino, e inmediatamente los tres se pusieron cómodos.

“¿Ahora? ¿No la queréis escuchar esta noche antes de ir a la cama?” Lucía los miró uno por uno, ya sabiendo que iba a ceder a todas sus peticiones.

“¡La queremos ahora y esta noche también!”

Lucía sonrió ante su impertinencia. “Está bien, lo haré.” Se apoyó en el respaldo y sus ojos estaban muy lejos, perdidos en otro mundo. “Hace mucho tiempo vivía en un bosque lejano una niña triste. Su casa era una torre de piedra que rozaba las nubes y sus únicos amigos eran los animales del bosque: sapos, zorros, lechuzas...”

“¿También serpientes?”, preguntó Giovannino.

“Por supuesto, también serpientes”.

“¿También ratones?”

“Sí, también ratones, Caterina”.

Mariuccia agitó su mano emocionada. “¿También los búhos grandísimos?”

“También los búhos”. Todos los animales del bosque eran sus amigos. La seguían a todas partes, hablaban y cantaban para hacerle compañía. La niña no tenía una familia y la gente del pueblo vecino la odiaba porque no era como los otros niños. Decían que ella era tan fea como una bestia salvaje y que, por tanto, su alma tenía que ser igual de fea. Decían que hacía magia mala, que podía secar los campos, que traía granizo, pero, sobre todo, que era capaz de hacer que sus hijos pequeños murieran. Decían que ella había nacido *coga*, y era normal que ella hiciera estas cosas malas a la gente. Al final, incluso la niña se convenció de que era una *coga* mala, aunque, en realidad, no era más que una niña buena y muy desgraciada porque en el mundo no tenía a nadie que la quisiera. Un día la gente del pueblo decidió que había llegado la hora de quemar a la *coga* para librarse de su maldad, por lo que prepararon un gran fuego alrededor de la torre. Pero nadie sabía que la pobre niña tenía una hermanita que, desesperada, ¡la había estado buscando durante mucho tiempo! ¿Y sabes cómo se llamaba su hermana pequeña?”

Cada vez que Lucía contaba la historia, usaba el nombre de uno de sus hijos y estos siempre se emocionaban y se sorprendían como si no la hubiesen escuchado nunca. Los tres negaron con la cabeza

esperando el nombre. Lucía se acercó para susurrar solemnemente: “Su nombre era Mariuccia. ¡Qué valiente era Mariuccia y cuánta dicha le deseaba a su desgraciada hermanita! Ella la salvó de las llamas y se la llevó a vivir a un hermoso castillo lleno de buenas personas que le sonreían y cada día le daban mil regalos. Como una copa llena, el corazón de la niña estaba lleno de alegría; ¡vivió en el castillo durante muchísimos años rodeada de mucho amor y felicidad! “.

La conclusión de la historia dejó a los niños maravillados, sin embargo, no parecían satisfechos.

“Otra más! ¡Cuéntanos la historia de las abejas y de los niños malos!

“Giovannino se puso de rodillas para imponerse a sus hermanas.

“¡No! ¡La historia de la niña que se pierde en la tormenta!

Se disputaron a su madre hasta que lograron que les contara otra historia de la niña que vivía en el bosque.

Más tarde, con la carta apretada contra el pecho, Lucía se dirigió al dormitorio principal mientras sus hijos tarareaban pequeñas canciones inventadas, con las piernecitas colgando del sofá. Abrió el cajón del escritorio y dejó la carta junto a las demás, donde las llaves de la casa de los Zara se encontraban a salvo. La llave más grande, la del portal con las dos z, era de latón bruñido. Fue entonces cuando Lucía se acordó de Baghintos y se fue con la memoria a la casa de los Zara, que ahora estaba vacía, cerrada como un triste caparazón para todo el mundo, una simple casa entre otras muchas. Volvió a ver la habitación que había compartido con sus hermanas y todas las demás, frescas en verano y heladas en invierno, e imaginó el silencio que debía reinar entre esas paredes llenas de recuerdos. Pensó en los desolados establos ya sin animales, en el horno con las cenizas apagadas y en la puerta chirriante de la leñera. Cada olor se mantenía vivo y fuerte en la cuna de los recuerdos de Lucía. Había terminado el tiempo de las voces, de los panes horneados, de las gallinas que escarbaban y de las flores de albahaca. La carcoma y las arañas eran los dueños de la casa y la intemperie estaba devorando los tejados y las paredes de barro en una lenta pero inexorable descomposición. Nada duraba para

siempre e incluso el agua del pozo, tarde o temprano, se pudriría, buena sólo para los renacuajos.

Pero en el patio, la vieja higuera todavía resistía y su cepa había revivido milagrosamente. Habían brotado nuevas ramas y frondosos retoños la habían llevado a la forma antigua. Era en todos los aspectos la vieja higuera que habían conocido cuatro generaciones de los Zara, que todavía goteaba leche de sus heridas y que cubría de sombra la mayor parte del patio. Y, como última prueba de su espíritu auténtico, sus ramas se habían llenado de fruta negra y carnososa.

Sólo que ya nadie más se atrevió a comerse esa fruta.

GLOSARIO

Animeddas: ánimas.

Argia: nombre común sardo de la “malmignatta” (*Latrodectus tredecimguttatus*), una araña.

Arresoja: cuchillo.

Attitadoras: plañideras, en aquellos tiempos excomulgadas por la Iglesia.

Babaiole: mariquitas.

Bellixedda: expresión de cariño: bonita, linda.

Berritta: antiguo gorro sardo de hombre, de paño negro.

Brebu: antigua oración mágica y secreta.

Bruja: figura femenina con poderes misteriosos, a medio camino entre la bruja y el chamán.

Casteddu: “Castillo”, en sardo indica la ciudad de Cagliari.

Casu martzu: “queso podrido” típico de Cerdeña, hoy su producción está prohibida.

Coga: En la cultura sarda eran brujas que por la noche entraban a las casas para matar a los recién nacidos.

Fordedda: falda.

Gintilla: lenteja. En el texto se refiere al nombre del caballo de Giuseppe Spada.

Launeddas: instrumento musical de viento con tres tubos.

Lolla: galería abierta, con vistas a los patios interiores.

Nudda: nada.

Nuraghe: es el principal tipo de edificio megalítico que se puede encontrar en Cerdeña. Su uso no se ha determinado con claridad, pudieron ser templos religiosos, alojamientos cotidianos, la residencia de los jefes del pueblo, fortalezas militares, salas de reunión de líderes, o una combinación de algunas de estas finalidades. El nuraghe *Marxani* es un nombre ficticio que da la autora.

Omineddus: “hombrecitos”, se refiere a los gnomos y otras criaturas imaginarias.

Pabassinas: dulces de nueces picadas y pan de mosto de uva.

Panedda: pastel de masa de pan que se puede rellenar con diversos ingredientes, desde carne hasta anguilas.

Pardulas: dulce de Pascua hecho con ricota, azúcar y azafrán.

Pintaderas: molde de arcilla utilizado para estampar decoraciones en forma de pan.

Pistoccusu: galleta suave y ligera.

Proccu: cerdo, (plural: proccusu).

Sa Baronessa: la baronesa.

Sanguneddu: pudín de sangre.

Sirbonis: jabalí.

Stria: lechuzas.

Taulittas: pequeñas tablas de madera que se usan como instrumentos musicales.

Tzia, tziu: Se usa ante nombres propios de persona en señal de respetuosa familiaridad, sobre todo cuando se refiere a personas ancianas, pero también a jóvenes dignos de respeto. Equivaldría a un señor, señora.

Zironia: látigo hecho con el nervio del buey.



Sevilla
2017